

C. S. FORESTER

# HORNBLOWER CONTRA EL NATIVIDAD

UN OFICIAL Y AVENTURERO  
EN TIEMPOS DE NELSON



Lectulandia

Hornblower recibe órdenes de poner rumbo al golfo de Fonseca para apoyar un intento de rebelión contra los españoles liderado por Julián Alvarado, un cacique que, anticipándose a Roa Bastos, se hace llamar «el Supremo». Pero además debe enfrentarse a un impresionante navío de dos puentes y cincuenta cañones, el *Natividad*, y apresarlo, quemarlo, hundirlo o, en cualquier caso, dejarlo fuera de combate. Incluso el Almirantazgo sabe que se trata de una misión casi imposible de cumplir al mando de la *Lydia*, una fragata de sólo treinta y seis cañones. Pero Hornblower nunca rehuye el riesgo, y afrontará todos los peligros que se le pongan por delante, aun cuando en ello pueda irle la vida.

**Lectulandia**

C. S. Forester

# **Hornblower contra el Natividad**

**Hornblower - 06**

ePub r1.0

Ronstad 20.06.14

Título original: *The Happy Return*

C. S. Forester, 1937

Traducción: Ana Herrera

Diseño de cubierta: Jordi Sábat

Editor digital: Ronstad

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# CAPÍTULO 1



Rompía el alba, cuando el capitán Hornblower subió al alcázar de la *Lydia*. Bush, el primer oficial, de guardia en aquel momento, se llevó la mano a la gorra, pero permaneció en silencio. Aquel viaje duraba ya sus buenos siete meses, sin que una sola vez se hubiesen acercado a tierra. Y Bush había aprendido a comprender el humor y los gustos del capitán. A éste no le agradaba conversar ni ser interrumpido en sus meditaciones durante las primeras horas del día.

Según las órdenes recibidas —y sancionadas por la costumbre establecida en un viaje de duración poco frecuente—, a Brown, el timonel, le correspondía cuidar de que la parte de barlovento del alcázar estuviese debidamente baldeada a partir del alba. Bush y el guardiamarina que le acompañaba se retiraron a sotavento en cuanto apareció Hornblower, quien, inmediatamente, comenzó su cotidiano paseo de una hora, caminando de un lado a otro en el espacio de seis metros de puente que habían limpiado para él. Por un lado su paseo se hallaba limitado por los motones de las carronadas del alcázar y por otro por la hilera de pernos que sujetaban los palanquines de retenida de las carronadas. De ese modo, el espacio de cubierta en el que solía hacer ejercicio el capitán Hornblower cada mañana tenía sólo cinco pies de ancho por veinticinco de largo.

De aquí para allí, de allá para acá, paseaba el capitán Hornblower. Sus subalternos sabían por experiencia que, aunque estuviese abstraído, su instinto de marino se hallaba siempre despierto en él. Casi sin darse cuenta, percibía hacia qué parte daban su sombra las jarcias de la vela mayor, y de qué otra provenía la brisa que le acariciaba las mejillas. Tanto era así que el más mínimo descuido por parte del suboficial que se encontraba al timón le hacía acreedor de una dura reprimenda del capitán, tanto más áspera cuanto que le ocasionaba una molestia en los momentos que consideraba mejores del día. De la misma forma, y sin que lo pareciese, Hornblower se daba cuenta de los hechos más relevantes en el momento en que sucedían. Al despertar en su camarote vio casi con disgusto que la brújula colocada en el techo, sobre su cabeza, señalaba nordeste, lo mismo que venía sucediendo hacía ya tres días. En el momento en que puso los pies en cubierta, inconscientemente advirtió que el viento soplaba del oeste, y que era lo bastante fuerte como para mantener el bajel en su ruta con todas las velas desplegadas. El cielo tenía su acostumbrado color azul turquesa; el mar estaba casi sereno, con una agradable marejadilla que hacía cabecear a la *Lydia* con monótona regularidad.

La primera idea consciente que tuvo el capitán Hornblower fue que el Pacífico, por las mañanas, con su violenta tonalidad azul, que a lo lejos, en el horizonte, se

tornaba plata, tenía algún parecido con un blasón heráldico en plata y azur. Sonrió para sí, pues hacía quince días que se le estaba ocurriendo, casi a la misma hora, idéntica comparación. Y con esa idea y esa sonrisa, su pensamiento volvió inmediatamente a ponerse en marcha con facilidad y presteza. Miró hacia el lugar en que los hombres trabajaban en la limpieza de las pasarelas. Al avanzar algunos pasos, vio a otros grupos que, sobre cubierta, se dedicaban al mismo quehacer. Hablaban entre sí, y por dos veces seguidas pudo oír una carcajada. ¡Bien! Los hombres que hablan y ríen así no tienen aspecto de tramar un motín, y esta eventualidad era la que hacía tiempo temía el capitán, pensando a menudo en ello. Diez meses hacía que navegaban. Las provisiones estaban casi agotadas. Ya hacía una semana que había ordenado reducir la ración individual de agua a dos litros, o poco menos, por día, cantidad insuficiente para hombres que se alimentaban de galleta y carne salada, en una latitud de diez grados al norte. Y el agua, que llevaba siete meses en los barriles, era una masa casi sólida llena de bichos verdes.

La última gota de zumo de limón se había repartido ya hacía una semana. De seguir así algún tiempo, era de esperar que el escorbuto hiciera su aparición. Y no tenían médico a bordo. Hankey, el cirujano, había muerto al pasar el Cabo de Hornos, roído por el alcohol y la sífilis. Hacía un mes que racionaba el tabaco a razón de quince gramos semanales, y Hornblower daba gracias a Dios por haberle inspirado la idea de encargarse de su custodia; si no lo hubiese hecho así, aquellos locos lo habrían derrochado, y no se puede contar con hombres a los que falta el tabaco. El capitán sabía que su escasez era mucho más grave que la falta de combustible para la cocina, a pesar de que era insuficiente y el agua de mar en que se cocía diariamente la carne de cerdo apenas lograba hervir.

No obstante, la penuria de tabaco, agua y leña era mucho menos temible que la falta de grog. El capitán no se había atrevido aún a reducir la ración de ron, y ahora no le quedaba sino para unos diez días. Nadie podría fiarse de la mejor tripulación del mundo sin las consabidas raciones de ron, y la *Lydia* se hallaba en los mares del Sur, a dos mil millas de distancia de cualquier otro navío inglés. En algún sitio, hacia poniente, debían de existir unas románticas islas habitadas por bellas mujeres, donde no había más que extender la mano para coger todos los bienes del mundo. Entre la chusma de a bordo, algún pillastre mejor enterado que los demás daría el aviso. Por el momento nadie le hacía caso, pero en cuanto les faltase la acostumbrada ración de ron al mediodía, los hombres le prestarían atención. Desde que se amotinó la tripulación del *Bounty*, seducida por los encantos del Pacífico, no había un solo capitán de Su Majestad Británica que navegara por aquellos parajes sin sentirse obsesionado por el temor de correr parecida suerte.

Midiendo el puente a largas zancadas, el capitán Hornblower volvió a mirar a sus hombres. Siete meses de incesante navegación, sin tocar tierra una sola vez, habían

logrado adiestrar a aquella banda de forajidos y convertirlos en auténticos marineros. Pero hacía ya mucho tiempo que faltaban las distracciones. Cuanto más pronto llegasen a la costa de Nicaragua, mejor. Una salida a tierra serviría de esparcimiento a los hombres y podrían embarcar agua y víveres frescos, así como tabaco y alcohol. Hornblower volvió a repasar mentalmente sus cálculos sobre la posición del navío. Estaba seguro de la latitud, y las observaciones lunares de la noche anterior habían confirmado las indicaciones cronométricas sobre la longitud, aunque parecía increíble que, después de siete meses de navegación, se pudiese aún contar con el cronómetro. Probablemente, las costas de América Central estaban a un centenar de millas, o a unas trescientas, como máximo. Crystal, el oficial de derrota, había negado con el gesto, ante la seguridad del capitán, pero Crystal era un viejo tonto que no tenía ni idea de navegación. De todas formas, dentro de dos o tres días se vería quién tenía razón.

Hornblower se puso inmediatamente a pensar en la forma de pasar aquellos dos o tres días. Era preciso tener ocupados a los hombres. No hay nada mejor para alimentar ideas de sedición que los largos días de inactividad. Hornblower, durante las diez tempestuosas semanas que costó doblar el Cabo de Hornos, no temió la revuelta ni un solo instante. Durante la primera guardia organizaría un zafarrancho de combate y haría que los hombres practicasen con los cañones, cinco descargas cada uno. El retroceso cortarían el viento durante algún tiempo, pero eso era inevitable. Tal vez fuese la última ocasión antes de que las piezas tuviesen que entrar en actividad de veras.

Hornblower tuvo una nueva idea. Cinco descargas suponían una tonelada de pólvora. La *Lydia*, casi sin provisiones de boca, sufría por falta de lastre. Hornblower pasó revista mentalmente a la bodega de la fragata y a la posición del almacén. Ya era tiempo de que fijase su atención en la estiba del navío. Una vez que los hombres hubiesen comido, haría botar una chalupa para dar una vuelta de inspección. Supuso que debía de estar un poco baja de popa. Pero a esto podría ponerse remedio al día siguiente, transportando las dos carronadas del número uno al castillo de proa, delante de sus posiciones originales. Y como sería necesario, mientras él estuviese en la chalupa, recoger las velas, lo mejor era hacer bien las cosas y dar carta blanca a Bush para que ejercitase a los hombres en el manejo del velamen. Bush sentía verdadera pasión por aquel género del arte marino, como todo primer oficial que se respetase. Aquel día, la tripulación de la *Lydia* podría darse el gusto de batir su propia marca de once minutos y cincuenta segundos en subir a las gavias, y veinticuatro minutos y siete segundos en desplegar las velas empezando con el mastelero de gavia afianzado. Aquellos dos tiempos no tenían nada de particular, y Hornblower estaba en esto de acuerdo con Bush; muchas naves podían enorgullecerse de ser más rápidas, o, al menos, eso aseguraban sus capitanes.

Hornblower se dio cuenta de que el viento se hacía un poco más fuerte, haciendo vibrar ligeramente el cordaje. Por la impresión que tuvo al sentir el roce del aire en su nuca y sus mejillas, juzgó que aquel vientecillo había cambiado a popa un punto o tal vez dos, y mientras su conciencia registraba esas observaciones, preguntándose a sí mismo cuánto tiempo tardaría Bush en darse cuenta de ello, oyó la señal para el cambio de guardia. Clay, el guardiamarina del alcázar, mugía como un toro, llamando a la guardia de popa. A aquel muchacho le había cambiado la voz desde que salió de Inglaterra, y empezaba ahora a servirse de ella como Dios manda, en lugar de graznar como hasta entonces había hecho. Sin ver todavía lo que estaba ocurriendo, Hornblower aguzaba el oído ante los rumores familiares. En ese momento era la guardia que, desordenadamente, corría hacia popa, a la faena. Un chasquido y un «¡Ay!», le indicaban que Harrison, el mayordomo, había acariciado con su bastón las posaderas de algún vago o de algún infeliz, al pasar. Harrison era un buen marinero, pero tenía una debilidad: usar su bastón en los culos bien redondeados. Todo hombre que llevase el pantalón ceñido era susceptible de recibir un bastonazo simplemente por ese motivo, sobre todo si, por desgracia, al pasar Harrison se encontraba ocupado en algún quehacer que le obligaba a inclinarse hacia delante.

Las meditaciones de Hornblower sobre la debilidad de Harrison le habían ocupado casi todo el tiempo necesario para la maniobra de las velas. Y cuando los hombres hubieron concluido, Harrison rugió: «¡Alto!», y la tripulación corrió a continuar lo que hacían antes de la maniobra. ¡Ting, ting, ting...!, sonó la campana. Siete toques. El paseo del capitán se había prolongado más tiempo que de ordinario; sentía ya bajo su camisa el agradable gotear del sudor. Se acercó a Bush, que se encontraba de pie al lado del timón:

—Buenos días, señor Bush.

—Buenos días, capitán —repuso éste, como si no hiciese hora y cuarto que el capitán se hubiera encontrado paseando a veinte pasos de distancia.

Hornblower lanzó una mirada a la pizarra donde se había anotado la ruta seguida durante las últimas veinticuatro horas. Ninguna novedad. El cuaderno de bitácora registraba una velocidad de tres nudos, cuatro y medio, cuatro, y así sucesivamente; y la rosa de los vientos mostraba que la nave se había empeñado en mantener la ruta hacia el norte durante toda la jornada. El capitán se daba perfecta cuenta de que su primer oficial no le quitaba el ojo de encima; sabía que el teniente Bush estaba deseando hacerle unas preguntas. Sólo un hombre sabía a bordo hacia dónde se dirigía la *Lydia*, y ese hombre era el capitán. Habían partido con órdenes selladas; cuando abrió el sobre, siguiendo las instrucciones recibidas, estaban a 30° de latitud norte y a 20° de longitud oeste, y al capitán no le pareció oportuno revelar su contenido ni siquiera a su segundo. Bush había logrado dominar su curiosidad durante siete meses, pero se veía a las claras que el esfuerzo era considerable.

—¡Ejem...! —carraspeó el capitán. Con aire indiferente volvió a dejar la pizarra, bajó la escalera y entró de nuevo en su cámara.

Para Bush era terrible tener que seguir ignorando aquello, pero si Hornblower no había consentido hasta entonces en hablar con él acerca de las órdenes recibidas no era tanto por temor a las indiscreciones del primer oficial como a las suyas propias. Cuando, cinco años antes, se embarcó por vez primera como capitán de barco, dio rienda suelta a su natural locuacidad, y su segundo de entonces se aprovechó de ella de tal modo que Hornblower no pudo ordenar nada sin que pusiera reparos. Durante el viaje anterior al que ahora efectuaba procuró reducir las discusiones a los límites de una cortesía normal, y descubrió seguidamente que no era nada fácil permanecer dentro de aquellos límites; cada vez que abría la boca para hablar dejaba escapar siempre, con el consiguiente arrepentimiento, alguna palabra de más. Esta vez salió con el firmísimo propósito de hablar a sus oficiales lo menos posible, igual que un aficionado a la bebida que teme no poder beber parcamente. Además, el secreto con que debían cumplirse aquellas órdenes no le facilitaban en absoluto su propósito. Durante siete largos meses se había mantenido firme, haciéndose cada día más taciturno, y aquella situación tan violenta había llegado a modificar su carácter. En el Atlántico había discutido alguna vez con el teniente Bush sobre el cariz del tiempo; en el Pacífico, apenas se dignaba aclararse la garganta.

El camarote del capitán era un cuchitril habilitado en la cabina de popa por medio de un tabique. Su mitad estaba ocupada por un cañón del 18 y casi todo el resto por el coy, la mesita escritorio y su baúl. Polwheal, el asistente, disponía la navaja de afeitar y la taza del jabón sobre una tablilla clavada en el tabique medianero, bajo un pequeño espejo. Apenas había sitio para los dos hombres. Polwheal se colocó tras la mesita para dar paso al capitán cuando entró. No dijo una sola palabra; precisamente porque era un hombre callado le había elegido el capitán. También con los criados era necesario desconfiar del condenado vicio de la locuacidad.

Hornblower se quitó el pantalón y la camisa, empapada en sudor, y, en cueros, comenzó a afeitarse ante el espejo. La cara que se reflejaba en éste no era agradable ni desagradable, ni joven ni vieja: unos ojos oscuros y melancólicos, una frente bastante despejada y una nariz regular; la boca era firme y hermosa, reflejando íntegramente el carácter adquirido en veinte años de navegación; los cabellos, castaños y naturalmente ondulados, empezaban a escasear en las sienes, haciendo que la frente pareciese todavía más alta, lo que era un motivo de disgusto para el capitán Hornblower, a quien desagradaba la perspectiva de quedarse calvo. Pensando en esta desgracia, recordó también la otra que le amenazaba, y miró su desnudo cuerpo. Era delgado, de buena musculatura; un tipo casi espléndido, con su estatura de casi dos metros; pero allí donde terminaban las costillas, ¡ay!, era difícil negar la aparición de una leve barriga que apenas empezaba a insinuarse entre la última costilla y el hueso

ilíaco. La idea de engordar causaba a Hornblower un desasosiego raro en su época; se le hacía odiosa la idea de que su cuerpo, delgado y liso, se desfigurara en el centro por una antiestética prominencia. Por eso él, tan indolente y reacio a la monotonía, se imponía aquel diario paseo sobre el alcázar para conservar su esbeltez.

Cuando concluyó de afeitarse dejó la navaja y la brocha, para que Polwheal las limpiase y guardara, y permitió que éste le colocase sobre los hombros una raída camisa de sarga. Polwheal le siguió al puente, hasta la bomba; le quitó la camisa y lanzó sobre el capitán un chorro de agua salada, mientras éste se movía con solemnidad. Terminada la ducha, Polwheal echó de nuevo la camisa sobre los chorreantes hombros de Hornblower y le siguió de nuevo al camarote. Una camisa limpia vieja ya, pero cuidadosamente remendada, y un par de pantalones blancos se hallaban colocados sobre el lecho. Hornblower se vistió. Polwheal le ayudó a enfundarse la vieja casaca azul de descoloridos galones y le colocó el sombrero; todo ello sin pronunciar una sola palabra, de tal modo le había ejercitado el capitán en su silencioso sistema. Se había acostumbrado de tal forma a la monotonía, él, que tanto la odiaba, que aquella mañana, como todas las demás, pisaba también el alcázar en el preciso instante en que comenzaban a dar las ocho.

—¿Podemos proceder al castigo, capitán? —preguntó Bush, poniéndose el sombrero.

Hornblower asintió. Inmediatamente se dejaron oír los silbatos de los segundos contramaestres.

—¡Todos los hombres han de presenciar el castigo! —tronó, desde el puente, Harrison. Y de todos los lados de la nave acudieron los hombres y se colocaron en fila.

Hornblower, cerca de la hilera situada ante el alcázar, con la cara como de piedra, permanecía erguido, envarado. Se avergonzaba de considerar los castigos corporales como algo bestial, de tener que ordenarlos a disgusto, y con esta misma mala gana verse obligado a presenciarlos. Realmente, los dos o tres mil castigos que había tenido que presenciar en aquellos últimos veinte años no habían logrado acostumbrarle, y, con harto sentimiento suyo, se daba cuenta de ello. Se conmovía con más facilidad que un guardiamarina de diecisiete años. Pero aquella mañana no era posible evitarlo. La víctima era un tal Owen, un galés incorregible, con la mala costumbre de escupir en cubierta. Bush, sin decir nada al capitán, le había amenazado con hacerle azotar si volvía a las andadas, y Hornblower se vio obligado a no desautorizar a su segundo, manteniendo y sancionando la sentencia en nombre de la disciplina; pero tenía sus dudas acerca de la eficacia de tal castigo sobre un hombre lo bastante insensato para no saber dominar el deseo de escupir en el suelo, a pesar del grave castigo con que se le amenazó.

Por suerte, la desagradable escena concluyó pronto. Los segundos contramaestres

ataron a Owen, desnudo, a las jarcias, y en tanto tocaban los tambores, le azotaron con fuerza. Owen —caso excepcional en un marinero— gritaba cada vez que el gato de nueve colas le acariciaba la espalda, bailoteando, además, grotescamente, y arrastrando por la cubierta las puntas de los desnudos pies, hasta que, propinados los doce azotes, quedó silencioso e inerte, pendiendo de los puños. Una mano piadosa le roció con agua y luego, a fuerza de empujones, lo trasladaron al sollado.

—¡Al rancho los hombres, señor Bush! —ordenó con sequedad Hornblower, confiando en que el sol de los trópicos, al broncearle el rostro, le evitaría aparecer con la palidez que, estaba seguro, tendría su semblante. Ver azotar a un pobre tonto no era lo más indicado para abrirle el apetito antes del desayuno. Se sentía también disgustado consigo mismo por no haber sido ni lo bastante fuerte para soportar el espectáculo ni lo suficientemente listo para hallar con su ingenio el modo de impedirlo.

La hilera de oficiales, situada momentos antes ante el alcázar, se había disuelto. Gerard, el segundo teniente, relevó a Bush. El barco era como un mágico pavimento de mosaico. En un momento dado presentaba un aspecto geométrico; luego parecía como si una mano lo borrara, pero enseguida se ordenaba de nuevo, adoptando distinto colorido y forma. Hornblower bajó a su camarote, donde Polwheal le había preparado el desayuno.

—Café y *burgoo*, capitán —le dijo.

Hornblower se sentó a la mesa. Después de tantos meses de viaje, hacía ya tiempo que se habían agotado las provisiones de lujo. El café consistía en un caldo negro hecho con pan quemado y molido, y todo lo más que podía decirse en favor suyo era que estaba caliente y azucarado. El *burgoo* era una bazofia de aspecto y sabor indescriptibles, compuesto de galleta desmenuzada y carne salada de buey en pequeñísimos pedazos. Hornblower comía distraído; con la mano izquierda golpeaba fuertemente una galleta contra la mesa para que la abandonaran los gorgojos antes de haber terminado de engullir el *burgoo*.

Mientras comía, sus oídos recogían todos los rumores. Cada vez que la *Lydia* alcanzaba la cresta de la ola que la sostenía, resbalaba y cabeceaba un poco, haciendo que todo el maderamen, al unísono, emitiera suaves chasquidos. Sobre el techo resonaban los pasos de Gerard que, en el castillo, andaba de un lado para otro; de vez en cuando, el apagado rumor de unos pies desnudos y callosos señalaba el paso de un hombre de la dotación. Llegaba desde popa un chirrido regular y monótono, producido por las bombas de achique al cumplir su cotidiana obligación en la sentina. Todos estos rumores eran transitorios. Pero existía otro, tan tenue que los oídos, acostumbrados a escucharlo, dejaban de advertirlo, y sólo se distinguía de los demás cuando se fijaba particular atención en él: era el silbido producido por la brisa entre el prolijo cordaje de la nave; apenas un débilísimo canto, un concierto de mil distintos

tonos, de agudísimas armonías, pero que podía oírse desde todos los rincones del buque, transmitiéndolo las cadenas y el maderamen con sus lentos y periódicos crujidos.

Hornblower, cuando hubo terminado el *burgoo*, volvió a fijar su atención en la galleta con la que había estado jugueteando. La contempló con tranquila desaprobación —mísero manjar para un estómago viril— y, no teniendo mantequilla, pues el último barril se había enranciado un mes atrás, se dispuso a comer unos secos bocados de aquélla, alternándolos con sorbos del simulacro de café. Pero antes de que tuviera tiempo de llevarse la galleta a la boca resonó sobre él un grito salvaje, sobresaltándole y haciendo que la mano que sostenía la galleta se detuviera a poca distancia de los dientes.

—¡Tierra! —oyó gritar—. ¡Tierra dos puntos a babor!

El vigía, desde la cofa del trinquete, se dirigía a los marineros en cubierta, llamándolos. Hornblower, sentado en su camarote, oyó el escándalo.

La agitación debía de haberse apoderado de todos ante el anuncio de tierra, el primero, desde hacía tres meses, oído durante aquel viaje con rumbo desconocido. También él se sentía agitado, no sólo por la inminente emoción de saber si había calculado bien la recalada, sino asimismo ante la idea de que, tal vez, antes de veinticuatro horas, se vería cumplimentando la misión que los honorables lores del Almirantazgo le habían confiado. Sintió que los latidos de su corazón se aceleraban. Su primer impulso fue subir inmediatamente a cubierta, pero supo dominarse. Deseaba aparecer más imperturbable que nunca ante los ojos de los oficiales y de la tripulación, demostrando en todo momento un completo dominio de sí mismo. Cuanto más respeto infundiera un capitán, tanto mejor para el buque. Así, supo conservar su tranquila y serena apariencia. Se encontraba con las piernas cruzadas, sorbiendo con indiferencia el café, cuando el guardiamarina Savage, después de haber llamado con los nudillos a la puerta del camarote, sin esperar más, entró respetuosamente.

—El señor Gerard me manda a decirle que hay tierra a la vista a babor, capitán —dijo Savage, que apenas lograba recobrar el sosiego en aquella atmósfera de contagioso entusiasmo.

Hornblower, antes de contestar, bebió todavía un sorbo de café más.

—Dígale al señor Gerard que subiré a cubierta... dentro de unos minutos; en cuanto haya terminado el desayuno.

Su voz era lenta y comedida.

—Sí, señor.

Savage salió del camarote como un rayo; bajo sus pies, grandes y pesados, temblaba la escalerilla.

—¡Savage! ¡Eh, Savage! —le gritó Hornblower desde su sitio. Y de nuevo

aparecieron en el marco de la puerta las facciones de luna llena del guardiamarina—. Se le ha olvidado cerrar la puerta —dijo Hornblower fríamente—. Y le ruego que no haga tanto ruido por la escalera.

—Sí, señor —contestó Savage palideciendo.

Hornblower estaba contento de sí mismo y se rascó la barbilla como para felicitarse por aquella ocurrencia. Bebió todavía otro sorbo de café, pero no se sintió con ánimos para terminar la galleta. Para retardar aun más su salida, permaneció un momento en el camarote, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

Oía la voz de barítono del joven Clay sonar desde lo alto del palo mayor; sin duda, Gerard le había enviado allí con un catalejo.

—Me parece divisar una montaña con fuego en la cima, teniente... Dos montañas... ¡Son volcanes, teniente!

De pronto, Hornblower pensó en el mapa que tantas veces había consultado en la soledad de su camarote. Toda aquella costa se hallaba sembrada de volcanes. La presencia de dos de ellos a babor no constituía una indicación segura de la posición de la fragata *Lydia*. Sin embargo... Sin embargo, la entrada del golfo de Fonseca se caracterizaba, indudablemente, por dos volcanes a babor. Era posible entonces que, después de diez meses de navegación, hubiesen llegado, al fin, a aquella tierra a cuyo encuentro se dirigían. Hornblower ya no pudo permanecer sentado más tiempo. Se levantó y, recordando apenas que debía aparecer ante sus subordinados aparentando calma y con aire despreocupado e indiferente, subió a cubierta.

## CAPÍTULO 2



En el alcázar estaban los oficiales, los cuatro tenientes, Crystal, el oficial de derrota, Simmonds, de los infantes de Marina, Wood, el sobrecargo de a bordo, y los jóvenes guardiamarinas. Las jarcias hormigueaban de suboficiales y marinería y todos los catalejos de que disponía el buque se utilizaban en aquel momento. Hornblower se dio cuenta inmediatamente de que un jefe riguroso y amante de la disciplina no podía tolerar aquel estado de cosas que, por lo demás, se hallaba perfectamente de acuerdo con las circunstancias, y se dispuso, por lo tanto, a obrar en consecuencia.

—¿Qué sucede aquí? —vociferó—. ¿Es que nadie tiene nada que hacer en este buque? ¡Señor Wood! Haría usted bien en llamar inmediatamente al tonelero para llenar los barriles de agua... ¡Teniente Gerard! Mande recoger los sobrejuanetes y las alas.

Sonaron inmediatamente los silbatos cursando las órdenes y poco a poco la nave recuperó su acostumbrado trajín. Harrison gritó: «¡Todos los marineros a arrizar las velas!», y Gerard, desde el castillo de popa, dirigió la maniobra. La fragata comenzó a navegar suavemente con marejada de aleta.

—Capitán, me parece ver el humo desde aquí —exclamó Gerard, abordando de nuevo, y en tono de excusa, el tema de la tierra divisada. Y, señalando hacia adelante, le ofreció el catalejo. Hornblower vio en la línea del horizonte una masa gris bajo un penacho blanco que muy bien podía ser humo.

—¡Hum! —gruñó a modo de comentario, según la costumbre que había establecido. Y de pronto decidió encaramarse a las jarcias del trinquete de barlovento. Como no era un gimnasta, la tarea le inspiraba cierta aversión, pero no podía evitarla. Sintió la desagradable impresión de que le estaban mirando todos los que no tenían un trabajo que requiriera demasiada atención, y esto, moralmente, le obligaba, aunque iba cargado con el catalejo, a evitar ir por la boca de lobo y tomar, por el contrario, el camino más difícil por las arraigadas. Tampoco podía detenerse para tomar aliento, pues le contemplaban sus guardiamarinas, quienes, cuando tenían que trepar desde la bodega hasta la galleta del sobrejuanete, recorrían el peligroso camino de una tirada.

Era penoso subir a fuerza de brazos hasta el extremo de los obenques del juanete de proa. Hornblower llegó jadeante hasta la punta del mastelerillo de proa y, con la intención de apuntar con toda perfección el catalejo, se acomodó en la cofa tanto como se lo permitieron su pecho, que se hinchaba y deshinchaba como un fuelle, y su repentino nerviosismo. A pocos metros de él se hallaba Clay montado a horcajadas sobre un palo, muy desenvuelto, pero Hornblower no le miró. El leve balanceo de la

*Lydia* movía el trinquete en amplios círculos, elevándolo o inclinándolo sobre las olas. Al principio no consiguió sino un momento ver las lejanas montañas, pero al poco rato pudo fijar sobre ellas el anteojo. Así se reveló a sus ojos un singular paisaje. Descubrió los agudos vértices de dos volcanes gemelos; dos muy altos a babor y otros más pequeños a estribor y a popa. Vio que una columna de humo salía de uno de los picos, pero no de su vértice, sino de un boquete practicado en uno de sus flancos, columna que ascendía perezosamente hasta perderse en la masa de nubes blanquecinas situadas sobre el cráter. Aparte de aquellos conos, se veía una cadena montañosa, de la cual los volcanes eran una especie de contrafuertes, por cuanto ella misma parecía estar formada por una hilera de antiguos volcanes truncados y apagados a lo largo del tiempo. Cuando estaban todos en actividad, aquel pedazo de costa debió de ser un lugar dantesco. El pico de la montaña y los de los volcanes parecían de un color gris rosado, y por debajo de ellos se veían masas de color verde, sin duda zonas forestales extendidas por los flancos montañosos. Hornblower calculó aproximadamente la altura de aquellas montañas y su posición, y con tales datos trazó mentalmente un plano que confrontó con la sección correspondiente del mapa que constantemente tenía en la memoria. La semejanza no ofrecía duda.

—Si no me engaño, capitán, allí hay una cadena de rompientes —dijo Clay.

Hornblower dirigió la mirada desde los picos a los pies de éstos. Vio una muralla verde sólo interrumpida en algunos puntos por varios volcanes más pequeños. Hornblower siguió íntegramente con el catalejo el dibujo de los bosques, hasta verlos perderse en el horizonte; luego dirigió el anteojo al lugar donde le había parecido ver una pequeña mancha blanca. La buscó durante un momento, no tardando en encontrarla. Era un punto blanco y diminuto que, alternativamente, aparecía y desaparecía.

—¡Justamente! Aquello es espuma —exclamó, e inmediatamente se arrepintió de haber hablado. No había necesidad alguna de contestar a Clay. Aquella pequeñez menguaría su reputación de impasibilidad.

Manteniendo con regularidad su ruta, la *Lydia* se acercaba a la costa. Casi a nivel del mar, Hornblower veía las figuras ridiculamente achaparradas de los hombres que se movían en el castillo de proa a ciento cuarenta pies por debajo, y las ondas que corrían a ambos lados del buque indicaban que éste avanzaba a razón de cuatro nudos, o poco menos. Con tal de que a medida que transcurriese el día se acrecentase la fuerza del viento, como era de esperar, avistarían las primeras playas al anoecer. Hornblower se movió un poco, con objeto de aliviar la incomodidad que la violencia de la postura le producía, y volvió a mirar de nuevo hacia la playa. Veía surgir nuevos escollos del lugar donde había visto los primeros. Tenía que existir allí un paraje donde las olas se estrellaban contra un acantilado; por eso saltaba la espuma a tanta altura. En Hornblower se afirmó la convicción de haber conseguido recalar en el

lugar exacto. Tras el acantilado se extendía una amplia sábana de agua, libre de escollos, hasta el horizonte y, luego, dos volcanes de regular altura, una enorme bahía, a cuya entrada podían verse una isla desierta, y dos volcanes a los lados. Exactamente así aparecía en el mapa el golfo de Fonseca. Sin embargo, Hornblower sabía perfectamente que un ligero error de cálculo, por leve que hubiera sido, habría podido arrastrarle a doscientas millas de donde creía estar. En una costa semejante, llena toda ella de volcanes, era fácil que muchos lugares se pareciesen lo bastante para no mostrar señaladas diferencias. La vista de una bahía con una isla situada a su entrada podía inducir a error, dada la configuración de la costa. Además, ¿cómo fiarse de los mapas? El suyo había sido dibujado teniendo por modelo aquel que Anson había capturado en aquellas mismas aguas, sesenta años antes. Todos sabían lo que eran aquellas cartas náuticas hispanas, revisadas, además, por los dibujantes del Almirantazgo, lo cual las hacía muy poco fiables.

Pero observando detenidamente la costa, al menos en parte, se desvanecieron sus dudas. La bahía que se mostraba a sus ojos era amplísima; no era posible que existiera otra de tales proporciones y que hubiese escapado a la atención y competencia de los cartógrafos, aun los hispanos. A simple vista, Hornblower calculó que la entrada de la bahía tendría unas diez millas, o tal vez más, comprendiendo las islas. Allí donde la bahía terminaba se veía una isla una muy grande, con la típica configuración de aquel paisaje; una especie de cono truncado que se elevaba bruscamente sobre el nivel del mar. Tampoco ahora podía Hornblower distinguir el final de la bahía, a pesar de haberse acercado a ella unas diez millas.

—Señor Clay —exclamó, sin dignarse separar la mirada del catalejo—. Puede bajar ahora. Salude de mi parte al teniente Gerard y dígame que mande a los hombres a cenar.

—Sí, señor —contestó Clay.

La tripulación sospecharía algún insólito acontecimiento viendo adelantar la cena media hora. En las naves británicas, los oficiales cuidaban siempre de que la marinería tuviese constantemente el estómago lleno cuando tenían que encargarles trabajos más penosos que los de costumbre.

Hornblower volvió a entregarse a sus observaciones. Ya no había duda: la *Lydia* se internaba a toda vela en el golfo de Fonseca. El haberla dirigido hasta allí al cabo de siete meses de navegación, sin haber visto otra tierra que no fuera la que ahora tenían ante sus ojos, era una magnífica empresa marinera de la que cualquiera podía sentirse orgulloso. Pero Hornblower no sentía entusiasmo alguno. Correspondía a su modo de ser no encontrar satisfacciones particulares en cosas que sabía que podía llevar a cabo. Su ambición anhelaba continuamente lo imposible y, sobre todo, deseaba ser un hombre fuerte, taciturno y capaz de cumplir lo que se propusiera, mostrándose impasible frente a cualquier emoción.

Por el momento el golfo no daba señales de vida. Ni se veían embarcaciones ni rastros de humo. Aquél podría ser un lugar desierto y Hornblower un nuevo Colón. Aún era necesario dejar transcurrir una hora antes de entrar en acción. Hornblower plegó su antejo, bajó de nuevo al puente y, con estudiada lentitud, se dirigió al alcázar.

Apoyados en la amura, Crystal y Gerard discutían animadamente. Era fácil comprender que se habían apartado de los oídos del timonel, después de haber enviado al guardiamarina tan lejos como les había sido posible. En la forma de mirar al capitán cuando se acercó a ellos se veía que éste era el motivo de su conversación. Era lógico que estuviesen contentos. La *Lydia* era la primera nave inglesa que llegaba a las costas hispanoamericanas del Pacífico desde los tiempos de Anson. Las aguas en que se hallaban eran surcadas por el famoso galeón de Acapulco, que cada año proporcionaba al Tesoro español la fabulosa cantidad de un millón de libras en oro. También a lo largo de aquellas mismas playas pasaban las galeazas que transportaban la plata del Potosí a Panamá. Parecía como si la fortuna de todos los hombres de a bordo estuviera ya asegurada..., siempre, claro está, que lo permitiesen aquellas órdenes que solamente el capitán conocía. Lo que desde ese momento en adelante pensaba hacer Hornblower era de vital importancia para la tripulación.

—Gerard, mande al mastelerillo de proa, con un buen antejo, a alguien de confianza —fue todo cuanto dijo Hornblower, en tanto se disponía a descender al castillo.

## CAPÍTULO 3



Polwheal tenía dispuesta la comida en el camarote de popa, y Hornblower, al verla, pensó qué clase de apetito podía inspirar, al mediodía y en el trópico, un plato de tocino salado. No sentía el más mínimo deseo de comer, pero el deseo de aparecer heroico a ojos de su asistente le ayudó a dominar la inapetencia que aumentaba su agitación.

Se sentó y durante diez minutos se esforzó en tragar los bocados que apresuradamente masticaba. Polwheal seguía con ansiedad los gestos y ademanes del capitán. Bajo sus vigilantes miradas, Hornblower se levantó apenas terminada su comida; con la cabeza inclinada para no tropezar con el techo, pasó a su camarote y abrió uno de los cajones de su escritorio, cuidadosamente cerrado con llave.

—¡Polwheal! —llamó—. Sácame la mejor casaca que tenga y ponle las charreteras nuevas; los pantalones blancos limpios..., no, los calzones cortos y medias de seda blancas, las mejores que veas; los zapatos con hebillas y cuida de que éstas estén bien brillantes. Límpiame, además, la espada con puño de oro.

—Sí, señor —contestó Polwheal.

Vuelto a su camarote de popa, Hornblower se inclinó ante el ventano y, por centésima vez, examinó las órdenes secretas que había recibido del Almirantazgo. Las había leído ya tantas veces que se las sabía de memoria; pero debía cerciorarse de que había comprendido bien todas las palabras. En conciencia hay que decir que eran bastante extensas. El anónimo funcionario que las había escrito había dado rienda suelta a su imaginación al redactar. Los primeros diez párrafos se referían únicamente al viaje efectuado hasta el preciso instante en que se hallaba leyendo. Sobre todo, era necesario obrar con la mayor cautela. Ningún indicio, por leve que fuera, debía mostrar a los españoles que una fragata inglesa se acercaba a sus posesiones del Pacífico, «por lo cual se le ordena y se exige de usted que se acerque lo menos posible a la vista de tierra durante el viaje», y «del modo más formal se le prohíbe» acercarse a tierra alguna del Pacífico, hasta haber alcanzado la entrada del golfo de Fonseca. Pocos eran los capitanes en servicio que se encontrasen en estado de cumplimentar tales órdenes. Sin embargo, Hornblower las había respetado al pie de la letra. Había conducido su nave desde Inglaterra, sin ver más tierra que una leve sombra del Cabo de Hornos, y si hubiese permitido a *Crystal* obrar por su cuenta y riesgo, y según sus intenciones, la *Lydia* habría fondeado una semana antes en el golfo de Panamá, dando al traste con todo el secreto.

Hornblower se distrajo de sus pensamientos al considerar las variaciones de la brújula, que habían de tenerse muy en cuenta en aquellos mares. Trató de

concentrarse en un detenido examen de las órdenes recibidas. «Por lo cual se le ordena y se exige a usted» aliarse con don Julián Alvarado, un terrateniente poseedor de grandes extensiones de tierra a lo largo de la playa occidental de la bahía. Este don Julián había tenido intención de sublevarse contra la monarquía española con la ayuda de los ingleses. Hornblower tenía la misión de entregarle quinientos mosquetes con sus correspondientes bayonetas, quinientas cartucheras y un millón de cartuchos que había embarcado en Portsmouth. Además, era deber suyo hacer cuanto, según su criterio, contribuyera al buen éxito de la rebelión. Si lo consideraba necesario, podía ceder a los rebeldes uno o varios cañones de a bordo; pero las cincuenta mil guineas que tenía en depósito no debía gastarlas —so pena que se le instruyera consejo de guerra—, sino en el caso en que comprendiese que la sublevación estaba a punto de fracasar. Por todos los medios imaginables debía ayudar a los rebeldes, reconociendo incluso el dominio de Alvarado sobre los territorios que conquistara, siempre que éste consintiera en firmar tratados comerciales con Su Majestad Británica.

Aquella alusión a los tratados comerciales había inspirado, indudablemente, al desconocido funcionario del Almirantazgo, porque los diez párrafos siguientes estaban llenos de pormenores sobre la urgente necesidad de abrir las posesiones españolas al comercio de Gran Bretaña. Bálsamos y preciosas maderas del Perú, oro y cochinilla, esperaban el momento del intercambio con los productos de manufactura inglesa. La pluma del funcionario se hacía ágil describiendo todo aquello con una hermosa letra redondilla. Cerca de donde se encontraba el capitán se hallaba un brazo de la bahía de Fonseca, llamada, salvo error, Estero Real, que se adentraba hasta muy cerca del lago interior de Managua, el cual se creía comunicaba con el de Nicaragua, que, a su vez, por medio del río San Juan, desembocaba en el mar Caribe. Al capitán Hornblower se le ordenaba y exigía que hiciera cuanto pudiese para abrir esa vía de comunicación que atravesaba el istmo al comercio británico. A él correspondía dirigir en este sentido los esfuerzos de don Julián.

Una vez triunfante la rebelión de don Julián, y sólo entonces, se autorizaba al capitán Hornblower a atacar a aquellos navíos empleados en el transporte de metales preciosos que encontrase en el Pacífico, pero ningún buque debía ser hostilizado por él si eso perjudicaba a los habitantes del lugar que hubieran podido mostrarse dispuestos a secundar la rebelión. Para particular información del capitán Hornblower, se hacía constar que se suponía que España tenía en aquellas aguas un navío de dos puentes armado con cincuenta cañones, llamado *Natividad*, a fin de mantener y robustecer la autoridad real. Al capitán Hornblower se le ordenaba y se le exigía que capturase, hundiese, incendiase o destruyese el citado buque en la primera ocasión que se le presentara.

Por último, se ordenaba al capitán Hornblower que se pusiera en contacto, en cuanto le fuera posible, con el contraalmirante, comandante de la plaza de las islas de

Sotavento, con el objeto de recibir ulteriores órdenes.

El capitán Hornblower dobló los mapas y se abismó en sus meditaciones. Aquellas órdenes tan imposibles y quijotescas como podía esperar un capitán de marina en servicio. Sólo un hombre que no había salido jamás de su despacho podía dar la orden de navegar hasta el golfo de Fonseca sin avistar tierra en toda la extensión del océano Pacífico, y solamente una serie de milagros —Hornblower no creía que se debiese a su sangre fría ni a su habilidad de marino— habían podido conseguir que se cumplieran aquellas órdenes punto por punto. El sueño del gobierno inglés era fomentar una rebelión en el seno de las colonias españolas de América, y este sueño se convertía en una pesadilla para aquellos oficiales ingleses destinados a hacerlo realidad. Los almirantes Popham y Stirling, y los generales Beresford y Whitelocke, habían perdido en los últimos tres años honor y reputación en sus repetidos esfuerzos por fomentar la rebelión en el Río de la Plata.

Asimismo, abrir un canal para el comercio británico, a través del istmo de Darién, había sido otro sueño largamente acariciado por los funcionarios del Almirantazgo, acostumbrados a verse ante mapas geográficos de reducidas dimensiones, pero desprovistos completamente de experiencia práctica de todo y para todo. Treinta años atrás, el propio Nelson, entonces un joven capitán, por poco pierde la vida al mando de una expedición dirigida al mismo río de San Juan, río que Hornblower, según las órdenes recibidas, había de explorar desde sus orígenes hasta el estuario.

Y como remate final de todo ello, a título de información, aludían las órdenes a la presencia en aquellas aguas de una nave enemiga que tenía nada menos que cincuenta cañones. Eso de mandar con tanta ligereza una fragata de treinta y seis cañones a enfrentarse con un enemigo casi dos veces superior, era muy propio del Almirantazgo. La marina inglesa había sido tan afortunada hasta entonces, saliendo victoriosa de singulares duelos durante las últimas guerras, que creía que sus naves eran invencibles en todo riesgo y ocasión, por grande que fuese la desproporción de fuerzas. Y como el *Natividad* consiguiera vencer a la *Lydia*, no podría encontrarse disculpa de ninguna clase para hacerse perdonar la derrota. La carrera de Hornblower quedaría deshecha, y si el inevitable consejo de guerra no le arruinaba totalmente, habría de languidecer durante todo el tiempo que le quedase de vida sujeto a media paga. Si no tenía éxito fomentando la rebelión, si no conseguía llevar a efecto la captura o derrota de el *Natividad*, si no podía abrir el istmo al comercio, aquello representaría para Hornblower la pérdida de reputación y empleo, y también la amargura de presentarse ante su esposa, a su regreso, en las condiciones de un hombre destinado a ser un inferior para siempre a ojos de sus compañeros de promoción.

Después de observar todas estas desagradables perspectivas, Hornblower las apartó de sí con un ademán de resuelto optimismo. Lo primero que debía hacer ahora

era establecer contacto con aquel don Julián Alvarado. Al parecer, esto no costaría demasiado trabajo ni ofrecería grandes dificultades. Tal vez luego pudiese dedicarse a la busca y captura de galeones llenos de tesoros y con un rico botín que conquistar. Pero por ahora era inútil ocuparse del porvenir, y Hornblower se levantó y regresó al camarote.

Diez minutos más tarde subió al castillo de popa. Con sardónica complacencia vio cómo los oficiales aparentaban, aunque bastante mal, no darse cuenta de su ostentoso atavío: la casaca con las charreteras, los calzones de seda, los zapatos con hebillas de acero y la espada con empuñadura de oro.

Hornblower dirigió una mirada a la costa, a la que el buque se acercaba rápidamente.

—¡Todos a sus puestos, señor Bush! —ordenó—. ¡Zafarrancho de combate!

El ruido de los tambores provocó una repentina actividad. Los de la guardia acudieron desordenadamente, apremiados por los suboficiales, que gritaban y no vacilaban en repartir algunos golpes. Como un solo hombre, toda la tripulación se entregó a la tarea de preparar el zafarrancho de combate. La cubierta se baldeó y se enarenó seguidamente. Se quitaron los mamparos. Los encargados de las bombas de incendios ocuparon sus puestos. Jadeantes, los grumetes corrían de un lado a otro, transportando las municiones. Bajo cubierta, el sobrecargo, a quien se habían confiado las obligaciones de cirujano, tenía en la enfermería todos los baúles de los guardiamarinas, improvisando con ellos una mesa de operaciones.

—Señor Bush, por favor, cargue y saque los cañones —dijo Hornblower.

Esto no era más que una razonable precaución, por cuanto el viento empujaba a la fragata a territorio español. Los artilleros abrían las escotillas y se colgaban rabiosamente de las cabrias para sacar afuera los cañones; los cargaban luego, bajaban las bocas y dejaban las piezas dispuestas para el tiro ante las compuertas abiertas.

—¡Zafarrancho de combate listo! Diez minutos veinte segundos, señor —anunció Bush, mientras se apagaba el último eco del ajeteo. No sabía aún si todo aquello era una simple maniobra o algo más serio; y el dejarlo sin explicación cosquilleaba la vanidad de Hornblower.

—Perfectamente, señor Bush. Ordene a un hombre que sepa su obligación que vaya con la sonda a proa y disponga los aparejos para anclar.

La potencia del viento aumentaba por instantes, acreciendo por grados la velocidad de la lluvia. Desde la toldilla de popa, Hornblower observaba con el catalejo todos los pormenores de la entrada en la bahía y la larga manga occidental situada entre la isla de Conchaquita y las tierras de poniente; y este canal, que en las cartas náuticas registraba cinco millas al interior, medía una profundidad de cuarenta metros. Pero no había que fiarse de aquellos mapas.

—¿Qué ocurre con las cadenas? —gritó Hornblower.

—La sonda no toca fondo, capitán.

—¿Cuántas brazas? Utilizad la sonda más larga.

—Sí, señor.

Pareció caer sobre el buque un silencio de muerte, roto tan sólo por los silbidos eternos del viento entre el cordaje y el chapoteo del agua en la popa.

—No se toca fondo a menos de cien brazas, capitán.

La costa debía de ser muy accidentada, porque sólo se hallaban a dos millas de tierra. Pero no era cosa de arriesgarse a encallar teniendo todas las velas desplegadas.

—Mantened las velas bajas —ordenó Hornblower—, y seguid con la sonda.

La *Lydia* se acercaba a tierra utilizando solamente las velas de gavia. Del lugar donde se hallaban las cadenas llegó un grito anunciando que se había tocado fondo a cien brazas, y cada vez que se arrojaba de nuevo la sonda disminuía la profundidad. Hornblower hubiese deseado saber la importancia de la marea en aquel lugar. De encallar, sería mejor durante la marea alta; pero no había modo de poder calcular eso. Para observar mejor la maniobra, subió hasta la mitad de la obencadura del palo de mesana. Todos los demás hombres, excepto el que manejaba la sonda, permanecían rígidos y envarados bajo los cegadores rayos del sol. Se encontraban casi a la entrada del canal. Hornblower vio un tronco que flotaba a la deriva, no lejos de la *Lydia*, y siguiendo su rumbo con el catalejo observó que se dirigía a la bahía. Esto indicaba que crecía la marea. Mejor que mejor.

—Dieciocho brazas... —cantó el hombre de la sonda.

El mapa español indicaba una profundidad de veinte.

—Diecisiete...

La profundidad del canal disminuía rápidamente. De seguir así, se verían obligados a anclar.

—Diecisiete...

Aun había bastante profundidad. Hornblower gritó una orden al timonel, y la *Lydia* giró suavemente a estribor.

—Diecisiete...

Todo iba perfectamente. La nave continuó en la misma ruta.

—Catorce brazas...

Una nueva orden de Hornblower adentró un poco más a la *Lydia*. Bush, calmamente, ordenó a los marineros que bracearan las vergas en el nuevo rumbo.

—Diecisiete... Dieciocho...

La fragata desembocaba ya en la bahía, y Hornblower podía advertir que continuaba subiendo la marea. Lentamente, la nave resbalaba sobre las cristalinas aguas, medidas por la monótona cantinela del hombre de la sonda y acercándose cada vez más a la muerta montaña cónica que se hallaba en el centro de la bahía.

—Quince y media... —gritó el marinero de la sonda.

—¿Están preparadas las anclas? —preguntó Hornblower.

—Enteramente, capitán.

—Catorce...

De nada serviría aventurarse más.

—Echad las anclas.

Chirriaron los cables al descender, mientras los hombres se apresuraban a aferrar las velas de gavia. La *Lydia* giró a impulsos del viento y de la marea. Hornblower descendió al alcázar.

Bush le contemplaba asombrado, como si se tratara de un hombre capaz de realizar milagros. Hacía siete semanas que habían avistado el cabo de Hornos, y, desde entonces, el capitán había conducido a la *Lydia* en línea recta hacia su punto de destino. Habían llegado a primeras horas de la tarde favorecidos por una buena brisa y por la marea alta, que ayudaba la entrada de la nave; y si el sitio resultaba poco seguro, pronto, a la caída del sol, con la marea baja y el viento de tierra, podrían salir de la bahía. Bush no hubiese sabido nunca distinguir en sus pensamientos cuánto había de cálculo en todo aquello y cuánto de azar; pero como apreciaba los méritos profesionales de su capitán mucho más que el mismo Hornblower, se sentía inclinado a concederle mayor crédito del que en realidad merecía.

—Señor Bush, mantenga la guardia del puente —ordenó Hornblower—. Despache la de abajo.

Hallándose el buque a una milla de distancia de un posible peligro y despejada la cubierta para la maniobra, no era necesario mantener a todos los hombres en sus puestos. Un animado rumor de buen augurio se propagó a bordo, mientras se amontonaban los hombres en el parapeto para contemplar aquella nueva tierra llena de selvas verdes y rocas grises. Pero Hornblower dudaba sobre lo que tenía que hacer a continuación. La emoción de llevar su barco hasta un puerto desconocido había impedido que, como de costumbre, tuviera ya cuidadosamente planeado su siguiente paso. Le estremeció un grito del vigía.

—¡Atención! ¡Se separa una barca de la orilla! ¡A dos puntos por el través de estribor!

Una doble mancha blanca avanzaba en dirección a la *Lydia*. El catalejo de Hornblower distinguió paulatinamente una embarcación provista de dos velas latinas, tripulada por media docena de hombres de oscura tez tocados con anchos sombreros de paja. A un centenar de metros, alguien se puso de pie en la popa y, colocándose las manos en la boca en forma de bocina, gritó en español:

—¿Buque inglés?

—Sí. Subid a bordo —contestó Hornblower.

Dos años como prisionero de los españoles habían dado ocasión de aprender su

idioma, y hacía tiempo que el capitán había pensado que únicamente gracias a ese conocimiento se debía el que le hubiesen elegido a él para desempeñar aquella misión especial.

Se colocó la barca al costado de la nave y el hombre que había hablado primero subió ágilmente por la escala. Cuando saltó a bordo, se detuvo un momento para observar con cierta curiosidad la immaculada limpieza de la cubierta y el orden irreprochable que reinaba en ella. Vestía un chaleco negro, recamado de oro, sobre una sucia camisa blanca, y sobre las rodillas se deshilachaban unos blancos calzones. Iba descalzo, y de la colorada faja que le ceñía la cintura pendían dos pistolas y una pequeña espada. Aunque parecía hablar bien el español, no tenía aspecto de serlo. Los negríssimos cabellos que le caían hasta las orejas eran muy largos, pero ralos y sin brillo. Había una sombra rojiza en su bronceada piel y un ligero tinte amarillento en el blanco de los ojos. Largos y finos mostachos le caían sobre los labios. De inmediato, tropezó su mirada con el capitán, resplandeciente con su casaca con charreteras y su tricornio. Entonces se adelantó hacia él. Precisamente en previsión de un encuentro semejante Hornblower se había puesto de punta en blanco y se sentía ahora muy satisfecho de su prudencia.

—¿Es usted el capitán, señor? —le preguntó el recién llegado.

—Sí, soy el capitán Hornblower, de la fragata *Lydia*, de Su Majestad Británica, para servirle. ¿A quién tengo el honor de dar la bienvenida?

—Manuel Hernández, lugarteniente del Supremo.

—¿El Supremo? —preguntó Hornblower sorprendido.

Esa palabra española era algo difícil de traducir al inglés. Quizá lo mejor sería algo así como «El Todopoderoso».

—En efecto, del Supremo. Le esperábamos aquí hace ya cuatro o seis meses.

Hornblower calculaba con rapidez. No quería arriesgarse a comunicar el motivo de su llegada a quien no le pareciese lo bastante autorizado para saberlo. Pero el hecho de que aquel hombre supiese que se le esperaba parecía indicar que fuera uno de los conjurados de don Julián Alvarado.

—No es precisamente al Supremo a quien tengo orden de dirigirme.

Hernández reprimió un movimiento de impaciencia.

—Nuestro señor el Supremo era conocido entre los hombres como Su Excelencia don Julián María de Jesús de Alvarado y Moctezuma —dijo.

—¡Ah! Es a don Julián a quien tengo deseos de ver.

—El Supremo —repuso su interlocutor subrayando estas palabras— me ha comisionado para llevarle a su presencia.

—¿Dónde está?

—En su casa.

—¿Y dónde está su casa?

—Capitán, el Supremo espera que vaya a presentarle sus respetos, y creo que esto es suficiente.

—¿Usted cree? Sería conveniente que tuvieras en cuenta, señor, que el capitán de un buque de guerra no acostumbra a ponerse a las órdenes de cualquiera. Puede marcharse, si así lo desea, y comunicar a don Julián cuanto acabo de decirle.

La expresión del rostro de Hornblower indicaba que daba por terminada la conversación. Hernández pareció por un instante ser víctima de encontrados sentimientos, pero se veía que la perspectiva de regresar ante su amo sin llevar al capitán consigo no le entusiasmaba demasiado.

—La casa está allí —dijo finalmente con enfado, señalando más allá de la bahía—, en las estribaciones del monte. Para llegar a ella hemos de atravesar la ciudad que oculta ese promontorio.

—Entonces, iré. Perdóneme un momento, general.

Hornblower se volvió hacia Bush, que permanecía cerca de ellos, con expresión entre admirada y divertida, como sucede siempre que se oye a un compatriota hablar con fluidez un idioma que no es el suyo.

—Señor Bush —dijo el capitán—, voy a bajar a tierra. Espero estar pronto de regreso, pero si así no fuera, si a medianoche no hubiera vuelto todavía ni hubiera recibido noticias mías por escrito, deberá tomar las medidas convenientes para la seguridad de la fragata. Aquí está la llave de mi escritorio. Le autorizo para leer a medianoche las órdenes secretas que me dio el gobierno y para obrar luego en consecuencia como mejor le parezca.

—Sí, señor —contestó el primer oficial. Brillaba la emoción en sus ojos. Hornblower, con cierta leve satisfacción, se dio cuenta de que Bush se quedaba muy preocupado por la suerte que pudiera correr su capitán—. ¿Cree prudente bajar solo a tierra, señor?

—No lo sé —dijo Hornblower con verdadera indiferencia—. Lo cierto es que debo bajar; eso es todo.

—Si se mete en un atolladero, iremos a sacarle, capitán.

—Antes que nada, pensará usted en la *Lydia* —ordenó Hornblower ásperamente. En su imaginación veía a Bush recorrer a ciegas las selvas americanas acompañado de un grupo de marinos, aquellas selvas de América Central infectadas por las fiebres. Luego se volvió a Hernández y le dijo—: Estoy a su disposición, señor.

## CAPÍTULO 4



Suavemente, la barca se detuvo sobre la playa de doradas arenas que circundaba una de las puntas de la bahía; los remeros de tez cobriza saltaron de ella y la arrastraron luego, internándola en un lugar desde donde Hornblower miró a su alrededor con curiosidad. Se extendía la población hasta la orilla: un centenar de cabañas de hojas de palma, entre las cuales se veían algunas cubiertas de tejas. Hernández comenzó a andar en aquella dirección.

—¡Agua! ¡Agua! —imploró, cerca de allí, una voz ronca—. ¡Agua, por el amor de Dios! ¡Agua!

Atado a un poste de un par de metros, al borde del angosto camino, había un hombre; tenía las manos libres y agitaba frenéticamente los brazos. Sus ojos estaban tan abiertos que parecían querer salirse de sus órbitas; su lengua era enorme, como la de un idiota. Una bandada de buitres revoloteaba en torno suyo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Hornblower con disgusto.

—Es un hombre a quien el Supremo ha condenado a morir de sed —contestó Hernández—. Uno de los no iluminados.

—¿Y lo torturan hasta la muerte?

—Hoy es el segundo día. Morirá mañana en cuanto el sol del mediodía brille sobre su cabeza —dijo Hernández, indiferente—. Sucede siempre así.

—Pero, ¿qué crimen ha cometido?

—Ya se lo he dicho, capitán. No es un iluminado.

Hornblower resistió la tentación de averiguar quiénes eran los iluminados. Pero se lo hacía suponer el hecho de que Alvarado hubiese creído conveniente tomar para sí el adjetivo de «Supremo». Dejando atrás al desdichado sin protestar siquiera, tuvo la debilidad de seguir a Hernández, convencido, por lo demás, de que ninguna demostración por su parte hubiese tenido poder para revocar las órdenes dadas por el Supremo, y una inútil protesta serviría tan sólo para menoscabar su prestigio. Para obrar era preferible esperar a encontrarse frente a frente con el jefe.

Un dédalo de callejuelas embarradas, sucias y malolientes se extendía entre las cabañas de palma. Los buitres, posados sobre los tejados, graznaban a los perros sarnosos que atravesaban las calles. Los indios, sin hacer caso del infeliz que se moría de sed a pocos pasos, se entregaban de lleno a sus quehaceres. Todos, como Hernández, eran, poco más o menos, de piel oscura y algo rojiza. Los niños corrían desnudos de un lado a otro; las mujeres vestían de negro o de un blanco deslucido; los pocos hombres que se veían se cubrían con un calzón blanco, corto hasta la rodilla, desnudos hasta la cintura. Según parecía, la mitad de las chozas eran tiendas;

abiertas por delante, exponían algunos frutos o media docena de huevos. En uno de los puestos, una mujer, envuelta en un negro paño, regateaba antes de comprar.

En la plazoleta que se abría en el centro de la aldea, unos caballos de corta alzada, atados a unos postes, luchaban a brazo partido con las moscas. Apresuradamente, los hombres que escoltaban a Hernández desataron dos de ellos y los sujetaron por la brida para montarlos.

Para Hornblower fue un mal momento; no era buen jinete y lo sabía; además, se había puesto sus mejores calzones de seda y se daba cuenta de que montado, con su tricornio y su espada, no tendría un aspecto muy arrogante que digamos. Pero no podía eludirlo. Se veía tan a las claras que los demás esperaban que montase, que no tuvo más remedio que hacerlo. Introdujo el pie en el estribo y saltó sobre la silla. Respiró aliviado al descubrir que el caballito era tranquilo y dócil, y con cierto sobresalto se decidió a trotar al lado de Hernández. El sudor le corría por el semblante y, frecuentemente, tenía que echar mano al tricornio para que no se le escapara. El empinado camino, que, serpenteando, ceñía la colina fuera de la aldea, apenas bastaba a un solo jinete, por lo que Hernández, con caballeresco ademán, se limitó a preceder a su huésped. Los hombres de la escolta les seguían a cincuenta metros.

En el sendero, abierto entre árboles y matorrales, reinaba un calor opresivo. Zumbaban los insectos y picaban hasta hacer brotar sangre. A media milla del pueblo la comitiva encontró a algunos centinelas que, torpemente, se pusieron en guardia. Más adelante aparecieron otros hombres como aquél que Hornblower había visto atado al poste, muriéndose de sed. Dos o tres eran ya cadáveres y se habían convertido en fétidas masas descompuestas, envueltas en nubes de moscas que, al pasar los caballos, zumbaban enfurecidas. El hedor era sofocante; algunos buitres, ahitos de carroña, con sus horribles cuellos desplumados, y demasiado hartos para levantar el vuelo, huyeron torpemente, bamboleándose, ante los caballos, escondiéndose entre los árboles.

Hornblower estuvo a punto de dejar escapar un: «¿Otros no iluminados, general?», pero se dio cuenta de la inutilidad de su comentario. Mejor era callar que hablar sin provecho. Cabalgando en silencio entre el hedor y las moscas, intentaba comprender la mentalidad de aquel hombre que permitía la presencia de aquellos cadáveres putrefactos hasta casi la propia puerta de su casa.

Ascendía el sendero por uno de los contrafuertes de la montaña y, por un instante, Hornblower pudo ver, abajo, toda la bahía, de oro, plata y azul, a la luz del sol, próximo a su ocaso, y a la *Lydia* meciéndose sobre las aguas. Luego, de pronto, y como por arte de encantamiento, el bosque se transformó en campos cultivados. Naranjos y otros árboles cargados de fruta bordeaban el camino, y por entre las ramas se distinguían campos de maduras mieses. El sol, que descendía con rapidez a

poniente, iluminaba los dorados frutos. En un recodo del sendero surgió un blanco edificio, de escasa altura, pero de muy vastas proporciones.

—La morada del Supremo —anunció Hernández.

Algunos siervos salieron al patio a hacerse cargo de los caballos, mientras Hornblower, desmontando torpemente, contemplaba los destrozos que el paseo había ocasionado en sus impecables medias de seda. Los siervos de mayor categoría que le guiaron al interior de la casa vestían trajes semejantes, en su rara mezcla de harapos y adornos, al de Hernández. Oro y escarlata en primer término, y luego, debajo, andrajos y pies desnudos. Uno, el más emperifollado, cuyas facciones acusaban una gran cantidad de sangre negra mezclada con la india y algunos rasgos remotos de antepasados de piel blanca, se acercó a ellos con preocupación.

—El Supremo lleva mucho tiempo esperando —dijo—. Por favor, sígame lo más rápidamente que pueda.

Casi corriendo pasó ante Hernández y Hornblower, y avanzó por un pasillo central hasta llegar a una puerta adornada con clavos de latón. Llamó, esperó un momento y volvió a llamar con más fuerza. Luego la abrió y se dobló en ángulo recto haciendo una reverencia. A un ademán de Hernández, Hornblower penetró en la estancia. Hernández le siguió y el mayordomo volvió a cerrar la puerta a sus espaldas. Se encontró en un gran salón rectangular, cuyas paredes habían sido cegadoramente albeadas; el techo estaba reforzado con grandes vigas de madera tallada y pintada. Al fondo, solitario en medio de aquella deslumbrante blancura, se hallaba un estrado de tres escalones; sobre él, sentado en una poltrona, bajo un baldaquino, se encontraba el hombre para hablar con el cual casi había dado Hornblower la vuelta al mundo.

Realmente, aquel hombrecillo de tez bronceada, agitado y nervioso, de ojillos negros y penetrantes y cabellos lacios, cuya negrura estaba sembrada de estrías grises, no parecía muy digno ni muy imponente. Era de creer, por su aspecto, que en su ascendencia europea había pocas gotas de sangre india. Vestía una casaca con entorchados, a la europea, chaleco blanco, calzón corto y, como los europeos también, medias blancas. Las hebillas de sus zapatos eran de oro. Hernández se inclinó ante él, haciendo una profunda reverencia.

—¡Ha tardado mucho tiempo en venir! —gruñó Alvarado—. Durante su ausencia han sido apaleados once hombres.

—¡Supremo! —gimió Hernández, cuyos dientes castañeteaban de terror—. El capitán ha venido en cuanto ha recibido su llamada.

Alvarado clavó su aguda mirada en Hornblower, que se inclinó ceremoniosamente. Tenía la sospecha de que los once hombres apaleados habían sufrido sin ninguna culpa a causa del tiempo que habían empleado los caballos en llegar desde la playa.

—Capitán Horatio Hornblower, de la fragata *Lydia*, de Su Majestad Británica, para servirle —dijo.

—¿Trae armas y municiones?

—Están a bordo del buque.

—Perfectamente. Póngase de acuerdo con el general Hernández para desembarcarlas.

Hornblower vio sin lastre a la *Lydia* y recordó a las trescientas ochenta bocas que tenía que alimentar... Además, como les sucede a todos los capitanes de Marina, la tierra firme comenzaba a malhumorarle y le parecía sentirse atado. Continuaría así, lleno de zozobra y descontento, hasta que la nave estuviera de nuevo avituallada y abastecida de agua, leña y todo lo necesario para dirigirse, si no de nuevo hasta Inglaterra, por lo menos hasta las Indias Occidentales o Santa Elena, dando la vuelta al cabo de Hornos.

—Nada podré entregarle, señor, hasta que mi buque no vea cubiertas sus necesidades.

Hernández dio un respingo. Parecía aterrado ante aquel regateo para cumplir las órdenes que daba el Supremo. Éste había fruncido el entrecejo. Por un momento pareció querer imponer a aquel extranjero, fuese como fuese, su despótica voluntad, pero sus facciones se aclararon de pronto. Evidentemente, se daba cuenta de que era una locura discutir con el recién llegado.

—Por supuesto —dijo—. Por favor, haga saber al general Hernández sus necesidades, y él proveerá.

Hornblower había tratado otras veces con oficiales españoles y conocía su habilidad para dejar incumplidas las más hermosas promesas, aplazándolas con astucia, dilación y engaño. Posiblemente aquéllos eran menos dignos de crédito todavía. Por eso decidió declarar acto seguido sus necesidades, en el mismo sitio en que más probabilidades había de que sus deseos, por lo menos en parte, se vieran satisfechos.

—Mañana temprano deberán ser llenados de agua mis barriles —dijo.

Hernández asintió.

—Existe una fuente cerca del lugar donde han desembarcado. Si quiere, le procuraré hombres para que les ayuden a transportarla.

—Gracias, pero no será necesario. Lo hará mi tripulación. Además del agua, necesito...

Mentalmente, Hornblower calculaba las múltiples necesidades de una fragata que llevaba siete meses de navegación.

—¿Qué, señor?

—Doscientos bueyes. Y en el caso de que sean flacos o pequeños, doscientos cincuenta. Quinientos cerdos, cien quintales de sal, cuarenta toneladas de pan, y, si no

hubiese modo de conseguir galleta, la cantidad equivalente de harina con los correspondientes hornos y leña necesarios para cocer el pan. El zumo de cuarenta mil limones, naranjas o limas; yo proporcionaré los envases. Diez toneladas de azúcar, cinco de tabaco, una de café. ¿Sus campos producen patatas? Entonces bastarán veinte toneladas.

La cara de Hernández se había ido alargando durante aquella impresionante enumeración.

—Pero, capitán... —se aventuró a protestar. Mas Hornblower le interrumpió.

—Además, para nuestras inmediatas necesidades, mientras permanezcamos aquí, preciso de cinco bueyes diarios, dos docenas de pollos, todos los huevos que se puedan encontrar y legumbres frescas suficientes para mi dotación.

Hornblower era, por naturaleza, el hombre más apacible del mundo, pero cualquier cosa referente a algo que pudiera faltar a su nave despertaba en él una firmeza inesperada y un valor rayano en la temeridad.

—¡Doscientos bueyes! —exclamó Hernández, palideciendo—. ¡Y quinientos cerdos!

—Exacto —respondió Hornblower, inexorable—. Quinientos cerdos gordos.

Intervino entonces el Supremo.

—Cuide de que se cumplan las indicaciones del capitán —dijo, moviendo la mano con impaciente ademán—. ¡Y empiece enseguida!

Durante una décima de segundo, Hernández vaciló, pero se retiró inmediatamente. Sin ruido, la gran puerta claveteada se cerró tras él.

—Es el único modo de tratar con esta gente —dijo el Supremo con indolencia—. Son casi como las bestias. Cualquier delicadeza es vana con ellos. Ya habréis visto, sin duda, viniendo hacia aquí, a algunos delincuentes cumpliendo su condena.

—Los he visto, en efecto.

—En este lugar, mis antepasados —continuó el Supremo— se devanaron los sesos para encontrar castigos adecuados. A los condenados los enviaban al suplicio con un complicado ceremonial. Les arrancaban el corazón con acompañamiento de música y danzas, o los ahogaban atándolos con tiras de cuero, exponiéndolos al sol. Pero yo encuentro innecesario todo eso. Basta una sencilla orden para que, inmediatamente se ate un hombre a un poste y se le abandone. Morirá de sed y no hay más que hablar.

—Ya —contestó Hornblower.

—Es completamente imposible meterles en la cabeza la más pequeña idea. Los hay que no han conseguido comprender todavía la sencillísima y elemental necesidad de que la sangre de los Alvarado y Moctezuma se considere divina. Se emperran todavía en creer en su absurdo Cristo y en la Virgen.

—¿De veras? —preguntó Hornblower.

—Uno de los lugartenientes que tuve tiempo atrás no se sentía capaz de liberarse de las primeras influencias de su educación. Cuando proclamé mi divinidad llegó a insinuar que sería conveniente enviar misioneros que predicaran a las tribus para convertirlas; como si yo hubiese querido imponer una nueva religión. Nunca pudo comprender que no se trataba de una opinión más, sino de un hecho cierto. Desde luego, fue uno de los primeros que murieron de sed.

—¡Naturalmente!

Hornblower estaba por completo desorientado. No obstante, no perdía de vista la necesidad de que, quisiera o no, debía aliarse con aquel loco. El avituallamiento de la fragata dependía por entero de obrar de acuerdo con él y al menos eso era de vital importancia.

—Su Majestad el rey Jorge debe de haberse sentido muy satisfecho al conocer mi resolución de aliarme con él —siguió diciendo el Supremo.

—Su Majestad me ha encargado os acredite su sincera amistad —contestó Hornblower prudentemente.

—Por supuesto, no se atrevía a ir más allá de ese punto —replicó el Supremo—. La sangre de los Güelfos no puede, ni con mucho, compararse con la de los Alvarado.

—¡Ejem! —exclamó Hornblower.

El monosílabo, que no le comprometía en nada, le servía tan bien ahora como antes con el teniente Bush.

El Supremo frunció el ceño un instante.

—Supongo —dijo con cierta severidad— que conoce usted la historia de los Alvarado. ¿Sabe quién fue el primero de este nombre que desembarcó en estas tierras?

—Un lugarteniente de Cortés... —comenzó Hornblower.

—¿Un lugarteniente? ¡De ningún modo! Me sorprende que haya creído usted semejante infundio. Fue el jefe supremo de los conquistadores. Tan sólo un craso error histórico ha podido atribuir a Cortés la dirección de la epopeya. Alvarado fue quien conquistó México, y descendió luego por la costa, conquistándola hasta el istmo. Se casó con la hija de Moctezuma, el último de los emperadores y, como descendiente directo de aquella unión, he elegido, entre los nombres de mi familia, el de Alvarado y Moctezuma. En Europa, el apellido Alvarado era ilustre muchos siglos antes de que nuestra estirpe llegase a América, mucho más antiguo que el de los Habsburgo y los visigodos; más aún que el imperio de Roma y el de Alejandro: procede de los orígenes de la Historia. Es, pues, natural que al cabo de tan ilustres antepasados haya alcanzado mi persona el estado divino. Me satisface que las opiniones de usted coincidan con las mías, capitán, capitán...

—Hornblower.

—¡Gracias! Y ahora, capitán Hornblower, podemos discutir el plan para la

consecución de mi imperio.

—Cuando guste —dijo Hornblower.

Tenía que seguirle la corriente a aquel maniático, por lo menos hasta que la *Lydia* viese repuestas sus provisiones, aunque la débil esperanza de fomentar una revolución en el país le pareciese cada vez más improbable.

—El Borbón que se llama actualmente rey de España —siguió diciendo el Supremo— mantiene en estas tierras a un oficial que se adorna con el título de capitán general de Nicaragua. Hace tiempo envié a ese señor un mensaje en el que le ordenaba me jurase acatamiento y fidelidad. No solamente no me ha obedecido, sino que ha llevado su audacia hasta el punto de hacer ahorcar en Managua a mi embajador. Algunos de los insolentes que mandó a continuación a apoderarse de mi divina persona murieron de camino; otros murieron en el poste y algunos tuvieron la fortuna de ver claro y han ingresado en mis filas. Según me han dicho, el capitán general se halla al frente de un ejército de trescientos mil hombres en la ciudad de San Salvador. Mi intención, en cuanto posea las armas que usted trae para mí, es quemarla con su capitán general y todos aquellos no iluminados que se encuentren a su lado. Tal vez le guste acompañarme, capitán. Una ciudad en llamas es siempre un espectáculo digno de verse.

—Antes que nada, mi buque debe ser aprovisionado —contestó Hornblower con obstinación.

—He dado ya las órdenes convenientes —replicó el Supremo con leve impaciencia.

—Además —prosiguió Hornblower—, mi deber primordial es averiguar dónde se encuentra una nave española de guerra llamada *Natividad*, que, según me consta, navega por estos parajes. Antes de empeñarme en ninguna acción de tierra, he de asegurarme que no podrá ocasionar ningún daño a mi fragata. He de capturarla o asegurarme de que se encuentra demasiado lejos para que pueda perjudicarme de una forma u otra.

—En este caso, capitán, lo mejor será que la capture. Si las informaciones que he recibido son ciertas, el *Natividad* debe llegar a la bahía de un momento a otro.

—Entonces —dijo Hornblower agitadísimo— debo volver a bordo inmediatamente. —La posibilidad de que la *Lydia* pudiese ser atacada en su ausencia por una fragata de cincuenta cañones le infundía un terrible pánico. ¿Qué dirían los lores del Almirantazgo si el navío se perdía estando el capitán en tierra?

—La comida nos está esperando. Venga —dijo el Supremo.

Se había abierto la puerta de par en par. Un grupo de criados entraba lentamente, llevando una gran mesa cubierta por una vajilla de plata. Otros servidores llevaban grandes candelabros, también de plata maciza, en cuyos cinco brazos había velas encendidas.

—Perdóneme, pero no tengo tiempo que perder. No puedo entretenerme —dijo Hornblower.

—Como guste. —El Supremo parecía indiferente—. ¡Alfonso!

El mayordomo negroide se adelantó haciendo una profunda reverencia.

—Que acompañen al capitán hasta su buque.

El Supremo, apenas hubo terminado de hablar, cayó en una especie de éxtasis. El ajeteo de los criados preparando la mesa le era completamente indiferente. No se dignó siquiera dirigir una mirada a Hornblower, quien lamentaba ya su precipitada resolución de volver a bordo, temeroso ante la posibilidad de ofenderle con una actitud intempestiva, preocupado por la conveniencia de avituallar a la *Lydia* y desagradablemente convencido de que la propia vacilación frente a un hombre que ya no le hacía el menor caso era todo menos digna de sí mismo.

—Por aquí, señor —le dijo Alfonso a sus espaldas, en tanto el Supremo seguía fijando su mirada en el vacío. Hornblower siguió al mayordomo y salió al patio.

Se avecinaba el crepúsculo. Afuera se hallaban dos hombres y tres caballos esperando. Sin decir una palabra e impresionado por el giro de los acontecimientos, Hornblower puso el pie sobre las manos entrelazadas de un esclavo semidesnudo, colocado de rodillas ante el caballo, y montó en éste. La escolta se puso en marcha, adelantándose a franquear las rejas, y él la siguió. Caía velozmente la tarde.

A la primera vuelta del sendero apareció a sus ojos la bahía. En el cielo, la luna nueva palidecía, próxima al ocaso. Una mancha oscura, perceptible en medio de las plateadas aguas, señalaba el lugar donde la *Lydia* se mecía suavemente, al ancla. Allí, por lo menos, existía algo real y positivo en medio de un mundo loco. A Oriente, la cumbre de una montaña se tiñó de pronto de púrpura, iluminando las nubes situadas sobre ella; luego, poco a poco, se esfumó en la oscuridad. La pequeña comitiva bajaba al trote por el escarpado sendero, entre los hombres que gemían atados a los postes, entre apestosos cadáveres, hasta que llegaron al pueblo. Reinaba el mayor silencio. No se veía una luz. Hornblower tuvo que dejarse llevar por su caballo, el cual seguía a los otros en todas las vueltas y revueltas. Cesó el acompasado rumor de los cascos de los caballos sobre la tierra cuando éstos pisaron la blanda arena de la playa. Entonces, Hornblower oyó de nuevo el desesperado lamento del condenado atado al poste, y vio la fosforescencia de las olas, que morían suavemente sobre la playa.

Vio, entre las sombras, la chalupa que aguardaba sobre la arena. Subió a ella y se sentó sobre una bancada, mientras, con el acompañamiento de un coro de órdenes destempladas, unos cuantos hombres, invisibles en la oscuridad, empujaban la barca al agua. No soplaba ni una bocanada de aire. La brisa del mar se había extinguido a la puesta del sol, y no se había aún levantado la brisa de tierra. Los hombres remaban en la sombra, y a cada palada de los seis remos se levantaban pequeñas crestas de

iridiscente espuma. Al leve y acompasado chapaleo de los remos se dirigieron al centro de la bahía. Una luz señalaba a Hornblower el lugar donde se encontraba anclada la *Lydia*, poco después oyó un grito y reconoció complacido la voz de Bush.

—¡Ah del barco!

Formando altavoz con las manos, Hornblower gritó:

—¡*Lydia*!

Era costumbre que los capitanes de la marina británica se anunciaran con el nombre de su propio buque. Hornblower veía y escuchaba ya todo cuanto acontecía en él. El ajetreo del segundo contraamaestre y de la guardia que corría a las escalas, el paso acompasado de los infantes de marina y el bamboleo de las linternas. La lancha se acercó a uno de los costados de la fragata y el capitán se agarró a la escala de cuerda y trepó a bordo. Era maravilloso encontrar de nuevo, bajo los pies, el firme suelo de madera.

Los silbatos de los segundos contraamaestres pitaron a coro, los infantes de marina presentaron los mosquetes y Bush recibió a su capitán con toda la disciplina y ceremonia debida al jefe que regresa.

A la luz de la linterna, Hornblower pudo leer en su rostro el alivio que el buen hombre experimentaba. Dirigió una mirada sobre cubierta. Tendidos en el suelo, en un rincón, se hallaban los hombres de guardia envueltos en sus mantas; otro grupo se había acurrucado junto a las piezas, dispuestos a entrar en combate. Bush había tomado y mantenía todas las precauciones necesarias mientras la nave estuviera anclada en aguas posiblemente enemigas.

—Muy bien, señor Bush —dijo Hornblower.

Recordó instantáneamente que la mugrienta silla de su montura le había manchado terriblemente los blancos calzones, y que sus medias de seda colgaban en andrajos de sus pantorrillas. Se sintió descontento de su aspecto, avergonzado de regresar con tal desaliño en su ropa, sin que, a pesar de ello, hubiese podido resolver nada en concreto sobre el futuro. Estaba disgustado consigo mismo y temeroso de que Bush le juzgase con ligereza cuando conociera lo que había sucedido. Sintió sobre sus mejillas una llamarada de resentimiento contra sí mismo y, como siempre, se refugió tras su acostumbrada reserva.

—¡Ejem! —gruñó, aclarándose la garganta—. Llámeme si sucede algo de particular.

Y sin añadir una palabra, giró sobre sus talones y bajó a su camarote, donde un biombo de lona reemplazaba los mamparos.

Bush se le quedó mirando, pensativo. En torno a la bahía relampagueaban y brillaban los volcanes. Los hombres de la tripulación, emocionados por la llegada a aquellas exóticas tierras y deseosos de saber la suerte que les estaba reservada, veían desvanecerse sus ilusiones, del mismo modo que los oficiales, que, desconcertados,

veían a su capitán desaparecer por la escotilla.

Durante un segundo, Hornblower sintió que su teatral retorno al buque y su repentina aparición en él le compensaban del fracaso sufrido; pero fue un solo instante. Sentado en su coy, después de haber despedido a Polwheal, experimentó de nuevo el anterior desánimo. Su cansada cabeza volvía confusamente a pensar si le sería posible al día siguiente conseguir los víveres que necesitaba. Se unía a ésta una nueva preocupación: la de si sería posible fomentar un nuevo motín que tuviese el éxito suficiente para contentar a los señores del Almirantazgo... El duelo con el *Natividad*, que no podía hallarse muy lejos, era un nuevo motivo de desasosiego. Y por encima de todas estas consideraciones, el capitán se hallaba siempre dispuesto a avergonzarse de sí mismo, recordando la brusca despedida que le hiciera el Supremo. Pocos serían los capitanes de la marina inglesa que se dejaran tratar de tan despectivo modo.

«Pero, ¿qué diablos podía hacer?», se preguntaba tristemente el capitán Hornblower.

Sin apagar siquiera la linterna, se tendió sobre el coy, sudando, en la silenciosa noche tropical, en tanto su espíritu galopaba, insomne, yendo del pasado al futuro.

Luego, de pronto, una ráfaga de viento movió levemente la lona que cubría la abertura. Corría una ligera brisa sobre cubierta. Su instinto de marino le informaba de cómo se movía la *Lydia* en torno a la cadena del ancla. Advertía la sacudida que se propagaba por todo el buque cada vez que, oscilando, cambiaba de dirección. Había refrescado algo.

Volviéndose de lado, se acomodó mejor y terminó durmiendo.

## CAPÍTULO 5



Aquellas dudas, aquellos temores que habían asaltado a Hornblower la noche anterior, mientras intentaba dormir, se desvanecieron con el alba. Al despertar, Hornblower sintió que la sangre fluía por sus venas con energía. En tanto bebía el café que Polwheal le había preparado al amanecer, se sucedían los proyectos en su imaginación. Y por primera vez, desde hacía muchas semanas, prescindió de su matinal paseo por el alcázar. Decidió que al menos podían hacerse llenar de agua los barriles y repostar el combustible necesario. Ordenó, primeramente, que algunos hombres arriaran enseguida la lancha y la chalupa, y no transcurrió mucho rato sin que ambas embarcaciones bogaran rumbo a la playa, cargadas de barriles vacíos. Hablaban los remeros animadamente, y en la proa de cada barca, dos infantes de marina, con casaca roja, actuaban de vigías, con los mosquetes cargados y caladas las bayonetas. Sonaban aún en los oídos de éstos las amenazas de los sargentos respectivos: si al llegar a tierra uno solo de los aguadores desertaba, todos recibirían en la espalda las caricias del gato de nueve colas.

Regresaron una hora más tarde con los barriles llenos; mientras se izaban a cubierta, el guardiamarina Hooker se dirigió corriendo al encuentro del capitán Hornblower y le saludó.

—Están concentrando ganado en la playa, capitán —dijo.

Hornblower debió hacer un gran esfuerzo para mantener la indiferencia de su semblante y recibir la noticia como la cosa más natural del mundo.

—¿Cuántas cabezas habrá? —preguntó fríamente.

Le parecieron estas palabras una pregunta adecuada para ganar tiempo, pero la respuesta fue todavía más asombrosa.

—Centenares, capitán. Hay allí un indígena que parece querer decir muchas cosas, pero ninguno de nosotros habla su lengua.

—Mándemelo aquí en cuanto vaya a la playa —le dijo Hornblower.

Éste pasó el tiempo de la espera tratando de trazarse una línea de conducta. Llamó al vigía y le ordenó que no perdiese de vista un solo instante el mar libre. Consideró la posibilidad de que el *Natividad* apareciese, en cuyo caso, la *Lydia*, que tenía en tierra la mitad de la dotación, no tendría tiempo de salir de la bahía, viéndose en la necesidad de combatir en inferioridad de condiciones, lo mismo que un ratón en una trampa. Pero, por otra parte, en ese momento se les presentaba la oportunidad de abastecerse por completo de víveres y de todo lo necesario, logrando de este modo una nueva independencia de tierra. Por lo poco que Hornblower pudo ver de lo que estaba ocurriendo en la playa, consideraba esencial poder conquistar su autonomía

cuanto antes. En cualquier momento, la rebelión de Alvarado podía terminar en un baño de sangre.

Hernández en persona llegó hasta el navío en la misma embarcación de velas latinas de la víspera. Cambiaron saludos en el alcázar.

—Cuatrocientas reses bovinas están a su disposición, capitán. Mis hombres las están reuniendo en la playa —dijo Hernández.

—Perfectamente —contestó Hornblower, que aún no se había trazado una línea de conducta para aquel caso.

—Me temo que hará falta mucho tiempo para poder reunir los cerdos —prosiguió Hernández—. Mis hombres están recorriendo el país en todas direcciones, pero los cerdos caminan muy despacio...

—¡Ya! —exclamó Hornblower.

—Por lo que se refiere a la sal, no será fácil reunir los cien quintales que ha reclamado. Antes de que nuestro amo declarase su divinidad, la sal era un monopolio del rey y por eso era escasa; pero he enviado algunos hombres a las salinas de Jiquilisco y espero encontrar la suficiente allí.

—¡Ya! —repitió Hornblower. Recordaba haber pedido sal, pero no la cantidad exacta.

—Las mujeres han salido a recoger los limones, las naranjas y las limas que ha pedido —continuó Hernández—, pero creo que serán necesarios por lo menos dos días antes de poder reunirlos todo.

—¡Ejem! —gruñó Hornblower.

—El azúcar está ya preparado en la refinería del Supremo y disponemos de una buena cantidad de tabaco. ¿Qué clase prefiere? Hasta no hace mucho, nuestras mujeres elaboraban cigarros para nuestro uso y consumo. En cuanto terminen la recolección de fruta, podrán volver a hacerlos.

—¡Ejem! —repitió Hornblower, disimulando apenas la exclamación de alegría que estuvo a punto de escapársele, al oír hablar de cigarros. ¡Hacía tres meses que se había fumado el último! Sus hombres estaban acostumbrados al tabaco de Virginia en hoja, pero naturalmente ese tipo no sería posible hallarlo en aquellos lugares. Sin embargo, había podido ver con frecuencia a los marinos ingleses masticar con cierta complacencia la hoja indígena, a medio curar.

—En cuanto a los cigarros, haga lo que mejor le parezca —dijo el capitán con desenvoltura—. La clase de tabaco no tiene importancia.

Hernández se inclinó.

—Gracias, señor —dijo—. El café, las legumbres y los huevos, será fácil conseguirlos. Pero el pan...

—¿Sí?

Evidentemente, a Hernández le producía cierto embarazo continuar.

—Vuestra Excelencia me perdonará, pero en esta región no disponemos más que de maíz. Hay un poco de trigo, pero en las *tierras templadas*, y éstas, actualmente, están en manos de los herejes. ¿Cree que le convendría la harina de maíz?

Hernández miraba a Hornblower con aire preocupado. Sólo entonces recordó el capitán que el general era víctima de un miedo feroz, y que la aprobación dada tan a la ligera por el Supremo para la requisita era muchísimo más eficaz que cualquier orden firmada y sellada que hubiese sido dirigida a un funcionario.

—La cosa es seria —dijo Hornblower con gravedad—. Mis hombres no están acostumbrados a la harina de maíz.

—Lo sé... —Hernández movía nerviosamente los dedos—. Pero le aseguro, excelencia, que no podrá obtener harina de trigo sino haciendo uso de la fuerza, y estoy seguro de que el Supremo no habría de consentirme emplearla en estos momentos. Se enfadaría.

Hornblower recordó el vergonzoso pánico que había demostrado Hernández, el día anterior, ante su jefe. Aquel hombre se sentía aterrado ante la sola idea de que se le denunciase por haber desobedecido las órdenes que se le dieron. Y, de pronto, Hornblower se dio cuenta de que, inexplicablemente, se había olvidado de reclamar una cosa mucho más importante que el tabaco, con serlo éste tanto, y que, desde luego, tenía también mucho más interés que la diferencia que pudiera existir entre la harina de maíz y la de trigo.

—¡Perfectamente! —dijo—. Me contentaré con la harina de maíz. Pero, en cambio, tengo que pedirle otra cosa...

—No tiene que decir más, capitán. Le entregaremos todo cuanto desee.

—Algo de beber para mis hombres. ¿Se puede encontrar vino por aquí? ¿Y licores?

—Sí, Excelencia. Hay un poco de vino, pero muy poco. Los habitantes de esta costa beben un aguardiente que tal vez les sea desconocido. ¡Oh, es excelente, cuando es de buena calidad! Se obtiene destilando los restos de la caña de azúcar, de la melaza, Excelencia.

—Pero, ¡eso es ron!

—En efecto. ¿Cree que a sus hombres les gustará?

—Lo aceptaré a falta de otra cosa mejor —replicó Hornblower con severidad.

En su interior estaba contentísimo. ¡Haber podido obtener, en aquella costa volcánica, ron y tabaco...! ¡Esto sí podía parecer a sus oficiales el más milagroso de todos los milagros!

—¡Gracias, señor! ¿Podemos, pues, empezar la matanza del ganado?

Esto era lo más difícil de contestar para Hornblower. Alzó la mirada hasta la veleta, sobre el pendón. Observó la fuerza del viento y dirigió una ojeada al mar antes de decidirse.

—Está bien —dijo—. Empezaremos inmediatamente.

El viento soplaba con menos fuerza que el día anterior, y cuanto más débil fuese, menos probabilidades había de que se presentara inesperadamente el *Natividad* e interrumpiese el aprovisionamiento de la *Lydia*...

La tarea, que duró dos días, pudo realizarse sin incidentes dignos de mención. Durante aquellos días, las chalupas bogaron, incansables, entre la playa y el barco. Llegaban cargadas de sanguinolentas masas de carne. La arena de la playa había enrojecido a consecuencia de la sangre vertida, y las aves de presa se cernían, ahitas ya, sobre los enormes montones de tripas y desperdicios. A bordo, el comisario y sus ayudantes sudaban a torrentes bajo el sol ardiente; llenaban de carne en salmuera los barriles y los bajaban a la sentina. Durante dos días, el tonelero y sus ayudantes trabajaron sin descanso en la reparación de los toneles o en la confección de otros nuevos. Sacos de harina, barrilillos de ron, balas de tabaco... Los hombres que movían las poleas sudaban izando y moviendo a fuerza de brazos aquella bendición de Dios. La *Lydia* se atiborraba como un estómago largo tiempo vacío.

Tan evidentes eran las buenas intenciones de quienes se hallaban en tierra, que Hornblower pudo dar órdenes a fin de que el cargamento destinado a Alvarado le fuese entregado sin más requisitos, y las lanchas que llegaban al barco transportando carne y harina regresaban a la playa cargadas con cajones de armas y municiones y barriles de pólvora. Hornblower había ordenado botar su lancha y, de vez en cuando, daba una vuelta en torno a la nave, para observar su estiba, en previsión de tener que levar anclas en cualquier instante para salir al mar libre y empeñar combate contra el *Natividad*.

Día y noche se trabajaba sin descanso. En quince años de navegación —y cada uno de ellos lo había sido de lucha—, Hornblower había visto desaprovecharse más de una excelente ocasión por un pequeño descuido, por no obligar a la tripulación a desarrollar toda su capacidad de trabajo hasta poner en tensión la última gota de energía. También algún pecado de omisión pesaba sobre su conciencia. Le quemaba todavía la frente la vergüenza que experimentaba al recordar cómo se escapó de sus manos una fragata corsaria a la altura de las Azores, y el temor de haberse de condenar de nuevo ante el tribunal de su conciencia le obligaba a instigar a sus hombres, hasta que la fatiga les agotara.

No había ocasión para disfrutar del solaz que podía proporcionarle la tierra firme. En la playa, los hombres preparaban la comida, ante enormes fogatas, y era para ellos motivo de alegría poder comer grandes pedazos de buey asado tras largos meses de no probarlo sino salado y hervido. Pero, como todos los marinos ingleses, rechazaban despreciativamente los deliciosos frutos que se les ofrecían: plátanos y papayas, piñas y guayabas; y como estos frutos tenían que sustituir la acostumbrada ración de guisantes secos hervidos, se sentían víctimas de una severísima disciplina.

Pero durante la segunda noche, mientras Hornblower paseaba por el alcázar gozando de la refrescante brisa, animado al pensar que, si era necesario, podía prescindir de acercarse a tierra por lo menos durante otros seis meses, saboreando anticipadamente el succulento pollo asado que le servirían para cenar momentos más tarde, de pronto, desde la playa, llegó el rumor de unos disparos. Resonó primero una salva; luego, unos disparos aislados, y más tarde otra salva rabiosa. Hornblower se olvidó en un segundo de la cena, de su alegría y de todo lo demás. Cualquiera que fuese la causa, los desórdenes en tierra podían comprometer seriamente el éxito de su misión. Sin perder un instante, bajó a su lancha y se hizo conducir a la playa por unos robustos remeros, cuyos vigorosos brazos doblaban los remos, impulsados por la violencia de las voces de Brown, el timonel.

La escena que se ofreció a los ojos del capitán al doblar el promontorio confirmó sus peores presentimientos. Todos los hombres del destacamento de desembarco se habían agrupado. A un lado los doce infantes de marina, alineados, cargaban de nuevo sus mosquetes. La marinería, en cambio, se había armado con lo primero que encontró. Agrupados también en un gran semicírculo y en torno a los primeros, los indígenas blandían sables y mosquetes, y en el suelo, en la tierra de nadie entre ambos bandos, se veían algunos cadáveres. Casi a la orilla, tras la hilera de los soldados, yacía un marinero; dos camaradas estaban inclinados sobre él, y éste, apoyándose en los codos, vomitaba sangre.

Hornblower saltó hacia los bajíos y, sin detenerse ante el marinero herido y acostado en la arena, se abrió paso entre la multitud. Cuando llegó al espacio abierto, brotó de pronto una nubecilla blanca y una bala pasó silbando sobre su cabeza. El capitán no se inmutó.

—¡Abajo los mosquetes! —gritó a los infantes de marina. Luego, vuelto a los indígenas, levantó la mano abierta con la palma en su dirección, con un gesto instintivo y universal de paz. En aquellos instantes, no había lugar en su pensamiento para la idea del peligro personal que corría, tan airado estaba al pensar que alguien podía dar al traste con sus propósitos.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

Galbraith, que estaba al mando, quiso hablar, pero no pudo. Uno de los marineros que habían asistido al herido avanzó impetuosamente, olvidándose de la disciplina y dejándose llevar por el sentimiento de indignación que Hornblower reconoció instantáneamente como característico de la marinería, y que le inspiraba sólo desprecio y desconfianza.

—¡Capitán, estaban torturando a un pobre diablo! ¡Le tenían atado a un poste y le dejaban morir de sed! —dijo impetuosamente, sin apenas tomar aliento.

—¡Silencio! —rugió Hornblower, fuera de sí no solamente por aquella infracción de la disciplina, sino por el grave contratiempo que aquello significaba para él—.

¡Señor Galbraith!

Éste era un individuo tardo de pensamiento y de palabra.

—No sé exactamente cómo ha empezado esto, capitán —comenzó a decir éste con ligero acento escocés, que conservaba aún, a pesar de estar navegando desde niño—. Unos cuantos hombres han venido desde allí, corriendo, y traían a Smith herido.

—Está muerto —dijo una voz.

—¡Silencio! —gritó de nuevo Hornblower.

—Como he visto que estaban a punto de atacarnos, capitán, he dado orden a los soldados de que hicieran fuego —concluyó Galbraith.

—¡Ya hablaré con usted más tarde, señor Galbraith! —estalló Hornblower—. ¡Jenkins! ¡Poole! ¿Qué hacía aquí?

—Bueno, señor, el caso es que... Las cosas han ocurrido así... —empezó a decir Jenkins. Parecía mohíno e intimidado. El capitán le había tocado en lo vivo y le acusaba públicamente de indisciplina.

—¿Conocía las órdenes? ¿Sabía que nadie podía pasar más allá del torrente?

—Sí, señor.

—Mañana le enseñaré yo lo que son las órdenes. Y también a usted, Poole. ¿Dónde está el sargento?

—Aquí, capitán.

—Qué buena guardia hace usted, sargento, dejando que estos hombres se le escapen ¿Qué hacían los centinelas?

El sargento no supo qué responder y se quedó parado, rígido, ante aquella irrefutable prueba de su falta.

—Mañana por la mañana, el señor Simmonds hablará con usted —prosiguió el capitán—. No creo que permanezcan mucho tiempo esos galones sobre su brazo.

Hornblower se volvió para observar a sus hombres. La feroz reprimenda los había acobardado a todos, y estaban allí, ante él, humildes y atemorizados. El capitán sintió que su cólera se desvanecía al ver que había conseguido solucionar aquello sin apelar a la justicia. Se volvió para saludar a Hernández, que había llegado al galope y que acababa de detenerse en seco, en medio de una nube de arena.

—¿Dio el Supremo las órdenes para este ataque a mis hombres? —le preguntó Hornblower, soltándole la primera andanada.

—No, capitán —repuso Hernández.

En su interior, Hornblower se alegró viendo que el general se estremecía ante la sola mención del nombre del Supremo.

—Creo que no se sentirá demasiado contento con usted al saber lo ocurrido.

—Sus hombres han intentado libertar a un condenado a muerte —objetó Hernández entre indignado y humilde. Evidentemente, no estaba muy seguro de sí mismo, y le preocupaba cómo consideraría Alvarado aquel suceso.

Entre tanto, Hornblower no parecía querer apaciguarse. Ahora que la disciplina estaba restablecida, tenía interés en que sus hombres —ninguno de ellos entendía el español, y él lo sabía— creyesen que estaba dispuesto a defenderles a sangre y fuego.

—Eso no autoriza de ningún modo a sus hombres a matar a los míos —exclamó.

—Los nuestros están furiosos y descontentos —repuso Hernández—. El país ha sido despojado para reunir las provisiones que usted ha exigido. El hombre a quien los suyos han intentado salvar fue condenado por haber escondido a unos cerdos en la montaña, con objeto de que no se los quitaran.

Hernández había pronunciado las últimas palabras con tono de desaprobación y casi de desafío. Hornblower estaba deseando mostrarse conciliador, pero sin exasperar a sus hombres. Planeaba llevarse a Hernández lejos de los oídos de sus compatriotas, a un sitio donde dulcificar su tono de voz, cuando, antes de poder hacerlo, desvió su atención la vista de un jinete que llegaba galopando a rienda suelta y agitando un ancho sombrero de paja. Todos los ojos se volvieron hacia el recién llegado, un peón con el aspecto de los naturales del país, que, jadeante de fatiga, anunció:

—¡Un navío, un navío a la vista!

Tan excitado se encontraba que tartamudeaba en una jerga india que Hornblower no llegó a comprender, teniendo Hernández que actuar de intérprete.

—Este hombre —dijo Hernández, señalándole— estaba de vigía en la cumbre de aquel monte. Dice que ha visto a lo lejos una nave que viene hacia aquí a todo trapo.

Le dirigió precipitadamente algunas preguntas, que el aludido contestó gesticulando, acompañando sus ademanes con un torrente de palabras incomprensibles.

—Dice que ha visto otras veces al *Natividad* —explicó Hernández—, que está seguro de que se trata de ese navío y que, sin género de duda, se dirige hacia aquí.

—¿A qué distancia se encuentra? —preguntó Hornblower.

Hernández tradujo la contestación:

—Muy lejos aún. A unas siete leguas, o tal vez más. Viene del sureste, de Panamá.

Hornblower se rascó la barbilla, entregado a sus pensamientos.

—La brisa del mar se sostendrá hasta la puesta del sol —murmuró para sí. Y alzó la cabeza, para mirar al cielo—. Esto significa otra hora... Luego, empezará a soplar el viento de tierra. Navegando a todo ceñir podrá mantener la ruta. Llegará a la ensenada hacia medianoche.

En su cerebro se acumulaban proyectos e ideas. Aun ante la posibilidad de que el buque llegase a la bahía a altas horas de la noche, había que presumir que no entraría en ella, pues, siguiendo la costumbre de los españoles, preferiría pasar la noche en alta mar antes que intentar alguna complicada empresa marinera, de no ser en las

mejores condiciones posibles. Quiso averiguar algo más acerca del capitán español.

—Ese buque, el *Natividad*, ¿ha venido a menudo por esta bahía? —preguntó.

—Sí, capitán, a menudo.

—Y su capitán, ¿es un buen marino?

—Ah, sí, muy bueno.

—Hum.

El juicio de un hombre de tierra sobre lo que fuese un capitán podía resultar de muy poco valor, pero siempre era una indicación.

Hornblower volvió a pellizcarse la barbilla. Había sostenido diez combates marítimos. Si llevaba a la *Lydia* a alta mar y se enfrentaba al *Natividad*, podría suceder que ambas fragatas se ocasionaran irreparables daños. Los cañonazos podían destrozarse la arboladura, el velamen y aun el mismo casco. Tal vez la *Lydia* sufriera pérdidas de hombres que allí, en el Pacífico, no era posible sustituir. Además, se gastarían las municiones, tan preciosas. Por otra parte, si permanecía en la bahía y fallaba el plan que había concebido, si el *Natividad* esperaba en alta mar a que amaneciera, no le quedaba más remedio que aprovecharse de la brisa para salir de la ensenada, ofreciéndoles así a los españoles toda clase de ventajas para el ataque. La superioridad del *Natividad* era ya tan grande que resultaba una empresa descabellada lanzar a la *Lydia* contra ella. ¿Se atrevería él a correr ese riesgo? No obstante, las posibles ventajas eran de tal alcance que decidió correr el riesgo.

## CAPÍTULO 6



Espectralmente iluminada por la luz de la luna y empujada por el primer soplo del viento de tierra, la *Lydia* flotaba en las aguas de la bahía. Hornblower no se había atrevido a ordenar que fueran desplegadas las velas. El más mínimo ondear de una lona blanca podía descubrir a distancia la presencia de una nave. Por esta razón, la lancha y el cúter remolcaban a la *Lydia*, que, al hender las aguas en torno a la isla que cerraba el acceso a la bahía —isla de Manguera, según la llamó Hernández cuando Hornblower le explicó cautamente algo de su proyecto—, producía un leve chapoteo. Durante una hora sudaron los hombres sobre los remos, aun cuando el capitán hacía lo que podía para ayudarles, de pie junto al timón y tratando de aprovechar la fuerza del viento que impulsaba levemente a la nave, haciéndola avanzar en su camino. Llegaron por último al lugar del nuevo anclaje, y con gran ruido de cadenas cayeron de nuevo las anclas en el mar.

—Señor Bush —ordenó Hornblower—, ponga una boya a ese cable y téngalo dispuesto para soltarlo.

—Sí, señor.

—Llame a los botes al costado. Quiero que los hombres descansen.

—Sí, señor.

—Señor Gerard, queda usted como jefe del puente. Cuide de que los vigías no se duerman. El señor Bush y el señor Galbraith me acompañarán abajo.

—Sí, señor.

Toda la nave hervía de excitación. Aunque todos ignorasen los detalles de su ejecución, que ahora explicaba a sus oficiales, la tripulación había terminado por sospechar el plan del capitán. Durante las dos horas que habían transcurrido desde que tuvo noticia de que el *Natividad* se aproximaba, la mente de Hornblower había trabajado sin descanso en la elaboración de su plan. Nada debía fallar. Nada de lo que pudiese contribuir al éxito debía ser desdeñado.

—¿Lo han comprendido todo? —preguntó Hornblower finalmente, agachado, bajo los baos de su cabina, en tanto que sus dos tenientes daban vueltas en las manos a sus sombreros, con embarazoso ademán.

—Sí, señor.

—Perfectamente.

Los despidió, pero, al cabo de cinco minutos, la ansiedad y la impaciencia le llevaron de nuevo sobre cubierta.

—¡Eh, vigía! ¿Qué se sabe del enemigo?

—La nave está a la altura de la isla, capitán. No se ve bien. Distingo solamente

las gavias bajo los aparejos, capitán.

—¿Cuál es su ruta?

—La del viento, capitán. Con esta bordada entrará en la bahía.

—¡Ejem!

Y Hornblower regresó a su camarote.

Pasarían por lo menos cuatro horas hasta que el *Natividad* entrara en la ensenada, y antes de que esto sucediera disponía del tiempo suficiente para obrar. Comenzó a pasear de un lado a otro del estrecho camarote, con la cabeza baja, para no dar en el techo, y concluyó deteniéndose, furioso. Jamás el capitán de nervios de acero que era su ideal se hubiese permitido entregarse a tanta agitación y febril inquietud, aunque se hallase sólo a cuatro horas de distancia de la prueba que había de decidir su reputación de marino. Debía demostrar a sus hombres que él sabía afrontar el peligro con tranquila indiferencia.

—¡Llamen a Polwheal! —gritó a través de la lona a un grupo de hombres que se hallaba junto a un cañón. Y cuando Polwheal se hubo presentado, le dijo—: Diga de mi parte al señor Bush que, si puede dejar libres de servicio a Galbraith, Clay y Savage, me gustaría que viniesen a cenar conmigo y a jugar luego una partida de *whist*.

También Galbraith estaba muy nervioso, no sólo por el pensamiento de la inminente batalla, sino porque además se cernía sobre su cabeza el prometido castigo por el incidente de aquella tarde. Su huesuda cara de escocés se movía incesantemente, como si padeciese un tic nervioso, y estaba sonrojada hasta la raíz del pelo. Hasta los dos guardiamarinas se mostraban tan lacónicos y aprensivos.

Hornblower se había impuesto la obligación de aparecer ante todos como un anfitrión lleno de cortesía, y cada una de las palabras que pronunciaba no tenía más fin que el de aumentar su reputación de hombre imperturbable. Empezó excusándose por la frugalidad de la cena. El zafarrancho de combate implicaba que todos los fuegos de a bordo estuviesen apagados. Por esta razón no podían servirse más que fiambres. La vista del pollo asado, de las chuletas de cerdo, de las doradas tortas de maíz, de los platos llenos de fruta, despertaron el apetito de los dieciséis años del guardiamarina Savage, haciéndole perder la timidez.

—Esto sí que es mejor que las ratas, capitán —declaró, frotándose las manos.

—¿Ratas? —preguntó Hornblower distraídamente. A pesar de su aparente cordialidad, tenía su imaginación en el puente y no en el camarote de popa.

—Sí, capitán. Antes de llegar a esta bahía, las ratas fueron uno de los platos favoritos en el camarote de los guardiamarinas.

—Claro que sí —afirmó Clay, que añadía al cuarto de pollo de su plato una gran tajada de lomo frío, y muchas cortezas de cerdo de apetitoso y dorado color—. Yo pagué al sinvergüenza de Bailey hasta tres peniques por ratas de primera.

Haciendo un esfuerzo, Hornblower dejó de pensar en el *Natividad*, más próxima cada vez, y recordó sus lejanos años de guardiamarina, medio muerto de hambre y aquejado de nostalgia y mareo. Sus compañeros, de más edad que él, habían comido con gusto las ratas del barco y afirmaban que uno de estos animalitos, alimentado con galletas, era un manjar mucho más sabroso que la carne de buey que llevase dos años en un barril. Nunca pudo tragar aquella bazofia, pero se guardó muy bien de decirlo ante aquellos muchachos.

—Tres peniques por una rata me parece un precio excesivo. No recuerdo haber pagado tanto en mis tiempos de guardiamarina.

—¿Cómo, capitán? ¿También usted las comía? —preguntó Savage, estupefacto.

Ante aquella pregunta, Hornblower no tuvo más remedio que continuar su mentira, y prosiguió:

—Naturalmente. Las camaretas de los guardiamarinas no son mejores hoy que hace veinte años. También he creído siempre que una rata que conocía el camino de la despensa era un bocado digno de un rey, y no digamos para un guardiamarina.

—¡Dios nos asista! —exclamó Clay, dejando el cuchillo y el tenedor sobre el plato, movido por el asombro. Jamás se le había ocurrido pensar que su severo e inflexible capitán hubiese podido ser alguna vez un guardiamarina que se contentara comiendo ratones.

No le pasaron por alto a Hornblower las furtivas miradas de admiración que le dirigían los dos muchachos. Con aquella pequeña muestra de humana comprensión, él lo sabía bien, se había apoderado por completo del corazón de los jóvenes invitados. Al otro lado de la mesa, Galbraith suspiraba ruidosamente. Apenas hacía tres días, él también había comido ratas. Pero sabía con absoluta seguridad que, confesándolo, no sólo no conseguiría que aquellos chicos le tuvieran más respeto, sino todo lo contrario, porque él era de ese tipo de oficiales. Hornblower comprendió que también debía de dar ánimos a Galbraith.

—A su salud, Galbraith —dijo, dirigiéndose a él con un ademán y levantando la copa—. Debe excusarme si este vino no es mi mejor Madeira, porque reservo las últimas botellas para cuando, mañana, haga los honores del barco a nuestro prisionero, el capitán español. Brindemos, pues, por nuestra futura victoria.

Se vaciaron las copas hasta la última gota y desapareció la postrera sombra de desconfianza. Hornblower había hablado de «nuestro» prisionero, cuando cualquier otro capitán hubiese dicho «mi» prisionero, e incluso había dicho «nuestra victoria». El hombre frío y rígido, el severo comandante que imponía una durísima disciplina, había revelado por un instante sus características humanas y admitido su propia debilidad ante sus inferiores. En aquel momento, los tres oficiales hubieran dado la vida por su capitán. Y Hornblower estaba seguro de ello con sólo mirarles a la cara. No obstante, aquel sentimiento, si por una parte le agradaba, le irritaba por otra. Pero

no se le ocultaba que, ante la perspectiva de una batalla inminente, que hasta podía ser una empresa desesperada, era necesario tener a sus órdenes no solamente a una tripulación fiel, sino entregada.

En aquel momento entró el guardiamarina Knyvett.

—Capitán, el teniente Bush le saluda y le informa de que el enemigo está a la vista desde el palo mayor.

—¿Viene derecho hacia la bahía?

—Sí, capitán. Dice el teniente Bush que dentro de un par de horas estará a tiro.

—Gracias, señor Knyvett —y Hornblower le despidió con un ademán. Pensar que al cabo de dos horas se encontraría combatiendo contra una fragata de cincuenta cañones aceleraba de nuevo los latidos de su corazón, y solamente con un enorme esfuerzo de voluntad pudo conservar la impassibilidad de su fisonomía.

—Señores —dijo a los reunidos—, aún tenemos tiempo para jugar nuestra partida.

La acostumbrada partida semanal de *whist*, que el capitán Hornblower solía jugar con sus subordinados, representaba para éstos, especialmente para los más jóvenes, una dura prueba. Hornblower era un gran jugador. Su espíritu de observación y el detenido estudio psicológico del alma de sus subordinados le eran de gran utilidad. Pero para la mayor parte de los oficiales, faltos del sexto sentido indispensable a todo buen jugador, y de buena memoria para recordar las cartas que ya habían sido jugadas, eran las veladas del capitán un verdadero tormento.

Polwheal despejó la mesa y extendió sobre ella el tapete verde, dejando luego encima los naipes. Cuando hubo comenzado la partida, Hornblower se dio cuenta de que era más fácil olvidar entonces el combate que se avecinaba. Para él, el *whist* era una pasión capaz de ocupar por entero su atención, cualesquiera que fuesen los pensamientos que la solicitaran. Solamente durante los intervalos del juego, al dar las cartas o al contar los puntos, advertía de nuevo los latidos de su corazón y la emoción que le atenazaba la garganta. Seguía con apasionado interés las vicisitudes del juego, mostrándose indulgente con la infantil inclinación que sentía Savage a jugar impetuosamente sus ases, y también con las distracciones de Galbraith, quien, invariablemente, solía olvidarse de declarar el palo hasta que ya era demasiado tarde. La primera partida concluyó rápidamente, y las caras de los oficiales expresaron cierta consternación cuando Hornblower, con aire indiferente, cogió la baraja para una segunda partida.

—Clay, no debéis olvidar que, cuando se tiene rey, reina y dama, se empieza siempre por el rey —le dijo—. Todo el arte de comenzar bien reside principalmente en esto.

—Sí, señor —repuso Clay; y estaba a punto de hacer un guiño a Savage cuando Hornblower le miró severamente, por lo que se apresuró a bajar los ojos.

Proseguía el juego, que a todos parecía interminable. Pero concluyó al fin.

—*Rubber* —anunció Hornblower—. Señores míos, creo que ya es hora de subir a cubierta.

Entonces hubo un suspiro general de alivio y un rumor de pies rozando el suelo. Pero Hornblower se daba cuenta de que era necesario, a toda costa, afirmar su fama de imperturbable.

—Esta vuelta no se habría terminado si Savage, contra su costumbre, hubiera atendido un poco más a las cartas. Teniendo nueve puntos, Savage y Galbraith no tenían otra cosa que hacer que vencer la mano impar, y el *rubber* hubiera sido suyo. Además, Savage, en la octava vuelta, hubiese debido jugar el as de corazones en lugar de arriesgar la *finesse*, como ha hecho. Reconozco que si le hubiera salido bien esta jugada habrían sido tuyas las dos manos, pero...

Con voz monótona, Hornblower seguía explicando, mientras los otros tres se removían en sus sillas. Pero mientras les precedía en la escalerilla, cambiaron una mirada entre sí que reflejaba toda la admiración que sentían por él.

Reinaba en cubierta un silencio de muerte. Todos los hombres se encontraban en sus puestos. La luna estaba ya a punto de desaparecer. Pero, a pesar de todo, quedaba aún bastante claridad en cuanto los ojos se acostumbraban a las sombras. Bush se adelantó hacia el capitán y le saludó.

—El enemigo se dirige aún a la bahía, señor —y, al decirlo, tenía la voz ronca.

—Envíe de nuevo a los hombres al cúter y a la lancha —repuso Hornblower.

Y subió por las jarcias de mesana hasta la verga de juanete de mesana. Desde allí se dominaba el mar hasta el otro lado de la isla. A una milla de distancia, a contraluz de la luna, casi en el ocaso, blanqueaban las velas del *Natividad*, a todo ceñir, a medio camino de la entrada de la bahía. Estuvo luchando contra la agitación que se apoderaba de él, mientras se esforzaba en distinguir los movimientos de la nave. Por fortuna, no era probable que los mástiles de la *Lydia* se destacaran en la oscuridad del cielo, delatando su presencia. Y precisamente en este cálculo se basaban los planes que había elaborado Hornblower. Pronto la nave viraría de bordo, y su nuevo rumbo la llevaría directamente a la isla. Quizá la doblara por el costado de barlovento, pero no era probable. Tendría que virar de bordo nuevamente para entrar en la bahía, y entonces tendría él su oportunidad. Por breves instantes vio brillar claramente las velas de la fragata enemiga al efectuar un viraje. Luego se sumergieron en la oscuridad reinante. Se dirigía ahora directamente al centro de la bahía. Pero la deriva y el descenso de la marea la empujarían hacia la isla. Hornblower volvió a bajar a cubierta.

—Señor Bush —dijo—, mande a los hombres a la arboladura dispuestos para la maniobra.

Se llenó la nave del rumor blando de los pies desnudos que corrían en todas

direcciones sobre cubierta y se encaramaban por las jarcias. Hornblower sacó de uno de sus bolsillos el silbato de plata. No se molestó en preguntar si los hombres estaban ya dispuestos para la maniobra y bien instruidos para desempeñar la función que les correspondía. Tanto Bush como Gerard eran oficiales de su confianza.

—Me voy a proa, señor Bush —dijo—. Procuraré volver a tiempo al alcázar, pero, si tardara, ya conoce las órdenes.

—Sí, señor.

Marchó rápidamente a lo largo de la pasarela, junto a las carronadas del castillo de proa, con sus artilleros acurrucados en torno, y de un salto subió al bauprés. Agarrándose a la verga de cebadera, podía ver el otro lado del recodo que formaba la isla. El *Natividad* se dirigía a aquel punto. A ambos lados de la quilla se levantaba la espuma fosforescente. Casi parecía oírse el rumor del chapoteo. Hornblower sintió un nudo de emoción en la garganta y tragó saliva. Inmediatamente se tranquilizó. Fríamente, olvidándose de sí mismo, comenzó a calcular con la precisión de una máquina. Oía la voz del hombre que, a bordo del *Natividad*, cantaba las cifras del sondeo, aunque no distinguía las palabras. La nave se acercaba cada vez más. Ya llegaba hasta el capitán un ruido de voces, el característico vocerío de las dotaciones españolas: todos hablando como cotorras y nadie vigilando para avistar los palos de la *Lydia*. Luego oyó gritar unas órdenes. El *Natividad* iba a virar de nuevo. Sin perder un instante, se llevó el silbato a la boca y sopló. Como por arte de encantamiento, la dotación de la *Lydia* puso manos a la obra como un solo hombre. Simultáneamente fueron desplegadas todas las velas. El cable se soltó y las chalupas se separaron del navío. Hornblower echó a correr hacia la popa, tropezando con los hombres que braceaban, mientras la nave se inclinaba a sotavento. Siguió corriendo, mientras la *Lydia* ganaba velocidad. Hornblower llegó al timón, justo a tiempo.

—¡Vía! —gritó al contramaestre—. ¡Un poco a babor! ¡Un poco más! ¡Todo a estribor!

Tan fulminante había sido todo que el *Natividad* apenas tuvo tiempo de virar. Pero aún no había podido adquirir velocidad en su nuevo viraje cuando, inesperadamente, surgió la *Lydia* de entre las tinieblas, abalanzándose sobre ella. Los largos meses de maniobra a bordo de la fragata inglesa daban ahora su resultado. Los cañones, al pasar frente al *Natividad*, dispararon sobre ella una andanada, sembrando la cubierta de metralla, en tanto la obra muerta de los dos buques se rozaba. Los gaveros de la *Lydia*, desde lo alto de las vergas, lanzaron los cables para unir las dos naves. En cubierta, los hombres del abordaje corrieron hacia la pasarela de babor.

La sorpresa a bordo del *Natividad* fue mayúscula. La dotación estaba dedicada tranquilamente a sus quehaceres cuando, en un abrir y cerrar de ojos, un enemigo desconocido e insospechado había caído sobre ellos, las tinieblas fueron desgarradas por los siniestros relámpagos seguidos de las ensordecedoras explosiones de la

artillería. Por todas partes se oían los gemidos de los marineros heridos tan inesperadamente cuando un pequeño ejército de hombres, aullando como demonios, se precipitó sobre cubierta. Ni siquiera la dotación más disciplinada y capaz hubiese podido resistir aquel alud, y jamás, en los veinte años que llevaba navegando el *Natividad* por el Pacífico, se encontró con un enemigo en el transcurso de las cuatro mil leguas navegadas.

No obstante, no faltaron valientes que intentaron la resistencia. Hubo oficiales que desenvainaron sus espadas. En el castillo se hallaba un grupo de soldados que, ante los rumores de una insurrección en la costa, habían sido provistos de armas. En algunos lugares de a bordo hubo también hombres que echaron mano a barras de hierro y cabillas. Pero el puente de proa fue barrido en un momento por los numerosos asaltantes, armados de picas y machetes. Alguna pistola apuntó y disparó, pero los hombres que opusieron resistencia fueron abatidos. Los demás, reunidos en grupo, tuvieron puestos bajo guardia.

A ciegas, sobre el puente inferior, los hombres del *Natividad* buscaban a sus jefes y se afanaban en un supremo y desesperado esfuerzo, intentando resistir. Reunidos todos en la oscuridad, se disponían a enfrentarse a sus enemigos y defender las escotillas, cuando, de repente, se levantó un nuevo alarido a sus espaldas. Los hombres que iban en la lancha y en el cúter, al mando de Gerard, habían llegado a otro costado del navío, y, encontrándolo desguarnecido, subieron a bordo gritando como condenados, según las órdenes recibidas. Hornblower había previsto que el efecto moral del ataque se vería enormemente aumentado, sobre todo contra los indisciplinados españoles, si los asaltantes producían el mayor estrépito posible. Ante aquel nuevo ataque, cedió toda la resistencia. La previsión de Hornblower, enviando a aquellos hombres en las embarcaciones para dividir las fuerzas enemigas, tuvo un éxito completo.

## CAPÍTULO 7



El capitán de la *Lydia* comenzó su acostumbrado paseo matutino por la toldilla. En cuanto apareció, cinco o seis oficiales del *Natividad* pretendieron salir a su encuentro para saludarle cortésmente, pero fueron rechazados por los hombres de la fragata, indignados ante la idea de que unos simples prisioneros tuviesen la osadía de estorbar la sacrosanta ceremonia del paseo de su capitán. Éste se hallaba entregado a sus meditaciones, de modo que ni siquiera le quedaba tiempo para recordar que la noche anterior su fragata, al capturar a otra de dos cubiertas sin haber perdido un solo hombre en la empresa, había llevado a cabo una hazaña sin precedentes en los largos anales de la marina de guerra británica.

Pero Hornblower sentía la necesidad de concentrar su pensamiento en la nueva tarea. Con la captura del *Natividad* había quedado algo así como dueño y señor de los mares del Sur. No ignoraba que las comunicaciones terrestres eran tan dificultosas que todo el comercio, por no decir toda la vida del país, dependían del tráfico costero. Y ahora ya no había una sola nave que pudiera transitar por aquellas aguas sin su permiso. En sus quince años de servicio había podido darse cuenta perfectamente de lo que suponía ser dueño del mar. Por lo menos, podía esperar ahora, con la ayuda de Alvarado, hacer correr por toda América central un incendio de rebeliones tan poderoso que el gobierno español se arrepintiese amargamente de haber querido aliarse con Bonaparte.

Hornblower paseaba de un lado a otro de la cubierta enarenada. Había, además, otras posibilidades. En la costa noroeste se hallaba la ciudad de Acapulco, de donde zarpaban los galeones que cada año transportaban a España un millón de libras esterlinas en metales preciosos. La captura de un solo galeón le habría enriquecido para siempre. Podría comprarse una propiedad en Inglaterra, o incluso un pueblo entero, y convertirse en terrateniente ante quien los aldeanos se quitarían el sombrero, cuando pasara él cómodamente instalado en su coche. A María le gustaría mucho todo eso, aunque él no podía imaginarla desempeñando el papel de gran señora.

Hornblower dejó de pensar en su mujer arrancada de su humilde casita en Southsea e instalada en una mansión en el campo. Al este se encontraba Panamá, con sus reservas de plata del Perú, su flotilla de pescadores de perlas y el altar forrado de oro que Morgan había dejado escapar, pero que a él no se le escaparía. Tal vez un golpe audaz en aquel nudo central de las comunicaciones transcontinentales fuera la mejor maniobra estratégica, sin contar, claro está, el provecho de lo que de allí podía sacar. Y Hornblower intentó pensar en Panamá.

Sullivan, aquel vagabundo irlandés de pelo de pancha, montado sobre una

carronada de proa, tocaba el violín, y en torno a él bailaban, emparejados, una docena de marineros, haciendo temblar el suelo bajo sus callosos pies.

Veinticinco guineas por cabeza, al menos, les corresponderían como botín por la captura del *Natividad*, y mentalmente se las gastaban ya en aquellos momentos. La mirada de Hornblower se volvió hacia la nave enemiga, que se mecía sujeta al ancla. El combés era un hormiguero de hombres. Sobre el anticuado castillo de popa se veían las casacas rojas y los morriones de sus infantes de marina, y también las carronadas dispuestas, y junto a cada una de ellas, el artillero con la mecha preparada. Gerard, a quien Hornblower había dejado en el navío como jefe de presa, había servido años antes en una nave negrera de Liverpool y sabía como se mantenía el orden en una nave cargada de enemigos. No obstante, Hornblower sabía muy bien que la tripulación, separada de los oficiales, no causaría problemas. Sabía también que era necesario decidir la suerte del *Natividad* y, más aún, de sus prisioneros. Era imposible confiarlos a manos del Supremo. La tripulación de la *Lydia* no lo hubiese consentido. Y se puso a reflexionar sobre este problema. Una larga fila de pelícanos cortaba el aire, como una formación de navíos de guerra. Una espléndida ave fragata con la cola partida en dos se precipitó sobre la *Lydia*, y por un momento se quedó inmóvil en el cielo azul; luego, considerando acaso que la nave inglesa no era presa digna de su atención, se dirigió hacia la isla, donde los cormoranes se dedicaban a la pesca. El sol calentaba ya y las aguas de la bahía eran de un azul tan intenso como el del cielo.

Hornblower, que deseaba concentrarse para resolver todos los problemas que se le habían presentado, maldijo al sol, a los pelícanos y las demás aves marinas. Malhumorado, midió con sus pasos el castillo media docena de veces y acogió de mal talante al guardiamarina Knyvett, que se acercaba a él.

—¿Qué demonios ocurre?

—Capitán, se acerca una embarcación... a bordo lleva... ¡ejem!... al señor Hernández.

«Me lo imaginaba», pensó Hornblower.

Y añadió en alta voz:

—¡Perfectamente!

Y a continuación bajó al encuentro de Hernández, que en aquel instante ponía el pie sobre la cubierta de la *Lydia*. Éste no se deshizo en felicitaciones por la reciente victoria conseguida. A lo que parece, al servicio del Supremo hasta los hispanoamericanos se volvían bruscos y de pocas palabras.

—El Supremo desea verle inmediatamente, capitán. Mi chalupa nos está aguardando.

—¿De veras? —preguntó Hornblower.

Con tan poco ceremonioso mensaje, más de un capitán de la marina británica se

hubiera enfurecido. Por un instante, Hornblower acarició el pensamiento de hacer que el mensajero dijera a su amo que si éste quería ver al capitán se presentase personalmente a bordo de la *Lydia*. Pero correr el riesgo de perjudicar la cordialidad de aquellas relaciones, de las que dependía el éxito de la empresa, por una cuestión de dignidad, hubiese sido una locura. Quien fue capaz de apresar al *Natividad* podía muy bien pasar por alto la vanidad de los demás. Se le ocurrió una idea de compromiso. Para afirmarse en su dignidad podía muy bien hacer esperar un par de horas al Supremo. Pero su buen sentido rechazó aquel proyecto. A Hornblower no le gustaban los compromisos, y ése, como todos, serviría tan sólo para irritar a una de las partes, sin beneficiar para nada a la otra. Era mucho mejor dejar a un lado el amor propio y acudir inmediatamente a la llamada.

—Ciertamente... Ahora tengo un poco de tiempo disponible —dijo al fin.

Al menos por esta vez, la visita no le obligaba a ponerse de punta en blanco. No tenía necesidad de las medias de seda ni de los zapatos de hebilla. La captura del *Natividad* probaba su categoría mucho mejor que cualquier espada con puño de oro. Cuando daba a Bush las últimas instrucciones, recordó que el triunfo de la noche anterior le daba excusa suficiente para no azotar a los descarriados Jenkins y Poole y para no hacerle reproche alguno a Galbraith. Esto suponía un consuelo enorme, que contribuiría a aliviarle también de la depresión que solía sentir después de cada éxito. Casi contento, montó sobre el caballo que le esperaba en la playa y se puso en camino, pasando ante enormes montones de tripas y desperdicios animales y, luego, ante la larga fila de cadáveres, camino de la casa del Supremo.

Sentado en su butaca, sobre el estrado y bajo palio, tenía el Supremo todo el aspecto de continuar en la misma postura y conservar idéntica inmovilidad de cuando le dejó Hornblower días atrás, cuatro a lo sumo, pero que a él le parecían más de un mes.

—Conque se salió con la suya, capitán, ¿no es eso? —fue lo primero que dijo.

—He capturado esta noche el *Natividad*.

—¿Y ha terminado también de aprovisionar la nave?

—Sí.

—Veo que, entonces, ha obrado usted de acuerdo con mis instrucciones y según lo que le indiqué.

Frente a una seguridad tan extraordinaria, cualquier argumento resultaba inútil:

—Hoy mismo, a primeras horas de la tarde —continuó el Supremo—, pondré en ejecución mi proyecto de apoderarme de la ciudad de San Salvador y de aquel individuo que se llama a sí mismo capitán general de Nicaragua.

—¿Ah, sí? —preguntó Hornblower.

—Ahora tendré que vencer menos dificultades. Tal vez no sepa, capitán, que los caminos de aquí a San Salvador son bastante accidentados. Hay un lugar en que el

sendero se eleva a lo largo de ciento veintisiete escalones practicados en la lava, entre dos precipicios. Si es realmente un camino difícil para un mulo, figúrese para un caballo. Un hombre de malas intenciones podría hacerse dueño de la situación armado sólo con un mosquete.

—Supongo que sí —dijo Hornblower.

—Sin embargo, San Salvador está a menos de diez millas del mar y hay un buen camino desde la ciudad a La Libertad, que es el puerto. Esta tarde levaré anclas con la *Lydia* y el *Natividad* y quinientos hombres con rumbo a La Libertad. No hay más de cien millas de distancia hasta allí, espero llegar mañana al amanecer. Por la noche, cenaré en San Salvador.

—¡Ejem! —rezongó Hornblower, que estaba pensando el modo de explicar lo más elocuentemente posible las dificultades del plan del Supremo.

—¿Ha muerto poca gente entre la dotación del *Natividad*, capitán? —preguntó el Supremo, abordando de lleno una de las dificultades previstas por Hornblower.

—Once muertos y dieciocho heridos, de los cuales cuatro no vivirán mucho tiempo —contestó el capitán.

—Lo cual quiere decir que aún quedan bastantes hombres para gobernar la nave.

—Sí, señor; sin embargo...

—Es todo lo que quería saber. Y..., capitán, las personas que se dirigen a mí no emplean la palabra «señor». Ese título no es lo suficientemente honorable. Yo soy el «Supremo».

Hornblower asintió con un gesto. Aquel individuo tenía un modo de proceder que no admitía réplica.

—¿Viven todavía los oficiales de a bordo?

—Sí... —contestó Hornblower. Y como veía aproximarse la tormenta y se esforzaba cuanto podía en alejarla, añadió—: Supremo.

—Entonces, tomaré el *Natividad* bajo mi mando. Mataré a los oficiales españoles y los sustituiré con mis hombres. Para el servicio me bastarán los marineros.

No había nada imposible en lo que proyectaba el Supremo. Hornblower no ignoraba que en la anticuada marina española se mantenía una severa distinción — que se extinguía rápidamente en la británica— entre los oficiales empleados en la maniobra de un barco y los caballeros que ostentaban el mando. Por lo demás, no dudaba sobre el camino que elegirían los marineros, el piloto, los contramaestres y otros cargos de menor importancia cuando se les diese a escoger entre servir al Supremo o soportar el suplicio.

Era probable que, bajo ciertos aspectos, la solución proyectada por el Supremo fuese buena. Transportar quinientos hombres solamente con la *Lydia* hubiera sido muy difícil, por decirlo suavemente, y además la *Lydia*, por sí sola, no sería nunca capaz de bloquear las mil millas de costa. En cambio, era evidente que dos navíos

podían dar mayor quehacer al enemigo. No obstante, ceder tan completamente al *Natividad* suponía meterse en un pleito interminable, que seguramente acabaría mal, con los lores del Almirantazgo a propósito del dinero de presa. Además, se rebelaba a la sola idea de mandar a la muerte a los oficiales entregándolos al Supremo. Era de todo punto necesario encontrar rápidamente una solución.

—El *Natividad* es botín de mi soberano y no sé hasta qué punto aprobaría que yo cediese...

—Seguramente desaprobaba al saber que me ofendiera usted a mí. —El Supremo frunció las cejas amenazadoramente y Hornblower oyó jadear a Hernández a sus espaldas—. Capitán Hornblower, otra vez ha estado a punto de faltarme al respeto y he tenido la magnanimidad de atribuirlo al hecho de que sois forastero.

Hornblower se devanaba los sesos. Un poco más de resistencia por su parte, y aquel loco sería capaz de condenarle a muerte. Y la *Lydia*, sin su capitán, no se pondría, precisamente, a combatir en favor del Supremo. La situación en el Pacífico era, de todos modos, bastante complicada, y el navío, sin amigos entre los rebeldes ni en el gobierno, nunca podría volver a casa, especialmente bajo las órdenes de un hombre de tan escasa imaginación como Bush. Inglaterra perdería un hermoso buque y una excelente ocasión. Era necesario sacrificar su dinero de presa, aquellas mil libras con las que esperaba deslumbrar a María. Pero, a cualquier precio, era necesario conservar con vida a los prisioneros.

—Tiene razón. Mi educación de extranjero es la culpable, Supremo —le dijo—. No es fácil para mí expresar en un idioma que no es el mío todos los delicados matices que son necesarios. Pero, ¿quién se atreve a decir que quiero yo faltarle al respeto, Supremo?

El Supremo inclinó la cabeza con un ademán de asentimiento. Era una satisfacción ver cómo un maniático que se atribuía la omnipotencia se sintiera tan inclinado a aceptar como sinceros los halagos más burdos.

—La nave es suya, Supremo —continuó Hornblower—. Suya fue desde el instante en que mis hombres pusieron pie en ella la pasada noche. Y cuando, en el porvenir, una flota, en nombre del Supremo, domine el Pacífico, sólo deseo que recuerde que la primera nave fue apresada por el capitán Hornblower, a las órdenes del Supremo.

El aludido asintió de nuevo; luego, se dirigió a Hernández.

—General, disponga que, al mediodía, haya a bordo quinientos hombres. Yo, lo mismo que vos, iré con ellos.

Hernández se inclinó y salió.

Evidentemente, no existía la menor posibilidad de que el Supremo dudase, siquiera remotamente, de su propia divinidad como consecuencia de una vacilación o duda de sus subordinados. Cada una de sus órdenes, ya se tratase de cerdos o de

quinientos hombres, era obedecida al instante. Hornblower jugó su siguiente carta a continuación.

—¿Será la *Lydia* la que tenga el honor de transportar al Supremo al puerto de La Libertad? Mi tripulación se sentiría muy honrada si le fuese otorgado ese privilegio.

—Estoy seguro de que les encantaría —contestó el Supremo.

—No sé si atreverme a pedirlo... —añadió Hornblower—, pero, ¿acaso mis oficiales y yo podemos aspirar al honor de que se siente a nuestra mesa antes de la partida?

El Supremo pareció reflexionar un momento.

—Sí —contestó. Y con gran trabajo Hornblower consiguió sofocar un suspiro de alivio que brotó espontáneamente de su pecho. Una vez estuviese a bordo de la *Lydia*, era más fácil que aquel mamarracho se dejara dominar un poco.

El Supremo dio una palmada y, como por encanto, un golpe dado en la puerta indicó que el mayordomo mulato había acudido a la llamada. Con breves e inequívocas palabras, le dio las órdenes precisas para que fuese transportado a la *Lydia* todo lo que él necesitaba.

—Ahora, permítame que vuelva a mi navío, pues debo disponer todo lo necesario para su llegada —dijo Hornblower.

Por toda contestación, el Supremo hizo otro ademán.

—¿A qué hora desea que me encuentre en la playa para recibirle?

—A las once.

Hornblower, al salir al patio, pensó con fraternal solidaridad en aquel gran visir que jamás se separaba de la presencia de su soberano sin asegurarse antes de que llevaba todavía la cabeza sobre los hombros.

Apenas se encontró a bordo de la *Lydia* y se apagaron los pitidos de los silbatos, comenzó inmediatamente a dar órdenes.

—Meta a esos hombres inmediatamente en el sollado —le dijo a Bush, señalando a los prisioneros—. Enciérrelos y ponga una buena guardia. Llame al herrero y ordene que se les pongan grilletes.

Bush no intentó disimular su sorpresa, pero Hornblower no se entretuvo en darle explicación alguna.

—Señores —dijo a los oficiales españoles cuando se encontraron ante él—. Se van a ver tratados duramente; pero les aseguro que si se dejan ver simplemente, morirán. Les estoy salvando la vida.

Luego se volvió al teniente Bush.

—Llame a todos los marineros —le dijo.

Inmediatamente se oyó el familiar rumor de pasos producido por los pies desnudos y callosos sobre el maderamen.

—Marineros —comenzó el capitán—, dentro de unos minutos subirá a bordo de

la *Lydia* un príncipe de este país, aliado de nuestra Graciosa Majestad. Pase lo que pase, oídme bien, *pase lo que pase*, deberá ser tratado con el mayor respeto. Haré azotar duramente a quien se ría o no se comporte debidamente con el Supremo, como si se tratara de mí mismo. Esta noche zarparemos de aquí llevando a bordo a los soldados de ese señor. Los consideraréis como si fuesen ingleses, o aún mejor. Con los soldados ingleses os tomaríais ciertas libertades que no podéis tomaros con ellos. El primero que se permita una burla a su costa será azotado durante una hora. Olvidaos del color de su piel; no os fijéis en su modo de vestir; olvidad que no hablan inglés y recordad solamente lo que os he dicho. Señor Bush, pueden romper filas.

En el camarote, el fiel Polwheal esperaba a su capitán con la toalla y la bata para el baño que tendría que haber tomado dos horas antes.

—Sácame el uniforme nuevo —le dijo—. Y que la cámara de popa esté dispuesta a las seis en punto para una cena de gala de ocho cubiertos. A las seis en punto. Ve a proa y que venga el cocinero.

Aún era necesario preparar mil cosas. Bush y Rayner, el primero y cuarto oficial; Simmonds, el oficial de marina, y Crystal, el oficial de derrota, fueron advertidos de que estaban invitados a cenar y que, inmediatamente, debían vestir sus uniformes de gala. Por otra parte, era urgente preparar en las dos fragatas alojamiento para quinientos hombres.

Hornblower contemplaba el *Natividad*, en cuyo palo mayor, sobre el rojo y dorado de la bandera de España, flotaba al viento la bandera blanca. El capitán se preguntaba qué haría con aquella nave cuando vio una lancha acercarse desde la costa. El jefe de la pequeña comitiva, que inmediatamente subió a bordo, era un hombre joven, de estatura menor que la corriente, delgado y ágil como un mono. Sus facciones se veían animadas por una perpetua sonrisa y un inquebrantable buen humor. Parecía más español que americano. Bush le acompañó al castillo donde Hornblower, impaciente, se hallaba paseando. Con una amable inclinación, el recién llegado se presentó.

—Soy el vicealmirante Cristóbal de Crespo.

Hornblower le miró de pies a cabeza. Llevaba anillos de oro en las orejas, y la casaca, recamada de oro, disimulaba apenas una desgarrada camisa gris. Sus pantalones blancos, aunque bastante sucios, estaban enfundados en unas botas de cuero.

—¿Del servicio del Supremo? —interrogó Hornblower.

—¡Desde luego! Permítame presentarle a mis oficiales. Andrade, capitán de navío; Castro, capitán de fragata; Carrera, capitán de corbeta; los lugartenientes Barrios, Barillas y Cerno, y los aspirantes Díaz...

La docena de oficiales que presentó con aquellos altisonantes títulos eran indios, andaban descalzos y en sus fajas coloradas, arrolladas a la cintura, llevaban un

completo arsenal de pistolas y puñales. Torpemente, se inclinaron ante Hornblower. Algunos de ellos tenía una expresión feroz y cruel.

—He venido para izar mi insignia en mi nuevo barco, el *Natividad* —dijo Crespo con amistoso tono—. Es deseo del Supremo me rindan el saludo de once salvas, como corresponde a mi categoría de vicealmirante.

Hornblower, por un momento, puso cara larga. A pesar suyo, los años de servicio en la marina le habían infundido un profundo respeto por las particularidades de la etiqueta naval y le dolía tener que tributar a aquel mamarracho los honores que le habían sido tributados a Nelson. Disimuló con esfuerzo su disgusto, comprendiendo que si quería conseguir todo lo que se proponía, debía proseguir hasta el final aquella farsa. Habiendo un imperio que ganar, hubiese sido una locura regatear por una simple cuestión de ceremonial.

—¡Ciertamente, almirante! —le dijo—. Es para mí un honor ser de los primeros en felicitarle por su nombramiento.

—Gracias, capitán. Ahora sería necesario aclarar determinados puntos —replicó el vicealmirante—. Quisiera saber si los oficiales que mandaban el *Natividad* están aquí todavía o se hallan a bordo de su navío.

—Lo lamento mucho —contestó Hornblower—; pero esta mañana, después del consejo de guerra, los he echado al mar.

—¡Lástima! Realmente, es una verdadera lástima. El Supremo me había dado la orden de colgarlos de los palos del *Natividad*. ¿Ni siquiera habéis dejado uno?

—Ni uno, almirante. Lo lamento mucho, pero, sobre este particular, el Supremo no me había dado orden alguna.

—Bien. No hay nada que hacer, entonces. No faltarán otros... Me voy ahora a bordo de mi fragata. Tal vez quiera usted acompañarme para dar las correspondientes órdenes a los hombres de su dotación que allí se encuentren...

—Desde luego, almirante.

Hornblower sentía una gran curiosidad por ver de qué modo procederían los esbirros del Supremo para cambiar por completo la lealtad de toda una tripulación. Apresuradamente, dio las órdenes oportunas para que los artilleros de la *Lydia* saludasen cuando fuese izada la bandera a bordo del *Natividad*, y bajó a la lancha acompañado por los oficiales de nuevo cuño.

Una vez en el *Natividad*, Crespo se dirigió, contoneándose, precisamente al alcázar donde se hallaban agrupados el piloto español y sus oficiales. Ante sus aterrorizados ojos, el vicealmirante se dirigió a la imagen de la Virgen y el Niño que había junto al pasamanos y la arrojó al mar. A un ademán suyo, uno de los aspirantes de su séquito arrió las banderas británica y española que ondeaban en el palo mayor. Entonces se volvió hacia los oficiales de navegación. La escena desbordaba dramatismo en el puente atestado bajo el refulgente sol. La infantería británica de

marina permanecía impasible, enfundada en sus casacas rojas. Los artilleros británicos, junto a las carronadas, conservaban aún en la mano las mechas encendidas. Aún no se les había dado orden alguna que les relevase del servicio. Gerard se separó del grupo y se colocó al lado de Hornblower.

—¿Quién es el piloto? —preguntó Crespo.

—¡Yo! —contestó una voz trémula de emoción.

—¿Y vosotros sois sus oficiales?

Una serie de gestos y ademanes más o menos aterrorizados contestaron a esta pregunta. De la cara de Crespo desaparecieron todas las huellas de buen humor. Su delgado semblante pareció hincharse con una cólera fría.

—¡Tú! —dijo señalando al más joven, casi un niño—. Levantarás la mano y jurarás tu fe a nuestro señor el Supremo. ¡Te digo que levantes la mano!

El muchacho, como un alucinado, obedeció.

—Y ahora repite conmigo: «¡Juro!».

Blanco como una sábana, el niño intentó mirar a sus compañeros, pero los ojos centelleantes de Crespo parecían fascinarle.

—¡Juro! —repetía Crespo. Y su entonación era amenazadora.

El muchacho movía los labios, sin que saliera de ellos sonido alguno. Pudo luego separar sus ojos de aquellos otros que le hipnotizaban. La mano que había levantado al principio vaciló un momento y luego la bajó, apartando la vista del índice amenazador con que Crespo le señalaba. Inmediatamente, el vicealmirante levantó la otra mano. Tan repentino había sido el ademán que nadie pudo ver cómo había sacado una pistola del cinto. Sonó un disparo y el muchacho, herido en el estómago, cayó al suelo. Sin hacer caso del infeliz que se revolcaba en los espasmos de la agonía, Crespo se volvió a otro.

—¡Ahora jurarás tú! —dijo.

Sin oponer resistencia alguna, con voz casi afónica, el aludido juró, repitiendo las palabras que Crespo dictaba fríamente, media docena de frases muy significativas en las que se confirmaban la omnipotencia del Supremo, testimoniaban su devoción a él y negaban la existencia de Dios y la virginidad de su Divina Madre. Todos, uno a uno, repitieron el juramento. Nadie hacía caso del agonizante que continuaba revolcándose a sus pies. Solamente cuando consideró terminada la ceremonia, Crespo se acordó de él para ordenar:

—¡Echadlo al mar!

Bajo su centelleante mirada, vacilaron un momento los oficiales. Luego, dos de ellos se inclinaron, levantaron al muchacho, uno por la cabeza y otro por los pies, y lanzaron por la borda aquel cuerpo que todavía no había exhalado el último suspiro.

Crespo esperó hasta oír la zambullida; luego se acercó a la barandilla del castillo, donde quedaban aún restos del dorado anterior. Muda y como idiotizada, la marinería,

como un rebaño, se amontonaba sobre cubierta, escuchando la voz estridente de Crespo. Hornblower, mirándoles, comprendía que ninguno opondría resistencia a los deseos del vicealmirante. Ni uno solo de la tripulación tenía sangre europea en las venas. Durante los muchos años que el *Natividad* llevaba navegando por el Pacífico, la primitiva dotación había concluido por desaparecer. Solamente la oficialidad había sido reemplazada por individuos procedentes de España; pero la marinería, según podía verse, se reclutaba entre los nativos. Hornblower descubrió entre ellos algunos negros e incluso varios chinos. Había otros cuya fisonomía le resultaba extraña: se trataba de filipinos.

Con una brillante arenga que no duró ni cinco minutos, Crespo los conquistó a todos. No se detuvo proclamando la divinidad del Supremo, que ya se hallaba incluida en el apelativo. Les dijo que el Supremo era jefe de un movimiento que tenía por fin sacudir el yugo de la dominación española en América. En menos de un año, todo el Nuevo Mundo, de México a Perú, estaría bajo su mando. Y eso significaría el fin del mal gobierno de los españoles, de su brutal dominación y de la esclavitud en las minas y en el campo. Habría tierra para todos. Todos gozarían de libertad y serían felices bajo la benigna protección del Supremo. ¿Quién quería seguirle?

Al parecer, todos. El discurso fue acogido con un rumor de aprobación y, finalmente, le aclamaron. Crespo se acercó a Hornblower.

—Gracias, capitán —le dijo—. Creo que ya no son necesarios vuestros hombres. Mis oficiales y yo podremos arreglarnos perfectamente, aunque se presente a bordo cualquier insubordinación.

—No lo dudo —contestó Hornblower con cierta amargura.

—Tal vez alguien se muestre reacio al convencimiento y no quiera dejarse iluminar cuando llegue el momento —dijo Crespo, sonriendo.

Hornblower, al volver a la *Lydia*, pensaba tristemente en la miserable muerte del joven español. Debió haber impedido la consumación de aquel delito, pues había consentido en presentarse solo a bordo del *Natividad* con la intención de evitar cualquier acto de crueldad, y no lo había conseguido. No obstante, pensó que el hecho de ahorcar a los oficiales a sangre fría hubiese tenido mucho peor efecto entre sus hombres. La dotación del *Natividad* se veía obligada a servir por la fuerza a un nuevo amo, pero ¿acaso la leva no había hecho algo semejante, por lo menos en las tres cuartas partes de la dotación de la *Lydia*? Los métodos disciplinarios en uso en la marina inglesa condenaban a penas de azotes y también de muerte a quien se negase a obedecer las órdenes de los oficiales, a quienes, arbitrariamente, se les había dado sobre los demás derecho de vida y muerte. Los marineros ingleses, por lo general, eran poco propensos a conmovirse por la suerte de los compañeros españoles que se encontrasen en su misma posición, pero, con la característica falta de lógica de la clase baja inglesa, hubiesen creído un deber protestar contra el ahorcamiento de un

oficial.

Un cañonazo del *Natividad*, que fue inmediatamente contestado por la *Lydia*, interrumpió el curso de los pensamientos de Hornblower. Poco le faltó para ponerse de pie de un salto y en la cámara del bote. Pero dirigió una ojeada a sus espaldas y se tranquilizó. En el palo mayor del *Natividad* ondeaba una nueva bandera: azul con una estrella amarilla en el centro. El estruendo de las salvas se difundió lentamente por la bahía, y retumbaba aún cuando Hornblower subió la escalerilla de su nave. Marsh, el artillero, paseaba colérico de un lado a otro del castillo de proa, mascullando imprecaciones. Hornblower dedujo sus palabras.

—Si yo no fuese un maldito idiota, como soy, ahora no estaría aquí... Fuego... siete. Dejar a la mujer y a los hijos, la casa y todo lo que uno más quiere en este condenado mundo... Fuego... ocho.

Media hora más tarde, volvía Hornblower a la costa para recibir al Supremo, quien, a la hora exacta, llegó a caballo, acompañado por una docena de harapientos súbditos que no se dignó presentar al capitán. Inmediatamente se metió en la lancha. Su séquito, pasando ante Hornblower en fila india, se presentó a sí mismo pronunciando una retahila de nombres sin sentido. Casi todos eran indios de pura raza. Todos generales, excepto un par de coroneles y, por lo que se veía, absolutamente todos devotos de su amo. Su manera de comportarse e incluso su menor ademán lo declaraban a todas luces, y no sólo era el temor lo que les movía, sino también la admiración... incluso el amor, se podría decir, que les inspiraba.

A lo largo de la nave, la guardia, los segundos contra maestres y los infantes de marina se hallaban formados para recibir al Supremo con honores militares; pero éste volvió a dejar estupefacto a Hornblower cuando, dirigiéndose a él, le dijo con indiferencia, mientras comenzaba a subir por la escalerilla.

—Ya sabe usted que me corresponden como saludo veintitrés cañonazos.

Es decir, dos cañonazos más de los que hubiesen debido dispararse si su majestad el rey Jorge, en persona, se hubiese presentado en la *Lydia*. Por un instante, Hornblower clavó su mirada en el aventurero y pensó en negarse resueltamente a aquella pretensión, pero concluyó contemporizando con su conciencia, diciéndose que un saludo de tal número de salvas dejaba de tener el más mínimo sentido. Inmediatamente ordenó a un grumete dijera al teniente Marsh que se dispararan los veintitrés cañonazos. Y la cara que puso el grumete al conocer la orden fue tan ridícula como la de su capitán momentos antes: quedó primero pasmado y luego, dominándose, echó a correr, reconfortado sin duda con el pensamiento de que, después de todo, la responsabilidad era del capitán y no suya. Hornblower apenas pudo disimular una sonrisa, figurándose la sorpresa de Marsh y la exasperación creciente en su voz. «Si yo no hubiese sido un perfecto estúpido, a estas horas... ¡Fuego..., y veintitrés!».

El Supremo, entre tanto, había subido al alcázar con actitud fiera y audaz. Luego, paulatinamente, fue desvaneciéndose la vivacidad de su semblante y volvió a caer en su indiferencia acostumbrada. Parecía escuchar y, en realidad, su mirada iba más lejos de las caras de Bush, de Gerard y de los demás que Hornblower le estaba presentando. Cuando el capitán le preguntó si deseaba visitar el navío, se limitó a mover la cabeza negativamente. Hubo una pausa embarazosa, que rompió Bush volviéndose a su capitán.

—El *Natividad* ha izado otra bandera en el palo mayor, señor. ¡No, no es... es!

Era un cuerpo humano que se destacaba en negro sobre el cielo azul, y mientras se elevaba se sacudía y se retorció. Un minuto más tarde, otro cuerpo efectuaba la misma ascensión, izado por otro peñol de la verga. Instintivamente, todos los ojos se clavaron en el Supremo. Pero éste continuaba con la mirada perdida en el vacío. No obstante, todos sabían perfectamente que lo había visto. Los oficiales miraron de soslayo a su capitán, como para preguntarle cómo debían comportarse, y le imitaron adoptando el aire de no haber visto nada. Después de todo, las medidas disciplinarias a bordo de un navío extranjero no les incumbían.

—Se servirá la comida dentro de unos instantes, Supremo —dijo Hornblower, sobreponiéndose a su emoción—. ¿Quiere bajar a la cámara?

Mayor silencio esta vez. El Supremo comenzó a bajar el primero por la escalerilla. Bajo cubierta era aún más evidente su corta estatura, por cuanto no se veía obligado a inclinarse como los demás. Su cabeza en realidad rozaba las vigas del techo, pero tampoco esto le obligaba a inclinarse al andar. Hornblower se vio acometido por la absurda idea de que aquel hombre no tenía ninguna necesidad de encorvarse, porque las vigas se levantarían antes que cometer el sacrilegio de rozar su cabeza. Tal era el efecto que le causaba la calma y dignidad naturales con que le precedía el Supremo.

Polwheal y los otros marineros que, vestidos de gala, le ayudaban en el servicio de la mesa, quitaron la lona que cubría aún el lugar de los mamparos, pero el Supremo se detuvo un momento en el umbral y pronunció las primeras palabras que salieron de sus labios desde que puso el pie sobre cubierta.

—Comeré aquí yo solo. Ordene que se me sirva.

Ninguno de los personajes de su séquito pareció considerar extraña aquella petición. Hornblower, observando aquellas caras, se dio cuenta de que la indiferencia que reflejaban no era fingida.

La comida resultó muy triste. Para Hornblower y sus huéspedes hubo que improvisar una mesa en la santabárbara, y el único mantel, con sus servilletas de hilo, de que disponía el capitán, así como sus dos botellas de Madeira, quedaron en la cabina de popa para uso del Supremo. El silencio que reinó casi ininterrumpidamente tampoco contribuyó a aliviar la violencia de aquella parodia de banquete, pues los

generales y coroneles del Supremo no eran muy locuaces y Hornblower era el único de los ingleses que hablaba español. Valerosamente, Bush intentó por dos veces dirigir algunas palabras a sus vecinos de mesa, añadiendo una «o» al final de todas las palabras inglesas con la esperanza de que, mediante esa artimaña, se convirtieran milagrosamente en palabras españolas. Pero ante la muda sorpresa de sus oyentes, redujo pronto sus intentos a un confuso balbuceo.

Apenas terminada la cena, y cuando encendían los blandos cigarros de tabaco negro que formaban parte de las provisiones recibidas, un nuevo mensajero, recién llegado de tierra, fue conducido a presencia del oficial de guardia, quien no conseguía entender una sola palabra de lo que le decía. Las tropas estaban preparadas para embarcar. Con un suspiro de alivio, Hornblower se puso en pie, dejando la servilleta, y se presentó a cubierta seguido de los demás.

Los hombres que la lancha y el cúter transportaban en sucesivos viajes desde tierra eran los típicos soldados de aquellas tierras: andrajosos, descalzos, de piel oscura y pelo lacio y negro. Cada uno de ellos llevaba un mosquete sin estrenar y una cartuchera repleta de municiones, los que Hornblower les había traído. La mayoría de ellos llevaba, además, un saco, seguramente lleno de provisiones. Otros llevaban incluso melones y racimos de plátanos. Los marineros los empujaban sobre cubierta, mientras los recién llegados miraban curiosamente en torno suyo, observándolo todo y charlotteando como papagayos. Sin embargo, parecían, bastante dóciles. Se acurrucaron por grupos en el suelo, entre los cañones, sin interrumpir su estridente parloteo, siguiendo las órdenes de los bonachones y sonrientes ingleses.

La mayoría empezó a devorar ávidamente las provisiones. Hornblower sospechó que estaban medio muertos de hambre y que se comían las de reserva.

En cuanto hubo embarcado el último soldado, Hornblower miró el *Natividad*. Al parecer ellos también habían embarcado sus hombres. De repente, cesó la cháchara en la cubierta y siguió un sorprendente silencio. Un instante después subía el Supremo al alcázar. Sin duda, su aparición sobre cubierta había hecho cesar el parloteo.

—Capitán —dijo—, podemos hacernos a la vela rumbo a La Libertad.

—Sí, Supremo —contestó Hornblower.

Estaba contento de que el Supremo hubiese aparecido en aquel preciso instante; segundos más tarde, quizá los oficiales de la *Lydia* se hubiesen dado cuenta de que su capitán esperaba las órdenes del aventurero. Esto hubiese sido lamentable.

—Señor Bush, levemos anclas —ordenó el capitán Hornblower.

## CAPÍTULO 8



Podía darse por terminado el viaje a lo largo de la costa. Había caído La Libertad. El Supremo y sus hombres habían desaparecido entre el dédalo de volcanes que rodeaba a la ciudad de San Salvador. El capitán Hornblower volvía a pasear sobre el puente de la fragata *Lydia*, de treinta y seis cañones, propiedad de su majestad británica, y el teniente Bush, oficial de guardia, permanecía envarado junto a la rueda del timón, fingiendo no ver a su capitán.

Hornblower miraba en torno suyo y, al andar, respiraba a pleno pulmón. Se dio cuenta de que lo hacía, sonrió para sus adentros y se dijo que lo que realmente hacía era respirar el aire de la libertad. Aunque por poco tiempo, se veía libre; libre de la pesadilla del Supremo y de sus siniestros métodos. Por todo esto, experimentaba un inenarrable alivio. Volvía a ser dueño de sí y de su propia vida y libre de pasear de un lado a otro del puente sin ser molestado. El cielo era azul, y el mar azul y plata. De nuevo se sorprendió Hornblower fantaseando sobre el famoso blasón azul y plata, y comprendió que volvía a ser el mismo. Contento, sonrió de nuevo, cuidando de volverse de cara al mar. Los oficiales no debían darse cuenta de que el capitán, mientras paseaba solo por el puente, se reía como un tonto.

Una suave brisa empujaba a la *Lydia* a la velocidad de tres o cuatro nudos por hora. A babor, sobre el horizonte, se recortaban los vértices de numerosos volcanes que formaban la espina dorsal de aquel bendito país. Quién sabe si, al fin y al cabo, no acabaría el Supremo realizando su sueño de conquista de América Central. Tal vez no fuesen infundadas sus esperanzas de poder abrir excelentes vías de comunicación a través del istmo, pasando por Panamá, si el proyecto de Nicaragua resultaba impracticable. ¡Qué enorme progreso significaría para todo el mundo! La tierra de Van Diemen y las Molucas se hallarían más cerca del mundo civilizado. El Pacífico se abriría ante Inglaterra, evitando la dificultad del viaje por el Cabo de Hornos o el regreso por el de Buena Esperanza y la India. Cruzarían entonces el Pacífico escuadras enteras, en aquellos mares donde ahora tan sólo una fragata había podido llegar. Y, en fin, el imperio español de México y California adquiriría nueva importancia.

Hornblower se apresuró a reconocer que todos estos pensamientos no eran más que un sueño insensato. Casi como castigo por haberse entregado a él, comenzó a hacer una especie de examen de conciencia con respecto a su conducta actual, examinando severamente los motivos que le habían impulsado hacia el sur con dirección a Panamá. Sabía perfectamente que la causa principal fue verse libre del Supremo, ya de una manera definitiva; pero tenía necesidad de justificar aquella

acción ante su propia conciencia.

Si el golpe del Supremo sobre San Salvador fallase, el *Natividad* bastaría para conducir adonde quisieran a los supervivientes. La presencia de la *Lydia* no podía influir, en ningún sentido, en las operaciones que se desarrollasen en tierra. Si el Supremo triunfaba en su empresa, valía más que, mientras él se ocupaba de la conquista de Nicaragua, los españoles tuvieran en qué entretenerse en Panamá, un entretenimiento que les distrajera, impidiéndoles lanzar todas sus fuerzas contra él. Además, era justo que la dotación de la *Lydia* tuviese ocasión de hacerse con un buen botín entre los pescadores de perlas del golfo de Panamá; esto les compensaría de la probable pérdida del botín ya ganado, porque sería muy difícil que el Almirantazgo quisiera compensarles por la pérdida del *Natividad*. La presencia de la *Lydia* en el golfo impediría el transporte de fuerzas españolas desde Perú. Por otra parte, era posible que le gustase al Almirantazgo que alguien inspeccionase el golfo y la isla de las Perlas. Las cartas náuticas de Anson eran, sobre este particular, muy deficientes. No obstante, a pesar de tantas explicaciones plausibles, Hornblower sabía muy bien que la verdadera razón que le había encaminado a aquellos parajes se debía única y exclusivamente al vehemente deseo de alejarse cuanto antes del Supremo.

Una raya enorme, ancha como el tablero de una mesa, saltó inesperadamente fuera del agua, junto a uno de los costados de la nave; volvió a caer con un estrepitoso chapaleo, saltó de nuevo y desapareció luego su dorso de un rosa terroso, húmedo y reluciente al sol, mientras las azules aguas se cerraban sobre él. Por doquier, los peces voladores desfloraban la superficie, dejando tras de sí un rastro oscuro entre la blanca espuma. Hornblower contemplaba aquellos juegos acuáticos sintiéndose libre y feliz al poder permitir que sus pensamientos vagaran tranquilamente, sin verse obligado a concentrarlos en un solo punto. Con la nave abarrotada de vituallas de todas clases y una dotación satisfecha de la reciente aventura, no tenía, realmente, motivos de preocupación. Sobre el castillo de proa tomaban el sol los prisioneros que él había salvado de las garras del Supremo.

—¡Un buque a la vista! —gritó una voz desde las vergas.

Los hombres corrieron por la cubierta, asomándose por encima de la batayola; los hombres que enarenaban el puente se detuvieron en su quehacer para enterarse del acontecimiento.

—¿Dónde? —preguntó Hornblower.

—A babor, capitán. Un lugre, señor, creo, y se dirige directamente hacia nosotros; pero tenemos el sol de cara y...

—En efecto, es un lugre, capitán —gritó desde el tope del mastelerillo de proa el guardiamarina Hooker—. Tiene dos palos. Está a barlovento, dirigiéndose hacia nosotros a todo trapo y con viento favorable, capitán.

—¿Hacia nosotros? —repitió Hornblower, sorprendido.

Saltando sobre la carronada de popa más cercana, miró a lo lejos, haciéndose pantalla con la mano, pero el sol, que se hallaba muy bajo sobre el horizonte, le impedía ver bien.

—Aún sigue el mismo rumbo, capitán —chilló Hooker.

—¡Bush! Inmediatamente, ponga en facha las gavias de mesana —ordenó Hornblower.

Se trataba, sin duda, de alguna embarcación perlera procedente del golfo de Panamá, ignorante, a todas luces, de la presencia de una fragata británica en aquellas costas. O quizá fuese portadora de algún mensaje del Supremo, aunque esto era poco verosímil, dada la ruta que seguía; pero no dejaba de ser una explicación. Luego, mientras la pequeña embarcación afianzaba su rumbo, vio Hornblower brillar un instante al sol un cuadrado blanco sobre el lejanísimo horizonte y desaparecer seguidamente. A cada momento se veían brillar las velas más cercanas, hasta que pudo distinguirse el puente de la embarcación, que se dirigía viento en popa directamente al encuentro de la *Lydia*.

—Tiene la bandera española en el palo mayor, señor —dijo Bush a su espalda, mirando con el catalejo.

Ya Hornblower lo había sospechado, pero no se fiaba demasiado de su vista.

—Ahora la retira —replicó, contento de haber sido el primero en darse cuenta.

—En efecto, capitán —contestó Bush, un poco extrañado. Luego, añadió—: Pero la iza de nuevo... ¡No! ¿Qué opina de eso, capitán?

—Bandera blanca sobre los colores españoles... Esto quiere decir que piden parlamentar. No, no me fío... Señor Bush, ize la bandera y mande a la tripulación a sus puestos. Prepare los cañones y coloque a los prisioneros en el sollado de nuevo, con guardia.

No había que dejarse engañar ni ser cogido desprevenido por los españoles. Aquel bajel podría estar abarrotado de enemigos y lanzar sobre la cubierta de la *Lydia* una nube de asaltantes, armados hasta los dientes, que darían buena cuenta de un navío indefenso. Cuando la *Lydia* abrió las portillas y mostró los dientes, la pequeña embarcación se puso al paio fuera de tiro.

—Envían hacia acá una chalupa, capitán —dijo Bush.

—Ya lo veo —contestó Hornblower secamente.

Se acercaba a la nave una chalupa de dos remos, bailoteando sobre las olas. Un hombre se agarró a la escala de la *Lydia* y subió a la pasarela. Cuántos tipos extraños habían subido últimamente por aquella misma escalerilla. El que acababa de llegar vestía el uniforme de la marina de guerra española. Brillaban al sol sus charreteras de oro.

—¿El capitán Hornblower? —preguntó adelantándose, después de hacer una inclinación.

—Yo soy.

—Vengo a saludarle como nuevo aliado de España.

Hornblower tragó saliva. Aquello podía ser una estratagema; sin embargo, en el mismo instante en que oyó hablar a aquel hombre, experimentó la sensación de que decía la verdad. El mundo, tan sereno y alegre como hasta aquel momento le había parecido, se cubrió de pronto de tenebrosas sombras. Se vio víctima de innumerables desgracias ocasionadas por las irreflexivas acciones de los políticos.

—Hace cuatro días recibimos estas noticias —continuó el capitán español—. El mes pasado, Bonaparte se llevó a nuestro rey Fernando y ha colocado en el trono a su hermano José. La Junta de Gobierno ha firmado un tratado de perfecta alianza y amistad con su majestad el rey de Inglaterra. Capitán, con el mayor placer he venido a informarle de que todos los puertos de su majestad católica están abiertos para usted. Cuando quiera, puede descansar de su arduo viaje.

Hornblower se había quedado de piedra. Podía ser un cúmulo de mentiras, una estratagema para conducir a la *Lydia* bajo el fuego de las baterías de cualquier puerto español. Casi prefirió que fuese así, a causa del sinnúmero de complicaciones que el cambio traería consigo. El español interpretaba la expresión del semblante de Hornblower como una natural desconfianza.

—Aquí tengo unas cartas para usted —dijo, sacándolas de un bolsillo de su casaca—. Una es de su almirante en las Islas de Sotavento; llegó por Porto Bello. Otra es de su excelencia el virrey de Perú, y la otra de una dama inglesa que se encuentra en Panamá.

Con otra reverencia le entregó las cartas y Hornblower balbuceó algunas palabras de excusa. Sus conocimientos de español se le habían olvidado al perder su presencia de ánimo. Abrió las cartas, pero se interrumpió en su lectura. La cubierta, llena de gente, no era el lugar más adecuado para leer aquellos documentos. Murmurando disculpas se retiró al secreto de su cabina.

El sobre que contenía las órdenes navales era auténtico. Hornblower estudió atentamente los dos sellos. No tenían señal alguna de haber sido violados; la dirección era correcta. Sus dudas se desvanecieron por completo. Veía allí la primera firma: Baronet Thomas Troubridge, contraalmirante. Había visto ya en otra ocasión aquella firma y la reconoció inmediatamente. Las órdenes eran concisas, como era de esperar de Troubridge. A consecuencia de la alianza firmada por el gobierno de Su Majestad británica y el de España, se ordenaba y exigía al capitán Hornblower se abstuviera de ejecutar acto alguno de hostilidad contra los dominios españoles y, después de obtener de las autoridades españolas las provisiones necesarias, debía dirigirse, sin demora posible, a Inglaterra, donde recibiría órdenes posteriores. Era un documento de cuya autenticidad no se podía dudar. Estaba señalado como «Copia n.º 2». Probablemente, estas copias habían sido distribuidas en otros lugares de las

posiciones españolas, con objeto de asegurar la llegada del mensaje a su destino.

La segunda carta, provista de un vistoso sello, era una epístola de bienvenida del virrey del Perú, en la que se le aseguraba de nuevo que toda la América hispana se encontraba a su disposición, y le rogaba se aprovechara de todas las ventajas que con esa ocasión se le ofrecían, con objeto de poder auxiliar a la nación española en su sagrada tarea de arrojar al invasor francés.

—¡Ejem! —carraspeó Hornblower.

Todavía no sabía nada el virrey de lo acontecido con el *Natividad*, y mucho menos de la nueva empresa del Supremo. Quién sabe si tendría tan buena disposición cuando se enterase de la parte que correspondía a la *Lydia* en todo aquello.

La tercera carta, cerrada con una simple oblea, llevaba la dirección escrita por una mano evidentemente femenina. El oficial español había hablado de una dama inglesa de Panamá. ¿Qué diablos estaría haciendo una mujer inglesa en aquellos lugares?

Abrió la carta y leyó lo siguiente:

La Ciudadela. Panamá.

Lady Bárbara Wellesley presenta sus respetos al capitán de la fragata inglesa. Le ruega encarecidamente acepte trasladarla a Europa en compañía de su camarera. A consecuencia de una epidemia de fiebre amarilla que está asolando los dominios españoles, lady Bárbara se encuentra en la imposibilidad de regresar a su patria por vía normal.

Hornblower dobló la carta y, preocupado, dio unos golpecitos sobre el papel con la uña del pulgar. Aquella señora pedía algo imposible. Una fragata atestada, que se disponía a rodear el Cabo de Hornos no era lugar adecuado para las señoras. Sin embargo, ella se mostraba muy segura de sí misma. Parecía como si ni siquiera se le hubiese ocurrido que podía ser desatendido su ruego. El apellido Wellesley lo aclaraba todo. En los últimos tiempos, aquel nombre había dado mucho que hablar. Probablemente, esa señora sería hermana o tía de los dos famosos hermanos Wellesley. El muy honorable marqués de Wellesley, K. P.<sup>[1]</sup>, ex gobernador de la India y miembro ahora del Gobierno, y el general sir Arthur Wellesley, K. B.<sup>[2]</sup>, vencedor de Assaye y considerado como el mejor soldado de Inglaterra después de sir John Moore. Hornblower lo había visto una vez y recordaba su atrevida nariz aguileña y su imperiosa mirada. Si corría la misma sangre por las venas de aquella mujer, lady Wellesley sería, sin duda, de aquéllas que creen que todo les está permitido. Por lo demás, un pobre capitán de fragata, sin ninguna influencia, debía sentirse muy contento pudiendo hacer tan señalado servicio a miembro de tal familia. María se sentiría tan satisfecha como asombrada en cuanto supiera que su marido se había relacionado durante algún tiempo con la hija de un conde, o la hermana de un marqués.

Pero no tenía tiempo para pensar en mujeres. Guardó las cartas bajo llave, en su

escritorio, y apresuradamente volvió a cubierta. Esbozando una sonrisa, se acercó al capitán español.

—Saludo al nuevo aliado —le dijo—. Señor, estoy orgulloso de poder servir a España contra el tirano corso.

—Capitán —contestó el oficial español inclinándose—. Temíamos que pudierais entablar combate contra el *Natividad*, que aún no tiene conocimiento del nuevo estado de cosas. En ese caso, su hermosa fragata hubiera podido sufrir graves daños.

—¡Ejem! —carraspeó Hornblower.

La cosa se hacía más embarazosa por momentos. Se volvió y dio una orden al guardiamarina de guardia:

—Haga subir inmediatamente a los prisioneros. ¡Deprisa!

El muchacho echó a correr y Hornblower se volvió de nuevo al oficial español.

—Lamento tener que comunicarle que la *Lydia* tuvo la desventura de encontrarse con el *Natividad* hace una semana.

El capitán español se sorprendió. La mirada que dirigió en torno suyo le reveló un orden meticulado y un aparejo en perfectas condiciones. Hasta para un capitán español era fácil comprobar que la nave no podía haber sostenido una lucha tan desigual una semana antes.

—Pero..., pero usted no le presentó batalla, capitán —dijo—. Tal vez...

Murieron las palabras en sus labios a la vista de la lamentable procesión que se dirigía hacia él. Reconoció enseguida al capitán y al piloto del *Natividad*. Hornblower se deshacía febrilmente en explicaciones con respecto a la presencia allí de aquellos señores; pero no era cosa fácil hacer comprender a un oficial español cómo pudo la *Lydia* capturar a un bajel hispano del doble de su potencia sin recibir un disparo y sin sufrir una sola baja. Más difícil aún fue tener que decir que la fragata navegaba bajo la bandera de los insurrectos que estaban decididos a aniquilar el poder de España en el Nuevo Mundo. El oficial español estaba lívido de furor, ofendido vivamente en su orgullo. Se volvió al capitán del *Natividad*, y de los propios labios del desgraciado recibió la confirmación de las palabras de Hornblower. El pobre capitán parecía abrumado bajo el peso de su desgracia, relatando los hechos que, inevitablemente, le conducirían a un consejo de guerra y a su ruina total.

Palabra por palabra, el recién llegado supo toda la verdad del suceso; la captura del *Natividad* y el éxito de la rebelión acaudillada por el Supremo. Ahora se daba perfecta cuenta de que toda la autoridad de España en América se hallaba en gravísimo peligro, y mientras aquella certidumbre se afianzaba en su pensamiento, se presentó a su mente una nueva fase de la situación, haciéndole palidecer.

—¡El galeón de Manila está al llegar! —gritó—. El próximo mes debe entrar en Acapulco, y el *Natividad* lo impedirá.

Anualmente, un bajel efectuaba el viaje a través del Pacífico y nunca traía

consigo menos de un millón de libras esterlinas en tesoros. Su pérdida sería un golpe mortal para las finanzas españolas. Los tres capitanes cambiaron entre sí una mirada. Ahora comprendía Hornblower por qué el Supremo había consentido tan fácilmente que la *Lydia* se dirigiera al sudeste. Acariciaba, sin duda, el pensamiento de que el *Natividad*, yendo en opuesta dirección, recogería para sí el rico botín. Serían necesarios muchos meses antes de que los españoles pudiesen llevar por el Cabo de Hornos un navío capaz de poderse medir con el *Natividad* y, entre tanto, el Supremo disfrutaría de todas las ventajas que Hornblower había estado soñando para la *Lydia*. Tan profundamente arraigaría la rebelión que sería imposible dominarla, sobre todo estando los españoles empeñados en una lucha a muerte en su propia patria con Bonaparte. ¿Dónde y cómo hallarían navíos para poder enviar a América? Hornblower veía claramente cuál era su deber.

—¡Está bien! —dijo bruscamente—. Volveré atrás con mi fragata y capturaré de nuevo el *Natividad*.

Ante aquellas palabras, los oficiales españoles parecieron experimentar un gran alivio.

—¡Gracias, capitán! —exclamó el oficial recién llegado—. ¿Acudirá primero a Panamá para pedir consejo al virrey?

—Sí —contestó Hornblower.

En un mundo en que los viajes eran cuestión de meses y en el que era no solamente posible, sino muy probable que las relaciones internacionales sufrieran vuelcos radicales, la amarga experiencia le había enseñado a estar en estrecho contacto con tierra firme. Su lamentable situación no se veía aliviada en absoluto por el pensamiento de que el apuro en que se encontraba no se debía a otra cosa sino a haber cumplido religiosamente las órdenes que se le habían dado. Además, sabía muy bien que el Almirantazgo no se dejaría conmovir con aquella verdad, cuando juzgara a un capitán capaz de originar un conflicto semejante.

—Así, pues, ¡hasta la vista! —dijo el oficial español—. Si llego a Panamá antes que usted, dispondré las cosas para que le reciban como se merece. ¿Me permitirá que mis compatriotas me acompañen?

—No —replicó Hornblower ásperamente—. Y usted, señor, manténgase a sotavento de mi nave hasta que larguemos anclas.

El español, encogiéndose de hombros, asintió con un gesto.

Era difícil, en alta mar, disputar con un capitán que tenía los cañones preparados y que con una sola andanada podía echar a pique a un cascarón de nuez como el suyo. Especialmente con los ingleses, tan locos y arrogantes como el propio Supremo. El español no tenía la intuición necesaria para adivinar que el inglés temía aún que todo lo ocurrido no fuera sino una estratagema para conseguir atraer a la *Lydia* al alcance de las baterías de Panamá.

## CAPÍTULO 9



No era una estratagema, en absoluto. A la mañana siguiente, cuando la *Lydia*, impulsada por una brisa de tres nudos por hora, entraba en el fondeadero de Panamá, los únicos cañonazos que estremecieron el aire fueron las salvas de ordenanza. Hacia la fragata se dirigieron muchas lanchas cargadas de gentes que vitoreaban a la fragata inglesa. Pero el contento se convirtió bien pronto en consternación ante la cruel novedad de que el *Natividad* enarbolaba la bandera del Supremo, que San Salvador había caído en poder del insurrecto y que la rebelión había estallado en Nicaragua.

Con el tricornio y la espada con empuñadura de oro —una espada que valía cincuenta guineas, regalo de la Fundación Patriótica al lugarteniente Hornblower por su actuación en la captura de la *Castilla*, seis años atrás—, Hornblower se disponía a bajar a tierra para visitar al gobernador y al virrey cuando le anunciaron la llegada de otra lancha.

—Hay una señora en ella —le dijo Gray, el marinero que había anunciado la novedad.

—¿Una señora?

—Parece inglesa, capitán —explicó Gray—. Además, parece también que quiere subir a bordo.

Hornblower subió a cubierta. A uno de los costados de la *Lydia* una gran chalupa se mecía en el agua. A los remos hallábanse seis hispanoamericanos morenos con los brazos desnudos y tocados con grandes sombreros de paja. Otro, de pie en la proa, esperaba, con el garfio en la mano, a que le dieran permiso para amarrarlo a la cadena. En la popa iba sentada una negra con un llamativo pañuelo rojo sobre los hombros, y junto a ella la señora inglesa a la que había aludido Gray. Mientras Hornblower miraba, el hombre que iba a proa lanzó el gancho y la barca se acercó a la amura. Dos de los hombres cogieron la escala de cuerda y un momento más tarde la señora, con una gracia y desenvoltura perfectas, subía y en menos de dos segundos se encontraba a bordo.

No había duda de que se trataba de una dama inglesa. Un ancho sombrero, adornado de rosas, sombreaba su rostro en lugar de la acostumbrada mantilla y su vestido de seda, de color gris perla, era mucho más elegante que el negro acostumbrado entre las españolas. Su piel era blanca, a pesar de haberla dorado un poco los rayos del sol tropical. Y los ojos, de un gris perla también, tenían los mismos reflejos tornasolados que la seda de su vestido. La cara era demasiado alargada para ser hermosa y tenía la nariz excesivamente aguileña, además de tostada por el sol. En

el primer instante, Hornblower no vio en ella más que a una de esas mujeres viriles de cara de caballo por las que experimentaba una especial antipatía. Nuevamente pudo comprobar que sus simpatías estaban al lado de la fragilidad que busca apoyo en un hombro. Una mujer capaz de desenvolverse con tanta naturalidad, trasladándose de una barca a un buque en un fondeadero abierto y de subir por la escala de cuerda sin la ayuda de nadie era excesivamente masculina para su gusto. Además, una señora inglesa que se encontraba en Panamá completamente sola, sin el amparo y protección de un hombre, había de ser, forzosamente, una asexual. Por aquellos tiempos no se había inventado aún la expresión *globe trotting* con su carga peyorativa, pero si Hornblower la hubiese conocido se habría dado cuenta de que expresaba perfectamente sus pensamientos con respecto a aquella señora.

Mientras ésta dirigía una mirada en torno suyo, Hornblower creyó conveniente permanecer en el mismo sitio donde se encontraba. Nada haría para salir a su encuentro. Un agudo chillido le anunció que la negra no había sabido componérselas tan bien como su ama para subir la escalerilla, y sus temores se confirmaron tan pronto saltó a bordo. De la cintura a los pies estaba completamente empapada de agua, y el vestido negro chorreaba sobre cubierta. La señora no hizo caso alguno de la mala suerte de quien debía de ser su camarera y se volvió al que tenía más cerca, que, por casualidad, era Gray.

—Por favor, ¿querría encargarse de hacer subir mi equipaje a bordo?

Gray dirigió una mirada vacilante a su capitán, que continuaba tieso e impasible, en la toldilla.

—Señora —dijo—, ahí tiene al capitán.

—¡Sí! —contestó—. Por favor, mientras hablo con él, haga subir mi equipaje.

Hornblower se sentía agitado por varios y confusos pensamientos. En general, le disgustaban los aristócratas. Todavía le dolía recordar que, como hijo de médico, se había visto obligado a quitarse el sombrero ante el señor del lugar. Esa orgullosa confianza de la gente rica y de sangre azul le hacía sentir torpe y desmañado. Le irritaba la idea de que si ofendía a aquella señora podía dar por terminada su carrera. Ni sus entorchados ni su espada con puño de oro le prestaban confianza al aproximarse a ella. Acabó atrincherándose tras una fría formalidad.

—¿Es usted el capitán de este buque, señor? —preguntó la recién llegada, subiendo a la toldilla y mirándole a los ojos con un atrevimiento y una franqueza sin rastro de modestia.

—El capitán Hornblower, para servirle, señora —contestó, con una rígida inclinación de cabeza que, con un poco de buena voluntad, hubiese podido ser identificada con un saludo.

—Lady Bárbara Wellesley —fue la respuesta, acompañada de una reverencia lo suficientemente acusada para dar al diálogo la necesaria formalidad—. Capitán

Hornblower, le envié una misiva en la que le rogaba que me admitiese como pasajera para poder regresar a Inglaterra. Espero que la haya recibido.

—En efecto, señora. Pero no creo que sea acertado que vuestra señoría viaje en mi fragata.

—¿Querría, capitán, explicarme por qué?

—Porque a no tardar hemos de hacernos a la vela en busca de un enemigo al que hemos de presentar batalla. Después, señora, volveremos a Inglaterra, doblando el Cabo de Hornos. Será mejor que atravesase usted el istmo. Desde Porto Bello no es difícil llegar a Jamaica. Allí podréis encontrar un camarote en el correo de las Indias Occidentales, que suele dar pasaje a las señoras.

Lady Bárbara arqueó las cejas y dijo:

—Les informaba en mi carta de que en Porto Bello se ha declarado una epidemia de fiebre amarilla. La pasada semana murieron más de mil personas. Precisamente por eso dejé Porto Bello y me trasladé a Panamá. La epidemia puede desarrollarse en cualquier momento allí también.

—¿Me permitirá vuestra señoría que le pregunte por qué razón se hallaba en Porto Bello?

—Porque el correo de las Indias Occidentales, donde yo viajaba y donde se suele dar pasaje a las señoras, fue capturado por un corsario español y llevado allí. Capitán, lamento profundamente no poder decirle también cómo se llamaba el cocinero de mi abuela, pero contestaré de buena gana a todas las demás preguntas que haría un caballero de buena cuna.

Hornblower se puso pálido y, avergonzado, se dio cuenta de que enrojecía hasta la raíz del pelo. Evidentemente, nada de todo esto contribuía a acrecentar su simpatía por la arrogancia de la gente de sangre azul. Tampoco, por otra parte, podía negarse a reconocer que las explicaciones de la señora eran completamente satisfactorias. Cualquiera dama podía efectuar un viaje a las Indias Occidentales sin verse obligada a menoscabar por ello la dignidad de su sexo, y estaba probado que, tanto a Porto Bello como a Panamá, había ido en contra de sus deseos. Hornblower se sentía ya más inclinado a su favor y casi estaba a punto de acceder a su petición, olvidándose del posible duelo futuro que había de mantener con el *Natividad*, y del peligroso viaje costeadando el Cabo de Hornos. En el preciso instante en que abría la boca para hablar, recordó todo esto y, cambiando apresuradamente todo lo que iba a decir, tuvo, naturalmente, que tartamudear.

—Pe..., pero es que este buque va a salir para entablar combate contra el *Natividad*, y éste es el doble de poderoso que nosotros. Será pe... pe... peligroso.

Lady Bárbara rió y Hornblower advirtió el agradable contraste de sus dientes blancos en el marco de su dorada piel. Los suyos eran desiguales y oscuros.

—A pesar de todos los peligros a que me puedo exponer yendo en vuestro buque,

los prefiero a quedarme en Panamá con la perspectiva del vómito negro.

—Pero... señora... ¿Y el Cabo de Hornos?

—No sé nada de ese Cabo de Hornos, capitán, pero doblé dos veces el de Buena Esperanza, cuando mi hermano era gobernador general y os aseguro que no me mareé.

Hornblower continuaba vacilante. La presencia de una mujer a bordo sería todo menos agradable. Lady Bárbara supo comprender perfectamente ese pensamiento y a hacerlo, a pesar de que sus ojos sonreían, sus cejas se juntaron levemente. A Hornblower le recordaron extrañamente las del Supremo.

—Si sigue así, capitán, tendré que creer que no soy para usted un huésped agradable. Pero no quiero creer que un caballero al servicio de su majestad alcance a ser descortés con una mujer..., sobre todo una que lleva mi nombre.

Precisamente eso era lo desagradable. Ningún capitán, fuera quien fuese, podía permitirse el lujo de ofender a una Wellesley. A Hornblower no se le ocultaba que si cedía a sus propios deseos podía despedirse para siempre de poner los pies en un buque y se vería obligado a malvivir a media paga con su mujer durante todo el resto de su vida. A los treinta y siete años había recorrido sólo un poco más de una octava parte de la carrera de capitán, y la buena voluntad de los Wellesley podía facilitarle mucho el ascenso a otros grados. Para esto no tenía otro remedio que transigir y hacer lo posible para merecerse aquella buena voluntad, aprovechándose así, diplomáticamente, de aquel contratiempo para convertirlo en una ventaja. Se apresuró a improvisar un discurso adecuado.

—Al señalarle los peligros a los que se expone no hago más que cumplir con mi deber, señora. Por lo que a mí se refiere, nada hay que pueda complacerme más que su presencia en mi buque.

Lady Bárbara se dignó dedicarle una reverencia bastante más acusada que la anterior. En aquel instante se acercó Gray, llevándose la mano al tricornio.

—Señora, su equipaje se halla a bordo.

Lo habían izado todo de una vez por medio de una cabria colocada en la verga mayor. Los baúles de cuero, las cajas de madera, reforzadas con fajas de hierro y las valijas de redondeadas tapas, llenaban la popa.

—Gracias, señor.

Lady Bárbara sacó de uno de sus bolsillos una pequeña bolsa de piel y tomó de ella una moneda de oro.

—¿Tendría la bondad de entregar esto a los hombres de la barca? —dijo.

—Dios os bendiga, señora. Pero no hay necesidad de dar oro a estos mestizos. Todo lo que merecen es una moneda de plata.

—Entonces, deles esto. Y muchas gracias por su ayuda.

Gray se marchó y Hornblower le oyó regatear en inglés con los de la barca, que

no entendían más que el español. La amenaza de disparar contra ellos una descarga de metralla los decidió, finalmente, a alejarse del buque, no sin emitir furiosas protestas. De nuevo sintió Hornblower un acceso de indignación. Le disgustaba profundamente que sus hombres se desvivieran por servir a una mujer. Era muy dura su responsabilidad y hacía media hora que se estaba asando, expuesto a los rayos del sol.

—No habrá bastante sitio en la cabina ni para la décima parte de su equipaje, señora —espetó.

Lady Bárbara asintió con gravedad.

—He viajado otras veces en cabina, capitán. ¿Ve aquel baúl pequeño? Pues bien, llevo ahí todo cuanto puedo necesitar a bordo. Lo demás puede ordenar que lo coloquen donde le parezca, hasta que llegemos a Inglaterra.

Hornblower se sentía tan encolerizado que casi le dio una pataleta. No estaba acostumbrado a las mujeres con tan buen sentido práctico y no sabía el modo de desconcertarla. Se dio cuenta de que ella sonreía y comprendió que era porque estaba viendo en sus rasgos la lucha interior que sostenía. Volvió a enrojecer. Giró sobre sus talones y sin añadir una sola palabra le abrió paso para bajar por la escotilla.

Con una sibilina sonrisa, lady Bárbara inspeccionó la cabina del capitán. Sin embargo, se abstuvo de hacer ningún comentario, aunque se dio cuenta de la evidente pobreza del camarote de popa.

—Ved, señora, cómo una fragata está muy lejos de ofrecer los lujos de un correo de la Compañía de Indias —dijo Hornblower amargamente. Estaba desolado, pues cuando le fue entregada la *Lydia* a su cargo, su pobreza ni siquiera le había permitido procurarse aquellas pequeñas comodidades que tenían muchos otros capitanes de fragata.

—Justamente —dijo lady Bárbara con amabilidad—. Pienso que es un verdadero escándalo que un oficial del rey se vea tratado peor que cualquier empleado de una compañía de navegación. Solamente tengo que pedir una cosa, algo que no veo por aquí.

—¿Qué es, señora?

—Una llave para cerrar la puerta del camarote.

—Inmediatamente mandaré al maestro armero que os la fabrique. Además, os colocaré un centinela a la puerta noche y día.

Las segundas intenciones que veía Hornblower en el ruego de lady Bárbara renovaban su cólera. Ella desconfiaba tanto de él como de su dotación.

—*Quis custodiet ipsos custodes?* —inquirió ella—. No es por mí por quien le pido una llave, capitán, sino por mi doncella. Es a Hebe a quien he de encerrar, cuando no la tenga a la vista. No sabe alejarse de los hombres, del mismo modo que una mariposa no sabe alejarse de la luz.

Ante aquella acusación, la negrita enseñó sus blancos dientes en una amplia sonrisa. No demostraba disgusto alguno. Al contrario, incluso parecía orgullosa. Volvió la mirada a Polwheal, que permanecía ante ellos, tieso y silencioso.

—Pero, ¿dónde la haréis dormir? —preguntó Hornblower, desconcertado.

—En el pavimento de mi camarote. Y tú, Hebe, óyeme bien: la primera vez que faltes de aquí por la noche te daré tantos azotes que tendrás que dormir boca abajo.

Hebe seguía sonriendo, aunque, evidentemente, sabía que su ama cumpliría su amenaza. Hornblower se amansó al oír la palabra «pavimento» en labios de la pasajera, cuando se refirió al duro y desigual piso de la cabina. Aquella expresión demostraba que, después de todo, no era más que una débil mujer.

—Perfectamente —repuso—. Polwheal, lleva mis cosas al camarote del teniente Bush. Le presentarás mis excusas y le dirás que debe buscar acomodo con los demás oficiales. Cuídate de que lady Bárbara tenga todo lo necesario y dile a Gray que el equipaje de esta señora se lleva al sollado, junto al mío. Ahora me perdonará, pero debo visitar al virrey y se me está haciendo tarde.

## CAPÍTULO 10



El capitán de la *Lydia* regresó a bordo, y recibido en el buque con los acostumbrados pitidos de los silbatos y los honores que le rendían los soldados formados sobre cubierta. Caminaba con cierto cuidado. Las noticias procedentes de Europa habían inducido al virrey a ser insistentemente hospitalario, y por otra parte, la noticia del primer caso de fiebre amarilla acaecido en Panamá le había causado tal aprensión que Hornblower se vio obligado a beber una copa de más. Por lo general era abstemio, y detestaba la sensación de no ser dueño de sí mismo.

Como siempre, en cuanto pisó la cubierta se volvió para dirigir una cuidadosa mirada en torno suyo. Lady Bárbara estaba sentada en una silla en el alcázar. Alguien durante el día debió haber construido para ella aquella silla plegable, mientras otro se había ingeniado en habilitar una especie de tienda bajo las jarcias de mesana, de modo que la dama se sentara a la sombra. Hebe se hallaba acurrucada a sus pies. Lady Bárbara parecía contenta y a gusto en el buque. Se apresuró a sonreír en cuanto le vio aparecer, pero el capitán apartó la mirada. Prefería no hablarle hasta que no sintiera su cabeza más clara.

—Llame a todos los hombres para levar anclas y desplegar velas —ordenó a Bush—. Salimos inmediatamente.

Bajó por la escalerilla y se detuvo de pronto, dándose cuenta de que la fuerza de la costumbre le había llevado a la puerta de su antiguo camarote, y, al volverse repentinamente, dio con la cabeza contra uno de los baos del techo. La nueva cabina en que Bush había estado alojado era aún más pequeña que la suya. Polwheal estaba esperándole para ayudarle a cambiarse de uniforme, y viendo todo aquello experimentó una nueva sensación de disgusto. Cuando lady Bárbara subió a bordo lucía él su mejor casaca, adornada con galones de oro y los pantalones blancos, pero si continuaba usando el traje de gala se estropearía tanto que no serviría ya para las grandes ceremonias. A partir de ese momento tendría que presentarse ante la dama con los trajes viejos y remendados y los pantalones baratos de paño. Le vería entonces desprovisto de toda elegancia, bajo la entera desnudez de su pobreza.

Mientras se despojaba de sus ropas, empapadas de sudor, maldijo a lady Bárbara. Enseguida se le presentó un nuevo inconveniente. Polwheal tuvo que quedarse de plantón mientras su capitán se duchaba con la bomba, para evitar que lady Bárbara le sorprendiera en cueros. También era necesario dar órdenes a la tripulación, a fin de que los castos ojos de la dama no se ofendieran ante el estado de desnudez en que solían andar los hombres en el trópico. Peinó lo mejor que pudo su pelo rizado y

rebelde, que en la frente empezaba ya a escasear.

Luego salió a cubierta, contento de que sus obligaciones le evitasen un encuentro con lady Bárbara y tener que observar su reacción al ver la ropa andrajosa que él llevaba. Pero, pese a que tenía toda su atención puesta en la maniobra de levar anclas, sentía fijos en él los ojos de la aristocrática pasajera. La mitad de los hombres de la guardia manejaban el cabrestante, y, con toda la fuerza de que se sentían capaces, empujaban las barras buscando con los pies puntos de apoyo sobre el suelo liso y resbaladizo. Tronaba Harrison, animándolos y amenazándolos alternativamente, incitando a los más calmosos con algunos golpes de su bastón. Sullivan, el violinista loco, los dos gaiteros y los tamborileros, tocaban una música sobre el castillo de proa. Pero en los oídos de Hornblower, todas las músicas sonaban del mismo modo.

La cadena del ancla subía con toda regularidad; los grumetes la seguían con los ganchos a las brazolas de las escotillas y retrocediendo a toda prisa para agarrar cadena y molinete. Pero el rítmico ruido del cabrestante sonaba cada vez con mayor lentitud, hasta que dejó de oírse.

—¡Virad, bastardos! ¡Virad! —tronó Harrison—. ¡Eh! ¡Los del castillo de proa! ¡Venid a echarnos una mano! ¡Virad! ¡Ahora!

Una veintena de hombres empujaba las palancas. La fuerza de todos ellos, reunida en un supremo impulso, arrancó un último chirrido al cabrestante.

—¡Virad, malditos! ¡Virad!

El bastón de Harrison caía con furia, primero aquí, luego allá.

—¡Virad!

Un estremecimiento pareció recorrer la nave de proa a popa. El cabrestante giró sobre sí mismo tan rápidamente que los hombres que se agarraban a las palancas salieron despedidos, rodando a algunos pasos de distancia.

—¡Se ha roto el molinete, capitán! —gritó Gerard desde el castillo de proa—. Me parece, capitán, que el ancla está atascada.

Hornblower lanzó una blasfemia para sí. Sin duda alguna, la mujer que se hallaba recostada en la silla extensible se reiría de él y de lo que ocurría. Un ancla enredada en el fondo, y los ojos de todos los hispanoamericanos clavados en él... Pero él no sentía el menor deseo de regalar a los españoles un ancla con toda su cadena.

—¡Enganchad el cabo corto a un molinete! —ordenó.

Levantar el cabo fuera del rango y engancharlo al cabrestante suponía una ruda tarea para aquellos veinte hombres, bajo un calor insoportable. Las imprecaciones y los gritos de los segundos del contramaestre llegaban hasta el castillo. Los oficiales de la *Lydia*, lo mismo que su capitán, lamentaban la humillante situación en que se encontraban, igual que su capitán. El temor que le inspiraban los burlones ojos de lady Bárbara impedía a Hornblower medir el puente a grandes zancadas, como hubiese sido su deseo. No le quedaba más remedio que permanecer allí, lleno de

rabia, enjugándose con un pañuelo el sudor que le resbalaba por el rostro y el cuello.

—¡El molinete está preparado, capitán! —anunció Gerard.

—Poned todos los hombres que podáis a las barras..., hasta que no quede sitio. ¡Harrison, cuide de que empujen con toda su fuerza!

—Bien, bien, capitán.

Sonaban los tamboriles.

—¡Más fuerza, hijos de perra! —rugía Harrison, y una rociada de palos llovía sobre las espaldas en tensión.

El cabrestante cantaba su triquitraque lentamente.

Hornblower sentía, bajo sus pies, inclinarse ligeramente el puente. El esfuerzo tiraba del bajel hacia popa, sin que se moviera el ancla una milésima.

—¡Dios...! —murmuró Hornblower para sí, dejando la frase sin terminar. De las cincuenta y cinco imprecaciones que conocía, no había una sola que pudiera aplicarse a aquel caso—. ¡Parad! —gritó, e inmediatamente sus hombres, chorreando sudor, enderezaron sus doloridas espaldas.

Hornblower se pellizcaba febrilmente su barbilla, como si quisiera arrancársela. No quedaba más solución que levar el ancla recurriendo al empuje del velamen, delicada maniobra que pondría en peligro los mástiles y la arboladura y que podría concluir en un desastroso y ridículo fracaso. Hasta aquel momento había muy poca gente en Panamá que pudiera darse cuenta de lo que le estaba ocurriendo a la *Lydia*, pero en cuanto desplegara las velas, todos los telescopios apuntarían hacia ella desde la ciudad, y si la maniobra fracasaba, la diversión sería general, aparte de que luego se perdería mucho tiempo en la reparación. Pero por nada del mundo quería Hornblower abandonar el ancla y la cadena.

Miró el catavientos que ondeaba en el palo mayor y luego al agua. Llegaba el viento con la marea, y esto, al menos, le proporcionaría una ayuda. Serenamente, procurando ocultar su emoción y volviendo premeditadamente la espalda a lady Bárbara, dio las órdenes oportunas.

Los gavieros subieron ágilmente para largar las gavias del trinquete. Con ellas y la cangreja de popa, podría hacerse retroceder a la nave. Harrison permanecía junto al cabrestante, dispuesto a soltar de golpe la cadena y a recogerla de nuevo fulminantemente, apenas avanzara el buque hacia delante. Bush tenía a sus hombres preparados en las brazas y todos los que estaban ociosos en aquellos momentos fueron llevados al cabrestante para unir sus fuerzas a las de los demás.

La cadena salía rechinando por el escobén, mientras la fragata iba retrocediendo. Hornblower continuaba clavado en el alcázar, como si no pudiera moverse de él. Hubiese dado una semana de su vida por poderlo hacer sin atraer las miradas de lady Bárbara. Aguzando la vista, observaba el movimiento del buque, y sus pensamientos seguían la maniobra en todos sus detalles a la vez... El esfuerzo de la cadena a proa,

la presión del viento sobre la gavia del trinquete en facha, la subida de la marea, el retroceso del buque, lo que aún quedaba de cadena por soltar... Y en el instante preciso:

—¡Todo a estribor! —gritó con voz ronca al timonel; y luego, dirigiéndose a los hombres, añadió—: ¡Rápido las brazas!

Con el timón de través, la nave se volvió levemente. La gavia del trinquete giraba con lentitud. En un santiamén fueron desplegadas las velas de estay y los foques. Hubo un momento de tensión antes de que el buque se inclinase a sotavento. Vaciló la fragata; luego, ciñéndose al viento casi alegremente, empezó a moverse con lentitud hacia delante. En la arboladura se desplegaban sin cesar las velas, a medida que Hornblower daba sus órdenes. Cantaba alegremente el cabrestante, mientras los hombres de Harrison movían con energía las palancas, recogiendo de nuevo la cadena. Ahora, movido el buque hacia delante, Hornblower disponía de un segundo para meditar. La tensión de la cadena podía hacer retroceder la nave, si le daba la mínima oportunidad. Hornblower sentía latir su corazón con fuerza y rapidez, mientras sus atentos ojos avizoraban la más pequeña señal de aflojamiento en la vela de gavia. Necesitó toda su fuerza de voluntad para dominarse y que su voz no temblara al dar las órdenes al timonel. La cadena se arrollaba rápidamente; estaba ya muy próximo el momento en que se vería subir el ancla o partirse la arboladura de la *Lydia*. Hornblower se dispuso a afrontarlo y escogió el instante; luego ordenó que se arrollaran las velas.

El largo y penoso entrenamiento al que había sometido Bush a la tripulación dio entonces su fruto. En pocos segundos fueron arrolladas las gavias y las velas del trinquete, y apenas hubo desaparecido el último vestigio de lona cuando, con una nueva orden, el capitán hacía virar a la fragata, poniéndola proa al viento. Aguzando el oído, Hornblower escuchaba el ruido del cabrestante.

—Clanc, clanc.

La *Lydia* comenzó a moverse casi imperceptiblemente. Pero aún no podía decirse que aquellos heroicos esfuerzos no estuvieran destinados a un lamentable fracaso.

Clanc, clanc.

Harrison lanzó un potente grito.

—¡El ancla está libre, capitán!

—Largue todas las velas, señor Bush, —ordenó Hornblower.

Bush no intentó de ningún modo disimular su admiración por aquella prodigiosa demostración de valor mariner, y Hornblower debió hacer aún un postrer esfuerzo para mantener en su propia voz el mesurado tono que disimulaba su triunfo, dando a todos la sensación de que, desde el principio, el capitán había estado seguro del éxito de la maniobra.

Apenas la *Lydia* hubo emprendido su camino, Hornblower señaló la derrota y

dirigió sobre el puente una última y cuidadosa mirada, para cerciorarse de que todo estaba en orden.

—¡Ejem! —exclamó, aclarándose la garganta.

Y desapareció bajo cubierta, alejándose de la mirada de Bush... y también de la de lady Bárbara.

## CAPÍTULO 11



El capitán Hornblower, tendido boca arriba en su litera, lanzaba al aire espesas nubes del humo de uno de los cigarros del general Hernández, hacia arriba, en dirección a la cubierta, donde, a pocos palmos de él, se hallaba sentada lady Bárbara. Se reponía lentamente de una jornada bastante fatigosa, que empezó al entrar en la rada en Panamá —con todos los nervios en tensión ante el temor de que la *Lydia* pudiese caer en una celada— y terminó —al menos hasta ese momento— con aquel desagradable asunto del ancla. Entre ambos extremos, la llegada de lady Bárbara, su instalación a bordo y la visita que había efectuado al virrey de Nueva Granada.

El virrey se había mostrado como un auténtico caballero español de la vieja escuela. Hornblower decidió que el virrey estaba dispuesto a entrar en tratos con el Supremo en cualquier momento. El Supremo podía tener la desagradable costumbre de ejecutar hombres de la forma más brutal, pero sabía tomar decisiones rápidas y se podía confiar en que las órdenes que diera serían obedecidas con idéntica prontitud. El virrey, por otra parte, aunque se hallaba íntimamente convencido de que, tal como sugería Hornblower, era necesario actuar de inmediato en contra de los rebeldes, no se había mostrado dispuesto a emprender acción alguna.

La decisión de Hornblower, que deseaba zarpar de Panamá el mismo día de su llegada, producía al virrey una evidente sorpresa. Había supuesto que la *Lydia* se quedaría al menos una semana para disfrutar de los festejos y diversiones y gozar de un bien ganado descanso. Estaba de acuerdo en que se debían enviar a Nicaragua un millar de soldados, por lo menos —aunque de este número se componía toda su guarnición—, pero estaba también decidido a posponer hasta el día siguiente la orden necesaria.

Hornblower se vio obligado a usar toda su diplomacia y cuidado para conseguir que el virrey se pusiera inmediatamente manos a la obra y diese las órdenes necesarias desde la misma mesa a que se hallaban sentados para el banquete, dando a sus ayudantes de campo el disgusto de tener que salir a llevar los mensajes bajo un sol terrible y en la sagrada hora de la siesta. El banquete en sí había sido muy pesado. A fuerza de verse obligado a comer manjares excesivamente picantes Hornblower sentía despellejado el paladar. Tanto los manjares condimentados tan abundantemente con especias como la amable e insistente hospitalidad del virrey le forzaron a beber más de la cuenta. En un tiempo en que todos bebían copiosamente, Hornblower, tan parco y abstemio, resultaba un hombre raro. Pero no se abstenía de beber por escrúpulos de conciencia sino porque le resultaba sumamente odiosa la sensación de

perder el dominio de sí mismo.

No obstante, no pudo rechazar una última copa de vino, dado el carácter de las últimas noticias que les llegaron. De pronto se sentó en la litera. El desgraciado accidente del ancla casi le había hecho olvidar la noticia. Su buena educación le obligaba a comunicársela inmediatamente a lady Bárbara, a quien le atañía muy de cerca. En un segundo estuvo sobre cubierta. Tiró el cigarro al mar y se dirigió hacia la dama. Gerard, el oficial de guardia, sostenía con ella una animada conversación. Hornblower sonrió interiormente cuando vio al muchacho interrumpir de repente la charla y alejarse.

Lady Bárbara continuaba sentada en la silla extensible al lado de la balaustrada de popa, con la negra a sus pies. Aspiraba a pleno pulmón el fresco viento contra el cual avanzaba la *Lydia* a todo ceñir, dejando el golfo tras de sí. El sol se hallaba ya en el horizonte, como un enorme disco anaranjado sobre el intenso azul del cielo, y la dama exponía su rostro a sus últimos rayos con una indiferencia que explicaba el dorado tono de su piel y tal vez hasta el hecho de que a los veintisiete años aun permaneciese soltera, a pesar de haber efectuado un viaje a la India. Sin embargo, en la expresión de su rostro había tal serenidad que demostraba que, al menos en aquel momento, no le preocupaba lo más mínimo que se la considerase una solterona.

Lady Bárbara sonrió ante la reverencia que le dedicó Hornblower.

—Es un verdadero placer verse de nuevo en el mar, capitán —le dijo—. Hasta ahora no he tenido ocasión de decirle lo agradecida que le estoy por haberme sacado de Panamá. Ser prisionera hubiese sido ya bastante desagradable, pero verme allí libre y abandonada por razón de las circunstancias me habría vuelto loca. Créame, capitán. Se ha ganado mi agradecimiento eterno.

Hornblower creyó un deber inclinarse de nuevo.

—Espero que los caballeros españoles habrán tratado a Vuestra Señoría con el respeto debido.

Ella se encogió de hombros.

—No puedo quejarme, pero la etiqueta española acaba haciéndose enfadosa. Estaba a cargo de una señora admirable, pero un poco pesada. En la América española, las mujeres reciben el mismo trato que en Arabia. Además, la cocina...

Estas palabras recordaron a Hornblower el banquete que se había visto obligado a soportar, y la expresión que se pintó en su fisonomía provocó una carcajada en la pasajera, tan espontánea, que Hornblower no pudo evitar reír a su vez.

—¿No quiere sentarse, capitán?

Hornblower se sintió ofendido ante aquella invitación. Jamás se le había ocurrido sentarse en el puente de su buque, y no le gustaba cambiar de costumbres.

—Gracias, señora, pero prefiero permanecer en pie. He venido para darle una excelente noticia.

—¿De veras? Entonces, su compañía será doblemente agradable. Soy toda oídos.

—Su hermano, sir Arthur, ha obtenido una gran victoria sobre los franceses en Portugal. Se ha firmado un acuerdo por el que los franceses se comprometen a abandonar el país y entregar Lisboa al ejército inglés.

—¡Oh! Realmente es una buena noticia. Siempre me he sentido orgullosa de Arthur, y ahora lo estaré más que nunca.

—Para mí es una gran satisfacción ser el primero en felicitar a su hermana.

Como por milagro, lady Bárbara consiguió hacer una leve inclinación, a pesar de hallarse sentada. Hornblower se daba cuenta de que tal cortesía no era nada fácil y, a pesar suyo, tuvo que admitir que era un buen detalle.

—¿Y cómo llegó la noticia?

—Fue anunciada al virrey cuando nos hallábamos sentados a la mesa. Llegó a Porto Bello una nave procedente de Cádiz y expresamente enviaron un mensajero a caballo. También hubo otras noticias, pero no sé si ciertas.

—¿En qué sentido, capitán?

—También los españoles se vanaglorian de haber obtenido una victoria. Dicen que todo un ejército de Bonaparte ha sido derrotado en Andalucía. Están pensando en invadir Francia, de acuerdo con los ingleses.

—¿Y cree usted que es verdad?

—No lo creo. Seguramente habrán ahuyentado a algún destacamento, por pura buena suerte. Pero hace falta algo más que un ejército español para derrotar a Bonaparte. No preveo un final rápido a la guerra.

Lady Bárbara aprobó con un serio ademán. Luego miró a lo lejos, hacia donde el sol parecía hundirse en el mar, y la mirada de Hornblower siguió a la suya. Aquellas puestas de sol sobre las aguas azules eran para él un bello milagro de belleza. Ahora, la línea del horizonte cortaba en dos el enorme disco solar. Ambos, silenciosos, lo veían desaparecer rápidamente. Pronto no fue más que una leve curva; se desvaneció, reapareció luego un instante, al elevarse la *Lydia* sobre las olas que se hinchaban suavemente, y acabó por desaparecer. Al oeste, el cielo era un incendio de oro, pero en el cenit comenzaba a reinar la oscuridad con la venida de la noche.

—¡Bellísimo! ¡Precioso! —exclamó lady Bárbara, con las manos juntas. Calló aún unos momentos antes de reanudar la conversación interrumpida—. Seguramente —dijo— no fue más que un episodio afortunado y los españoles lo consideran como el fin de la guerra. En Inglaterra, el populacho esperará que mi hermano entre en París por Navidad. Si no lo hace así, se olvidarán sus victorias y pedirán su cabeza.

El populacho... Esta palabra hería vivamente a Hornblower. Por su nacimiento y por su sangre, ¿no era también él uno del «populacho»? No obstante, debía reconocer que las observaciones de lady Bárbara eran profundamente exactas. Había resumido la opinión que él mismo tenía, tanto del carácter español como del populacho

británico. A esto se sumaba la admiración que había sentido ante la puesta del sol y sus apreciaciones sobre la cocina hispanoamericana. Empezaba a sentirse bien dispuesto en su favor.

—Espero —dijo con cierta solemnidad— que vuestra señoría haya encontrado a bordo todas las comodidades necesarias durante el tiempo que ha durado mi ausencia. A bordo de una fragata no hallará nunca una señora muchos refinamientos, pero confío en que mis oficiales habrán hecho cuanto estuviera en sus manos para agradar a vuestra señoría.

—Gracias, capitán. Han hecho todo lo posible. Ahora, no tengo más que expresar un solo deseo... y más bien es un favor lo que voy a pedirle.

—¿Qué desea vuestra señoría?

—Que no me llame más «vuestra señoría»; llámeme, simplemente, lady Bárbara, si lo desea.

—¡Oh! Ciertamente vuestra... lady Bárbara. ¡Ejem!

La sombra de un par de hoyuelos se dibujó en las mejillas de la dama y sus vivos ojos relampaguearon maliciosamente.

—Y si no le sale eso de llamarme lady Bárbara, capitán, y desea llamar mi atención siempre puede decir: «¡Ejem!».

Ante tanta impertinencia, Hornblower se sintió un poco humillado. Estaba a punto de girar sobre sus talones, aspirando una bocanada de aire para luego aclararse la garganta al expulsarlo, cuando se dio cuenta de que nunca más, por lo menos hasta que desembarcara a la pasajera en cualquier puerto, le sería permitido poder hacer uso de aquella interjección tan útil y poco comprometedor. Pero lady Bárbara le detuvo, tendiéndole una mano que —no pudo menos de notarlo— tenía los dedos largos y esbeltos.

—Lo siento mucho, capitán —le dijo, apenada—. Le ruego que me excuse... aunque sé perfectamente que eso es imperdonable.

Estaba realmente bonita con aquella suplicante actitud. Hornblower titubeaba, comprendiendo que no se sentía irritado por la impertinencia, sino por comprobar que aquella mujer tan lista se había percatado de que él empleaba tal exclamación para disimular sus propios sentimientos. Y de pronto, este descubrimiento le hizo cambiar la ira que experimentaba por aquella mujer en una desconfianza en sí mismo.

—Nada tengo que excusar, señora —le dijo, un poco apesadumbrado—. Al contrario. Ahora será usted quien deberá perdonarme, pues mis deberes de capitán me reclaman a otro lado.

La dejó, en el crepúsculo agonizante. Un grumete había subido ya a popa a encender la linterna de la bitácora. Hornblower se detuvo a leer sobre la pizarra el informe de la ruta seguida aquella tarde. Con su meticulosa caligrafía, escribió las instrucciones, haciendo constar que deseaba ser tenido al corriente de todo. Durante

la noche habían de doblar el Cabo de Mala, debiéndose cambiar de rumbo hacia el norte. Luego descendió bajo cubierta, dirigiéndose a su cabina.

Se sentía singularmente turbado y a disgusto, no solamente por el trastorno que se había producido en sus costumbres. Realmente, era fastidioso tener que servirse del retrete común en lugar del particular que había tenido hasta entonces, pero no era sólo eso. Tampoco le preocupaba exclusivamente el pensamiento de tener que encontrarse de nuevo frente a frente con el *Natividad* y con la certeza de que, teniendo a bordo al vicealmirante Cristóbal de Crespo, la batalla había de ser dura. Todo esto no era más que una parte de su preocupación. Y de pronto, con sorpresa, se dio cuenta de que sus inquietudes más vivas se debían a la gran responsabilidad que representaba para él la presencia a bordo de lady Bárbara.

No ignoraba cuál sería su destino y el de toda la tripulación si la *Lydia* llegaba a ser vencida por el *Natividad*: ahorcados y arrojados al mar con las manos y los pies atados, si no torturados hasta morir. El Supremo no tendría compasión de los ingleses que se volvían contra él. Aquella eventualidad le era bastante indiferente por el momento, puesto que el encuentro con el *Natividad* era ya irremediable. Pero, estando a bordo lady Bárbara, el caso era muy distinto y en modo alguno debía caer viva en manos de Cristóbal de Crespo.

Expuesta la difícil situación en estos términos, se sintió invadido por una áspera irritación. Maldijo a la fiebre amarilla que le había llevado a bordo a aquella mujer, maldijo igualmente su estúpida obediencia a aquellas órdenes que habían dado por resultado que formase el *Natividad* al lado de los rebeldes. Llegó a retorcerse las manos con un ademán de desesperación y hasta a rechinar los dientes de rabia. Si vencía, la opinión pública le censuraría —con la consabida ignorancia de las circunstancias que suele darse en tal opinión— por haber puesto en peligro la vida de lady Bárbara Wellesley, una gran señora. Si perdía... Era mejor no pensar siquiera en ello. Maldijo de nuevo su propia debilidad por haberle permitido subir a bordo. Durante unos momentos acarició la idea de volver de nuevo a Panamá y desembarcar allí a lady Bárbara. Pero enseguida abandonó este proyecto. El *Natividad* podía apoderarse del galeón de Manila. La dotación, entre la que reinaba ya el descontento por los recientes cambios de proyectos, se hubiese irritado más al verse obligada a retroceder. Además, lady Bárbara se negaría a desembarcar, y dada la fiebre amarilla, cuya aparición había ya tenido efecto en Panamá, su negativa sería muy comprensible. El no podía ejercer su autoridad hasta el punto de obligar a una mujer a bajar a tierra en un lugar infectado por la epidemia. Y Hornblower buscaba rabiosamente en su memoria todas las imprecaciones y palabrotas que había aprendido durante tantos años de navegación.

De la cubierta llegó a sus oídos un estrépito de silbatos y órdenes dadas a gritos, seguidas del ruido de las pisadas de los pies callosos. Sin duda, al anochecer, había

cambiado el viento. Los rumores fueron apagándose y murieron poco a poco. En la cabina le invadió una sensación de ahogo. Hacía un calor sofocante y la lámpara de aceite que se bamboleaba sobre su cabeza despedía un hedor nauseabundo. Hornblower concluyó subiendo de nuevo a cubierta. Desde la popa llegó a él el sonido de una alegre carcajada de lady Bárbara, seguida inmediatamente por las de los hombres. Aquella masa oscura debían de formarla, por lo menos, media docena de oficiales, reunidos en torno a la silla extensible... Era muy natural que después de siete meses —casi ocho ya— de no ver a una mujer, y menos europea, mosconearan en torno a ella como un enjambre de abejas alrededor de una colmena.

Su primer impulso fue disgregar a aquel enjambre, pero se contuvo. No podía dictar a sus oficiales qué hacer en sus momentos de ocio. Podrían atribuir su acción a un deseo de monopolizar para sí la compañía de lady Bárbara, y no era verdad. Sin que lo vieran, bajó nuevamente a la calurosa y maloliente cabina.

Para el capitán Hornblower empezaba una noche de insomnio e inquietud.

## CAPÍTULO 12



La mañana halló a la *Lydia* cabeceando sobre un mar de aleta. A estribor, el horizonte aparecía punteado por los picos grises y rosas de los volcanes de aquella costa atormentada. Ciñéndose a la ribera, la *Lydia* estaba segura de hallar al *Natividad*.

Hornblower estaba en pie desde el alba, y el timonel Brown, con mil excusas, tuvo que limpiar la parte del castillo reservada al capitán mientras éste paseaba de un lado a otro.

A lo lejos, a babor, se destacó en el mar el negro lomo de una ballena, entre las aguas azules llenas de una espuma blanca y cegadora. Una nube sutil, como de blanco humo, se disipó en el aire mientras vaciaba el cetáceo sus pulmones. Hornblower, por una razón inexplicable, experimentaba una gran simpatía por las ballenas. La vista de aquélla fue un primer paso hacia el buen humor. Con la cercana perspectiva de una buena ducha fría, la sensación del sudor corriendo por su pecho y espalda, bajo la camisa, le agradaba en lugar de irritarle. Dos horas antes se repetía tercamente que aborrecía aquella costa del Pacífico, con su mar azul y sus siniestros volcanes y hasta su falta de dificultades en la navegación. Había sentido una gran nostalgia por los escollos, arrecifes y nieblas del canal de la Mancha; pero ahora, bañado por el sol, había cambiado de opinión. El Pacífico, después de todo, no era tan malo. Tal vez aquella nueva alianza entre España e Inglaterra hiciese que los españoles ablandasen algunas de las durísimas leyes que impedían el comercio inglés con América, e incluso tal vez fuera posible intentar abrir un canal a través de Nicaragua, que era lo que, desde hacía tiempo, deseaba el Almirantazgo. En este caso, el océano Pacífico adquiriría una gran importancia... Pero, antes que nada era necesario eliminar al Supremo, y esta empresa, en una mañana tan radiante como aquélla, le parecía a Hornblower mucho menos ardua.

Gray, el oficial de derrota, se acercaba a popa para medir la velocidad del buque. Hornblower se detuvo en su paseo, con objeto de vigilar la operación.

Gray lanzó el pequeño triángulo de madera por encima de la borda, y, con el cabo de la corredera en la mano, miró fijamente con sus azules ojos de muchacho el trocito de madera, que bailaba, colgante.

—¡Dale la vuelta! —gritó abruptamente al marinero que sujetaba el reloj de arena, mientras el cabo corría libremente por encima de la barandilla.

—¡Alto! —dijo el hombre del reloj.

Gray apretó el cabo entre sus dedos y detuvo su progreso, y a continuación midió la longitud del cabo que había soltado. Un fuerte tirón al delgado cordón que corría

junto al cabo liberó el trocito de madera, de modo que la corredera flotaba ahora con el borde vuelto hacia la nave. Esto permitió a Gray recuperar la corredera tirando del cabo.

—¿Cuánto? —preguntó Hornblower a Gray.

—Casi siete y medio, señor.

La *Lydia* era un excelente velero, capaz de desarrollar siete nudos y medio con aquella ventolina, aun cuando podía alcanzar más con viento en popa. Si se mantenía el viento, no tardaría en llegar a un lugar donde fuera probable encontrar al *Natividad*. Éste, como todos los buques de dos puentes que armaban cincuenta cañones, era mucho más lento, y Hornblower pudo darse cuenta de ello diez días atrás —que ya le parecían diez años—, cuando navegó junto a él desde el golfo de Fonseca hasta La Libertad.

Si el encuentro tenía lugar en alta mar, contaba con la facilidad de maniobra de la *Lydia*, así como con la experiencia de la dotación, para maniobrar mejor que el *Natividad*, a pesar de la superioridad de su armamento. Si los buques llegaban a rozarse y los rebeldes se lanzaban al abordaje de la *Lydia*, sus hombres se encontrarían en inferioridad numérica con respecto a los del *Natividad*, que eran el doble. No había más remedio que alejarse, procurar situarse a popa de la nave enemiga y barrer el puente con media docena de andanadas. La imaginación de Hornblower le hacía ver la batalla, mientras paseaba de un lado a otro del puente, trazando planes para el caso en que se presentara cualquier impedimento, como no poder resistir la fuerza del viento, la mar gruesa o que la batalla se desarrollase cerca de la costa.

Hebe, la negrita, se acercaba al alcázar con un pañuelo rojo en la cabeza, y antes de que la dotación, estupefacta, pudiera impedirlo, se dispuso a interrumpir al capitán en su sagrado paseo matutino.

—Milady pregunta *zi* el capitán quiere *dezayunar* en *zu* compañía —dijo con su vocecita ceceante.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué es eso?

Hornblower, interrumpido de pronto en sus meditaciones, parecía caer de las nubes. Cuando hubo comprendido la futilidad de las razones que le habían distraído de sus pensamientos, tronó:

—¡No, no y no! Dile a su señoría que no desayunaré con ella. Dile que nunca desayunaré con ella. Dile que con ningún pretexto se me deben enviar recados por la mañana. Y dile que ni a ti ni a ella os está permitido subir a cubierta antes de que hayan dado las ocho. ¡Largo de aquí!

Ni siquiera entonces pareció la negrita comprender la enormidad de la inconveniencia que había cometido. Incluyó la cabeza y se retiró sonriendo, sin la más ligera señal de arrepentirse de su acción. A juzgar por las apariencias, ya estaba

acostumbrada a ver a los hombres blancos de un endiablado humor antes de desayunar, y no concedía importancia a estas cosas. El tragaluz de la cabina de popa estaba abierto y Hornblower, al pasar cerca, ahora, interrumpidas irremediabilmente sus meditaciones, oía ruido de vajilla, la voz de Hebe y luego la de lady Bárbara.

El ruido que efectuaban sus hombres al baldear la cubierta, el silbido del viento entre las jarcias, el crujido del maderamen, eran los únicos ruidos a que estaba acostumbrado. Llegaba de proa el rumor de unos rítmicos martillazos; el herrero y su ayudante reparaban el garfio del ancla, que se había estropeado en la avería del día anterior. Hornblower era capaz de soportar cualquier estrépito a bordo, pero el murmullo de aquella charla femenina le hacía perder los estribos. Nuevamente exasperado, pisó con rabia el suelo. La ducha no le proporcionó alivio alguno y recriminó a Polwheal porque no se apresuró lo suficiente a entregarle la camisa. Luego desgarró la raída ropa que Polwheal había extendido sobre la litera, y volvió a blasfemar. ¡Era inaudito que le hubiesen molestado de aquel modo en el puente! Ni siquiera el café con mucho azúcar, como a él le gustaba, pudo disipar su malhumor. Tampoco contribuyó a disiparlo verse obligado a explicar a Bush detalladamente que la *Lydia* salía al encuentro del *Natividad*, con objeto de proceder a su captura, a pesar de haberle costado tanto apresarlo antes, para verse obligado a cederlo a aquellos rebeldes, convertidos ahora en enemigos.

—Sí, señor —contestó Bush gravemente, una vez oídos los nuevos proyectos.

Tan lleno de tacto se mostró, y se abstuvo tan ostensiblemente de hacer ningún comentario, que Hornblower se desahogó lanzando un improperio.

—Sí, señor —volvió a decir Bush, que conocía la razón por la que le injuriaban, y sabía, además, que hubiese sido peor replicar algo al capitán excepto su «Sí, señor». Hubiese querido expresar a Hornblower su solidaridad por medio de palabras adecuadas, pero su extravagante capitán podía interpretarle mal.

Sin embargo, a medida que fue pasando el tiempo, Hornblower se arrepintió de su pasado mal humor. La recortada costa volcánica se alejaba a ojos vista y el *Natividad* se hallaba en algún lugar ante ellos. Le esperaba a la *Lydia* una desesperada lucha, y antes de afrontarla sería conveniente que el capitán invitase a comer a sus oficiales. Hornblower no ignoraba que un capitán que estimase en algo su carrera debía esforzarse en tratar a una Wellesley de forma menos arrogante de como la había tratado hasta entonces. La más elemental cortesía le obligaba a aprovechar aquella ocasión —la primera que se le ofrecía— para presentar a la señora a los oficiales con la debida formalidad, aunque ya sabía que lady Bárbara, con sus maneras desenfadadas, había conversado por lo menos con la mitad de ellos en la cómplice oscuridad del alcázar.

Mandó a Polwheal a que preguntara a lady Bárbara si tendría la bondad de permitir que el capitán Hornblower y sus oficiales la invitasen a comer en la cabina

de popa. Polwheal volvió con otra no menos cortés contestación, diciendo que lady Bárbara se sentiría feliz participando de su compañía. La mesa del camarote no podía acoger más que a seis personas, y el capitán, supersticioso, recordó que la víspera de su primer encuentro con el *Natividad*, Galbraith, Clay y Savage habían sido sus invitados. Jamás hubiese confesado que volvía a invitarlos con la esperanza de que se renovara la buena suerte y, sin embargo, así fue. Bush era el sexto invitado. Otro de los posibles candidatos era Gerard; éste era un guapo mozo y sus modales tan correctos y mundanos que Hornblower prefería no proporcionarle demasiadas ocasiones para hablar con lady Bárbara, solamente por la paz y tranquilidad del buque, según aseguró para sí. Después de haberlo dispuesto todo pudo volver a cubierta para efectuar la acostumbrada inspección de mediodía y pasear de un lado a otro del alcázar, febrilmente inquieto. Cierto es que ya estaba seguro, después del intercambio de mensajes, de que podría sostener la mirada de los ojos de lady Bárbara sin sentir la confusión que antes, con razón o sin ella, había sentido.

La comida, que fue servida a las tres, resultó francamente agradable. Clay y Savage pasaron por distintas fases, propias de sus pocos años. Al principio se mostraron huraños y tímidos; luego, apenas se acostumbraron un poco a la novedad de la presencia de una gran señora, y, sobre todo, cuando se hubieron animado con una copa de vino, pasaron al extremo opuesto, es decir, a una excesiva familiaridad y desenvoltura. También el severo Bush, sorprendentemente, mostró análogos síntomas tras un proceso similar, mientras el pobre Galbraith, como era de esperar, fue tan apocado como de costumbre, desde el principio de la comida hasta el final.

Pero lo que más asombró a Hornblower fue la desenvoltura de lady Bárbara. El instinto le decía que María no hubiese estado a la altura de la situación, y como conocía a pocas mujeres se sentía inclinado a juzgarlas a todas según la suya. Lady Bárbara, con una sonrisa, desarmaba la presunción de Clay, escuchaba con atención e interés el relato que le hacía Bush de la batalla de Trafalgar —en la que tomó parte como subteniente a bordo de la *Téméraire*— y, al final, conquistó completamente a Galbraith, demostrando conocer perfectamente cierto poema, obra de un abogado de Edimburgo, titulada *The Lay of the Last Minstrel*<sup>[3]</sup>, que el muchacho sabía de memoria, considerándola como la pieza más excelente de la lírica inglesa. Las mejillas del joven ardían de placer mientras ambos discutían los méritos del poema.

Hornblower se reservó el juicio que le merecía. Su autor predilecto era Gibbon, cuya *Decline and Fall of the Roman Empire*<sup>[4]</sup> se hallaba metida en aquel cofre sobre el que se sentaba, y le sorprendía que una mujer capaz de citar a Juvenal como si tal cosa pudiese distraerse hablando de una adocenada balada romántica desprovista de elegancia. Por lo demás, se sentía muy satisfecho de poder estar allí sentado observando los rostros que se reunían en torno a la mesa. Galbraith era el prototipo de la satisfacción; Clay, Savage y Bush un poco decepcionados, pero muy atentos; y

lady Bárbara, que, con mayor desenvoltura que nunca, dominaba la conversación, impertérrita y llena de aquella confianza en sí misma que, no obstante —Hornblower lo reconocía, a pesar suyo— no provenía de la conciencia de su alta posición social.

No parecía que se aprovechara de su feminidad y, sin embargo, milagrosamente, no resultaba ni fría ni masculina. Podía ser muy bien la hermana de Galbraith o la tía de Savage. Sabía conversar con los hombres de igual a igual, y, no obstante, sus modales no eran ni muy libres ni demasiado reservados. ¡Qué diferente de María! Y cuando, terminada la comida, se levantaron los oficiales para brindar a la salud del rey —aún debían de transcurrir veinticinco años para que un rey que también había sido marino autorizara a sus marineros a que bebieran sentados a su salud— se unió a ellos deseando: «¡Que Dios le bendiga!», y terminó su última copa de vino con la necesaria solemnidad, mezclada con la alegría que convenía a aquel momento. Sólo entonces Hornblower se dio cuenta de que hubiese deseado que aquella velada no terminara nunca.

—¿Juega usted al *whist*, lady Bárbara? —le preguntó.

—Sí —contestó ella—. ¿Hay jugadores de *whist* en este buque?

—Algunos, pero no muy aficionados —contestó Hornblower, con una sonrisa dirigida a sus oficiales.

Pero nadie tenía nada que oponer, tratándose de jugar una partida de cuatro con lady Bárbara, tanto más cuanto que su presencia atenuaría la áspera severidad del capitán. Clay, que esperaba el ofrecimiento, descubrió un as como triunfo; la mano correspondía a lady Bárbara. Ésta jugó el rey de corazones y Hornblower se revolvió, inquieto. Aquella jugada podía ser la de un novato y, sin embargo, le disgustaba, hasta cierto punto, pensar que lady Bárbara fuese una mala jugadora de *whist*. Pero al rey de corazones siguió el rey de diamantes que, igualmente, tomó la mano; y a éste, el as de corazones, seguido del siete del mismo palo. Hornblower tomó la mano con la reina del último corazón que le quedaba, haciendo así un total de once, y contestó con un diamante. Lady Bárbara contestó con la reina de ese palo. Siguió luego el as de diamantes y, enseguida, dos cartas bajas del mismo palo. Hornblower, descartando por primera vez, jugó el siete de una serie de tréboles abierta por el rey. Sus adversarios se descartaron cada uno las picas sobre aquella despiadada serie de diamantes, y Hornblower pasó de la primitiva desconfianza a una completa seguridad en su compañera de juego, seguridad que ésta no defraudó por cuanto jugó el as de trébol, seguido de las tres figuras. Hornblower arriesgó la jota, jugó el rey, y su compañera contestó jugando el último trébol y ganando entonces las dos últimas manos con los triunfos que le quedaban.

Aunque sus adversarios tuviesen todos los puntos de las picas, lady Bárbara y el capitán habían ganado la partida. Además de demostrar ser una buena jugadora, lady Bárbara dio pruebas de conocer a fondo el juego y todas sus sutilezas y argucias. En

fin, desde que la *Lydia* abandonó las costas inglesas, Hornblower no había tenido la suerte de jugar con tan buen compañero. La alegría de este descubrimiento fue tal que le hizo olvidar todos sus resentimientos con respecto a una mujer que demostraba ser tan hábil.

Durante la noche del día siguiente, lady Bárbara reveló de nuevo sus habilidades al subir al castillo con una guitarra, con la que acompañó las canciones que cantaba con dulce voz de soprano, tan dulce que los hombres de la dotación se dirigieron disimuladamente a popa y se detuvieron bajo la toldilla para escuchar con atención. Cuando se terminaba cada canción tosían y se agitaban, conmovidos. Galbraith se convirtió en su esclavo; ella había conseguido hacer vibrar las cuerdas de su corazón lo mismo que las de la guitarra. Todos los guardiamarinas estaban enamorados de lady Bárbara y hasta los lobos de mar, como Bush y Crystal, se suavizaban en su presencia. Gerard derrochaba sus mejores sonrisas, hacía valer su juventud y contaba episodios de sus privaciones y aventuras a lo largo de los ríos de África. Más de una vez, durante el viaje a la costa de Nicaragua, Hornblower observaba al joven con ansiedad y maldecía su falta de gusto musical que le impedía apreciar las canciones de lady Bárbara, encontrándolas no sólo poco interesantes, sino incluso fastidiosas.

## CAPÍTULO 13



Día tras día, de modo interminable, desfilaba ante el buque la línea de la costa volcánica. Siempre se veía el mismo panorama del mar azul y los picos rosa grisáceo subrayados por el zócalo verde brillante de los bosques. Con el buque en zafarrancho de combate, y cada uno de los hombres en su puesto, la *Lydia* entró en el Golfo de Fonseca y dobló la isla de Manguera en busca del *Natividad*, sin encontrarla. Tampoco en las playas de la ensenada se veían señales de vida. Desde lo alto de los acantilados de la isla partió un disparo de mosquete; la bella rebotó sobre la quilla, pero no vieron quién había disparado. Bush volvió a sacar a la fragata fuera de la bahía, enfilándola en dirección noroeste, en busca del *Natividad*.

No pudo encontrarla en la rada de La Libertad, ni mucho menos en los pequeños puertos que había por aquellos lugares. En Champerico se vieron humaredas, y Hornblower, explorando con el catalejo, pudo comprobar que, por una vez, no se trataba de los fuegos de los volcanes. Champerico estaba en llamas. Era probable que los secuaces del Supremo hubiesen pasado por allí para llevar la luz de la verdad, pero el *Natividad* no se veía por ninguna parte.

Las tempestades del golfo de Tehuantepec esperaban a la *Lydia*; aquel rincón del Pacífico era siempre borrascoso, azotado continuamente por los huracanados vientos que, a través de un valle abierto en las sierras, soplaban hasta allí procedentes del Golfo de México. Hornblower notó el cambio al advertir un leve incremento en la velocidad de la nave. La *Lydia* cabeceaba y se movía más que de ordinario, dando bandazos bajo un vendaval cada vez más violento. Eran las ocho campanadas. Se oía el vozarrón del piloto de guardia —«¡Aprisa, aprisa!»— llamando a los hombres. Apresuró el paso hasta el castillo. El cielo aún estaba azul y quemaba el sol; pero el mar había ya adquirido un color grisáceo y crecía la violencia de las olas. La *Lydia* comenzaba a fatigarse bajo la presión de las velas.

—Estaba a punto de pedirle permiso para arrizar velas, capitán —dijo Bush.

—Bien. Que recojan las velas bajas y los juanetes —contestó Hornblower, después de dirigir una mirada a la lona y otra a las nubes que se amontonaban en el cielo, hacia la costa.

La *Lydia* se zambullía pesadamente de proa mientras él hablaba; luego se levantaba con grandes trabajos, estrellándose las olas contra sus costados. Los crujidos del maderamen y los sonidos que el viento arrancaba de las jarcias hacían que la nave pareciera viva. Una vez recogidas las velas la nave iba más ligera, pero como arreciaba el viento, se veía obligada a soportar repetidas embestidas de las ráfagas, que la hacían inclinarse de lado. Hornblower descubrió a lady Bárbara en el

castillo, asida con una mano a la barandilla. El viento le levantaba el borde de las faldas, mientras con la mano libre intentaba mantener su peinado inútilmente. Tenía las mejillas sonrosadas y centelleantes los ojos.

—Debería ir abajo, lady Bárbara —le dijo.

—¡Oh, no! Después del calor que hemos pasado, este viento es una verdadera delicia.

De pronto cayó sobre ella una verdadera rociada de espuma.

—Por su bien se lo digo, señora.

—Si el agua salada fuese pernicioso, todos los marinos morirían jóvenes.

Sus mejillas resplandecían como si se hubiera puesto colorete. Hornblower no tuvo valor para negarle aquel placer, aunque recordó con cierta amargura que la tarde anterior ella estuvo hablando animadamente con Gerard a la sombra de las jarcias de mesana y que nadie más había podido disfrutar de su compañía.

—Entonces, si lo desea, puede permanecer ahí, señora, a menos que aumente el vendaval... y me temo que aumentará.

—Gracias, capitán.

Algo en sus ojos parecía indicar que lo que sucedería si aumentaba la fuerza del viento no se podía saber aún, aunque muy distinta fuese la opinión de Hornblower; pero, a semejanza de su ilustre hermano, lady Bárbara no se preocupaba por las cosas hasta que realmente ocurrían.

Hornblower se apartó de ella. No le hubiese disgustado permanecer más tiempo a su lado para charlar con ella mientras la espuma de las olas caía sobre ambos; pero su deber le reclamaba en otra parte. Apenas hubo llegado al timón cuando, desde lo alto del palo trinquete, oyó una voz que decía:

—¡Buque a la vista! ¡Justo delante de nosotros! ¡Parece el *Natividad*, capitán!

Hornblower miró hacia arriba. Aferrado al palo, el vigía giraba en amplios círculos vertiginosos, siguiendo el movimiento del bajel.

—Knyvett, suba —ordenó al guardiamarina que halló más cerca—. Tome un catalejo y dígame qué es lo que ve.

Sabía que con aquel temporal él no podía ser un buen vigía. Le avergonzaba reconocerlo, pero era verdad. No tardó en llegar a él la voz juvenil de Knyvett a través del furioso vendaval.

—¡Es el *Natividad*, capitán! La conozco por la forma de las gavias.

—¿Qué dirección?

—Velas amuradas a estribor, señor, nuestro rumbo. Los palos están todos en línea. Ahora cambia de rumbo, capitán. Vira de bordo... Debe de habernos visto. Ahora está en la amura de babor y viene hacia nosotros a sotavento, a todo ceñir, capitán.

—¿De veras? —dijo Hornblower para sí, sombrío.

Era una experiencia poco habitual hacer que un barco español diese media vuelta

para enfrentarse a ellos... pero recordó que aquel buque ya no era español. De todos modos, pasase lo que pasase, no permitiría que se les colocara a barlovento.

—¡Hombres a las brazas, ahí! —gritó, y, dirigiéndose al timonel, añadió—: ¡Rumbo a babor! Timonel, ten la nave de cara al viento todo cuanto sea posible. Bush, mande a la tripulación a sus puestos y ordene zafarrancho de combate.

Al redoble de los tambores surgieron marineros por todas partes. Sólo entonces recordó Hornblower a la mujer apoyada en la barandilla del castillo y su obstinado fatalismo se trocó en ansiedad.

—Lady Bárbara, su lugar no es éste. Vaya abajo y llévese a su camarera —le ordenó—. Quédese en la cabina hasta que haya pasado todo... No. En la cabina, no. Vaya al pañol de cables.

—Capitán... —comenzó. Pero él no estaba dispuesto a discutir si eso era lo que ella quería.

—¡Clay! —llamó Hornblower con voz ronca—. Conduzca a su señoría y a su doncella al pañol. Y antes de dejarla, compruebe que se encuentren seguras. ¡Éstas son mis órdenes, teniente Clay! ¡Ejem!

Tal vez no fuera muy digno descargar en Clay toda la responsabilidad de que se cumplieran sus disposiciones. Hornblower no lo ignoraba, pero estaba irritado contra aquella señora a causa de toda la angustia que le ocasionaba. No obstante, lady Bárbara siguió a Clay con una sonrisa e hizo un amistoso ademán con la mano, despidiéndose de Hornblower.

Durante los minutos que siguieron, la *Lydia* se agitó en un apresurado trajín mientras los hombres realizaban las maniobras, ya convertidas en una costumbre. Los cañones fueron colocados en su sitio; los puentes se enarenaron y se ataron los guindastes a las bombas. Se apagaron todos los fuegos de a bordo y se retiraron los mamparos. Podía verse a simple vista al *Natividad* dirigirse al encuentro de la *Lydia*, navegando de bolina para intentar ganarles el barlovento. Hornblower dirigió una mirada al velamen tratando de advertir en él la más leve palpitación.

—Poco a poco, maldita sea —gruñó al oficial de derrota.

Macheteaba la *Lydia* bajo el viento; se estrellaban las olas contra la amura y el viento rugía en las jarcias una sinfonía salvaje. La noche anterior había navegado el buque como por una balsa de aceite, bajo los rayos de la luna, y ahora, doce horas después, gemía y crujía sin término, bajo aquella tempestad y con la inminente perspectiva de una batalla naval. Indudablemente, el huracán aumentaba en intensidad. Una ráfaga más violenta que las anteriores estuvo a punto de hacerla zozobrar, pero vaciló, resbalando sobre las olas, hasta que el timonel pudo enderezarla.

—El *Natividad* ni siquiera llegará a abrir las portas del segundo puente —dijo Bush, que, junto al capitán, aguzaba la vista en dirección a la nave enemiga.

Hornblower miró hacia el buque a través de la tormenta y vio una nube de espuma deshacerse contra la proa de la fragata española.

—No —contestó.

Su acostumbrado temor de hacerse demasiado locuaz le impidió discutir la eventualidad de la próxima acción.

—Teniente Bush —dijo—, le agradeceré que haga recoger dos rizos en aquellas gavias.

Las dos fragatas se acercaban en opuestos rumbos, como a lo largo de los lados de un ángulo obtuso. Por más que miraba, Hornblower no podía adivinar cuál de las dos, al encontrarse en el vértice, se hallaría a barlovento.

—Señor Gerard —llamó al teniente que mandaba la batería de babor en cubierta—. Cuide de que las mechas estén encendidas en los toneles.

—Sí, señor.

Con toda aquella agua que caía a chorros sobre el mecanismo de pedernal, era dudoso que los gatillos funcionasen convenientemente en tanto los mosquetes no se hubieran recalentado, por lo que deberían recurrir al anticuado modo de encendido. Por esta razón se tenían dispuestas las mechas lentas encendidas en los barriles. Entre tanto, Hornblower no perdía de vista al *Natividad*. También éste había arizado las gavias y avanzaba cabeceando, a todo ceñir, bajo velas de tormenta. En el palo mayor ondeaba la bandera azul con la estrella amarilla. Hornblower miró sobre su cabeza hacia el lugar donde ondeaba la enseña blanca, un poco amarillenta por la intemperie.

—¡El *Natividad* ha roto el fuego, capitán! —dijo Bush a su lado.

Hornblower se volvió con rapidez, con el tiempo justo para ver apenas el penacho de humo que el viento disipaba en leves flecos. El ruido del cañonazo no llegó hasta la *Lydia* y nadie supo adonde fue a parar el proyectil. El surtidor de agua que debió de levantar con su caída pasó también inadvertido entre aquella marejada.

—¡Ejem! —exclamó Hornblower.

Era una mala táctica la de abrir fuego a larga distancia, aunque se contase con una excelente artillería. La primera descarga, procedente de piezas cargadas con escrupuloso cuidado por hombres que habían tenido tiempo de afinar la puntería, era demasiado preciosa para ser desperdiciada tan a la ligera. Era más prudente reservarla para el momento en que pudiera producir algún daño, aunque tuvieran que esperar en una inactividad enervante.

—Pasaremos muy cerca del costado, capitán —dijo Bush.

—¡Ejem...!

Era difícil precisar aún cuál de las dos embarcaciones tendría el costado de barlovento cuando se aproximasen. Si ambos capitanes pudieran mantenerse inflexiblemente sobre la ruta trazada, era de creer que ambas proas chocaran. Hornblower tuvo que recurrir a toda su sangre fría para no dejarse amilanar y

aparecer sereno.

Del *Natividad* salió otro gran vellón blanco de humo y esta vez se oyó el silbido del proyectil, que pasó por encima de los palos.

—¡Más cerca! —exclamó Bush.

Otra nubecilla, y un chasquido en el combés de la *Lydia* indicó el lugar donde había dado la bala.

—¡Dos hombres a la pieza número cuatro! —gritó Bush, inclinándose a mirar fuera de la borda. Y luego, calculando la distancia que los separaba del otro buque, exclamó—: ¡Dios! ¡Estaremos muy cerca!

Era una situación que frecuentemente se había imaginado Hornblower en sus solitarios paseos por el alcázar. Dirigió una última mirada al catavientos y a las gavias, que bailaban locamente sacudidas por el huracán, en tanto la *Lydia* cabeceaba sobre las olas.

—¡Vamos, señor Rayner! ¡Fuego hasta que los cañones no puedan más!

Rayner tenía el mando de la batería de cubierta a estribor. Luego, volviéndose al timonel, añadió el capitán:

—¡Mete a barlovento! ¡Ciñe! ¡Aguanta!

La *Lydia* viró, se ciñó a sotavento al *Natividad* y sus cañones de estribor descargaron simultáneamente una andanada que la sacudió hasta la quilla y que cogió de lleno a la fragata enemiga. El huracán dispersó inmediatamente la humareda. Todos los disparos dieron en el costado del *Natividad*, el viento llevó hasta la *Lydia* los ayes de los heridos. Tan inesperada había sido la maniobra que el *Natividad* sólo respondió con un cañonazo que no produjo daño alguno porque, a babor, la *Lydia* tenía cerradas todas las portas a causa de la mar gruesa.

—¡Magnífico! ¡Estupendo! —exclamó Bush, aspirando el acre olor de la pólvora que llenaba el aire, como si fuera un suavísimo y arrebatador aroma de incienso.

—¡Prontos a virar de bordo! —gritó Hornblower.

La tripulación, curtida en tantas tempestades bajo la guía de Bush, demostraba su pericia en brazos y escotas. La *Lydia* viró con la velocidad de una máquina aun antes de que el *Natividad* pudiese prepararse a resistir el inesperado ataque, y Gerard descargó sus baterías sobre una popa indefensa. Los grumetes prorrumpieron en agudos gritos; corrían de un lado a otro, llevando las municiones para las piezas. A estribor, los cañones estaban ya cargados y a babor, los artilleros metían a viva fuerza por las bocas de los cañones las estopas mojadas para apagar los residuos de cartuchos que aún estuviesen ardiendo. Cargaban de nuevo y colocaban la pieza en disposición de disparar. En el castillo del *Natividad*, sacudido por el oleaje, Hornblower veía a Crespo. El bribón tuvo la insolencia de detenerse un instante en medio de las órdenes que lanzaba a su torpe tripulación, para enviarle un saludo con la mano.

La *Lydia* había obtenido de su maniobra toda la ventaja posible; había disparado dos andanadas casi a quemarropa y no había recibido en contestación más que un cañonazo; pero pagaría por todo. El *Natividad*, consiguiendo al fin ponerse a barlovento, podía forzar a su enemigo al combate si actuaba con resolución. Hornblower veía la pala de su timón desde el lugar donde se encontraba; la vio dar una vuelta brusca y un segundo más tarde viraba la nave, lanzándose sobre la *Lydia*. En medio de sus cañones, medio cegado por el viento y el agua, Gerard miraba con los ojos entornados aquella mole que se le venía encima. En aquel instante, tan lleno de emoción, su expresión fiera y reconcentrada aumentaba la belleza de su moreno rostro, pero, sin embargo, por una sola vez, el teniente Gerard se había olvidado de su belleza.

—¡Levantad las compuertas! —ordenó—. ¡Apuntad! ¡Fuego!

El estruendo de la descarga coincidió exactamente con el que procedía del *Natividad*. A través de la espesa humareda que envolvía a la *Lydia* se oían chasquidos de maderas que volaban en astillas, estruendo de jarcias que caían sobre el puente y, sobre todo este espantoso ruido, la voz de Gerard, que seguía gritando las órdenes.

—¡Taponad las bocas!

Cuanto más de prisa se tapasen los hornos de los cargadores después de haber disparado, menor sería el desgaste provocado por la fuga de los gases ácidos que salían de ellos. Los artilleros sudaban copiosamente para mantener en su sitio las garruchas, pues los bandazos del buque amenazaban con arrastrar los cañones contra las bordas. Cargaban y atacaban con los botafuegos.

—¡Muchachos! ¡Haced fuego! —gritó Gerard desde la batayola mirando a través del humo. Veía al *Natividad* subir y bajar casi tocando uno de los costados de la *Lydia*. La siguiente descarga se desparramó en abanico, y siguió otra aún más amplia, que los expertos artilleros dispararon antes que los demás. Pronto el estruendo se hizo continuo, y la *Lydia* se estremecía de tal modo que parecía estar a punto de estallar. A intervalos, al fragor de sus cañones, respondían las acompasadas descargas del *Natividad*. Evidentemente, Crespo no se fiaba de la pericia individual de sus artilleros y él mismo ordenaba cada vez el fuego. Y no podía decirse que lo hiciera mal; de pronto, y cuando el oleaje lo permitía, abríanse los portillos con la regularidad de un mecanismo y los gruesos cañones de veinticuatro libras vomitaban llamas y humo.

—¡Duro trabajo, capitán! —observó Bush.

La granizada de metralla barría la cubierta de la *Lydia*. Había ya algunos muertos al pie de los mástiles, donde habían sido llevados a toda prisa para que no estorbaran a los artilleros en su trabajo. Otros hombres heridos eran llevados abajo por las escotillas, y allí les esperaban los honores de la enfermería. Hornblower vio a un grumete servidor de la pólvora a unos pasos de él, convertido en una masa sanguinolenta que ya nada tenía de persona, alcanzado de lleno por un proyectil de

mortero.

—¡Ejem! —se le escapó; pero la interjección se perdió en el fragor de la carronada que se hallaba cerca de él.

Duro trabajo. Sí, muy duro, realmente. Demasiado. Aquellos quince minutos de cañoneo habían bastado para convencerle plenamente, a pesar del daño ocasionado a su enemigo, de que la artillería de la *Lydia* era demasiado floja para medirse con la aplastante superioridad de la enemiga, y se veía obligado a reconocer que ésta estaba bien manejada. Si había que vencer era necesario hacerlo a fuerza de habilidad y astucia.

—¡Todos a las velas! —gritó, y su estridente voz se sobrepuso al estruendo de los cañones. Mirando hacia el *Natividad*, envuelto en una espesa nube de humo, calculó la fuerza del viento y la velocidad de ambos contendientes. Su mente aguijoneada por la excitación, calculaba con rapidez febril las posibilidades de la nueva maniobra. Poner ligeramente en facha la gavia había permitido al *Natividad* adelantarse sin apartarse demasiado de la *Lydia*, para volver a virar de bordo. Pero al mismo tiempo, Hornblower procuró virar velozmente, a fin de que su batería de estribor, dispuesta para entrar en acción, pudiese ser descargada contra la popa del enemigo. A la *Lydia* le fue fácil la maniobra, ante la pesadez de su enemigo de doble cubierta; éste se vio obligado a acercarse para pasar guirlas y mantenerse borda con borda mientras Hornblower, mirando agudamente a sus enemigos, vio instantáneamente una vez más, posando junto a la popa del *Natividad*, cómo Gerard corría de un cañón a otro para animar a sus hombres. Una granizada de proyectiles acribilló el maderamen de la nave española.

—¡Estupendo! ¡Muerte y condenación! ¡Que me lleve el diablo! ¡Soberbio! —gritaba Bush, golpeándose la palma de la mano izquierda con el puño de la derecha y saltando por el puente como un condenado.

Pero Hornblower no tenía tiempo para fijarse en Bush ni en su desenfrenado entusiasmo, aunque más tarde recordó aquellas palabras y el consuelo que le proporcionaron.

Gritó las órdenes a fin de adelantarse al *Natividad*, pero ésta, en aquel preciso momento, se dispuso a ponerse a sotavento. ¡Mejor! Podría herirla de nuevo en la popa, ya desarmada y vulnerable. Estaba seguro de poder contestar, por lo menos, con dos descargas por cada una del enemigo. Los mamparos del *Natividad* aparecían destrozados en varios lugares y de los imbornales brotaba un río de sangre. Hornblower tuvo la visión de Crespo erguido en la popa. Había esperado que una de las últimas descargas hubiese acabado con él, porque su muerte habría provocado seguramente un relajamiento en el ataque. En lugar de eso vio los cañones dispuestos a barlovento y las escotillas de la cubierta inferior abiertas.

—¡Para la que nos vais a mandar...! —gritó Bush, repitiendo la manoseada pero

siempre nueva imprecación usada en todos los barcos cuando esperaba una descarga.

Las dos naves se acercaban; los segundos parecían largos como minutos. Pasaron a una docena de brazas de distancia una de otra, proa contra proa, trinquete contra trinquete, y luego delante de mesana. Rayner miraba a popa con atención y tan pronto se dio cuenta de que uno de los cañones de popa enemigos tomaba puntería, ordenó disparar a los suyos. La *Lydia* se estremeció al estampido de las baterías; un fragor ensordecedor llenó el aire y antes de que el huracán disipase el humo, llegó la contestación del *Natividad*.

A Hornblower le pareció que se derrumbaba el cielo. El soplo de una descarga le hizo vacilar y halló a sus pies un montón de palpitantes restos humanos de los servidores del cañón de estribor. Luego, con un chasquido horroroso, cedió el palo de mesana, que estaba cerca de él. Enredado entre las jarcias, por la parte de barlovento, cayó sobre el puente, entre los charcos de sangre, y mientras trataba de liberarse del cordaje sentía girar a la *Lydia* como si se encontrara en medio de un remolino, a pesar de los esfuerzos de los hombres que se encontraban en el timón.

Aturdido y magullado, se puso en pie. Todo en torno suyo era una ruina. Al caer el palo de mesana, cortado a nueve pies del puente, había arrastrado consigo el mastelerillo de mayor, y palos y vergas, velas y jarcias, formaban un revoltijo a popa o colgaban de las jarcias que quedaban intactas. Con la caída de las gavias de mesana, la *Lydia* había perdido gran parte de su equilibrio y ya no se sentía capaz de mantener la ruta con el viento; navegaba a la deriva, empujada por el huracán, como un casco muerto. En aquel mismo momento, Hornblower vio que el *Natividad* se preparaba para asaltarles por la popa y a vengarse, con una terrible andanada, de todas las descargas que antes no pudo contestar. Parecía como si el mundo se hundiese. Tragó saliva convulsivamente, y un repentino temor de ser derrotado le oprimió la boca del estómago.

## CAPÍTULO 14



Pero sabía muy bien, y se lo repetía a sí mismo en tanto se ponía en pie, que un sólo instante de vacilación en preparar de nuevo a la *Lydia* para la acción podía resultar fatal.

—¡Guardia de popa! —rugió, y su propia voz le sonaba extraña—. ¡Clay! ¡Beskins! ¡A las hachas! ¡Hay que cortar toda esta ruina!

Clay llegó apresuradamente, a la cabeza de un grupo de hombres provistos de hachas y machetes. Mientras cortaban a hachazos los cordajes de mesana, Hornblower descubrió a Bush, que estaba sentado en el suelo, tapándose la cara con las manos; alguna astilla debió herirle al caer, pero no era tiempo de averiguar qué le ocurría. Inexorablemente, adelantábase hacia ellos el *Natividad*. Hornblower podía ver sobre el puente de la nave enemiga a unas figuras exultantes que gesticulaban y saludaban con sus gorros. Le pareció que llegaban a sus oídos, a través del tumulto que les rodeaba, el zumbido de las jarcias del *Natividad*, el rodar de sus cañones cargados y vueltos a colocar en posición de tiro, mientras era gobernado de modo que pudiese pasar lo más cerca posible de la *Lydia*. Hornblower vio el bauprés; sintió llegar sobre él la arizada vela del trinquete enemigo y luego una furiosa tempestad de cañonazos sobre la proa de la *Lydia*. El humo, empujado por las ráfagas huracanadas, le envolvió, cegándolo. Tras cada proyectil que daba en el blanco sentía temblar el maderamen de la cubierta. Oyó un alarido desgarrador entre los hombres de Clay, situados detrás de él. Una astilla pasó rozándole la mejilla, y luego, cuando parecían querer anonadarlo la muerte y la destrucción, terminó la espantosa serie de cañonazos y se disipó el humo poco a poco. El *Natividad* se había alejado; él estaba vivo y dirigía en torno suyo una mirada atónita. La cureña de la última carronada de popa se había soltado y uno de los hombres de Clay se revolvía dando alaridos sobre el suelo con las piernas cogidas debajo de aquélla, mientras algunos compañeros se esforzaban en vano en liberarlo.

—¡Dejadlo! —gritó Hornblower.

La necesidad de dar aquella orden tan cruel hacía que su voz se volviese tan estridente y ronca como la del infeliz en la agonía.

—¡Despejad esa ruina! ¡Clay, que trabajen sus hombres!

A cierta distancia, sobre las ondas grises, el *Natividad* viraba lentamente para infligir nuevos golpes al ya inerme adversario. Suerte que, gracias a su pesadez y lentitud, como las de todos aquellos buques de cuarta fila, a Hornblower le quedaría tiempo suficiente para arreglar la *Lydia* de modo que pudiese afrontar nuevamente a su adversario.

—¡A la cofa del trinquete! ¡Señor Galbraith, mantenga las velas de proa!

—¡Sí, señor!

La falta de la vela de estay del mastelero de proa y de la vela de contrafoque serviría para estabilizar hasta cierto punto la pérdida de las gavias de mesana y la cangreja de popa. Manejando el timón se podía dominar a la *Lydia* y aguantar la embestida del potente adversario.

Pero no había esperanza alguna de lograrlo mientras todos aquellos despojos colgaran de la popa como una enorme ancla. Hasta que no cortaran todo aquello, la nave seguiría indefensa, a merced del viento y sufriendo resignadamente los ataques del enemigo.

A Hornblower le bastó una mirada para ver que el *Natividad* había dado ya la vuelta y se preparaba de nuevo a cruzar por la popa de la *Lydia*.

—¡Aprisa! —gritó a los hombres que trabajaban incansablemente cortando a hachazos aquel enredo—. ¡Arriba, Holroyd! ¡Abajo, a la cadena de mesana, Tooms!

Sólo entonces se dio cuenta del tono estridente y exasperado que tenía su voz. A toda costa debía conservar ante Clay y sus hombres la fama de imperturbabilidad. Con un enorme esfuerzo consiguió esperar casi con indiferencia al *Natividad*, que, de un momento a otro, caería sobre ellos amenazadoramente. Esbozó una sonrisa, se encogió de hombros y habló con su acostumbrada voz.

—¡No os preocupéis de ellos, muchachos...! Primero desembaracémonos de toda esta ruina y luego daremos su merecido a esos *Dagos*.

Con redoblada energía, los hombres cortaban el laberinto de cuerdas. Una parte se soltó. La *Lydia*, levantándose sobre una ola gigantesca, echó a rodar por la cubierta una parte de las jarcias caídas, arrastrando a tres hombres con ellas. Agarrando la primera hacha que le vino a mano, Hornblower se puso desesperadamente a cortar el intrincado montón de duras cuerdas, que, con el balanceo del buque, iba de un lado a otro. De soslayo observaba al *Natividad*, pero no tenía tiempo para examinar cuidadosamente todos sus movimientos; de momento, no era más que un molesto obstáculo para la urgentísima tarea, no una amenaza mortal.

Después se halló nuevamente sofocado por una nube de humo y ensordecido por el retumbar de los cañonazos. Oyó silbar en torno suyo los proyectiles y las astillas. Cesaron los gritos del hombre cogido por la carronada; Hornblower sintió bajo sus pies un funesto crujido de tablas y sospechó que la *Lydia* había sido herida en un punto vital. Pero estaba demasiado absorto en su trabajo. Bajo los golpes de su hacha, el estay de mesana se partió en dos; otra cuerda tendida le cerraba el paso y la cortó también. Mientras efectuaba estas operaciones, sus ojos se fijaban en nimiedades como las hendiduras del pavimento de cubierta, notó el golpe de otra cuerda cortada y comprendió que, poco a poco, la cubierta se despejaba de todo aquel destrozo que la cubría. Entonces Hornblower encontró a Clay a sus pies, tendido en cubierta y

decapitado. Lo examinó como un extraño fenómeno, lo mismo que antes habían llamado su atención las hendiduras del pavimento.

Una imprevista oleada lo empapó por completo. Secándose los ojos, miró en torno suyo. Muchos de los hombres que habían estado con él en cubierta, infantes de marina, marineros y oficiales yacían muertos. Simonds había hecho colocar a los soldados supervivientes junto a los parapetos y dispuestos a contestar con fuego de mosquete a los cañonazos del *Natividad*. Bush estaba en la cofa mayor, y al verlo, comprendió Hornblower que había sido él quien cortó el estay del mastelero de popa, consiguiendo librar definitivamente al bajel. Al timón, dos hombres miraban fijamente ante sí, inmóviles como estatuas; no eran los mismos de cuando empezó el combate, pero la férrea disciplina y la práctica inflexible habían hecho que, a través de las vicisitudes de la lucha, nunca quedase aquel puesto abandonado.

Por la aleta de estribor, el *Natividad* estaba virando de nuevo. Hornblower se dio cuenta, con un estremecimiento, de que aquella vez no podía someterse mansamente al castigo que la otra nave estaba dispuesta a administrarle. Le costó un gran esfuerzo ponerse a pensar en cómo hacer virar su buque, pero al final consiguió concentrarse y calcular la fuerza proporcional de la gavia en comparación con la gavia del trinquete, y visualizar mentalmente las posiciones relativas del centro del barco y del palo mayor... Afortunadamente, este último estaba un poco escalonado a popa.

—¡Hombres a los brazos! —exclamó—. Señor Bush, vamos a intentar ponerla contra el viento.

—Sí, señor.

Miró al *Natividad* que cabeceaba dirigiéndose hacia ellos.

—¡Todo a estribor! —ordenó al timonel—. Vosotros, quedaos junto a vuestros cañones.

Los hombres de la *Lydia* vieron a la estropeada proa del *Natividad* volverse lentamente hacia ellos. En un fugacísimo instante, los timoneles consiguieron virar de modo que dieran el flanco al viento, sin desviarse de su rumbo. El *Natividad* pasó, veloz como un rayo.

—¡Fuego! —rugió Gerard, con la voz ronca por la emoción.

De nuevo, el estampido de los cañones hizo estremecer profundamente a la *Lydia* y el humo invadió sus puentes. A través de su espesa cortina llegó la descarga de metralla del *Natividad*.

—¡Magnífico, muchachos! ¡Buen blanco! —gritaba Gerard—. ¡Les hemos partido el trinquete! ¡Estupendo, chicos!

Los artilleros prorrumpieron en un grito salvaje, aunque las doscientas voces sonaron débilmente en medio del fragor de la tormenta. En el furor del combate, habían asestado un gran golpe al *Natividad*. A través del humo, Hornblower vio los obenques del palo de trinquete del *Natividad* aflojarse de repente, tensarse de nuevo y

luego volverse a aflojar, y después el palo de trinquete entero se inclinó hacia delante. El mastelero de gavia dio un latigazo y luego siguió al otro palo, y ambos cayeron por la borda y desaparecieron. Al momento el *Natividad* se volvió contra el viento, mientras la *Lydia* cabeceaba y se volvía a favor del viento, a pesar de los esfuerzos de los hombres al timón. El estrépito de la tormenta llenaba los oídos de Hornblower, mientras el gris brazo de mar que separaba a las dos naves se ensanchaba cada vez más. Sonó un último disparo y los dos enemigos siguieron meciéndose violentamente sobre las turbulentas olas, inermes e incapaces ya de hacerse daño alguno.

Hornblower volvió a limpiarse el agua que le cegaba los ojos. Aquella batalla había sido una pesadilla interminable, cuyas situaciones irreales se resolvían en otras aún más fantásticas. También él seguía viviendo como en una pesadilla. Su cerebro estaba despejado, pero solamente en virtud de su fuerza de voluntad, como si se tratara de algo antinatural.

La distancia entre ambas fragatas se había ampliado a media milla y continuaba aumentando. Hornblower, con el catalejo, veía sobre el castillo de proa del *Natividad* un hormigueo de hombres afanándose en torno al destrozado trinquete. La victoria sería de la nave que primero pudiese valerse. Hornblower cerró de golpe el catalejo y se volvió para afrontar fríamente los problemas que exigían una inmediata solución.

## CAPÍTULO 15



En pie sobre el castillo se hallaba el capitán de la *Lydia*, su nave puesta a la capa con los estays y las gavias del palo mayor terciadas, cabeceaba pesadamente sobre un mar extraño. Llovía con una violencia tan grande que era imposible ver a unos pasos de distancia. Caían sobre la cubierta montañas de agua; el capitán estaba empapado como si se hubiera zambullido en el mar, pero no hacía caso alguno. Acudían todos a él: el primer oficial, los artilleros, el contramaestre, el carpintero, el cirujano y el sobrecargo. Era necesario reparar las averías, aunque era dudoso que aquel inválido bajel pudiese afrontar la tempestad que rugía a su alrededor.

—¿Qué es lo que debo hacer, capitán?

Era el cirujano, que, en aquel momento, se dirigía a Hornblower y, con el semblante pálido de pavor, se retorció las manos.

Cuando murió Hankey, Laurie, el ayudante del sobrecargo de a bordo, fue nombrado cirujano. En la oscuridad de la enfermería, tenía nada menos que a cincuenta heridos, cincuenta desdichados que se retorcían entre espasmos de dolor, algunos de los cuales habían perdido brazos o piernas, y todos reclamaban el socorro que aquel infeliz no podía darles.

—¿Qué es lo que debo hacer? —Hornblower, exasperado ante aquella incompetencia, repetía la pregunta—. ¡Después de dos meses de estudiar sus obligaciones me pregunta qué es lo que debe hacer!

Laurie retrocedió, acobardado ante semejante reprimenda, y Hornblower comprendió que no le quedaba más remedio que inyectar un poco de valor en el ánimo de aquel cobarde, ayudándole lo mejor que pudiera.

—Escúcheme bien, Laurie —le dijo, más amable—. Nadie espera que haga milagros. Haga lo que pueda... Bastará que alivie un poco el dolor de aquéllos que van a morir... Le autorizo a considerar como tales a quienes hayan perdido un brazo o una pierna. Déles láudano. Veinticinco gotas, o más incluso si no bastan. Finja que les venda; dígales que seguramente se curarán y que tendrán una pensión durante cincuenta años. En cuanto a los demás, use el sentido común. Véndeles fuertemente hasta que no sangren. Tiene usted bastantes lienzos para vendar a todo el mundo. Los huesos rotos, átelos con tablillas. No mueva a los heridos más que lo absolutamente necesario. Que estén lo más tranquilos que sea posible. Un sorbo de ron para cada uno y promételes otro para cuando den las ocho campanadas, si son buenos y están tranquilos. Nunca vi a ningún marinero que no fuese capaz de atravesar los fuegos del infierno por un sorbo de ron. Baje ahora y haga lo que le digo.

—¡Sí, señor!

Consciente de su propio deber y de la responsabilidad que pesaba sobre él, Laurie se dirigió a su trabajo sin detenerse un segundo a contemplar el infierno que en aquel instante se desencadenaba sobre la cubierta central. Uno de los cañones del doce, al que una de las últimas descargas del *Natividad* le había roto la retranca, había terminado desasiéndose y rodaba de un lado a otro del puente, y con su enorme peso muerto de tonelada y media amenazaba destrozar todo lo que se pusiese por delante y terminar hundiendo los parapetos. Galbraith, con una veintena de hombres provistos de amarras y otros cincuenta con hachas, lo seguía cuidadosamente de un lado a otro en su peligrosísima peregrinación, con la esperanza de atarlo o reducirlo a la impotencia. A un nuevo bandazo de la *Lydia* dio el cañón media vuelta y se dirigió velozmente hacia el grupo de hombres antes de que éstos pudieran evitarlo. Con las ruedas rechinando como una piara de cerdos se hundió en medio de aquella masa humana ululante y se estrelló contra el palo mayor, que dejó escapar un espantoso crujido.

—¡Ahora es la ocasión, muchachos! ¡Echaos sobre él! —les gritó Hornblower.

Galbraith, con riesgo de su vida, intentó meter una cuerda por una garrucha. Apenas lo había conseguido cuando el cañón hizo un nuevo movimiento, girando sobre sí mismo y amenazando con anular todos los esfuerzos.

—¡Aquí las amarras! —rugió Hornblower—. ¡Aprisa, allí! Señor Galbraith, dé una vuelta a aquel cabo en torno al palo mayor. Whipple, meta el cabo por el anillo de la retranca. ¡Pronto! ¡Ahora, una vuelta!

Hornblower había realizado el milagro que le fue imposible efectuar a Galbraith. En un abrir y cerrar de ojos había conseguido coordinar los esfuerzos de todos, logrando amarrar el cañón y reducirlo a la impotencia. No quedaba otra cosa que hacer excepto la peligrosa maniobra de que rodara hacia atrás y asegurarlo con una nueva amarra. Howell, el carpintero, estaba detrás del capitán, esperando que pudiese abandonar un momento el asunto del cañón para dedicarle toda su atención.

—En la sentina hay más de cuatro pies de agua, capitán —decía el buen hombre, golpeándose la frente—. Y no tardaremos en llegar a los cinco. Entra a borbotones, capitán. ¿Podría prestarme algunos hombres para las bombas, capitán?

—No, hasta que hayamos inmovilizado ese cañón —contestó Hornblower—. ¿Qué avería ha encontrado?

—Siete boquetes de proyectil, capitán; todos, bajo la línea de flotación. Es difícil taparlos con este temporal, capitán.

—¡Ya lo sé! —Hornblower estaba sombrío—. ¿Dónde están?

—Casi todos en la proa, capitán. Uno atravesó de parte a parte la tercera cubierta a estribor, y otros dos...

—Enviaré algunos hombres a taponarlos con unas lonas, en cuanto me sea

posible. Entre tanto, que los hombres de que dispone sigan dándole a las bombas. Vaya con los demás que están con el primer oficial.

Éste, con el contramaestre, tenía mucho que hacer para colocar un nuevo palo de mesana. El contramaestre se había dirigido, muy desconsolado, al capitán, haciéndole saber que los proyectiles habían estropeado la mitad de los palos de reserva, los que estaban amarrados detrás de las pasarelas. Sin embargo, quedaba un palo mayor que podía utilizarse. Levantar un palo de cincuenta y cinco pies y ponerlo en posición vertical no era tarea fácil, y si con el mar en calma era una ruda tarea, hay que suponer lo que resultaría con el océano Pacífico enfurecido de aquel modo. En un puerto habrían abarloado a su costado un barco viejo, una machina flotante, y hubieran usado los dos inmensos mástiles que le servían de cabrias como guía para levantar el nuevo mástil y colocarlo verticalmente en el buque, pero allí no podía ni soñarse en tal cosa, por lo que el problema de levantar un palo de tal tamaño hubiera resultado insoluble para quienes no tenían la larga práctica y la gran energía de viejos marinos como Bush y Harrison.

Por suerte, había quedado del viejo palo de mesana un pedazo de unos nueve pies de largo, en el que se podía asegurar directamente el nuevo mástil en lugar de hacerlo en el puente. A fuerza de garruchas y poleas, habían conseguido arrastrarlo hasta hacer coincidir su extremidad inferior con la del palo roto. Harrison dirigía la colocación de las jarcias en lo que ya era un nuevo palo de mesana, después de lo cual restaba sujetar los obenques al nuevo palo; luego, tendrían que prepararlo para que recibiera el tamborete y los refuerzos longitudinales que el carpintero y sus ayudantes estaban terminando.

Entre tanto, los hombres de Harrison dirigían los esfuerzos de otros dos grupos en la parte inferior del palo de mesana, a fin de mantenerlo bien fijo mientras lo fueran levantando. Bush se había cuidado ya de hacer poner unas garruchas en el palo mayor, que ayudarían a ello. Otro grupo de hombres colocaban apresuradamente nuevas velas en el mástil. Bajo las órdenes de Simonds, los artilleros ordenaban la desmantelada carronada del alcázar. Gerard dirigía a los gavieros, que reparaban las averías de los otros palos fijos y móviles.

Todos aquellos trabajos se efectuaban bajo una lluvia torrencial, entorpecidos por violentas ráfagas de viento. No obstante, el calor era tal que ni la lluvia ni el viento conseguían refrescar a los hombres. Entregados febrilmente a su tarea, no sabían ya si sus desnudos cuerpos chorreaban lluvia, sudor o espuma del mar. La cubierta de la *Lydia* era un infierno de febril y ordenada actividad.

Un imprevisto recrudescimiento de la lluvia anunciaba una tregua en la tormenta. Buscando un punto de apoyo sobre el puente movable, Hornblower miró con el catalejo. El *Natividad* aparecía de nuevo, cabeceando sobre un mar gris y cubierto de espuma. También estaba muy averiada, y, desarbolada a medias, se inclinaba

extrañamente sobre un costado. Hornblower no advertía indicios de actividad sobre su cubierta; no parecía que trabajaran en reemplazar la destrozada arboladura. Tal vez no tuvieran a bordo nada que pudiera sustituir al palo perdido. En este caso, apenas pudiese llevar a la *Lydia* a barlovento tendría a merced suya al *Natividad*, siempre, desde luego, que el mar no estuviese tan movido como para impedir el tiro de la artillería.

Miró con el catalejo en torno suyo. La furia de la tormenta no parecía ceder, y hacía ya rato que había pasado el mediodía. Con la llegada de la noche podía perder de vista al enemigo y la oscuridad les ofrecería a los otros una tregua para reparar sus averías.

—¿Cuánto tiempo tardaremos, señor Harrison? —preguntó al contramaestre.

—No mucho, capitán. Ya hemos adelantado bastante, señor.

—Ha tenido tiempo de sobra, y más del necesario para todo. Venga, apriete a sus hombres.

—Sí, señor.

A Hornblower le parecía oír casi las maldiciones que en su fuero interno le dirigían los hombres; no sospechaba que, a pesar de esto, le admiraban, como admira ese tipo de gente a un jefe riguroso.

Ahora era el cocinero quien se presentaba ante él. El cocinero y sus ayudantes eran los únicos hombres sin nada que hacer a bordo, aparte de la tarea que les habían encomendado y que nada tenía de agradable.

—Estamos preparados, señor.

Sin pronunciar una palabra, Hornblower echó a andar por la pasarela de estribor, sacándose de un bolsillo el libro de oraciones. Allí estaban los catorce cadáveres, envueltos en los coys cosidos como sacos, con una carga de plomo cada uno. Hornblower sopló largamente con su silbato de plata e inmediatamente cesó toda actividad en el buque, mientras él, entre la necesidad de apresurarse y la solemnidad del momento, leía febrilmente el oficio fúnebre de los muertos en el mar.

—«Confiamos tus despojos mortales al abismo...».

El cocinero y sus ayudantes levantaban unos sacos y con un siniestro chapaleo caían los cuerpos al mar, que se los tragaba inmediatamente. El capitán leía las últimas plegarias. Apenas hubo concluido, volvió a sonar el silbato y se reanudó el apresurado y ruidoso trabajo. Casi lamentaba haber tenido que escamotear a la tarea aquellos contados minutos, pero de no haberlo hecho, sus hombres se hubieran sentido ofendidos al ver arrojar al mar los cadáveres de sus compañeros sin dedicarles la más mínima ceremonia. Como todas las gentes sencillas, daban un gran importancia a las formalidades.

Una nueva preocupación le asaltaba. Allá venía lady Bárbara, sorteando los obstáculos de la cubierta y llevando agarrada a su falda a la negrita.

—Había dado la orden de que permaneciese bajo cubierta, señora —gritó de lejos—. Éste no es un lugar adecuado para usted.

Antes de contestar, lady Bárbara dirigió una mirada en torno suyo.

—Ya lo veo, y no tengo necesidad de que me haga notar... No tengo la intención de estorbarle, capitán —añadió más suavemente—. Tan sólo me dirigía a mi camarote.

—¿A su camarote?

Hornblower se echó a reír. Cuatro descargas del *Natividad* habían destrozado la cabina, y la idea de que lady Bárbara quisiese encerrarse en ella le parecía extraordinariamente grotesca. Rió de nuevo y luego se contuvo, avergonzado de haberse dejado dominar por un ataque de risa nerviosa.

—Si viese lo que ha quedado de él, señora... Lo siento mucho, pero no tiene más remedio que volver adonde estaba. De momento, no puedo ofrecerle un sitio mejor.

Lady Bárbara pensó en la bodega de donde acababa de salir. Oscura como boca de lobo, con el espacio justo para sentarse encogida, y con las ratas que corrían y chillaban entre sus piernas; la nave dando bandazos y sacudidas, y Hebe que, sentada a su lado, chillaba de miedo; el retumbar de los cañones y las sacudidas del maderamen a cada disparo; el formidable chasquido que conmovió a la nave desde la quilla hasta las cofas cuando cayó el palo de mesana... Y desconocer lo que sucedía y cuál era la suerte de la batalla... En aquel preciso instante seguía aún ignorando si se había ganado o perdido la batalla, incluso si se hallaba en un período estacionario. Pero el hedor de la sentina, el hambre, la sed...

Le asustaba el pensamiento de volver allá. Vio luego la fatigada fisonomía del capitán, pálida y llena de arrugas, a pesar del bronceado de la piel; no le pasó inadvertido el tono estridente y casi histérico de la risa que se le había escapado y que interrumpió de pronto, y el esfuerzo que debió de hacer para aparentar un aspecto tranquilo y lleno de naturalidad. El capitán tenía desgarrada la casaca por un hombro y los blancos calzones manchados de sangre, o, por lo menos, a ella se lo pareció. Entonces sintió por él una inmensa piedad y comprendió que hablarle de ratas, malos olores y temores infundados hubiese sido una ridícula estupidez.

—Muy bien, capitán —dijo tranquilamente, y se dispuso a volver sobre sus pasos.

Iba la negra a lanzar un chillido, pero un empellón de lady Bárbara, que se la llevaba a rastras, le cerró la boca.

## CAPÍTULO 16



—Estamos preparados, señor —dijo Bush.

La dotación de la *Lydia* se había portado magníficamente. Los cañones estaban ya asegurados y la cubierta completamente despejada de todo rastro de combate. Un gran pedazo de lona, extendido sobre el suelo, había evitado que el agua llenase completamente la sentina. Con veinte hombres a las bombas, el nivel del agua descendía rápidamente. El velero tenía dispuestas las nuevas velas y las jarcias, y el carpintero sus herramientas. Ya estaban en el cabrestante los hombres de Harrison y dispuesto el palo para ser izado.

Hornblower estudiaba la situación. Tal vez fuera inútil todo aquel loco empeño por realizar el trabajo de reconstrucción. No cedía el viento, ni parecía que hubiera de aminorar su violencia; continuaba soplando, tan huracanado como antes. El intento de alcanzar al *Natividad* quedaría en un buen deseo.

Había exigido a sus hombres enormes esfuerzos, esfuerzos sobrehumanos, en su deseo de no perder un solo instante de tiempo, y ahora parecía evidente que se hubiera podido trabajar con calma. Pero ya estaba hecho y se tenía que terminar lo empezado. Hornblower lanzó una mirada a las caras de los hombres que esperaban: cada uno de ellos sabía su obligación y en todos los lugares estratégicos se encontraba un oficial vigilando para que se cumplieran las órdenes.

—Perfectamente, señor Bush —le dijo.

—¡Izad! ¡Animo! —gritó Bush a los hombres del torno.

Comenzó éste a girar; gemían las cuerdas en las poleas, y el palo, asaetado por cien ojos ansiosos, empezó a elevarse lentamente. El desesperado cabeceo de la nave amenazaba con echarlo todo a rodar. Existía el peligro de que la punta del mástil escapase a las cuerdas que lo sostenían, o que se escurriese el pie del trozo del palo de mesana que había quedado y contra el cual se apoyaba. No debía olvidarse ni descuidarse ninguna precaución, ningún pormenor, para evitar cualquier incidente. Bush vigilaba las garruchas; Galbraith se encontraba a un extremo del palo y Rayner al otro. Contra maestre y carpintero estaban preparados con cuerdas y vigas en la extremidad inferior del nuevo palo; pero al capitán, que se hallaba apoyado en la barandilla del castillo, correspondía dirigir la maniobra, a fin de que cada parte del ingenioso mecanismo obrase de perfecto acuerdo con las demás. Si fallaba la empresa, la dotación le responsabilizaría solamente a él.

Y él lo sabía. La fragata cabeceaba y se balanceaba locamente, el mastelero se agitaba también en sus ligaduras, y se oyó rozar el final del palo contra la cubierta al moverse torpemente entre los palos que hacían de grúa, colocados contra el palo de

mesana. Le costaba un gran esfuerzo pensar con claridad, y sólo podía obligar a su mente a hacerlo empleando toda su voluntad. Estaba enfermo, cansado y nervioso.

Era de vital importancia que los hombres de las jarcias y las burdas aflojasen las cuerdas en el instante necesario, para que resbalasen por las garruchas y evitaran tirar demasiado de ellas cuando el cabeceo de la nave hubiese inclinado el palo hacia aquel lado. Sin embargo, era eso precisamente lo que hacían empecinadamente, tan obsesionados estaban procurando tener los cabos bien tirantes para impedir que el palo bamboleante se curvase excesivamente. Dos veces había estado en grave peligro de soltarse; era necesario aprovechar el instante en que el buque, al inclinarse en sentido opuesto, neutralizara la dificultad. La voz de Hornblower estaba ronca de tanto gritar.

Despacio, muy despacio, el palo se levantaba del puente, ondeaba, se erguía. La mirada calculadora de Hornblower, midiendo las tensiones y las reacciones, veía aproximarse el momento crítico, aquél en que las garruchas no podrían ya levantar su extremo, y el último esfuerzo deberían efectuarlo burdas a popa. Igualmente críticos fueron los momentos que siguieron, porque el árbol no debía verse privado del sostén de las poleas. Tuvieron que separarse las cuerdas del torno y fueron las burdas las que terminaron el trabajo. Dos cabos con toda su largura habían sido pasados en torno al palo, que seguía pendiendo oblicuamente; alrededor del trozo de mesana, que permanecía vertical, un grupo de hombres estaba preparado para tensar las cuerdas con barras de cabrestante a la manera de un torniquete. En aquellos momentos, las burdas estaban en desventaja desde el punto de vista mecánico y no hubiesen soportado el esfuerzo que se les exigía si el torno se hubiera empleado para levantar el palo por la fuerza.

Era necesario aprovechar el movimiento del buque. Hornblower debía observar cuidadosamente cada movimiento, ordenar a los hombres que esperaran cuando se inclinase, y luego, a medida que el buque se levantaba de proa sobre la blanquecina espuma y se elevaba de nuevo, hacer trabajar a hombres con el torno, los torniquetes y los cabos, todo a la vez; luego, pararlo todo simultáneamente, apenas volviese a bajar la proa. Dos veces tuvo éxito la maniobra, pero a la tercera estuvo a punto de fracasar, porque se levantó inesperadamente la popa a causa de una ola.

Finalmente, a la cuarta vez, alcanzaron un completo éxito. El palo estaba en pie de modo que las jarcias y vergas se hallaban en sus lugares y todo podía ser puesto en tensión sin temer para nada el cabeceo. Sólo había que fijar las jarcias y burdas y asegurar el nuevo palo a lo que quedaba del roto; pero la parte más difícil del trabajo estaba hecha. Hornblower se dejó caer, extenuado, contra la balaustrada, y pensó que realmente debían de ser de acero aquellos viejos lobos de mar, pues aún tenían fuerzas para prorrumpir en roncós gritos de júbilo, mientras daban los últimos toques al trabajo.

Se halló al lado de Bush. Llevaba la cabeza vendada de cualquier manera, con un lienzo ensangrentado; un casco, al caer, le había herido en la frente.

—Ha sido un trabajo magnífico, si me permite que se lo diga, señor —dijo.

Hornblower lo miró de soslayo, desconfiando, como siempre, de los cumplidos, pues conocía demasiado bien su propia debilidad. Pero el tono de Bush le pareció sincero.

—Gracias —le dijo, casi con desagrado.

—¿He de mandar a alguien a las gavias y a las vergas, señor?

Hornblower volvió a inspeccionar el horizonte. Persistía la violencia del huracán; solamente un punto gris y lejanísimo indicaba el lugar en que se hallaba el *Natividad*, soportando la tormenta como juguete de las olas. Hornblower se dio cuenta de que no había ninguna posibilidad de desplegar velas por el momento, ninguna de renovar el ataque, ahora que el enemigo estaba todavía inerme. Era un trago muy amargo. Se figuraba lo que dirían en las oficinas cuando enviase su informe al Almirantazgo. Sus declaraciones de que el tiempo era demasiado desapacible para renovar el ataque, después de las graves averías sufridas, serían acogidas con sonrisas de conmiseración y habría quien movería la cabeza incrédulamente. Una vieja excusa, como la del choque con un bajío no señalado en las cartas de navegación, para explicar un accidente... Cobardía moral y tal vez cobardía física: tal sería el comentario que merecería. A diez mil millas de distancia, ¿quién podría juzgar la violencia de la tempestad?

Podía, en parte, librarse de su responsabilidad pidiendo su opinión a Bush y exigiéndosela por escrito; pero desechó indignado el pensamiento de mostrarse débil ante un inferior.

—No —dijo lacónicamente—. Nos quedaremos aquí hasta que mejore el tiempo.

Un relámpago de admiración pasó por los ojos de Bush, inyectados en sangre. Era capaz de admirar a un capitán que sabía compendiar en media docena de palabras una decisión que tocaba muy de cerca su reputación de oficial. Hornblower se dio cuenta de ello, pero su maldita desconfianza le impidió dar la debida interpretación al silencio de Bush.

—Sí, señor —se apresuró a decir el segundo de la *Lydia*, puesto en guardia ante el severo ceño de Hornblower.

Tal vez era mejor no insistir; solamente su afecto por su superior le impulsó a hacer una nueva pregunta:

—¿Por qué no descansa un poco, capitán? Me parece que está muerto de cansancio. Permítame que mande preparar en la cámara una litera para usted. Haré poner un biombo delante.

Bush sintió un cierto cosquilleo en la mano; había estado a punto de cometer la locura de dar unos golpecitos en la espalda del capitán. Pero se había detenido a

tiempo.

—¡Tonterías! —contestó Hornblower.

¡Como si el capitán de una fragata pudiese consentir en reconocer públicamente que estaba cansado! Hornblower no quería mostrar debilidad alguna. No se fiaba de nadie; no podía olvidar que, durante su primer viaje, el segundo oficial que entonces tuvo había sabido aprovecharse de los errores que cometió.

—Es usted quien necesita descanso —dijo en voz alta—. Despida a la guardia de estribor y vaya abajo. Antes que nada, que le curen esa frente. Estando el enemigo a la vista, continuaré en cubierta.

Polwheal fue después a molestar al capitán. Hornblower no dejó de preguntarse si había ido a verle por propia iniciativa o enviado por Bush.

—He ido a ver a la señora —dijo Polwheal.

Hornblower estaba pensando en aquel momento en el problema de cómo colocar a lady Bárbara a bordo de una nave averiada que se preparaba de nuevo para entrar en combate.

—He colocado un tabique en el sollado para hacerle un poco de sitio, capitán —continuó diciendo Polwheal—. Ahora, los heridos están casi todos aletargados. También le he dejado preparada una hamaca... y se ha dormido inmediatamente como un pajarito. Ha comido algo, también... Lo que quedaba del pollo asado y una copa de vino. Ella no quería, señor, pero la he convencido.

—Has hecho bien, Polwheal.

Era para él un gran alivio sentirse libre de aquella responsabilidad.

—Y ahora usted, capitán —continuó diciendo Polwheal—. Le he subido ropa seca del baúl que hay en el almacén... Temo que la última descarga lo haya estropeado todo en vuestra cabina. También le he traído un capote caliente y seco. ¿Prefiere cambiarse aquí o bajo cubierta, capitán?

Polwheal sabía tomarse aquellas libertades, y conseguir lo demás con persuasión. Hornblower casi se había resignado a llevar sobre sus cansados miembros, durante toda la noche, mientras duraban sus paseos por cubierta, sus vestidos empapados por el agua del mar. El nerviosismo que le dominaba no le permitía hallar otra solución. Polwheal, como por arte de encantamiento, hizo aparecer la silla extensible de lady Bárbara e indujo al capitán a sentarse y a tomar un poco de galleta y ron. Le echó el capote sobre los hombros y pareció considerar ya resuelto que se iba a quedar allí, ya que se empeñaba en no querer bajar mientras el enemigo estuviera a la vista.

El capitán, sentado, mientras la espuma le rociaba el rostro bajo el bamboleo de la marejada, dejó caer la barbilla sobre el pecho y se durmió. Se apoderó de él un sueño inquieto, agitado por las sacudidas del buque, pero que le devolvía las perdidas fuerzas, a pesar de despertarse frecuentemente. Dos veces le despertaron sus propios ronquidos. Otras se ponía en pie de un salto, para ver si encalmaba el tiempo; otras le

despertaban sus propios pensamientos, que se agitaban aún en su conciencia. Por milésima vez se preguntaba angustiado qué opinión merecerían en Inglaterra él y su tripulación después de aquella batalla. Poco después de medianoche su instinto de marino le anunció que ya era hora de despabilarse del todo. Cambiaba el tiempo. Hornblower se levantó dolorido. La nave seguía cabeceando espantosamente, pero llegó a la nariz del capitán cierto efluvio que no podía engañarle: iba a producirse una mejoría.

Se acercó al castillo y, de pronto, como por encanto, surgió Bush de la oscuridad.

—Capitán, el viento cambia hacia el sur, y me parece que es menos violento.

El viento, al cambiar, rompía las anchas olas del Pacífico; se hacían más altas.

—Sin embargo, el cielo continúa encapotado, negro como el alma de un condenado —barbotó Bush, oteando la oscuridad.

A cierta distancia de allí —lo mismo podía ser a veinte millas que a doscientas yardas—, el *Natividad* luchaba contra las mismas dificultades. Si la luna atravesara las nubes, podrían encontrarse, de un momento a otro, con la nave española. Pero mientras hablaban, la oscuridad era tal que desde el castillo apenas podían distinguirse las velas de gavia, de no ser por un ligero resplandor.

—La última vez que la vimos corría a sotavento mucho más velozmente que nosotros —añadió Bush, pensativo, aludiendo al *Natividad*.

—Yo también me he dado cuenta —exclamó Hornblower.

Con aquella oscuridad, aunque el viento se calmase no habría ocasión de hacer nada. Hornblower preveía alguno de los largos intervalos de ocio en los cuales todo está dispuesto y nada queda por hacer que suelen darse en la vida de un oficial naval, y que tanto irritación le causaban si dejaba que lo hicieran. Pero ésta era ocasión de mostrarse como un hombre de nervios de acero, un hombre que no se preocupaba por nada. Aparatosamente, bostezó.

—Creo que voy a descabezar otro sueñecito —dijo con indiferencia—. Cuide de que los vigías estén bien despiertos, señor Bush. Llámeme en cuanto claree.

—Sí, señor.

Hornblower se envolvió de nuevo en el capote y se tumbó sobre la silla extensible, permaneciendo en ella el resto de la noche más despierto que nunca, pero tan inmóvil que los oficiales de la toldilla podían muy bien suponerlo dormido y admirar la firmeza de sus nervios. Entretanto, él tenía ocasión de reflexionar sobre el plan de acción que Crespo podía tramar en su contra.

El *Natividad* estaba tan maltrecho que, probablemente, sería inútil que intentara reparar sus averías en alta mar. El «vicealmirante» tendría el mayor interés en regresar lo antes posible al golfo de Fonseca. Allí podría reparar el palo de trinquete y colocar un nuevo mastelero de mayor. Si la *Lydia* intentaba cortar el camino del *Natividad*, éste podría fácilmente arrollarla, dado su mayor tamaño, y, aparte de esto,

disponía de la ayuda de embarcaciones de remo y tal vez hasta de las baterías de costa; podía incluso desembarcar a sus heridos y llenar de nuevo los vacíos de sus filas producidos por la reciente lucha. Cualquier campesino serviría para el caso. Crespo era un hombre tan acomodaticio que no desdeñaría una retirada, si ésta fuese en beneficio de sus intereses. Lo dudoso era que se atreviera luego a enfrentarse con el Supremo, después de una derrota.

Hornblower estudiaba el pro y el contra de sus suposiciones, teniendo en cuenta el carácter de Crespo y lo que sabía del Supremo. Recordaba la facilidad de palabra del primero; aquel hombre era capaz de convencer hasta a su propio jefe de que la vuelta a sus bases sin haber vencido a la *Lydia* formaba parte de un astuto plan de acción para desembarazarse completamente de su enemigo. Seguramente, la mejor solución para él era regresar, y sin duda ésta debía de ser la que había adoptado. Pero esta resolución suponía una pretendida fuga de la *Lydia*. En tal caso, Crespo... Febrilmente, la imaginación de Hornblower comenzó a calcular mentalmente la actual posición del *Natividad* y su futura ruta. Dado su mayor tamaño y sus dos cubiertas, habría derivado más a sotavento todavía durante la noche. Al caer de la tarde marchaba ya muy a sotavento. Con el viento, que se moderaba cada vez más y no tardaría en ceder, se hallaría en condiciones de desplegar las velas que su averiada situación le permitiese. Pronto habría viento contrario para arribar al golfo de Fonseca. Seguramente, Crespo juzgaría peligroso dirigirse hacia tierra. La *Lydia* podría cortarle el paso entre el mar y la costa y obligarle a la lucha. Más bien había que suponer que se mantendría en alta mar, lo más distante posible de tierra, y que se dirigiría hacia el sur, buscando más tarde el modo de virar hacia el golfo de Fonseca sin ser visto desde tierra, efectuando un gran rodeo. En este caso, Hornblower debía calcular cuál era, poco más o menos, la posición de la *Lydia* al amanecer. Y se abismó en sus cálculos mentales.

Oyó los ocho toques y la llamada a la guardia. Oyó a Gerard que relevaba a Bush. Cedía rápidamente el viento, aunque el mar no parecía calmarse. Se había despejado un poco el cielo y en algunos claros asomaban las estrellas. Ahora, Crespo estaría en situación de emprender la huida. También para Hornblower era tiempo de tomar una resolución. Levantándose, se acercó al timón.

—Izaremos velas inmediatamente, por favor, señor Bush —dijo.

—Sí, señor.

Hornblower señaló la ruta. Sabía muy bien, al hacerlo, que podía equivocarse un poco. También era muy posible que se hubiese equivocado en todos sus cálculos. A partir de es momento, cada bordada que diese la *Lydia* podía llevarla en dirección diametralmente opuesta a la del *Natividad*, y si éste llegaba a refugiarse en el golfo de Fonseca, sería muy posible que el capitán Hornblower no consiguiera jamás destruirla. No faltaría quien inmediatamente atribuyese a la incompetencia su fracaso,

y no serían pocos los que tal vez le llamaran cobarde.

## CAPÍTULO 17



A plena luz, desde lo alto del palo mayor de la *Lydia*, era fácil distinguir a un buque, aunque se encontrase a una distancia de veinte millas. También se podía observar el mar en una extensión de veinte millas a la redonda. Durante las horas de la noche que quedaban aún hasta el alba, Hornblower se entretuvo calculando el lugar donde, al amanecer, sería posible descubrir al *Natividad*. Lo mismo podía encontrarse allí cerca que a ciento cincuenta millas de distancia. Eso significaba que si el simple y puro azar dictaba las posiciones de los buques al amanecer, habría sólo una oportunidad entre cincuenta de avistar al *Natividad*; cincuenta a una a favor de la ruina de la reputación profesional de Hornblower pero, para contrarrestar estas posibilidades tan negativas, contaba con su habilidad profesional. Sólo si tuviera la suerte de poder adivinar los proyectos del enemigo podría justificarse; y sus oficiales lo sabían tan bien como él. A través de la oscuridad, Hornblower sentía fija en él la mirada de Gerard, y esta sensación le obligaba a mantenerse inmóvil y rígido en el puente, sin permitirse el más mínimo movimiento. Y, no obstante, su corazón se aceleraba cada vez que dirigía una mirada al horizonte y éste le indicaba la proximidad del alba.

El cielo, antes oscuro, adquiría tonalidades grisáceas. Comenzaban a distinguirse los contornos del buque y veían con claridad la gavia y el velacho. En lo alto, tras el velamen, una ligera tonalidad rosada aclaraba un poco las sombras grises. Se percibía la masa de las oscuras olas y la blancura de las espumas. Las estrellas eran ya invisibles, y los ojos, acostumbrados a las sombras, conseguían ver por lo menos una milla en torno del buque. Luego, cuando una enorme ola levantó a la *Lydia* sobre su cresta, pudo verse una línea dorada señalar el horizonte. Se desvaneció, salió de nuevo y fue creciendo visiblemente. No tardó en surgir un ápice de sol, que disipaba rápidamente la neblina sobre la superficie del mar. No transcurrió mucho tiempo sin que el disco entero destacase, claro y brillante, sobre la superficie de las aguas. Se había realizado el milagro del amanecer.

—¡Buque a la vista!

Desde el palo mayor resonó la voz como el tañido de una campana. Hornblower había calculado bien. A diez millas de distancia se hallaba el *Natividad*, juguete de las olas, y su aspecto contrastaba extrañamente con el que ofrecía el día anterior. Algo habían intentado hacer para procurarle un palo nuevo; un achaparrado palo de gavia se erguía en el lugar del trinquete, penosamente inclinado hacia atrás. El mastelero de mayor había sido reemplazado por otro más delgado, un mastelero de juanete, a lo que parecía, y sobre aquella improvisada arboladura desplegaba el *Natividad* una

extraña colección de velas de todos los tamaños, desde las velas de abanico y las gavias a las de foque, todas colocadas de cualquier modo («Parece la colada de la vieja Brown tendida a secar», comentó el teniente Bush), a fin de que con las velas bajas, las gavias de mesana y los cangrejos de popa desplegadas se pudiese aprovechar el viento.

Apenas hubo visto a la *Lydia* viró de bordo hasta que sus palos aparecieron en línea, con la visible intención de alejarse.

—Me parece que quiere largarse —comentó Gerard, que la observaba con el catalejo—. Me figuro que con lo de ayer ya deben de tener bastante.

Hornblower oyó la ocurrencia. El interpretaba mucho mejor la psicología de Crespo. Si retardando el encuentro había de salir ganando, hacía bien. En el mar no había ninguna seguridad. Cualquier imprevisto podía impedir a la *Lydia* romper las hostilidades; una racha de viento, la pérdida de un mastelero, una niebla repentina..., uno cualquiera de los mil incidentes que pueden suceder en el mar. El *Natividad* estaba aún a tiempo de escabullirse, y Crespo aprovechaba cuanto podía esa probabilidad. Todo muy poco heroico aunque lógico, como podía esperarse de Crespo.

Correspondía a Hornblower impedirlo. Comenzó a examinar al buque enemigo. Luego hizo lo mismo con su propia nave, para convencerse de que conservaba todas las velas, y pensó después en la tripulación.

—Que todos los hombres vayan a almorzar —ordenó.

Ante la inminencia de una batalla, era conveniente que no llevasen los estómagos vacíos.

En cuanto a él, incapaz de seguir inmóvil por más tiempo, comenzó a pasear de un lado a otro del castillo. Ya podía huir el *Natividad*. Sabía perfectamente que, llegado el caso, se defendería con rabia. Aquellos malditos cañones de su puente inferior eran metal pesado comprados con la débil madera de una fragata. Ya hicieron bastante daño el día anterior. Hornblower oía el triste y monótono sonido de las bombas que vaciaban el agua que entraba aún por los boquetes abiertos por los proyectiles. Hacía veinticuatro horas que aquel rumor, rítmico y metódico, no había cesado un solo instante. Con un palo de mesana improvisado, agujereada como un colador, a pesar de la lona tendida en el fondo, y con sesenta y seis hombres fuera de combate, realmente la *Lydia* no se hallaba en condiciones de sostener una dura lucha. Para ella, la derrota, y para su capitán la muerte; esto era lo que les esperaba más allá de aquella franja azul. Polwheal apareció de pronto en el castillo con una bandeja.

—Su colación, capitán. Coma, que cuando sea la hora de costumbre nos encontraremos en plena batalla.

Mientras le ofrecía la bandeja, Hornblower se dio cuenta de pronto de lo mucho que había deseado aquella taza de hirviente café. Afanosamente, tendió la mano para

cogerla y con idéntico afán se la llevó a los labios, comenzando a beber aun antes de recordar que no debía demostrar la debilidad humana del apetito ante los ojos de su asistente.

—Gracias, Polwheal —dijo, bebiendo dignamente.

—Su señoría le envía sus saludos, capitán, y dice que le gustaría saber si cuando empiece la acción le será permitido permanecer en el sollado donde está ahora.

—¡Ejem!

Hornblower miró al hombre. Aquella inesperada petición le desconcertaba. Del mismo modo que se procura olvidar el dolor de muelas, él había intentado durante toda la noche olvidarse del problema llamado lady Bárbara. Estar en el sollado significaba estar al lado de los heridos, separada solamente de ellos por un bastidor de lona. No era aquél lugar para una mujer. Pero tampoco lo era la bodega. Lo cierto es que en una fragata dispuesta a entrar en combate no había sitio para una mujer.

—Métela donde te parezca, con tal de que esté fuera de peligro —dijo.

—Sí, señor. También me ha encargado su señoría que le diga que le desea buena suerte y que confía en que obtendrá la victoria, que usted... que se merece, capitán.

Polwheal dijo todo esto de modo que se veía claramente que no había conseguido retenerlo en la memoria todo lo bien que hubiera deseado.

—Gracias, Polwheal —contestó Hornblower con gravedad.

Recordó la cara con que lady Bárbara le miró desde el alcázar. Era franca y orgullosa... como una espada. Ésta fue la absurda imagen que se le ocurrió.

—¡Ejem! —exclamó luego, dándose cuenta de que se le había ablandado la voz, y temiendo que Polwheal lo hubiese notado cuando sabía en quién pensaba el capitán —. Ve abajo y cuida de que nada le falte a su señoría.

Salían los hombres de la cámara donde habían tomado el rancho, y el ritmo de las bombas se aceleraba pues trabajaban en ella brazos nuevos y descansados. Los artilleros se reunían en torno a los cañones. Unos cuantos ociosos, tendidos en el castillo de proa, seguían con atentas miradas aquellos preparativos.

—Capitán, ¿cree que se aguantará el viento? —preguntó Bush, apareciendo en el castillo como un pájaro de mal agüero—. Me parece que el sol se lo está tragando.

Era cierto. A medida que el sol ascendía, el viento disminuía. El mar estaba aún picado, pero el vaivén de la *Lydia* había perdido su alada ligereza. Cabeceaba pesadamente y sin elegancia, faltándole la constante presión de un buen viento. El cielo adquiría un tono azul turquesa casi metálico.

—Pronto la atraparemos —dijo Hornblower, que, como si quisiera ignorar aquellos pronósticos, no separaba sus ojos de la nave perseguida.

—La habremos alcanzado dentro de tres horas —afirmó Bush—, siempre que continúe el viento.

Aumentaba el calor, y era tanto más desagradable cuanto que contrastaba con la

frescura de la noche anterior. Los hombres empezaban ya a buscar las sombras de los pasamanos, y, cansados todavía, se tendían a su amparo. El ruido de las bombas parecía incrementarse conforme cedía el del viento. Hornblower comprendió que si se abandonaba a su cansancio se sentiría extenuado. Obstinadamente, permaneció en el castillo, bajo el sol que le quemaba la espalda, mirando constantemente con el catalejo al *Natividad*, mientras Bush, preocupado por la falta del viento, se apresuraba a remediarlo con las velas.

—¡Despacio, maldita sea! —le gritó al contraamaestre, que estaba al timón cuando la nave se metió de cabeza en una ola.

—No se puede, teniente. No hay bastante viento.

Era cierto. El viento había menguado tanto que la *Lydia* no conseguía mantener los dos nudos de velocidad que hubiesen sido necesarios para poder maniobrar con el timón.

—Será necesario mojar las velas. Señor Bush, encárguese de ello, por favor —dijo Hornblower.

Parte de los hombres de guardia se encargó de realizar aquel trabajo. Una vela mojada recoge más fácilmente el viento que una seca. En las vergas se colocaron poleas para subir cubos de agua del mar y verterlos sobre ellas. Quemaba tanto el sol que el agua se evaporaba rápidamente, y los baldes subían y bajaban sin cesar. Al ruido de las bombas de achique se unía el chirrido de las poleas. Cabeceando, la *Lydia* se deslizaba poco a poco sobre el mar movido y bajo el sol cegador.

—Están dando la vuelta en redondo —dijo Bush, señalando hacia el lejano *Natividad*, con un ademán del pulgar—. Pero no se puede comparar con esta hermosura, y las velas nuevas que han colocado no les servirán de nada.

Perezosamente, el *Natividad* viraba de un lado para otro, presentado ya un costado, ya la proa o la popa, con sus tres palos en fila que parecían uno solo. Era evidente que sin viento no podía mantener la ruta. Bush contemplaba satisfecho su nuevo palo de mesana, la pirámide de lona, y lo comparaba luego con el cabeceante *Natividad*, a poco menos de cinco millas de distancia. Los minutos pasaban lentamente, subrayados tan sólo por los monótonos rumores de a bordo. Bajo el tórrido sol, Hornblower permanecía con el catalejo bajo el brazo.

—Gracias a Dios que vuelve el viento —exclamó Bush de pronto. Era lo bastante para que la *Lydia* diese un poco de banda e hiciera brotar unos ligeros arpegios de las jarcias—. ¡Fuera los cubos!

Avanzaba la *Lydia* sin pausa, con el continuo borboteo del agua ante su proa, y la distancia que la separaba aún del *Natividad* disminuía rápidamente.

—Ahora la alcanzaremos. ¡Eso es! ¿Qué había dicho?...

El viento hinchaba las velas del *Natividad* y éste se enderezó y tomó de nuevo su ruta.

—No le servirá lo mismo que a nosotros. ¡Por Dios! ¡Parece que anda!

La brisa languideció y volvió luego a reavivarse, el *Natividad* aparecía inmóvil cuando la levantó una oleada.

Una hora más, o tal vez menos, y estaría a tiro.

—Dentro de poco podremos intentar un disparo —dijo Bush.

—Señor Bush —exclamó Hornblower, altanero—, creo poder juzgar la situación sin necesidad de oír sus comentarios, por muy perspicaces que sean.

—Perdone, señor —contestó Bush, herido. Se ruborizó de ira hasta que leyó la ansiedad en los fatigados ojos de Hornblower. Entonces se cuadró y fue a desahogar su cólera al lado opuesto del buque.

Casi como comentario, una vela se sacudió fuertemente una sola vez, como un disparo. Sin ninguna razón aparente, del mismo modo que había llegado, desapareció el viento. Pero el *Natividad* aún lo tenía y, con su ayuda, mantenía regularmente su marcha. En el Pacífico de los trópicos sucedía a veces que una nave podía disponer de un viento favorable, en tanto que, apenas a dos millas de distancia, otra permanecía inmóvil, lo mismo que la mar gruesa sobre la que navegaban indicaba que la tempestad de la pasada noche persistía más allá de la línea del horizonte, al otro lado del Golfo de Tehuantepec. Hornblower, bajo el sol ardiente, se movió con inquietud. Temía ver huir al *Natividad*. El viento había cedido de tal modo que de nada servía mojar las velas. Y la *Lydia* se mecía, inerte, a merced de las olas. Transcurrieron diez minutos antes de que pudiera tranquilizarse, al ver que también el *Natividad*, al fin, se hallaba en la misma situación. No corría ni un soplo de viento. La *Lydia* se mecía furiosamente, con el espasmódico acompañamiento del chirrido de las poleas, el palpitar de las velas y el crujir del maderamen. Solamente el rumor de las bombas de achique conservaba su regularidad a través de la pesada atmósfera. El *Natividad* se hallaba a cuatro millas de distancia, a milla y media del alcance de cualquiera de los cañones de la *Lydia*.

—Teniente Bush —llamó Hornblower—, nos haremos remolcar. Haced botar la lancha y el cúter.

Por un momento, Bush pareció vacilar. También los otros podían recurrir a aquel procedimiento. Pero comprendió enseguida —Hornblower lo había comprendido antes— que el gracioso casco de la *Lydia* sería mucho más fácil de remolcar que la pesada mole enemiga, sin contar con que la acción de la noche anterior podía haber estropeado sus lanchas hasta el punto de haberlas dejado inservibles. Era deber de Hornblower intentar cualquier cosa para acercarse a su enemigo e iniciar una nueva lucha.

—¡Botad las lanchas! —tronaba Harrison—, ¡Aquí los del cúter! ¡Aquí los de la lancha!

Los silbatos de sus ayudantes confirmaban las órdenes. Los hombres se agarraban

a las garruchas y, una tras otra, ambas embarcaciones fueron izadas, colocadas fuera de la borda y botadas al mar.

Empezó para los remeros un trabajo enervante y agotador. Los hombres chorreaban sudor, encorvados sobre los remos para arrastrar la nave sobre las movidas olas, afanándose hasta que las cuerdas del remolque se tensaban casi a punto de quebrarse con el esfuerzo. Pero por más que hicieran apenas adelantaban, y los remos hendían impotentes las azules olas levantando espuma, hasta conseguir que la *Lydia* adelantase algunos palmos y de nuevo había que empezar la fatigosa operación. Las altas olas eran un obstáculo. A veces, los hombres de un lado de las embarcaciones se veían obligados a inclinarse sobre el costado; la barca giraba sobre sí misma y amenazaba con estrellarse contra su compañera. La *Lydia*, tan ágil y dócil con las velas, se volvía ingobernable cuando se trataba de remolcarla.

Tan pronto tiraba como cedía. A veces bajaba tanto que las remolcadoras eran a su vez remolcadas, a pesar de las grandes zambullidas de los remos que en vano cortaban el oleaje. Luego, de repente, después de haberse hundido de proa, se erguía y saltaba hacia delante; las cuerdas en tensión cedían y los hombres que habían dejado de remar corrían el riesgo de ser lanzados hacia delante o embestidos por la proa del buque.

Se sentaban desnudos en los bancos; ríos de sudor corrían a lo largo de sus rostros pero a diferencia de los compañeros que manejaban las bombas, a pesar de la monotonía de la enervante tarea, no eran capaces de olvidar su dura fatiga. A cada instante era necesario derrochar habilidad y atención, y aquellos infelices remaban con un esfuerzo penosísimo y ni siquiera ese sorbo de agua que de vez en cuando les era concedido por los oficiales de mar en la popa les aliviaba del tormento de la sed. Remaban y las encallecidas palmas de sus manos, que conocían el remo y las maniobras de muchos años, se despellejaban, se llenaban de ampollas y ardían de modo que el contacto de los remos era una agonía.

Hornblower se daba cuenta de lo duro que era aquel trabajo. Apoyado en la borda, contemplaba a los marineros sabiendo muy bien que su cuerpo no hubiese resistido semejante esfuerzo más allá de media hora. Dio órdenes para que los remeros descansaran cada hora y los animó todo lo que pudo. Experimentaba casi a su pesar una gran lástima por ellos. Las tres cuartas partes servían a sus órdenes por primera vez. Eran gentes a quienes jamás se les había ocurrido hacerse marineros, pero fueron reclutados a la fuerza por la leva siete meses antes. Hornblower, aun a su pesar, era siempre capaz de tener cierta sensibilidad de la que carecían sus oficiales. En sus hombres no veía tan sólo a marineros, sino lo que habían sido antes de que la leva los enrolara: cargadores de los muelles, barqueros, mozos de cuerda.

Entre su tripulación había carreteros y alfareros; también dos pañeros y hasta un tipógrafo. Hombres arrancados del seno de sus familias y oficios y obligados a

realizar aquella tarea, con una comida repugnante, en un sórdido ambiente, bajo la perpetua amenaza del «gato de nueve colas» o de los castigos de Harrison, y con la perspectiva de morir comidos por los peces o en medio de un combate. Un individualista de rica imaginación como era Hornblower se sentía predispuesto a tenerles simpatía aun cuando él creyera que hubiera debido evitarlo, especialmente en razón de que, al igual que otros liberales escogidos, se hacía más y más liberal con el paso de los años. Pero para oponerse a aquella debilidad tenía un nervioso amor propio que le obligaba siempre a llevar a término cualquier empresa que se hubiese propuesto realizar. Teniendo ante su vista al *Natividad*, no podía considerarse tranquilo hasta haberla atacado. Y si un capitán de fragata no se permite descansar, menos ha de permitírsele a su dotación, aunque tenga ésta los hombros doloridos y despellejadas las manos.

Midiendo cuidadosamente el campo visual con el sextante, pudo decirse con certeza, al cabo de una hora, que los esfuerzos de los remeros habían acercado un poco más la *Lydia* al *Natividad*. Y Bush, que había tomado las mismas medidas, obtuvo también análogo resultado. El sol estaba más alto en el cielo, y, palmo a palmo, la *Lydia* ganaba terreno a su adversario.

—El *Natividad* bota al mar una embarcación, señor —anunció Knyvett desde la cofa del trinquete.

—¿Cuántos remos tiene?

—Creo que doce, capitán. Quieren remolcar la nave.

—Que les aproveche —se burló Bush—. Doce remos no llevarán muy lejos a esa vieja bañera.

Hornblower le miró con enfado y Bush se retiró al lugar que le correspondía en el castillo. Había olvidado que su capitán no estaba para bromas. En efecto, se sentía exasperado. Firme bajo el sol cegador, no se preocupaba del calor que el entablado del puente le reflejaba en la cara. La camisa le irritaba la piel por el sudor. Entre los estrechos límites del buque y agobiado por mil detalles prácticos, se sentía como una fiera enjaulada. El ruido de las bombas, que parecía eterno; el balanceo interminable; los rumores de las jarcias y el ruido de los remos en las chumaceras..., todo le exasperaba. Tenía la sensación de que al más mínimo pretexto gritaría, o se echaría a llorar.

A mediodía hizo que relevaran a los hombres que había a los remos y a los de las bombas, y mandó a comer al resto de la tripulación, recordando no sin amargura, que por la mañana, muy temprano, les había hecho comer con la esperanza de una acción inmediata. A las dos campanadas comenzó a preguntarse si el *Natividad* estaría a tiro, pero el solo hecho de habérselo preguntado le indicaba que no era así. Demasiado conocía él la impaciencia de su temperamento, y rechazó la tentación de derrochar pólvora y proyectiles. Luego, volviendo a mirar por milésima vez con su catalejo, vio

surgir de la alta proa del *Natividad* un disco blanquecino que se alargó y disolvió en una nubecilla, y seis segundos después de su aparición llegó a sus oídos el sordo estampido de un disparo. El *Natividad* intentaba calcular el alcance de tiro.

Hornblower oyó que Gerard decía a Bush:

—El *Natividad* tiene dos cañones de dieciocho libras en el puente de popa. Artillería pesada para nuestros cañones de proa.

Hornblower lo sabía. Tendría que verse agujoneado durante una hora interminable por los disparos de aquellas piezas, antes de que pudiese contestar con el mortero del nueve del castillo de proa. Otra nubecilla de humo se elevó del costado del *Natividad*, esta vez saltó una columna de agua del seno de una ola, a media milla de distancia. Pero a aquella distancia y sobre un mar tan movido, eso no significaba que la *Lydia* se encontrase solamente a media milla del alcance de los cañones del *Natividad*... Hornblower oyó llegar el siguiente disparo y vio el surtidor que levantaba a menos de cincuenta metros a estribor.

—Señor Gerard —llamó—. Pregunte al señor Marsh qué se puede hacer con el nueve largo de proa.

Si contestaba con algún disparo, en lugar de permanecer allí como blanco de sus enemigos, animaría a sus hombres. Con su vacilante andar de viejo lobo de mar, salió Marsh de la santabárbara y guiñó los ojos acostumbrados a la oscuridad.

Calculando con la vista la distancia que separaba a las dos fragatas, movió la cabeza dubitativamente; sin embargo, hizo colocar la pieza en posición y la cargó cuidadosamente él mismo. Midió la cantidad máxima de pólvora y empleó algunos segundos en elegir los proyectiles más gruesos y redondos. Apuntó y luego, con la mecha en la mano, se detuvo calculando el balanceo de la nave y el movimiento de la proa. En los puentes de la *Lydia*, media docena de catalejos se dirigieron al *Natividad*, atentos a la caída del proyectil. De repente tiró del acollador y el cañón retumbó sordamente en el aire pesado, cálido y húmedo.

—¡A dos cables a popa! —gritó Knyvett desde lo alto del palo.

Hornblower no vio la caída del proyectil —otra prueba de incompetencia a sus propios ojos—, pero disimuló el hecho con una máscara de impasibilidad.

—Inténtelo de nuevo, señor Marsh —dijo.

El *Natividad* disparaba a la vez sus dos cañones de proa. No había terminado de hablar Hornblower cuando uno de los proyectiles del dieciocho cayó a flor de agua, muy cerca de la amura. Hornblower oía a Savage, en la lancha, colmar de improperios a los remeros para animarles. El proyectil había pasado por encima de sus cabezas. Marsh se acarició la barba y luego se puso a cargar de nuevo su cañón. Mientras se ocupaba en esta tarea, Hornblower volvió a abismarse en sus cavilaciones sobre la probable suerte de la batalla.

Aquella pieza del nueve, aunque era de pequeño calibre, tenía mayor alcance que

los cañones de cubierta, y las carronadas que constituían la mitad del armamento de la *Lydia* no servían más que para descargas cercanas. Por poco que desease sacar partido de ellos, era preciso acercarse más al *Natividad*. Naturalmente, había un largo y peligroso intervalo entre el momento en que el *Natividad* estuviera dispuesto a poner en juego toda su artillería y aquel en que la *Lydia* pudiera replicar con eficacia. Habría muertos, heridos, piezas desmontadas, pérdidas graves... Hornblower calculaba los pros y los contras, si debía acercarse o no. Entretanto, el pobre Marsh se afanaba en apuntar bien con su única pieza del nueve. Hornblower frunció el ceño y dejó de atormentarse la barbilla: se había decidido. La lucha había comenzado y a toda costa era necesario seguir, costara lo que costase. Su espíritu de adaptación, llegado el caso, podía cristalizar en una férrea tenacidad.

Como para sellar su decisión, partió de la pieza del nueve un nuevo disparo.

—¡Justo al costado! —gritó Knyvett triunfante, desde la cofa.

—¡Buen tiro, señor Marsh! —aprobó Hornblower. Y Marsh agitó su barba satisfecho.

En esos momento era más rápido el fuego del *Natividad*. Tres golpes secos indicaron que los proyectiles habían hecho blanco. Luego, de repente, un golpe dado por una mano invisible hizo tambalear a Hornblower en el castillo y un corto fragor hirió sus oídos. Una bala, rozando el borde del castillo, había abierto un surco. Sentado junto a la baranda, un infante de marina se miraba estupefacto la pierna izquierda, a la que le faltaba el pie; otro, dejando caer su mosquete, se llevaba las manos a la cara, herida por una astilla, y le corría la sangre por los dedos.

—¿Le han herido, capitán? —preguntó Bush, corriendo hacia Hornblower.

—¡No!

Hornblower se volvió y se puso a mirar por el catalejo, mientras algunos acudían para llevarse a los heridos. Vio una mancha oscura surgir al costado del *Natividad*, alejarse y desaparecer. Era la lancha con la que habían intentado remolcarse. Tal vez ya habían desistido de ello. Pero no izaban la lancha a bordo. Durante un segundo Hornblower se quedó sorprendido. Luego, el achaparrado palo de trinquete y el mayor del *Natividad* aparecieron claramente. Con grandes trabajos, la lancha remolcaba al barco de modo que al virar de bordo tuviese más amplio campo de tiro. Dentro de pocos instantes ya no serían dos los cañones que dispararían sobre la *Lydia*, sino veinticinco.

Hornblower sintió que se le cortaba la respiración, de tal modo que varias veces tuvo que tragar saliva antes de conseguir dominarse de nuevo. También le latía el corazón apresuradamente. Se esforzó en mantener el ojo pegado a la lente para no perder un solo pormenor de la maniobra del enemigo. Luego, pausadamente, avanzó hasta la pasarela. Adoptaba un aire de seguridad y desenvoltura; sabía que aquellos desventurados que tenía a sus pies combatirían más a gusto por un capitán con

temple.

—Nos están esperando, muchachos —dijo—. Dentro de poco oiremos silbar algún proyectil. Demostrémosles que los ingleses no tienen miedo.

Los vítores, que él ya esperaba, acogieron sus palabras. Volvió a observar al *Natividad*, que seguía en su lentísima maniobra de viraje. No era poco trabajo conseguir hacer dar la vuelta a un bajel de doble cubierta con aquella falta de viento. Pero ya se entreveían las anchas franjas de color blanco pintadas a los costados de la fragata española.

—¡Ejem!

Desde proa llegaba el chapaleo de los remos; los hombres se extenuaban tirando de la *Lydia* para acercarla al enemigo. En el puente, un pequeño grupo de oficiales, con Bush y Crystal entre ellos, discutían académicamente qué porcentaje de aciertos podía esperarse de una batería española a una milla de distancia. Hornblower pensó que jamás podría imitar con sinceridad la sangre fría de aquellos hombres. No le daba tanto miedo la muerte como la derrota y la conmiseración de sus colegas. Pero el mayor de todos los temores que le asaltaban y ocultaba cuidadosamente en el fondo de su alma era verse mutilado. Un oficial de marina con dos piernas de palo podía inspirar lástima y recibir una pensión como heroico defensor de Gran Bretaña; pero quedaba convertido para siempre en un tipo ridículo. Le angustiaba el temor de llegar a convertirse en una persona risible. ¿Podía perder la nariz o las mejillas, o sufrir cicatrices tan horrorosas que los demás no pudiesen soportar mirarle? Era un pensamiento atroz que le produjo escalofríos mientras continuaba mirando por el catalejo; tan atroz que no pudo evitar seguir recreándose en los detalles que se le asociaban, en las agonías que se vería obligado a soportar en la oscura enfermería, a merced de la incompetencia de Laurie.

El *Natividad* se vio, envuelto en una inesperada nube de humo; y algunos segundos más tarde, una formidable descarga hendía el aire y el agua en torno a la *Lydia*, hiriéndola de lleno.

—Solamente dos han dado en el blanco —observó Bush, muy contento.

—Lo que yo dije —confirmó Crystal—. Ese capitán debe de andar por allí inspeccionando y apuntando él mismo los cañones.

—¡Ya! ¿Y por qué suponéis que no lo ha hecho? —preguntó Bush.

Como contestación, el mortero del nueve lanzó su desafío. Los fatigados ojos de Hornblower creyeron ver volar astillas a bordo del *Natividad*, pero a tal distancia no era posible comprobarlo.

—¡Buena puntería, señor Marsh! —volvió a decir—. ¡Ha dado en medio del blanco!

El *Natividad* disparó de nuevo y luego una segunda y hasta una tercera vez. A intervalos casi regulares, los puentes de la *Lydia* veíanse barridos por las andanadas.

Había ya algunos muertos por el suelo y los heridos eran transportados bajo cubierta, entre gemidos y maldiciones.

—Para cualquiera que entienda de matemáticas —pontificaba Crystal—, es innegable que cada una de esas piezas ha sido cargada por una mano distinta. Los tiros son demasiado irregulares para que pueda suponerse otra cosa.

—¡Tonterías! —replicó Bush, obstinado—. ¡Fíjese en el tiempo que transcurre entre una descarga y la siguiente! Un hombre tiene todo el tiempo que necesita para cargar cada pieza. ¿Y qué cree que pueden estar haciendo durante todos esos intervalos?

—Una tripulación de *Dagos*... —empezó a decir Crystal, cuando el silbido de una bala de cañón, que pasó sobre su cabeza, lo hizo enmudecer. Al menos de momento, Bush se volvió triunfante hacia Crystal.

—¿Se ha dado cuenta de que todos los tiros van altos? ¿Cómo explica eso su espíritu matemático?

—Pues... porque han disparado hacia arriba. Créame, teniente Bush, después de Trafalgar...

Hornblower experimentaba un vivo deseo de acabar con aquella discusión, que le atacaba los nervios; pero no podía mostrarse tan intransigente.

En la atmósfera húmeda se amontonaba el humo en torno al *Natividad* formando una nube tan espesa que éste parecía un espectro; solamente el palo de mesana se destacaba claramente en el cielo.

—¡Señor Bush! —llamó Hornblower—. ¿A qué distancia cree usted que están ahora?

El aludido calculó cuidadosamente la distancia.

—A unos tres cuartos de milla, capitán.

—Más bien a dos tercios, señor —dijo Crystal.

—No le he pedido su opinión —le contestó Hornblower.

Ni a tres cuartos de milla, ni siquiera a dos tercios, podían los cañones de la *Lydia* conseguir resultado alguno. No podía hacerse otra cosa que esperar. Bush debía de ser de la misma opinión, a juzgar por las órdenes que había dado.

—Ya es hora de relevar a los remeros —dijo, y se fue a proa para vigilar la maniobra. Hornblower le oyó animar a las nuevas dotaciones, impulsándolas a bajar rápidamente, preocupado por el temor de que la *Lydia* perdiese aquella escasa ventaja que había conseguido con tantos esfuerzos.

Hacía un insoportable calor bajo aquel sol que cegaba, a pesar de haber pasado ya el mediodía. El acre olor de la sangre vertida sobre la cubierta se mezclaba con los efluvios de las costuras del entablado y con el olor de la pólvora que despedía el mortero del nueve, con el que Marsh seguía bombardeando impasible al enemigo. Hornblower experimentaba tales náuseas que temía deshonorarse para siempre,

vomitando a la vista de todos. Debilitado por el cansancio y la ansiedad, el continuo balanceo de la nave bajo sus pies le molestaba más que de ordinario. Los encargados de los cañones se habían quedado silenciosos; hasta entonces habían estado riendo y bromeando en sus puestos, pero cayeron en un torvo silencio. Hornblower consideró esto como una mala señal.

—Llaman a Sullivan para que traiga su violín —ordenó.

Y el loco irlandés de los cabellos rojos apareció en la popa con su violín y el arco bajo el brazo.

—Toca algo, Sullivan —le ordenó el capitán—. ¡Eh, muchachos! ¿Quién de vosotros baila mejor la jiga?

Había diferencia de opiniones.

—Benskin, capitán —dijeron unos.

—Hall, capitán —manifestaron otros.

—¡No! ¡Mac Evoy, señor!

—Bueno, vamos a probarlo —dijo Hornblower—. Adelante, Benskin, Hall y Mac Evoy. Una jiga cada uno y una guinea para el que la baile mejor.

Muchos años más tarde corría aún de boca en boca la anécdota: la *Lydia* remolcada para entrar en combate y, entretanto, en el alcázar, los hombres bailando la jiga al son del violín del irlandés. Se citaba como ejemplo el valor y la sangre fría del capitán Hornblower, y sólo éste sabía cuán poco real era el mérito que se le atribuía. Lo hizo para que sus hombres se tranquilizaran, nada más. Nadie pudo sospechar que estuvo a punto de no poder dominar las náuseas cuando una bala de cañón, entrando por la escotilla de proa, salpicó a Hall con los sesos de un compañero, sin que éste se equivocara en un solo paso.

Luego, aquella tarde infernal, estalló un estrepitoso fragor en la proa, seguido de un coro de alaridos y clamores.

—¡La lancha se hunde, capitán! —gritaba Galbraith desde el castillo de proa; pero el capitán Hornblower ya se había dirigido allá.

Un disparo había alcanzado a la lancha de lleno; los remeros se arrojaban desordenadamente al mar, intentando agarrarse a la borda o alcanzar el cúter; todos aterrados ante el temor de ser pasto de los tiburones.

—Los *Dagos* nos han ahorrado el trabajo de izarla a bordo —gritó Hornblower, abalanzándose al parapeto—. ¡Ya estamos lo bastante cerca para enseñarles los dientes!

Quienes le oyeron lanzaron vítores.

—¡Señor Hooker! —gritó al infante de marina del cúter—, cuando hayáis recogido a esos hombres, virad a estribor. Dentro de un instante romperemos el fuego.

Enseguida regresó al alcázar.

—¡Todo a estribor! —ordenó al timonel de cuarto—. ¡Señor Gerard, abra fuego en cuanto tenga el buque a tiro!

Lentamente la *Lydia* fue virando de bordo, pero se vio entorpecida por una descarga del *Natividad* antes de que hubiese podido dar la vuelta. Sin embargo, Hornblower en realidad no se dio cuenta siquiera. El período de inactividad había terminado. Pudo acercarse su fragata a cuatrocientas yardas de su enemigo; en esos momentos su deber era mantener una compostura que sirviera de ejemplo a sus hombres. No había que tomar ninguna otra decisión.

—¡Levantad las miras! —gritaba Gerard.

—¡Despacio, Hooker! ¡Avante! —rugía Hornblower.

Viraba lentamente la *Lydia*, en tanto Gerard miraba a hurtadillas por detrás de uno de los cañones de estribor, con objeto de juzgar el momento oportuno en que el enemigo estuviera al alcance de sus baterías.

—¡Apuntad! —ordenó, y se retiró acompañándose al balanceo de la nave—. ¡Fuego!

Se disipó el humo en el aire, entre el estruendo de la descarga, y la *Lydia* cabeceó por efecto del retroceso de las piezas.

—¡Otra, muchachos! —gritó Hornblower, cuando duraba aún el eco de la primera.

Comenzada la acción, se sentía lleno de entusiasmo. Había olvidado ya sus temores de quedar mutilado. En menos de treinta segundos volvieron a cargarse los cañones, a apuntar y disparar de nuevo. Otra vez, y otra, y otra, a las órdenes de Gerard. Contando mentalmente, calculaba Hornblower cinco descargas de la *Lydia* y creía no haber oído más que dos por parte del *Natividad* en el mismo espacio de tiempo. La superioridad en armas y municiones de esta última se neutralizaría con aquel ritmo. A la sexta descarga, uno de los cañones disparó medio segundo antes de que Gerard hubiese dado la orden. Hornblower saltó, dispuesto a descubrir a los culpables, lo que no fue difícil, pues su propio temor les traicionó.

—¡Cuidado! —le gritó Hornblower, amenazándoles con el dedo—. Haré azotar al primero que dispare a destiempo...

Mientras se hallaran a tal distancia no podía dejar un solo instante de vigilar a sus hombres; con el calor y excitación del combate, era difícil que tuvieran en cuenta el balanceo de la nave mientras se ocupaban de cargar y apuntar de nuevo.

—¡Viva el viejo Horny! —gritó una voz anónima, seguida por un coro de risas y hurras que cortó en seco una orden de Gerard.

El humo se condensaba en torno a la *Lydia*, como una niebla londinense, de tal manera que se hacía difícil distinguir a los hombres de cubierta, mirando desde el castillo de proa hacia la toldilla de popa. En la oscuridad artificial creada por el humo, las largas lenguas de fuego salidas de las bocas de las piezas de tiro

resplandecían con un vivo fulgor anaranjado, a pesar del sol deslumbrador. También el *Natividad* era una enorme nube de humo de la que sobresalía el mastelero de gavia. Todos a bordo de la *Lydia*, tenían los ojos llorosos; el humo penetraba, sofocante, en los pulmones e irritaba la piel como el tiempo lluvioso, hasta provocar incómodos escozores.

Hornblower vio al segundo a su lado.

—El *Natividad* se ha dado cuenta de la rapidez de nuestros disparos, capitán —le gritó para hacerse oír a través del estruendo—. Dispara como una loca; fíjese.

De una descarga de varias piezas, solamente un par de disparos dieron en el blanco. Media docena de proyectiles cayeron al mar, a popa de la *Lydia*, y los altos surtidores de agua que levantaron mojaron a los hombres de la toldilla. Hornblower asintió, satisfecho. Los esfuerzos que realizó con intención de acercarse al enemigo no resultaban infructuosos.

Mantener un fuego graneado y bien dirigido, entre el fragor, el humo, las bajas y el pandemónium de un combate naval, requería una disciplina y una práctica de la cual estaba seguro que el *Natividad* era completamente incapaz.

A través de la cortina de humo, exploró la cubierta. Cualquier otro espectador no acostumbrado a todo aquello, viendo a los grumetes correr con los cubos de las municiones, los sobrehumanos esfuerzos de los artilleros y a los muertos y heridos en medio del fragor y el humo, hubiese podido creer que reinaba a bordo una terrible confusión. Pero Hornblower sabía que no era así. Todo lo que sucedía, cada detalle, formaba parte de un plan cuidadosamente elaborado siete meses atrás, cuando recibió el mando de la *Lydia*. Desde entonces lo había imbuido en todos y cada uno de los cerebros de aquellas gentes durante las largas y penosas horas de instrucción. Veía a Gerard junto al palo mayor, casi en éxtasis. El teniente Gerard tenía dos pasiones: la artillería y las mujeres. Veía a los otros oficiales y a los guardiamarinas, cada uno al lado de su batería; todos tenían la mirada clavada en Gerard, esperando expectantes sus órdenes. Todo funcionaba según un ritmo perfecto: los cargadores de los cañones, los ayudantes y los grumetes. Los sargentos de artillería se inclinaban con las estopas sobre las culatas, con la mano derecha levantada y preparada para actuar.

La batería de babor había perdido a la mayoría de sus hombres; no quedaban más que dos para cada pieza y allí permanecían momentáneamente ociosos, pero dispuestos a intervenir donde las necesidades del combate lo exigieran. Los supervivientes se hallaban sobre cubierta para reemplazar a los que caían a estribor manejando las bombas, cuyo lúgubre ruido seguía resonando monótonamente a través del pavoroso estrépito, o preparados para remar en el cúter o subir a la arboladura a reparar a toda prisa cualquier avería del velamen. Hornblower tuvo un momento de respiro para dar gracias a Dios por haber dispuesto de siete meses de tiempo para proporcionar a su tripulación aquella disciplina y destreza singulares.

A causa de los disparos, o debido a una violenta ráfaga de viento, o tal vez al movimiento de las olas, la *Lydia* se había alejado ligeramente de su enemiga. Hornblower veía cómo los cañones debían ser empujados continuamente hacia delante, demorándose con esto la frecuencia de los disparos. Se precipitó hacia la proa y subió por el bauprés, hasta que pudo inclinarse hacia el cúter, donde Hooker y sus hombres no perdían de vista la batalla.

—¡Hooker! ¡Vire dos cuartos a estribor!

—Sí, señor.

Los hombres se encorvaron sobre los remos y dieron vuelta al cúter en dirección al *Natividad*. Se tensó la amarra del remolque, en tanto que otra descarga mal dirigida levantaba en torno suyo una nube de espuma. A costa de sobrehumanos esfuerzos, consiguieron hacer virar a tiempo a la *Lydia*.

Hornblower regresó al castillo, y se halló ante un grumete, que le esperaba con la cara pálida.

—Me manda el señor Holwell, capitán. La bomba de estribor está destrozada.

—¿Sí? —preguntó Hornblower. Sabía que Holwell, el carpintero, no le hubiese enviado mensaje alguno de no ser por una apremiante necesidad.

—Está preparando otra, capitán; pero no podrá funcionar antes de una hora. Me ha dicho que os advierta que el agua aumenta, capitán.

—¡Ejem! —exclamó Hornblower.

Pasado el primer temor que experimentaba al acercarse al capitán, abría el joven unos ojos asombrados y casi parecía adquirir confianza.

—Nos han matado a catorce hombres —dijo—; una verdadera carnicería...

—Bien... Corre a decirle al señor Holwell que el capitán está seguro de que él hará todo lo que pueda para que funcione inmediatamente la nueva bomba.

—¡Sí, señor!

En dos brincos desapareció el chico bajo cubierta. Hornblower lo miró mientras corría escabulléndose entre los hombres atareados de la cubierta. Se había detenido a parlamentar con el centinela, ante la escotilla de proa; nadie podía pasar por allí para descender bajo cubierta, a menos que pudiese demostrar que el deber le reclamaba allí. El mensaje de Holwell no había impresionado a Hornblower. El no tenía que resolver nada. Todo lo que convenía hacer era luchar; poco importaba si bajo sus pies se hundía la nave. Y permanecer así, libre de responsabilidades en ese sentido, era para él un gran alivio.

—Hora y media ya —afirmó Bush, mientras subía frotándose las manos—. Magnífico, señor. Magnífico...

Para Hornblower era como si no hubiesen pasado más que diez minutos; pero Bush, en su puesto, había tenido el reloj de arena constantemente ante los ojos.

—Nunca vi a unos *dagos* manejar los cañones de ese modo —comentó el

segundo—. Su manera de apuntar no vale gran cosa; pero disparan muy rápido, no puede negarse. Y creo que les hemos dado una buena paliza, señor.

Intentaba mirar a través de la nube de humo, y, para disiparla, movía las manos en forma de abanico, además que, al demostrar que Bush no estaba tan tranquilo como aparentaba, colmó de absurda satisfacción a Hornblower.

—El humo se ha disipado un poco —dijo Crystal, subiendo a su vez al puente—. Hasta me parece que se ha levantado viento.

Levantó un dedo previamente humedecido con saliva.

—¡Exacto! Una ligera brisa por la aleta de babor, capitán. ¡Ah!

Mientras hablaba, una ráfaga se llevó el humo, amontonándolo a estribor y aclaró la visibilidad, lo mismo que si se hubiese descorrido un telón teatral. El *Natividad* ya tenía aspecto derrotado. El provisional palo de trinquete había seguido la suerte del anterior, lo mismo que el palo mayor. Tan sólo quedaba en pie el de mesana. Cabeceaba desesperadamente sobre las olas, y un enorme lío de jarcias rodaba de un lado a otro por la parte desarbolada. De los tres cañones situados bajo el palo trinquete no quedaba más que uno; aquel triste hueco parecía una boca a la que le faltase un diente.

—Está bastante hundido en el agua —dijo Bush; pero, en aquel momento, una nueva descarga cayó sobre la parte arruinada y quiso esta vez la suerte que cada disparo diese en el blanco, como indicó el ruido que siguió. Cuando se alejaron del *Natividad* las espirales de humo, los tres oficiales vieron cabecear al buque, incapaz de gobernarse. La *Lydia* había cogido el viento. Hornblower se dio cuenta de ello, al sentir que volvía a ser gobernada con el timón. El timonel hacía girar velozmente las cabillas para estabilizarla.

—Cuarta a estribor —ordenó Hornblower, aprovechándose al momento de aquella suerte—. ¡Avante! Soltad el cúter.

La *Lydia* se abalanzaba sobre su enemiga, acribillándola a disparos.

—¡Cubrir las gavias!

En la cubierta, los gritos de triunfo superaban al estrépito de los cañonazos. A popa, el sol, enrojecido ya, tocaba la superficie del agua con un apoteósico nimbo de oro y escarlata. El crepúsculo no se haría esperar.

—¡Deberían rendirse! ¡Dios! ¿Por qué no se rinden? —gritaba Bush, mientras las descargas se cebaban despiadadamente, una tras otra, sobre su inerme enemigo, acribillando la nave de proa a popa. Pero Hornblower sabía que un bajel al mando de Crespo no arriaría jamás la bandera del Supremo. A través del humo ondeaba al viento la bandera azul con la estrella amarilla.

—¡Duro, muchachos! ¡Duro! —gritaba Gerard, como un loco.

A la distancia a que se encontraban de su enemiga, podía ya dejar a los artilleros que disparasen a su gusto, según la propia iniciativa, y todas las baterías se cargaban

y descargaban con la rapidez del rayo. Tan recalentados estaban los cañones que a cada descarga saltaban sobre sus ruedas, y las estopas empapadas y chorreantes que metían por sus bocas chirriaban lanzando nubes de vapor al contacto con las ardientes paredes de metal. Anochecía velozmente. De las bocas de los cañones surgían llamaradas en largas lenguas de color anaranjado. En lo alto del cielo, donde se apagaba el último brillo de poniente, lucía intensamente el planeta Venus.

El bauprés del *Natividad*, cortado por un balazo, pendía de la proa. En la oscuridad creciente se vio caer el árbol de mesana, partido en dos por una descarga que barrió la cubierta de proa a popa.

—¡Dios mío! ¡Ahora se rendirá! —gritó Bush.

En Trafalgar había sido enviado, como oficial de presa, a bordo de un buque español cautivo, y en su imaginación vivían aún los recuerdos de una nave vencida: la artillería desmontada, los muertos y los heridos que rodaban por la cubierta siguiendo el vaivén de la nave desarbolada, tantos horrores y sufrimientos, y todo aquel abandono... Como si fuese una contestación a sus pensamientos, partió del *Natividad* una inesperada descarga. Algunos marineros celosos habían logrado arrastrar un cañón a proa, a fuerza de tirar con garruchas, y abrían fuego sobre la *Lydia*.

—¡Pronto, muchachos! ¡Duro con ellos! —rugía Gerard, fuera de sí por la fatiga y el esfuerzo.

La *Lydia*, ayudada por su superestructura, avanzaba rápidamente a sotavento, en dirección al casco, juguete de las olas. La distancia se acortaba por momentos. En la oscuridad, y cuando sus ojos no se deslumbraban por el resplandor de los disparos, Hornblower veía sobre cubierta el ir y venir de negras sombras. Ahora disparaban con los mosquetes, desordenadamente. Pequeños resplandores partían de la oscuridad. Hornblower oyó el golpe seco de una bala sobre la balaustrada, casi bajo sus pies. Víctima del cansancio que se apoderaba de nuevo de él, no reaccionó.

Una ligera brisa le llegaba en repentinas ráfagas, cambiando caprichosamente de dirección a cada momento. En la oscuridad, resultaba difícil calcular la velocidad con que las naves se acercaban.

—Cuanto más cerca estemos, antes habremos terminado —dijo Bush.

—Sí, pero si avanzamos en esta forma, no tardaremos en abordarla —replicó Hornblower. Y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, añadió—: Llame a los hombres y que se preparen para rechazar el abordaje.

Y se dirigió a las carronadas de estribor, que seguían tronando. Tan absortos estaban sus servidores, tan entregados se hallaban a su monótono cargar y descargar de las piezas, que Hornblower tardó varios segundos en atraer su atención. Chorreando sudor, los hombres quedaron inmóviles, escuchando las órdenes que el capitán les daba. Las dos carronadas fueron cargadas con metralla, sacada de la reserva junto al pasamanos de borda a popa. Escondidos tras ellas, los artilleros

esperaron, en tanto ambas naves se acercaban cada vez más y la *Lydia* seguía lanzando su fuego sobre el puente del buque enemigo. Llegaban desde éste los gritos de desafío y el relampaguear de los mosquetes de proa permitía ver a un montón de hombres que parecían estar allí aguardando a que el momento fuera propicio para entrar en acción. No obstante, el encontronazo sobrevino de un modo inesperado. Una imprevista alianza del viento y del mar acortaron el espacio que las separaba, como si la *Lydia* hubiese experimentado un violento empujón. La proa del *Natividad* le dio de lleno en un costado, un poco más allá del palo de mesana. Se oyó un crujido de mal agüero. Entre un infierno de alaridos, los del *Natividad* se lanzaron al abordaje.

Los artilleros de las carronadas saltaron a sus acolladores.

—¡Esperad! —gritó Hornblower a los artilleros.

Calculando con la precisión de una máquina, su cerebro medía el viento y el mar, tiempo y distancias, en tanto que la *Lydia* viraba lentamente. Con las palancas y su fuerza bruta, los hombres arrastraron una carronada tras otra. Sobre el castillo de proa del *Natividad* se apretujaba impaciente contra la borda una oscura multitud, dispuesta a saltar, cuando vio ante sí las dos carronadas.

—¡Fuego! —gritó.

Las dos bocas vomitaron una descarga de metralla sobre toda aquella muchedumbre, casi a quemarropa. Se produjo un segundo de silencio y luego, en lugar de la gritería y estrépito anteriores, siguió un coro de alaridos; la metralla había barrido todo el castillo de proa del *Natividad*.

Durante unos minutos, las dos naves permanecieron inmóviles. La *Lydia* tenía aún una docena de piezas en buen estado, cuyas bocas casi tocaban la proa del *Natividad* y, despiadadamente, las descargó. Luego pareció que el viento y el mar se ponían de acuerdo para separar a los contendientes. A sotavento, la *Lydia* fue arrastrada lejos del casco destrozado del *Natividad*. Todos los cañones seguían actuando a bordo de la fragata inglesa, pero el *Natividad* ya no reaccionaba; ni un solo disparo de mosquete partió de ella.

—¡Cese el fuego! —ordenó Hornblower a Gerard, luchando una vez más contra su enorme cansancio.

Los cañones callaron. A través de la oscuridad, intentaba descubrir los vagos contornos de la gran masa del *Natividad* que, casi imperceptiblemente, se iba alejando.

—¡Rendios! —gritó.

—¡Jamás! —fue la respuesta. Era una voz fina y estridente. Hornblower hubiese jurado que era la de Crespo.

Siguieron unas palabras de obscena burla.

A pesar del cansancio, Hornblower no pudo contener una sonrisa. El había

vencido en la batalla duramente sostenida.

—¡Os habéis portado como valientes! ¡No podéis hacer nada más! —gritó.

—¡Aún podemos hacer más! —dijo la burlona voz en la oscuridad.

Entonces, a los ojos de Hornblower llegó un resplandor..., un resplandor rojizo, que aparecía allí en donde debía estar la proa del *Natividad*.

—¡Crespo, es usted un loco! —gritó—. ¡Su barco está ardiendo! Ríndase mientras pueda.

—¡Jamás!

Los cañones de la *Lydia*, apretados contra el costado del *Natividad*, habían escupido sus estopos ardiendo sobre la reseca madera del viejo buque. Éste no había tardado en encenderse y las llamas se propagaban velozmente. Ya eran mucho más vivas que cuando Hornblower distinguió los primeros resplandores. Dentro de poco, el barco entero sería una hoguera. Antes que nada, Hornblower debía pensar en su propia seguridad; cuando el fuego llegase a las cargas de pólvora, junto a los cañones, o la propia santabárbara, el bajel se convertiría en un volcán de maderas encendidas que pondrían en peligro a la *Lydia*.

—Señor Bush, debemos alejarnos de la nave —Hornblower disimulaba el temblor de su voz tras una fría formalidad—. Dé las órdenes oportunas.

A toda vela intentaba la *Lydia* alejarse hacia alta mar, dirigiéndose a barlovento, lo más lejos posible del buque en llamas. Hornblower y Bush lo miraban, fascinados. Las vivas llamaradas, surgiendo de los escombros, parecían lamer las sombras nocturnas; a su alrededor, las olas estaban enrojecidas por sus reflejos. Y de pronto, ante sus ojos, el incendio se desvaneció de repente, como una vela que se apaga de un soplo. Ya no quedaba nada, nada más que las tinieblas y el vago blanquear de la espuma en la cresta de las olas. El océano se tragó al *Natividad* antes de que las llamas acabasen con ella.

—Se ha ido a pique. ¡Dios...! —barbotaba Bush.

Hornblower sentía aún en sus oídos el último «¡Jamás!», semejante a un gemido en el silencio que siguió. Sin embargo, él fue el primero en reaccionar a bordo de la *Lydia*. Después de mandar virar nuevamente, se apresuró a dirigir la embarcación hacia el lugar en donde vio hundirse al *Natividad*. Mandó a Hooker con el cúter en busca de los supervivientes. Ésa era la única embarcación que quedaba intacta, pues los restos de la lancha flotaban a algunas millas de distancia y los disparos del *Natividad* habían dejado maltrechas a las dos chalupas. Recogieron a algunos hombres; la dotación de la *Lydia* ya había salvado dos, y el cúter encontró otra media docena que nadaban desesperadamente. Eso fue todo. Los marineros, rudos, pero humanos, demostraron su piedad por los infelices que estaban en el puente, bajo el débil rayo de luz de las linternas, y que chorreaban agua de las largas cabelleras negras y de los andrajos que los cubrían. Ellos, sin embargo, aparecían más bien

desconfiados y taciturnos; solamente uno intentó rebelarse, como si quisiese proseguir la lucha, sostenida tan encarnizadamente hasta el último instante.

—No importa; los haremos gavieros —dijo Hornblower, intentando bromear.

Estaba tan rendido que hablaba como en sueños. Todas las cosas que le rodeaban: su barco, los cañones, las jarcias, el velamen y la maciza figura de Bush..., todo le parecía irreal, espectral. Solamente su enorme cansancio y el lancinante dolor en su cabeza, eran cosas verdaderas que existían realmente. Hasta su propia voz se oía lejana, como si estuviese a una yarda de distancia.

—Sí, señor —contestó el segundo contramaestre.

Todo lo que iba a parar al molino de la marina británica era bueno para moler. Harrison siempre estaba preparado para convertir en marineros a los tipos más extraños que caían bajo sus manos, y ya estaba acostumbrado a ello.

—¿Qué rumbo, capitán? —preguntó Bush, en tanto que aquél se dirigía al castillo.

—¿Qué rumbo? —preguntó Hornblower vagamente—. ¿Rumbo?

Se tenía una sensación extraña al darse cuenta de que la batalla había terminado. Una vez hundido el *Natividad*, ya no quedaba enemigo a quien combatir en un radio de millares de millas. Y también era duro darse cuenta de que la *Lydia* se hallaba en inminente peligro, pues el monótono y constante trabajo de las bombas de desagüe no conseguía levantar al buque sobre el nivel del agua; aún existía aquella lona tendida en el fondo de la bodega, y, en fin, todo el buque se hallaba en urgentísima necesidad de ser reparado.

Poco a poco, en su pensamiento se iba abriendo camino la idea de que era necesario empezar un nuevo capítulo en la historia de la *Lydia* y que había que hacer nuevos proyectos. Y allí había una multitud que dependía de él y esperaba sus órdenes... Bush, y detrás de él el contramaestre, y luego el carpintero y el jefe de los artilleros y aquel inútil de Laurie. Era necesario obligar al cansado cerebro a seguir pensando y pensando, aún... Hornblower calculó la fuerza y la dirección del viento, como si fuese un ejercicio académico y no un proceso mental que, después de veinte años, se había convertido para él en algo mecánico. Se arrastró bajo cubierta hasta su cabina; revolvió en el barullo y desbarajuste, buscando los mapas en el sobre en que los tenía metidos, y se inclinó sobre uno partido por en medio.

Debía volver a Panamá lo más pronto posible para contar su victoria; esto, por lo menos, ya estaba resuelto. Tal vez allí pudiese reparar sus averías, aunque no lo creía muy posible en aquella rada inhóspita, con la fiebre amarilla en la ciudad. Recordando que el viento era favorable consiguió, con un enorme esfuerzo, trazar una ruta para dirigirse al cabo Mala y volvió a subir a cubierta, donde vio que aquello que le había parecido una multitud en espera de sus órdenes había desaparecido milagrosamente. Nunca supo que fue Bush el que los despachó a todos, por las

buenas o por las malas. Entregó la hoja de ruta a su segundo y luego pareció que por arte de birlibirloque salía de las sombras el omnipresente Polwheal con la silla y el capote. Habían pasado veintiuna horas desde que se sentó por última vez. Hornblower ya no podía reaccionar. Se dejó envolver en el capote y, medio desvanecido, cayó sobre la silla. También le traía Polwheal algunas viandas; pero el capitán las desdeñó. No era comer lo que deseaba, sino descansar.

Por espacio de un segundo aún permaneció despierto. Había recordado a lady Bárbara, encerrada con los heridos en las oscuras y sofocantes bodegas del buque. Pero casi instantáneamente se adormeció. Aquella mujer podía muy bien ocuparse de sí misma... Era capaz de ello. A él ya no le importaba nada de nada. La cabeza le volvió a caer sobre el pecho. La última molestia que le estorbó fueron sus propios ronquidos, pero no la tuvo por mucho tiempo. Y siguió durmiendo y roncando en medio de todos los ruidos que hacía la tripulación, en su extremado esfuerzo por dar a la *Lydia* una apariencia de normalidad.

## CAPÍTULO 18



Fue el sol el que despertó a Hornblower. El sol se levantaba en el horizonte y mandaba sus rayos directamente a los ojos del capitán. El se movió, haciendo guiños, y durante unos minutos, igual que un niño, intentó hacerse sombra con la mano y volver a coger el sueño. No sabía dónde estaba, ni le importaba. Luego, empezó a recordar los acontecimientos del día anterior. Entonces reaccionó contra la pereza y probó a despertar del todo. Cosa rara, recordaba las varias fases de la lucha, pero no conseguía recordar el hundimiento del *Natividad*. Solamente cuando lo recordó todo se dio cuenta de que estaba completamente despierto.

Se levantó y estiró los doloridos miembros, aún lacerados por las pasadas fatigas. Bush estaba en el timón con la cara terrosa y llena de arrugas; a la luz del sol, aparecía singularmente envejecido desde el día anterior. Hornblower contestó con una inclinación de cabeza al respetuoso saludo de aquél. Bush llevaba el tricornio sobre la sucia venda que le tocaba la frente. Hornblower le hubiese dirigido la palabra si su atención no se hubiese visto reclamada hacia otra parte al observar el aspecto de la nave y las cosas que le rodeaban.

Soplaba una ligera brisa, que debió de empezar durante la noche, y que la *Lydia* supo aprovechar para seguir su camino navegando de bolina. Un rápido vistazo reveló a Hornblower innumerables destrozos en aparejos fijos y móviles; el improvisado palo de mesana parecía haber resistido, pero no había una sola vela que, por lo menos, no tuviese un agujero; algunas estaban hechas una criba. Eso daba a todo el buque un aspecto de abandono y descuido. El primer trabajo de aquel día habría de consistir en colocar velas nuevas; en cuanto al aparejo, podía esperar.

Solamente después de haber inspeccionado con sus expertos ojos el tiempo, la ruta y las velas, Hornblower pasó a hacer lo mismo con los puentes. Desde la popa llegaba el acostumbrado chirrido de las bombas, y el agua clara y limpia que salía de ellas era un seguro indicio de que la nave hacía tanta que a duras penas era posible arrojarla fuera.

A lo largo de la pasarela, a sotavento, se extendía una larga hilera de cadáveres, cada uno en su hamaca. Tan interminable le pareció a Hornblower que dio un paso atrás y tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para poder contarlos. Llegó a contar veinticuatro; el día anterior se habían arrojado catorce al mar. Algunos de aquellos muertos tal vez fuesen los heridos graves del día anterior; seguramente era así. Pero treinta y ocho muertos significaban setenta heridos, por lo menos, que se amontonaban bajo la cubierta. Resultaba que más de un tercio de la dotación de la *Lydia* se había perdido o estaba fuera de combate. ¿Quiénes serían aquellos muertos?,

se preguntó Hornblower. ¿A quién pertenecían aquellas caras deformadas y contraídas en un último espasmo, que las hamacas ocultaban?

Sobre el puente había más muertos que vivos. Parecía que a los vivos los había mandado Bush bajo cubierta, excepto a una docena, que estaban en el aparejo y en el timón. Cosa inteligente por su parte, ya que todos, más o menos, debían de estar extenuados después del sobrehumano esfuerzo realizado la víspera, y mientras los agujeros no pudiesen taparse, uno de cada siete debía ser empleado en el manejo de las bombas de achique. Hornblower no tardó en descubrir al resto de los hombres de la tripulación, durmiendo, tumbados bajo las pasarelas y sobre la cubierta. Alguno aún tuvo fuerzas para suspender su hamaca... en el supuesto de que la suya hubiese salido indemne de la batalla. Pero la mayoría se había dejado caer allí donde se hallaba. Era un amontonamiento de cuerpos, en el que se servían de almohada los unos a los otros, a menos que apoyaran la cabeza en objetos menos cómodos, como los pernos y los ejes posteriores de los cañones.

Además de los muertos, tapados piadosamente, y de las sucias manchas oscuras que seguían sobre las tablas de la cubierta, existían otras señales de la batalla que había tenido lugar. Por todas partes se veían cuerdas, maderas rotas, astillas clavadas y boquetes de los proyectiles en los costados tapados con un pedazo de lona. Los batiportes estaban ennegrecidos por la pólvora; de uno de ellos sobresalía un proyectil del dieciocho clavado a medias en la dura madera de roble.

Pero, por otra parte, se había realizado una enorme labor; desde cubrir piadosamente a los muertos hasta amarrar nuevamente los cañones y asegurar las culatas. Si no fuese por el cansancio de los hombres, la *Lydia* parecía preparada para sostener una nueva batalla en cualquier instante. Que todo eso hubiese sido realizado mientras él estaba durmiendo a pierna suelta en un sillón, causaba a Hornblower una cierta vergüenza. Pero aunque alabar el trabajo del primer oficial suponía admitir su propia falta, comprendió que debía dejar a un lado cualquier resquemor y mostrarse generoso.

—¡Bien, muy bien, señor Bush! —exclamó yendo a su encuentro, aunque su timidez congénita, unida al sentimiento de su falta, hiciese menos sincero que nunca el elogio que había preparado—. No solamente estoy asombrado sino, además, muy satisfecho del trabajo que ha realizado.

—Capitán, hoy es domingo —contestó Bush con sencillez.

Así era, en efecto. El domingo era día de inspección; el capitán examinaba el buque de arriba abajo, mirándolo todo, para comprobar si el primer oficial cumplía con su obligación manteniéndolo en perfectas condiciones. El domingo el buque debía estar limpio y arreglado y todos los hombres alineados, vestidos con sus mejores galas. Se celebraba el servicio divino y se leía el código militar. En resumen, el domingo era el día en que se ponía en evidencia la habilidad profesional de todos

los primeros oficiales de la Real Marina británica.

Hornblower no supo reprimir una sonrisa ante aquella ingenua explicación.

—Sea domingo o no se ha portado usted magníficamente, señor Bush.

—Gracias, señor.

—Y no olvidaré consignarlo en mi informe al Almirantazgo.

—Sé que no lo olvidará, señor.

El fatigado rostro de Bush se iluminó de contento. Generalmente, una afortunada acción naval era recompensada mediante la promoción a comandante del primer oficial, y para un hombre como Bush, falto de familia y de afectos, el único fin de su vida, su única ilusión se cifraba en aquel acontecimiento de importancia vital. Pero un capitán, deseoso de hacer resaltar su propio valer, podía presentar un informe de tal manera que pareciese que había obtenido la victoria sin ningún mérito ni ayuda por parte de su primer oficial. Y tales casos eran frecuentísimos.

—Se hablará mucho de esto en Inglaterra en cuanto lo sepan —dijo Hornblower.

—Estoy seguro, capitán. No sucede todos los días que una fragata hunda a un buque de línea.

Calificar al *Natividad* de buque de línea era hacerle demasiado honor. Sesenta años atrás, cuando fue botado, podía ser digno de figurar en línea, pero desde entonces los tiempos habían cambiado. Y aun así la *Lydia* había realizado una gran hazaña. Solamente ahora empezaba Hornblower a comprender su valor, y su moral se reanimaba con ello. Pero también existía otro criterio por el cual juzgaba el Almirantazgo los méritos de los oficiales de marina, y Hornblower no lo ignoraba.

—¿Cuántas son las bajas? —dijo Hornblower con rudeza brutal, expresando en voz alta sus pensamientos, a la par que los de Bush. Sentía que era su deber disimular con aquel cinismo cualquier rastro de emoción.

—Treinta y ocho muertos, capitán —empezó a contar Bush, sacando del bolsillo un papel sucio—. Setenta y cinco heridos. Cuatro desaparecidos. Éstos son Harper, Dawson, North y Chump, el negro. No se pudieron encontrar cuando se hundió la barca. Clay cayó el primer día...

Hornblower asintió. Recordaba el decapitado cuerpo de Clay abandonado en el alcázar.

—... y John Summers, oficial de derrota. Henry Vincent y James Clifton, segundos contramaestres, muertos ayer. Donald Scott Galbraith, tercer teniente; teniente Samuel Simmonds, de los infantes de marina; guardiamarina Howard Savage, y cuatro suboficiales, heridos ayer.

—¿Galbraith? —La noticia le impedía reflexionar.

Había habido capitanes recompensados con el título de baronet por haber tenido ochenta bajas entre muertos y heridos; ¿cuál sería la recompensa por un total de ciento diecisiete bajas?

—Está mal herido, capitán. Tiene las piernas destrozadas por debajo de la rodilla.

Galbraith había sufrido la suerte tan temida por Hornblower. Y la impresión que sintió le recordó sus deberes.

—Bajaré inmediatamente a visitar a los heridos. Pero... ¿y usted, Bush? —añadió, mirándole con atención—. No me parece muy apto para el servicio.

—Estoy perfectamente, capitán —protestó Bush—. Tomaré una hora de descanso cuando venga Gerard a sustituirme en la guardia.

Bajo la cubierta, la escena que se desarrollaba en la bodega era una estampa dantesca del infierno. Reinaba una gran oscuridad; parecía que las vacilantes llamas de las cuatro linternas que se bamboleaban pendientes del techo, siguiendo el balanceo del bajel, estaban allí sólo para ensombrecer más el ambiente. El aire era sofocante. A los hedores de la sentina y a los variados olores de la bodega se unían las emanaciones de aquellos cuerpos heridos, amontonados en tan poco espacio, con las lámparas que humeaban y el acre olor de la pólvora quemada que se había estancado allí por la falta de corrientes de aire. Además, el calor era atroz. Éste y el hedor insoportable casi obligaron a Hornblower a volver sobre sus pasos. Acababa de llegar, y, en menos de cinco segundos, su cara estaba tan chorreante de sudor como si se la hubiese bañado.

Y no eran menos molestos los ruidos, los acostumbrados rumores del buque: el crujir de las maderas, las vibraciones de las jarcias, el estruendo de las olas, el chasquido de las aguas en la sentina y el monótono estrépito de las bombas, intensificado allí entre el maderamen de tal modo que parecía una caja armónica.

Pero todos aquellos rumores no eran más que un acompañamiento para el horrendo coro de la enfermería, donde setenta y cinco hombres heridos daban alaridos, se lamentaban, gemían, blasfemaban y vomitaban. Un montón de condenados del infierno no hubiese podido formar un ambiente más repugnante, ni más desgraciado.

Al fin, Hornblower consiguió ver a Laurie, que estaba desolado en un rincón.

—¡Ah! ¡Capitán! ¡Bendito sea Dios! ¡Al fin le veo! —Y el tono con que lo dijo indicaba con qué gusto hubiese descargado sus responsabilidades sobre los hombros de su superior.

—Venga conmigo y déme su informe —replicó Hornblower sin rodeos. Aquella tarea le era odiosa, pero comprendía que, aunque la omnipotencia de que disfrutaba como capitán del buque lo autorizaba, no podía dar media vuelta y huir de allí como le sugería el instinto. Esa tarea tenía que realizarse, y como Laurie no ocultaba su propia incapacidad, por fuerza Hornblower había de cargar también con aquella obligación.

Se acercó al primer herido de la larga fila y dio un paso atrás asombrado. Arrodillada a su lado estaba lady Bárbara. La temblorosa luz de una linterna

iluminaba los trazos enérgicos de sus facciones. Con una esponja humedecía el cuello y la cara del desdichado, que se retorció de dolor.

A Hornblower le disgustó verla entregada a aquella tarea. Aún estaba lejano el día en que Florencia Nightingale elevara a las cumbres de lo sublime la misión de la enfermera. Ningún hombre honrado hubiese pensado entonces ni por un segundo que una mujer pudiese emplearse en aquella tarea tan sucia. Claro que existían mujeres abnegadas —las hermanas de la Caridad—, que, para la salvación de su alma, consentían en trabajar en los hospitales, y viejas comadres que asistían a las parturientas y a veces sabían asistir a un enfermo. Pero cuidar de los marineros o de los soldados heridos era un trabajo que correspondía desempeñar a los hombres, y para ello tenían que ser hombres que no sirviesen para cosa mejor; por eso mismo se les confiaba esa tarea, igual que si se tratara de limpiar los pozos negros, pues es necesario que alguien se ocupe de hacerlo. El espectáculo de lady Bárbara en contacto con los sucios cuerpos, la sangre, la porquería y los vómitos revolvía el estómago a Hornblower.

—¡No haga eso! —le dijo—. Salga fuera, a cubierta.

—Ya que empecé este trabajo, no pienso dejarlo sin terminar —contestó lady Bárbara tranquilamente. El tono que empleó en esta contestación no admitía discusiones; hablaba de ello como de una cosa inevitable, lo mismo que si se hubiese tratado de un resfriado que tuviese que soportar hasta que quisiese curarse a su hora—. El caballero a quien han encomendado la cura de los heridos me parece bastante incompetente.

Lady Bárbara no creía tampoco en la nobleza del oficio de enfermera; a sus ojos, era una ocupación más degradante que cocinar o remendar vestidos, o tareas que ella misma había realizado con habilidad sólo ocasionalmente cuando las necesidades del viaje lo exigían. Pero había encontrado un trabajo mal desempeñado y que nadie más que ella parecía ser capaz de hacer, en una época en que servir al rey quería decir servirlo bien. Por eso se había puesto al trabajo con la misma abnegación total y cuidado con que uno de sus hermanos se había ido a gobernar la India y el otro a luchar contra los Mahrattas.

—Este hombre tiene una astilla de madera clavada y es necesario extraerla inmediatamente —dijo ella.

Descubrió el pecho velludo y tatuado del herido. Una horrible contusión negruzca se extendía desde el pecho a la axila, bajo el tatuaje, y se veía que alguna cosa rara debía de haberse introducido en el músculo. Apenas lady Bárbara le rozó con los dedos el hombre se retorció de dolor. En los combates que se sostenían en el mar, a bordo de los buques, había siempre muchos heridos por astillas, y la forma irregular de éstas era causa, a menudo, de que su extracción fuese muy difícil. En aquel caso concreto, las costillas la habían desviado, hiriendo la piel y metiéndose

profundamente hasta la axila.

—¿Está preparado para hacerlo? —preguntó lady Bárbara al infeliz Laurie.

—Señora, yo...

—Si no lo hace usted lo haré yo. ¡No sea estúpido, hombre!

—Yo me ocuparé de que se haga, lady Bárbara —intervino Hornblower. Hubiese dado cualquier cosa por marcharse de allí.

—¡Perfectamente, capitán! —y lady Bárbara se puso en pie. Sin embargo, no demostró ninguna intención de retirarse, como el pudor femenino hubiese requerido. Hornblower y Laurie se miraban.

—¡Vamos, Laurie! —le dijo Hornblower con aspereza—. ¿Dónde tiene el instrumental? ¡Eh, vosotros, Wilcox, Hudson...! Traed un buen vaso de ron. Ahora, Williams, le sacaremos esa astilla. Le haremos un poco de daño.

Hornblower había de recurrir a toda su fuerza de voluntad para evitar que se leyese en su cara el asco y el miedo que le inspiraba la próxima operación. Con un tono malhumorado pretendía ocultar el temblor de su voz. Toda aquella labor, dolorosa y sanguinaria, le parecía una carnicería. Aunque el pobre Williams se esforzaba en mostrarse valiente, se contrajo de dolor cuando le practicaron la incisión, y Wilcox y Hudson tuvieron que sudar enormemente para mantenerle quietos los brazos y las piernas. Cuando al fin le extrajeron la larga astilla de madera, lanzó un grito desgarrador y se desmayó, no protestando una sola vez durante el tiempo que empleó Laurie en coserle la herida con sus torpes manos. Con los labios apretados, seguía lady Bárbara las desmañadas tentativas de Laurie para vendar al herido. Sin decir palabra, se inclinó y le quitó la venda de las manos. Los hombres la miraban como hipnotizados, mientras ella sostenía con una mano a Williams por la espalda y con la otra hacía pasar hábilmente alrededor del cuerpo el rollo de vendas, cubriendo con rapidez la herida.

—Ya está —dijo luego, poniéndose en pie.

Las dos horas que Hornblower pasó en la atmósfera sofocante del sollado, trabajando junto a Laurie y lady Bárbara, fueron mucho menos penosas de lo que él hubiese creído al principio. Una de las razones que le hacían odiosa la cura de los heridos era la conciencia de su incompetencia en tal asunto. Con disgusto, comprendía que a pesar de todo descargaba parte de su responsabilidad sobre los hombros de lady Bárbara, pero era comprensible que la energía y la firmeza que ella demostraba la convirtiesen en la persona más capaz a quien se pudiese confiar tan piadosa tarea. Cuando Hornblower terminó de examinar a todos los heridos y se hubieron sacado fuera los cinco últimos muertos, se encontró frente a lady Bárbara bajo la vacilante luz de una linterna.

—Realmente, no sé cómo agradecerse, señora —le dijo—. Creed que mi agradecimiento es tan grande como el de todos estos hombres.

—No hay nada que agradecer —dijo lady Bárbara, encogiéndose de hombros—. Éste era un trabajo necesario.

Muchos años más tarde, el duque, su hermano, diría con la misma entonación que ella: «El gobierno de su majestad debe continuar...».

El hombre que estaba en la última litera levantó el brazo vendado.

—¡Tres hurras por su señoría! —gritó con voz ronca.

—¡Hip, hip, hurra!

Algunos de los martirizados heridos se le unieron y resultó un triste coro acompañado por los estertores y los gemidos de los que deliraban. Levantando una blanca mano para dar las gracias, ella se volvió hacia el capitán.

—Sería preciso ventilar esto un poco. ¿Creéis que es posible? Recuerdo que mi hermano me contó que en el hospital de Bombay consiguieron disminuir la mortalidad cuando adoptaron la costumbre de ventilar las salas de los enfermos cada día. Tal vez conviniera llevar a cubierta a quienes se pueden mover.

—Procuraré que se haga, señora —contestó Hornblower.

Para confirmar lo razonable de la petición de lady Bárbara, apenas hubo puesto el pie sobre la cubierta el vivo aire marino que le dio en la cara le pareció champán, a pesar del sol tropical. Inmediatamente dio las órdenes para que fuesen colocadas las cortinas de lona en las escotillas, que habían sido taponadas cuando se llamó al zafarrancho de combate.

—Rayner, también hay algunos heridos que estarían mejor sobre el puente. Vaya a ver a lady Bárbara Wellesley y pregúntele cuáles son los hombres que se pueden traer aquí.

—¿Lady Bárbara Wellesley, capitán? —preguntó, sorprendido, Rayner, que no sabía nada de los nuevos acontecimientos.

—Ya me ha oído —añadió Hornblower secamente.

—Sí, señor —se apresuró a decir Rayner, y desapareció por una escotilla antes de que se le ocurriera decir algo que molestara a su capitán.

También aquella mañana, como todos los domingos, fue revistada la tripulación y se celebró el servicio divino a bordo de la fragata *Lydia*. Se hizo más tarde de lo acostumbrado, pues primero cuidaron de arrojar los muertos al mar. Había una hilera de heridos suspendidos en sus hamacas a lo largo de la cubierta, y débiles ecos de lamentos ascendían por las abiertas escotillas, perdiéndose en el aire azul.

## CAPÍTULO 19



Otra vez había vuelto la *Lydia* a navegar a lo largo de la costa de la América Central. La cadena gris de los montes volcánicos, teñidos de color de rosa, con el zócalo de verdes bosques a sus pies, se extendía de nuevo ante sus miradas como una cinta. El cielo era azul, lo mismo que el mar; los peces voladores cortaban su superficie dejando tras su paso una brillante estela. Pero en las entrañas de la nave había, día y noche, veinte hombres se afanaban en las bombas para arrojar el agua que amenazaba echarla a pique, y toda la tripulación que aún conservaba intactas sus extremidades trabajaba incansablemente de la mañana a la noche en la reparación de las averías.

En la quincena que pasó antes de que la *Lydia* consiguiese doblar el Cabo Mala se redujo mucho la lista de los heridos. Por entonces, muchos ya estaban en franca convalecencia; los siete meses de rudo trabajo en el mar les había fortificado tanto que algunas heridas, que para otros hombres menos duros hubieran sido mortales, para ellos eran poco menos que inocuas. Por otro lado, la gangrena, la truculenta Némesis que esperaba en aquellos tiempos a los heridos, pues no se conocía ninguna clase de asepsia, cada día ocasionaba nuevas víctimas. Cada día sobre la cubierta tenía lugar la misma fúnebre ceremonia, y las azules ondas del Pacífico acogían en su seno a tres o cuatro cuerpos envueltos en las hamacas.

De aquel modo murió el pobre Galbraith. Había podido sobrevivir a la conmoción de sus heridas y a las torturas a que lo sometió Laurie cuando, incitado por lady Bárbara, se metió con el bisturí y la sierra a cortar el sanguinolento montón de carnes y huesos rotos a que habían quedado reducidas las piernas del muchacho. Al principio, descolorido y debilitado en su litera, parecía que iba mejorando de tal modo que Laurie andaba por allí alabándose de su habilidad de cirujano, de los buenos muñones que había hecho y de la precisión con que supo ligar las arterias. Y luego, de pronto, se revelaron los síntomas fatales; tras cinco días de un delirio providencial, que había disminuido sus sufrimientos, Galbraith expiró.

Los acontecimientos de aquellos días contribuyeron mucho al acercamiento de lady Bárbara y Hornblower. Lady Bárbara luchó desesperadamente para conservar la vida a Galbraith; lo hizo sin ahorrarse ninguna fatiga y, aparentemente, sin ninguna clase de emoción, como si estuviese cumpliendo un deber del que no podía eximirse. Hornblower hubiese creído siempre que era así si no la hubiese sorprendido en un instante en que Galbraith, en su delirio, le apretaba las manos con la ilusión de estar hablando con su propia madre. El joven moribundo hablaba en su dialecto escocés, en el que se expresaba en cuanto empezaba a delirar; estrechaba las manos de ella y casi

la retenía a la fuerza, y ella, con serenas palabras de consuelo, intentaba calmarlo. Tan sosegada era su voz y tan tranquilo su continente que Hornblower, una vez más, se habría engañado si no hubiese visto la expresión atormentada que tenía su rostro.

Nunca hubiese creído Hornblower que pudiese llegar a sentir tanto la muerte de Galbraith. Se había acostumbrado a considerarse a sí mismo como un hombre despojado de toda flaqueza humana y dispuesto a aprovecharse de los esfuerzos de los demás. Por eso, se quedó más sorprendido al notar su profunda aflicción. Con voz temblorosa y los ojos nublados por las lágrimas, recitó el oficio de difuntos. El corazón se le encogía ante el pensamiento del estrago que harían los tiburones en aquel pobre cuerpo de Galbraith, bajo las azules aguas del Pacífico. Se dijo que eso era una debilidad por su parte, y quiso persuadirse de que únicamente sentía la pérdida de un valiente y honrado marino; pero no llegó a convencerse a sí mismo.

Para reaccionar, se dedicó al trabajo con más ardor que nunca, incitando a sus hombres a la obra de reconstrucción de la *Lydia*. Sin embargo, cuando en la mesa o en el puente tropezaba con los ojos de lady Bárbara, sus miradas ya no se cruzaban con la indiferencia de antes. Había entre ambos una inteligencia mutua.

Por lo demás, la veía muy poco. A veces comían juntos a mediodía, siempre acompañados por uno o más oficiales; pero casi todo el día estaba él ocupado en sus tareas y lady Bárbara en la cura de los heridos. Ninguno de los dos tenía tiempo —o por lo menos, no tenía ánimos para derrochar sus energías— para los románticos pasatiempos que las apacibles noches del trópico hubiesen podido favorecer. Y apenas la *Lydia* entró de nuevo en el golfo de Panamá, a las ordinarias preocupaciones del capitán se unieron otras, de tal modo que le quitaron todo deseo de sentimentalismos.

La isla de las Perlas había aparecido a la vista por la amura de babor, y la *Lydia*, a toda vela, se dirigía a Panamá, con un día de navegación de ventaja, cuando fue avistado el buque guardacostas, que ya una vez les había llevado noticias de Europa. Al descubrir a la *Lydia*, cambió de rumbo y se dirigió directamente a su encuentro. Hornblower se mantuvo en su rumbo. Le consolaba la idea de poder entrar cuanto antes en un puerto, aunque éste estuviese poco provisto y además infectado por la fiebre amarilla, como era el de Panamá; pues navegar con la *Lydia* en aquellas condiciones empezaba a resultar un ímprobo trabajo.

El lugre se puso al paio a poca distancia y, algunos minutos más tarde, el mismo oficial español, ataviado con su brillante uniforme, subía a bordo de la *Lydia* con la misma desenvoltura de la otra vez.

—¡Buenos días, capitán! —dijo, haciendo una profundísima reverencia—. Espero que vuestra excelencia esté bien.

—Gracias —contestó Hornblower.

El español dirigía a su alrededor miradas de curiosidad; la *Lydia* tenía demasiadas

señales de las recientes vicisitudes, y la hilera de heridos y convalecientes, colgados en sus hamacas, bastaban para explicar la mitad de la historia. Hornblower vio que el español se ponía en guardia, como si estuviese resuelto a no comprometerse de momento, hasta que no se viese obligado a ello por algún imprevisto.

—Veo que su hermoso buque tiene señales de haber entrado en acción —dijo—. Me figuro que vuestra excelencia tuvo suerte.

—Hemos hundido al *Natividad*, si es eso lo que usted quiere saber —contestó brutalmente Hornblower.

—¿Que lo ha... hundido, capitán?

—Sí.

—¿Está perdido?

—Sí.

La expresión del español se endureció. Hornblower se inclinó a pensar por un momento que para él era un golpe amargo oír por segunda vez que su barco español había sido vencido por uno inglés con la mitad de su fuerza solamente.

—Ya que es así, capitán, tengo una carta que entregarle. —Y el oficial se llevó la mano al bolsillo interior de la casaca, con un curioso gesto de vacilación. Pensando más tarde en ello, Hornblower se dijo que debió de ser porque llevaba dos cartas en dos sobres diferentes y con un contenido opuesto; una, para el caso en que el *Natividad* hubiese sido vencida, y la otra para la posibilidad de que aún pudiese hacer daño. La carta que entregó a Hornblower, después de cerciorarse de que no se equivocaba, era muy lacónica, pero de una claridad tal (teniendo en cuenta los adornos retóricos del estilo oficial español) que resultaba un poco brutal. De esto se dio cuenta inmediatamente apenas rompió el sobre y empezó a leer el contenido.

Era una prohibición terminante que le hacía el virrey del Perú, impidiéndole anclar o entrar en ningún puerto de la América española, del virreinato del Perú, del virreinato de Méjico o de la Capitanía General de Nueva Granada.

Hornblower leyó de nuevo el mensaje, y mientras lo hacía, el lúgubre chirrido de las bombas que achicaban el agua y que llevaba el viento a sus oídos subrayaba las preocupaciones que, con más agudeza que nunca, pesaban sobre él. Mientras leía pensaba en su nave estropeada y llena de boquetes, en los heridos y en los enfermos, en la tripulación menguada y las provisiones reducidas, en el Cabo de Hornos, que había que doblar, y en las cuatro mil millas de océano Atlántico que separaban a la *Lydia* de Inglaterra. Y, además, no era esto todo, pues le venían a la memoria las terminantes órdenes recibidas, es decir, los esfuerzos que debía hacer para conseguir abrir la América española al comercio británico y para echar los primeros cimientos a fin de abrir un canal a través del istmo.

—¿Conoce el contenido de esta carta? —le preguntó al oficial español.

—Naturalmente.

El español parecía altanero, por no decir desvergonzado.

—¿Puede explicarme esta conducta, tan poco hospitalaria, por parte del virrey?

—No me arriesgaré a interpretar las acciones de mi superior, capitán.

—Sin embargo, tienen una urgente necesidad de ser explicadas. No comprendo cómo un hombre civilizado puede abandonar a un aliado que ha luchado por él y que, precisamente por esta razón, se ve precisado a pedir ayuda.

—Nadie le invitó a venir por estos mares, capitán. No se habría visto obligado a luchar si hubiese permanecido en aquellos lugares del mundo que son de la soberanía de vuestro rey. Los mares del sur son propiedad de su majestad Católica, que no tolerará intrusiones.

—Comprendo —replicó Hornblower.

Suponía que esas nuevas órdenes debieron de ser mandadas a América apenas se hubo enterado el gobierno español de que andaba una fragata inglesa por aguas de su soberanía americana. No había extremo al que el gobierno español no fuera capaz de llegar con tal de mantenerla, aunque supusiera ofender a un aliado empeñado en una dura lucha a vida o muerte con el tirano más poderoso de Europa. Para los españoles en Madrid, la presencia de la *Lydia* en el Pacífico sugería el inicio de una verdadera inundación de mercantes británicos, que secarían por completo el constante flujo de oro y plata del que dependía el gobierno español, y (mucho peor aún) la introducción de la herejía en una parte del mundo que siempre había sido fiel al Papa, a lo largo de los siglos. No importaba que la América hispana fuese pobre, mal gobernada, asolada por las enfermedades, ni que el resto del mundo se sintiese herido por su exclusión en una época en que el sistema continental había arruinado el comercio español.

En un momento de clarividencia, Hornblower vio que el mundo no toleraría un egoísmo semejante y que pronto, entre la aprobación general, la América hispana se sacudiría el yugo español. Más tarde, si ni España ni Nueva Granada abrían aquel canal, alguien lo haría. Iba a decir todo aquello, pero con su innata precaución, se contuvo. Por mal que le tratasen, no ganaba nada provocando un enfrentamiento abierto. Guardándose sus pensamientos para sí obtenía una dulce revancha.

—Muy bien, señor —dijo—. Saludos a su jefe. No me acercaré a ningún puerto español. Por favor, comuníqueme a su excelencia mi gratitud por la cortesía con que he sido tratado, y mi placer ante esta viva muestra de las buenas relaciones que mantienen los gobierno de los que somos afortunados súbditos.

El español le miró con suspicacia, pero Hornblower se mantuvo inexpresivo mientras realizaba una cortés reverencia.

—Y ahora, señor —continuó Hornblower secamente—, debo, lamentándolo mucho, desearle que tenga un buen día y buen viaje. Tengo muchos asuntos que atender.

Resultaba molesto para el español que le despidieran de forma tan brusca, pero no

podía objetar nada a las palabras de Hornblower.

Lo único que pudo hacer fue devolverle la reverencia y encaminarse al costado de la nave. Apenas el español se hubo ido en su chalupa, Hornblower se volvió hacia Bush.

—Por favor, señor Bush, mantengámonos al paio.

La *Lydia* se balanceaba pesadamente sobre la marejadilla, mientras el capitán reanudaba su interrumpido paseo sobre el puente ante las furtivas miradas de los oficiales y de la marinería, que se aventuraba a hacer suposiciones sobre las malas noticias que podía haber traído aquel último mensaje. Iba el capitán paseando entre las carronadas de un lado y los pernos del otro, y el ruido de las bombas de achique sonaba melancólicamente en el aire pesado y caluroso; cada momento que transcurría le hacía ver que era apremiante tomar una decisión, cualquiera que fuese.

En primer lugar, y antes de poner sobre el tapete el estado de la *Lydia*, había que pensar en el problema de los víveres y del agua; aquélla era la tarea principal que cualquier capitán debía tener presente. Había llenado la bodega y los barriles de agua seis semanas antes. Pero durante aquel tiempo había perdido a la cuarta parte de la dotación. Calculando por encima y teniendo en cuenta el tiempo que podría invertirse en las reparaciones, habría víveres suficientes para el regreso a Inglaterra, teniendo en cuenta que es menos largo doblar el cabo de Hornos, llegando por el este que yendo hacia el oeste, y que (habiendo desaparecido ya la necesidad de mantener el secreto), si era necesario, siempre podría proveerse de nuevo en Santa Elena, en Sierra Leona o en Gibraltar.

Y esto ya era un alivio. Así, ya podía dedicar toda su atención al buque. Era indispensable reparar las averías. La *Lydia* no podía contar con resistir las tempestades del cabo de Hornos en las condiciones en que se hallaba, agujereada como un colador y con una arboladura improvisada. Aquel trabajo no podía realizarse en alta mar, y los puertos estaban cerrados para ella. A Hornblower ya no le quedaba más remedio que tomar el partido que piratas y corsarios como Drake, Anson y Dampier tomaron en aquellas mismas aguas. Hallar una bahía apartada y solitaria donde poder carenar su bajel. En el continente no sería fácil encontrarla, puesto que los españoles se habían instalado en todas las bahías navegables. Era necesario descubrir una isla...

Aquella isla de las Perlas, que se vislumbraba allá, a lo lejos, no convenía. Hornblower sabía que estaba habitada y a menudo anclaban en ella algunos navíos de Panamá. Además, el guardacostas seguía estando a la vista y seguramente tendría en cuenta cualquier movimiento que hiciese la *Lydia*. Hornblower bajó a la cabina de popa y sacó las cartas de marear; enseguida halló en ellas la isla de Coiba, por la que había pasado el día anterior. Los mapas no especificaban nada de ella, excepto su posición, pero no había que dudar; tenían que ir a explorarla antes que a ninguna otra.

Hornblower señaló la ruta y luego subió al puente.  
—Señor Bush, por favor, viremos de bordo.

## CAPÍTULO 20



Poco a poco, y sin dejar de hacer agua en la bodega, la *Lydia* fue penetrando en la bahía. La precedía el cúter, con Rayner, que medía cuidadosamente el fondo, en tanto que con un poco de viento por la popa y unos tercios de velas desplegadas la fragata iba avanzando por el tortuoso canal, entre los promontorios que se elevaban a ambos lados de él. Aquellos que se erguían a la entrada eran escarpados acantilados y uno de ellos sobresalía ligeramente sobre el otro en altura, por lo que solamente un ojo aguzado por la necesidad y cuyas recientes desdichas habían proporcionado la ocasión de estudiar la típica formación rocosa de aquella costa podía adivinar que tras ellos se escondía una extensión acuática.

Hornblower separó sus ojos de la ruta, mientras la *Lydia* daba la vuelta a uno de los promontorios para examinar la bahía que se abría ante ella. Estaba rodeada de montañas, pero en el punto más lejano las orillas que bajaban hasta el mar parecían menos abruptas, y al borde, al pie del vivo verdor que recubría las vertientes, había un fulgor de arena dorada que señalaba justamente el lugar donde Hornblower hallaría el fondo que andaba buscando. Allí, con toda seguridad, encontraría una playa libre de escollos.

—Éste me parece un lugar apropiado —le dijo a Bush.

—Sí, señor. Parece hecho a propósito para nosotros.

—Entonces, pueden echar el ancla. Nos pondremos inmediatamente al trabajo.

El calor era atroz en aquella pequeña bahía de la isla de Coiba. Los altos montes circundantes la protegían de los vientos, pero, a la vez, hacían de espejos, reverberando calor en sus aguas. Mientras las cadenas chirriaban a través de los escobenes, Hornblower se sentía arder. Sin haberse movido del alcázar estaba empapado en sudor. Hubiese deseado tomar un baño y descansar hasta la tarde, pero no podía permitirse semejante lujo. Era, como siempre, de importancia vital ahorrar tiempo. A toda costa era necesario fortificar la posición, antes de que los españoles pudiesen descubrir el escondrijo.

—Botad el cúter.

En tierra, el calor era aún más fuerte que a bordo. Hornblower se hizo transportar en el cúter hasta la arenosa playa, midiendo el fondo de aquel rincón de mar y examinando la tierra que salía adherida al pedazo de sebo que, con ese fin, habían puesto a la sonda. Era arena, sin ningún género de duda; allí podría sacar a la *Lydia* hasta la playa. En la selva, donde fue a parar, no corría ni un soplo de aire, ni tampoco se descubría el más mínimo rastro de vida humana a juzgar por la falta absoluta de caminos o senderos entre la espesa vegetación. Los árboles gigantescos,

las plantas trepadoras y parásitas, se amontonaban unas sobre otras, en una lucha feroz y silenciosa por la existencia. Pájaros exóticos que daban gritos extraños revoloteaban entre la penumbra del follaje, y acres efluvios de materias en descomposición molestaban el olfato de Hornblower. Seguido por una escolta que sudaba lo mismo que él y llevaba los mosquetes en la mano, se iba abriendo paso a través de la selva virgen. Salió a un lugar despejado, donde el sol cegador caía de plano sobre la roca, demasiado abrupta para que en ella pudiese prender ninguna clase de vegetación; se hallaba a la entrada de la bahía. Extenuado y chorreando sudor, subió por el empinado saliente. La *Lydia* se mecía perezosamente en las azules y límpidas aguas de la bahía. Por la parte opuesta, con torvo aspecto, el alto promontorio parecía haber sido puesto allí como un guardián. Hornblower estudió con el anteojo sus altísimas paredes. Después volvió a bordo, para incitar a los hombres a una frenética actividad.

Antes de poder sacar a la *Lydia* hasta la playa, antes de que el carpintero y sus ayudantes pudiesen empezar a carenar la nave, era indispensable aligerarla.

Y antes que nada, mucho antes de que estuviese acostada sobre la playa indefensa e inerte, era necesario fortificar la bahía contra cualquier posible agresión. Entonces se pusieron al trabajo las poleas y bajaron desde la cubierta principal los cañones de dieciocho libras, gruesas piezas que pesaban sus buenas dos toneladas cada una. Con muchas precauciones, y estudiando cuidadosamente el equilibrio, el cúter era capaz de transportar uno de aquellos monstruos. Uno tras otro los fueron llevando al promontorio, donde Rayner y Gerard, con sus escuadras respectivas, estaban preparando las plataformas. Otros hombres se hallaban trabajando en la apertura de rudimentarios senderos a través de los flancos de los promontorios, y, apenas fue posible, los artilleros se pusieron a remolcar los cañones con cables y cabrestantes, hasta conseguir colocarlos en el lugar que se les destinaba. Otros hombres se encargaron de llevar la pólvora y los proyectiles, y, por último, los víveres y el agua para la improvisada guarnición. Después de treinta y seis horas de un trabajo que se desarrolló con la precisión de maquinaria de relojería, la *Lydia* se había aligerado de un peso de cien toneladas, y el acceso a la bahía estaba guardado de tal manera que cualquier nave que hubiese querido penetrar en ella sin permiso se habría visto obligada a desafiar el fuego de veinte cañones.

Entre tanto, otro grupo de hombres había trabajado furiosamente en la playa y sus contornos. Habían arrasado un pedazo de bosque y con los troncos obtenidos se había construido a toda prisa un parapeto de defensa. Dentro del primitivo fuerte obtenido por ese medio se habían colocado los barriles de buey en salmuera y los sacos de harina, las antenas y las vergas, los mosquetes, las municiones y los barriles de pólvora. La *Lydia* ya no era más que un casco vacío, que bailaba sobre las olas pacíficas de la bahía. Los hombres tendieron unas lonas para protegerse de los

frecuentes aguaceros tropicales y construyeron cabañas de madera para sus oficiales y para las mujeres.

Aquella orden dada directamente por Hornblower fue la única alusión que se hizo a la presencia de las dos mujeres en la isla. El trabajo agobiante y las responsabilidades que pesaban sobre sus hombros no le dejaban tiempo ni para entretenerse con lady Bárbara. Él estaba muerto de cansancio y el calor le agotaba, pero la necesidad de acabar pronto le espoleaba sin piedad y se entregaba en cuerpo y alma al trabajo. Los días transcurrían volando, como en una pesadilla de fatiga, y los pocos minutos que él pasaba al lado de lady Bárbara eran algo semejante a la visión que un hombre que delira tendría de una mujer bellísima.

Hacía trabajar a sus hombres desde el primer resplandor del alba hasta el último fulgor del crepúsculo, forzándoles a extenuarse bajo el calor enervante hasta que sacudían la cabeza, entre doloridos y asombrados. Ninguno se hubiese atrevido a negarse a realizar el esfuerzo que él les exigía; eso no podía suceder entre marineros británicos dirigidos por un hombre que tan poco se cuidaba de su propio descanso. Además, todos revelaban poseer una de las características del marinero, a saber, la de trabajar con tanto más ardor y empeño cuanto más insólitas y arduas sean las condiciones en que se halle: dormir sobre la arena, en lugar de las hamacas, mucho más cómodas; sentir bajo los pies la tierra firme, en lugar del entablado de las cubiertas; hallarse prisioneros de una selva, en lugar de ir al encuentro de lejanos horizontes. Todas estas novedades estimulaban a los hombres y les daban un sentimiento de euforia.

Las luciérnagas, que de noche brillaban en la selva; las frutas raras, que los prisioneros del *Natividad* habían sabido encontrar para ellos; los mismos mosquitos, que acabaron por ser una plaga, eran otras tantas distracciones que los aliviaban. Y de la roca cercana a una de las baterías de defensa fluía un límpido manantial, lo que les permitía, por una vez en la vida, tener toda el agua fresca que quisieran, cosa que para unos hombres acostumbrados a ver el agua custodiada por un centinela resultaba un lujo inaudito.

Pronto, sobre la arenosa playa y lo más alejados posible de los barriles de pólvora cubiertos de lonas y con guardias, se encendieron algunos fuegos sobre los cuales se fundía la brea, sacada de la reserva que custodiaba el contramaestre. Durante aquellos días no habían tenido los suficientes marineros castigados como para que deshilacharan toda la estopa necesaria, así que parte de la tripulación tuvo que ponerse a deshilachar estopa mientras la *Lydia* era puesta en dique seco y el carpintero se dedicaba a reparar su fondo. Se cerraron los boquetes abiertos por las balas, se calafatearon y alquitranaron las ranuras del forro exterior, y los forros de cobre que se habían desprendido se reemplazaron por los pocos que la *Lydia* llevaba en reserva. Durante cuatro días, la pequeña ensenada resonó con el martilleo de los

calafates. De las calderas humeantes salía un grato olor de alquitrán que se esparcía sobre las quietas aguas.

Al cabo de ese tiempo, el carpintero se declaró satisfecho y el capitán, después de haber inspeccionado la carena con el mayor cuidado, también lo aprobó con su acostumbrada sobriedad. La *Lydia* fue colocada sobre la quilla y, siempre con el casco vacío, fue empujada y remolcada dentro de las aguas de la bahía hasta el pie de uno de los promontorios, en donde habían colocado una batería; allí, el acantilado caía a pico, de modo que le permitía acercarse a él, vacía como estaba. En aquel lugar, el teniente Bush había trabajado en levantar un armazón que se elevaba perpendicularmente a un centenar de pies sobre la nave. Con muchísimo trabajo, y después de varias tentativas fracasadas, se consiguió que la *Lydia* quedase amarrada de forma que el palo de mesana se hallase exactamente debajo de la plomada que Bush echaba desde lo alto de las grúas. Entonces quitó las cuñas, puso en movimiento las poleas y el muñón del palo fue arrancado lo mismo que una muela enferma.

Aquella primera parte del trabajo era coser y cantar, en comparación con la que venía después. Era preciso izar el nuevo palo de mesana, de setenta y cinco pies de largo, hasta el armazón y hacerlo bajar verticalmente hasta introducirlo en el hueco preciso; si escapaba a las cuerdas que lo sostenían, caería cual una gigantesca lanza desfondando a la fragata y hundiéndola. Cuando el palo estuvo bien vertical fue bajado pulgada a pulgada sobre el agujero, hasta que la gruesa extremidad pudo ser asida por los hombres que esperaban abajo ansiosamente y que la encajaron en el hueco a través del entablado del puente y el sollado hasta la sobrequilla, donde descansó al fin. Ya no quedaba por hacer más que fijarlo y asegurarlo firmemente. Para terminar el trabajo, le pusieron nuevas jarcias y la *Lydia* se halló con un nuevo palo de mesana capaz de afrontar las tormentas del cabo de Hornos. Remolcada nuevamente a su primitivo punto de anclaje, la fragata ya podía ser cargada otra vez con los barriles de carne y de agua y con todas las baterías, menos las que estaban de guardia en el promontorio. Lastrada y asentada ya sobre su quilla, se hallaba dispuesta de nuevo para ser aparejada. Todos los cables fueron revisados y colocados nuevamente, y asimismo las vergas puestas en su lugar correspondiente. Fueron sustituidas todas las piezas estropeadas, y de ese modo, poco a poco, volvió a ser un buque perfectamente equipado y tan dispuesto como cuando abandonó el puerto de Portsmouth.

Solamente entonces se concedió Hornblower un poco de descanso y tranquilidad. El capitán de una nave que no es más que un casco vacío y tumbado en una ensenada perdida a merced de todos sus enemigos no puede tener paz ni descanso. En comparación, un hombre que se hallase encerrado por hereje en el fondo de un calabozo de la Inquisición es más feliz. Le rodea una tierra hostil y amenazadora, le tortura la indefensión y el temor de verse obligado a sufrir un asedio ignominioso le

mantiene en vela por las noches. Hornblower se sentía como un hombre a quien hubieran levantado la pena de muerte que pesaba sobre él en cuanto se vio en pie sobre el puente de su fragata y dejó vagar la mirada por la elevada obencadura. Ahora ya no desgarraba sus oídos el clan, clan de las bombas de achique, que durante más de quince días le había atormentado, incansable. Hornblower experimentaba una inaudita felicidad, solamente por sentir bajo sus pies el sólido y robusto entablamento de la cubierta, y respiraba con alivio al pensar que podía volverse tranquilamente a Inglaterra, sin tener que andar forjando planes ni proyectos de ataque o de defensa de ninguna especie.

Precisamente en aquellos momentos estaban desmontando una de las baterías colocadas para defender la bahía y, uno tras otro, devolvían los cañones a bordo. Ya tenía de nuevo una fragata preparada para maniobrar una batería cargada con metralla, y podía reírse de todos los españoles que recorrieran el Pacífico. Él se sentía como un rey. Al darse la vuelta se halló frente a lady Bárbara, y le dirigió una sonrisa radiante.

—Buenos días, señora —le dijo—. Espero que haya encontrado el camarote en tan buen estado como al principio.

Lady Bárbara sonrió a su vez. A decir verdad, casi se echó a reír, tan gracioso le pareció el contraste entre aquel saludo y las adustas miradas con que él la había regalado los últimos once días.

—Gracias, capitán —le contestó ella—. Está divinamente. Hay que reconocer que sus hombres han hecho milagros. ¡Un trabajo tan enorme en tan poquísimos tiempo!

Con un gesto casi instintivo él le había cogido las dos manos y las retuvo, sonriente, con la cara descubierta bajo el sol. A lady Bárbara le pareció que le hubiera bastado decir una sola palabra para que él se pusiera a bailar de contento.

—Estaremos en alta mar antes de que oscurezca —dijo él, extasiado.

Ella no podía mostrarse severa con él, como tampoco hubiese podido estarlo con un niño, y conocía bastante los hombres y las cosas de este mundo para no guardarle ningún rencor por sus malos humores. A decir verdad, casi la conmovía un poco en aquel instante.

—Es usted un perfecto marino, capitán —dijo ella de repente—. Dudo mucho que haya ningún otro al servicio de su majestad que supiese mostrarse tan valeroso y competente como usted en estas circunstancias.

—Me siento muy complacido de que lo crea así, señora —le contestó él, pero ya se había roto el encanto.

Aquellas palabras le recordaron sus deberes y su condenado amor propio volvía a pesar sobre sus hombros como si fuese una capa de plomo. Con un gesto de incomodidad soltó las manos de lady Bárbara y una sombra de vergüenza se difuminó en sus mejillas quemadas.

—No he hecho más que cumplir con mi deber —añadió, mirando a otro lado.

—Muchos hombres son capaces de hacerlo, pero muy pocos saben hacerlo bien —dijo lady Bárbara—. Nuestro país le debe mucho... y confío sinceramente en que Inglaterra sabrá reconocer su deuda.

Esta última frase suscitó en Hornblower una asociación de ideas que a menudo le habían asaltado. Inglaterra sólo recordaría que el combate entre la *Lydia* y el *Natividad* no era necesario, pues un capitán más listo o más afortunado hubiese conocido a tiempo la nueva alianza entre España e Inglaterra, antes de entregar, como él había hecho, el *Natividad* a aquella banda de rebeldes; podía, pues, haberse ahorrado las fatigas, las pérdidas y los tropiezos que se derivaron de ello. Un combate naval con un centenar de bajas podía ser glorioso, pero un combate inútil, con esa cantidad de bajas, resultaba un desastre. Nadie querría recordar que había obrado cumpliendo escrupulosamente las órdenes recibidas. El capitán Hornblower sería censurado por sus propios méritos... Y se sintió nuevamente amargado.

—Perdóneme, señora —murmuró él, y, alejándose, se dirigió hacia la popa para gruñir a los hombres empleados en izar un pesado mortero del dieciocho que había traído la lancha.

Mirando como se alejaba, lady Bárbara meneó la cabeza.

—Vaya por Dios —murmuró para sí—. Por un momento casi se ha convertido en un ser humano.

En aquella forzada soledad, lady Bárbara se iba acostumbrando a hablarse a sí misma, como si fuese la única habitante de una isla desierta. Se contuvo, apenas se hubo dado cuenta de ello, y descendió a su camarote, donde le echó una reprimenda a Hebe por alguna equivocación o algún olvido cometido al deshacer el pequeño equipaje que trajeron de la orilla.

## CAPÍTULO 21



Corrían voces de que, finalmente, la *Lydia* volvía a casa. Los hombres de su tripulación habían combatido y trabajado, primero por los unos y luego por los contrarios, sin comprender absolutamente nada de las intrigas de la alta política que habían decidido contra quién debían combatir y a quién favorecer. Que los españoles hubiesen sido al principio enemigos, luego amigos y al fin casi hostiles neutrales, a eso no habían dedicado apenas un pensamiento. Ellos se contentaban con obedecer las órdenes que recibían, sin discutir las jamás. Pero, ahora, aquellos rumores parecían estar bien fundados en hechos tan patentes que ya no se podía dudar más y esta vez era cierto que la *Lydia* volvía a su patria. Para sus espíritus sencillos, parecía que la patria estuviese al otro lado del horizonte. No pensaban en las cinco mil millas de océano que los separaban de ella. En su imaginación, no había más que estas palabras: «A casa, a casa». Los hombres reclutados a la fuerza pensaban en sus mujeres; los voluntarios, en las hembras de los puertos y en la alegría del permiso para desembarcar. El cielo de sus ilusiones no estaba manchado por ninguna nube de desagradables pensamientos. No se les ocurría que podían ser enviados a otro buque y reexpedidos a dar la vuelta a medio mundo antes de que los licenciaran y pudiesen poner sus pies en tierra firme.

De buena gana se dedicaron a la ímproba tarea de salir a remolque de la bahía de la isla de Coiba; ninguno de ellos sentía dejar aquel refugio, que sólo servía para hacer posible el viaje de vuelta. Subiéndose por las jarcias para preparar las velas, charlaban y bromeaban, ágiles como una bandada de simios, y bajo sus pies, en la cubierta, los hombres de guardia bailaban solos y en parejas en la calurosa tarde, mientras la *Lydia*, empujada por una brisa favorable, navegaba, ligera y esbelta, sobre el azul Pacífico. Luego, durante la noche, cayó el viento con la acostumbrada variabilidad de los trópicos. La viva brisa se cambió en un airecillo débil que a su vez fue seguido por lentos y desmayados soplos de viento que apenas hacían palpitar ligeramente las velas y gemir los cordajes, de tal manera que era preciso tener a los hombres de guardia continuamente ocupados con ellas.

Hornblower se despertó a la hora del fresco, poco antes del alba. Aún era demasiado oscuro para poder consultar la brújula fija en el techo, sobre su cabeza, pero según el calmoso balanceo y los rumores intermitentes sobre cubierta, adivinaba, poco más o menos, que la calma había seguido al viento de la tarde. Dentro de poco sería la hora de su paseo matutino sobre el puente del alcázar, y descansaba, saboreando la satisfacción de sentirse liberado de todas las imperiosas responsabilidades de días atrás. Polwheal entró a preparar los vestidos del capitán.

Hornblower se estaba poniendo los calzones cuando por la escotilla le llegó la voz del vigía.

—¡Vela a la vista! ¡A babor! ¡Otra vez el lugre, señor!

La sensación de sentirse libre de preocupaciones se desvaneció instantáneamente. Dos veces aquel buque de mal agüero había sido avistado en el golfo de Panamá, y las dos veces fue portador de malas nuevas. Con cierto temor supersticioso, Hornblower se preguntaba qué novedad traería aquel tercer encuentro. Arrancó la casaca de las manos de Polwheal y se la puso mientras subía corriendo por la escala del tambucho.

Allí estaba, en una encalmada a dos millas de distancia. Y también había ya media docena de anteojos mirando hacia allá... Al parecer, los oficiales de la *Lydia* compartían los temores supersticiosos de su capitán.

—Hay algo en el aspecto de ese barco que me da escalofríos —murmuraba Gerard.

—Es un vulgar guardacostas español —dijo Crystal—. Los he visto por docenas. Recuerdo que, a la altura de La Habana...

—¿Y quién no los ha visto? —repuso Gerard—. Pero lo que yo decía... ¡oh! Han botado al agua una lancha. —Se volvió y descubrió al capitán, que en aquel momento subía al puente—. El guardacostas nos manda una chalupa, capitán.

Hornblower hacía lo posible por aparentar indiferencia. Se repetía que teniendo el velero más veloz y bien armado que navegaba por aquella parte de la costa del Pacífico, no debía temer nada. Ya estaba equipado y dispuesto a dar la vuelta a medio mundo, aunque tuviera que enfrentarse a una fragata de cincuenta cañones. La vista del guardacostas no tenía que haberle causado ninguna clase de aprensión... Sin embargo, lo hacía.

Los minutos parecían interminables mientras observaba a la chalupa que se acercaba a ellos, balanceándose sobre las olas. Al principio no fue más que una manchita negra, que aparecía y desaparecía; más tarde se vio el acompasado movimiento de los remos reluciendo al sol, que ya estaba casi en el cenit; luego se dibujaron éstos claramente; la barca parecía un gran escarabajo negro que reptase sobre las aguas. Finalmente estuvo a tiro de fusil y, pocos minutos más tarde, el mismo oficial español, siempre lujosamente vestido, subía por tercera vez a bordo de la *Lydia* y cambiaba un saludo con Hornblower.

No se cuidó ni de ocultar su curiosidad ni de disimular su admiración ante lo que estaba viendo. Contempló cómo el palo provisional había desaparecido para dejar lugar a uno nuevo, hermoso y bien plantado, lo mismo que si acabase de salir del astillero. Veía que los boquetes de las balas habían sido taponados por manos expertas; tampoco se le ocultó que ya no se oía ruido de las bombas de achique y que, en fin, en los seis días que habían transcurrido desde la última vez que visitó la

fragata, había sido reparada de sus averías por completo, y eso —él lo podía asegurar con conocimiento de causa— se había hecho sin recibir ayuda por parte de los de la costa, en ningún puerto ni rada conocidos, a menos que fuese en un lugar completamente desierto.

—Capitán, me sorprende mucho hallarle aún por aquí —empezó a decir.

—Para mí es un placer y una sorpresa —replicó Hornblower con perfecta cortesía.

—También para mí es un placer —se apresuró a añadir el español—, pero me figuraba que a estas horas ya debía de estar muy lejos, camino de su patria...

—En efecto, voy de camino hacia ella —dijo Hornblower, conciliador—. Pero, como puede ver vuestra merced, no he andado mucho. Sin embargo, habrá notado que he procurado hacer las reparaciones necesarias y en adelante ya nada me detendrá; mi intención es encaminarme inmediatamente a Inglaterra... A menos, caballero, que algún acontecimiento haga aconsejable que yo permanezca en estos mares, por la causa común de nuestros respectivos países.

Hornblower había pronunciado estas últimas palabras no sin cierto temor, y ya estaba pensando qué excusa podría dar, si se aceptaba su ofrecimiento, para eximirse de cumplirlo. Pero la contestación del español le tranquilizó enseguida.

—Gracias, capitán; pero no es necesario aprovechar su generoso ofrecimiento. Los dominios de su católica majestad saben protegerse solos, y estoy seguro que su majestad británica verá con satisfacción el regreso a la patria de uno de los más valerosos navíos defensores de su causa.

Después de aquel intercambio de cumplidos, los dos capitanes se hicieron mutuamente una profunda reverencia, antes de que el español volviese a reanudar su discurso.

—Estaba pensando, capitán, que tal vez quisiese vuestra merced hacerme el gran honor de visitar mi bajel, aprovechando la ocasión que le da este momento de calma del viento. Querría enseñar a vuestra excelencia una cosa que, además de tener cierto interés, le demostraré que podemos prescindir de la ayuda que tan cortésmente nos ofrece.

—¿De qué se trata? —preguntó Hornblower, desconfiado.

El español sonrió.

—Sería para mí un gran placer si pudiese mostrárselo como una sorpresa. Le ruego que no pregunte más...

Automáticamente, la mirada de Hornblower inspeccionó el horizonte. Luego clavó los ojos en la cara de su interlocutor. Éste no era un loco, y sólo un demente podía tramar una traición, estando a tiro de una fragata capaz de hundirle su cascarón con una sola andanada. Y aunque estuviese tan loco como la mayoría de los españoles, no podía llegar a estarlo hasta el punto de emplear la violencia con un

capitán británico. Además, por encima de todas estas consideraciones, a Hornblower no le disgustaba la idea de ver qué cara ponían sus oficiales cuando les anunciara que iba a bordo del guardacostas.

—Gracias, caballero —le dijo—. Me satisfará acompañaros.

El español se inclinó de nuevo y Hornblower se volvió a su segundo.

—Señor Bush, voy a subir al guardacostas. Estaré allí poco tiempo. Mande enseguida el cúter para que me recoja.

Hornblower se divertía al ver cómo Bush intentaba inútilmente disimular su consternación.

—Sí, señor... —Abrió la boca y la cerró enseguida. Hubiese querido protestar, pero no se atrevió, y repitió en voz baja—: Sí, señor.

En la chalupa, y mientras se dirigían hacia el guardacostas, el español se mostró como la cortesía personificada. Habló cortésmente del tiempo. Aludió a las últimas noticias llegadas de España. Ya se sabía con certeza que un ejército francés se había rendido a los españoles en Andalucía, y que los ejércitos españoles e ingleses se habían unido para marchar contra Francia. Describió los estragos que estaba haciendo por allí cerca la fiebre amarilla..., y, entre tanto, conseguía no soltar una palabra que pudiese dar el más ligero indicio sobre la clase de sorpresa que esperaba a Hornblower a bordo del guardacostas.

Ambos capitanes fueron recibidos con el acostumbrado ceremonial español. Hubo mucha agitación y gran profusión de reverencias; dos trompetas y dos tambores tocaron una marcha horriblemente desafinada.

—Todo lo que hay aquí, capitán, está a su disposición —dijo el español con castellana generosidad, y sin ver en la frase que añadió ninguna incongruencia—. ¿Desea algún refresco? ¿Una taza de chocolate?

—Muchas gracias —dijo Hornblower. No consentiría en menguar su dignidad preguntando por la sorpresa que su huésped le reservaba. Podía esperar... sobre todo ahora, que ya veía el cúter a medio camino en dirección del bergantín.

El español no tenía ninguna prisa. Era evidente que de antemano disfrutaba al pensar en el asombro que iba a sentir el inglés y que no podría ocultar. Señaló algunas particularidades del aparejo del guardacostas. Reunió a sus oficiales, para presentárselos a Hornblower. Habló de los defectos de su tripulación, casi toda ella compuesta por indígenas, como la del *Natividad*. Pero, a la larga, acabó triunfando Hornblower. El español ya estaba cansado de esperar una pregunta.

—¿Querría acompañarme por este lado, caballero? —le dijo, y se dirigió hacia el castillo de proa.

Allí, amarrado por la cintura a una viga, con los puños y los tobillos cargados de cadenas estaba el Supremo. Tenía las ropas destrozadas, iba medio desnudo casi; yacía en medio de sus propias inmundicias y el pelo enmarañado le caía sobre la cara.

—Creo que ya tuvisteis el placer de ser presentado a su excelencia don Julián María de Jesús de Alvarado y Moctezuma —le dijo el capitán español a Hornblower—. El que ostentaba el título de Supremo.

Éste no pareció desconcertarse por el escarnio.

—En efecto, ya me fue presentado el capitán Hornblower —dijo con altivez—. Ha trabajado mucho y abnegadamente por mí. Espero que goce vuestra merced de buena salud, capitán.

A pesar de los andrajos, las cadenas y la suciedad que le rodeaba, el Supremo se comportaba con la misma cuidadosa dignidad que Hornblower aún recordaba perfectamente, a pesar de las semanas transcurridas desde entonces.

—Yo también estoy todo lo bien que uno puede desear en este mundo —prosiguió diciendo—. Y es para mí un perpetuo manantial de placer constatar que mis asuntos van viento en popa.

En aquel momento compareció un criado negro, llevando una bandeja con chocolate, seguido por otro con un par de escabeles. Invitado por su anfitrión, Hornblower se sentó y se alegró de poderlo hacer, pues de pronto sentía que se le aflojaban las piernas. El chocolate no le apetecía. El capitán español lo sorbía ruidosamente; el Supremo lo miraba y chasqueó ligeramente los labios, que se le humedecieron; brillaron sus ojos y tendió la mano... Un instante después volvía a recuperar su calma y su indiferencia.

—Espero que el chocolate sea de vuestro gusto, señores míos —les dijo—. He mandado hacerlo expresamente para vuestras mercedes. En cuanto a mí... Mi apetito por el chocolate hace tiempo que desapareció.

—Mejor —replicó el español. Y riendo ruidosamente, acabó de beber el suyo, chasqueando los labios.

Sin hacerle caso, el Supremo se había vuelto hacia Hornblower.

—Me ve encadenado —le dijo—. Realmente, es un capricho extraño que yo y mis siervos hemos tenido. Pero, ¿no le parece a usted también que las cadenas realzan mi figura?

—Sí..., sí, señor —balbuceó Hornblower.

—Estamos en camino hacia Panamá, donde yo subiré al trono del mundo. Hablan de una ejecución. Estos bribones dicen que hay un patíbulo esperando en las murallas de la ciudadela. Será la tarima de mi trono de oro. ¡Será de oro con estrellas de diamantes y una gran luna de turquesas! ¡Y, desde aquella altura, yo promulgaré mis decretos al universo!

El capitán español se desternillaba de risa. Pero el Supremo permanecía imperturbablemente digno, palpándose las cadenas mientras el sol caía implacablemente sobre sus hirsutos cabellos.

—Toda esta satisfacción no durará mucho —le dijo el español a Hornblower,

poniéndose una mano a guisa de pantalla en la boca—. Ya veo cómo llega el cambio... ¡Ahora, ahora tendrá ocasión de verlo de diferente humor!

—El sol, cada día es más luminoso —decía el Supremo—. Es magnífico y terrible, como yo. Puede matar, matar, matar, como ha matado a los hombres que yo exponía a sus rayos... ¿Cuándo fue? Y Moctezuma ha muerto, y también toda su casta; sólo quedo yo. También murió Hernández, pero no fue el sol quien lo mató. Lo ahorcaron, mientras manaba la sangre de sus heridas. Lo ahorcaron en San Salvador, en mi ciudad, y con la cuerda al cuello aún invocaba el nombre del Supremo. Han ahorcado a mucha gente, lo mismo hombres que mujeres. ¡A todos los han ahorcado en San Salvador! Sólo el Supremo permanece gobernando sobre su trono dorado. ¡Su trono! ¡Su trono!

Entonces, el Supremo echó a su alrededor una mirada atónita. Una chispa de conocimiento apareció en su rostro enflaquecido, mientras sacudía las cadenas. Las miró, asombrado.

—¡Cadenas! ¡Esto son cadenas!

Se puso a gritar y a dar alaridos. Una risa estúpida le deformó las facciones. Luego lloró desesperadamente, mientras salía de su boca un alud de maldiciones y mordía las cadenas, revolcándose sobre el suelo del puente. Su voz era ya inarticulada, babeaba y se retorció espantosamente.

—Es curioso, ¿verdad? —dijo el español—. A veces se revuelca y se queda gritando de ese modo durante veinticuatro horas seguidas sin parar.

—¡Bah! —dijo Hornblower poniéndose en pie; y el escabel cayó a su espalda con un golpe seco. Estaba a punto de vomitar. El español vio su rostro pálido y sus labios temblorosos, y se mostró divertido, sin intentar ocultar sus sentimientos.

Pero la protesta que nacía en el interior de Hornblower se quedó sin pronunciar. Su innata prudencia le decía que era lógico que hallándose a bordo de un barco tan pequeño, fuese necesario retener encadenado a un loco en la cubierta; y su conciencia le hacía recordar las torturas que el Supremo infligía a sus víctimas. Aquella costumbre española de mezclar exhibicionismo, locura y grandeza le producía náuseas; pero, si hemos de ser sinceros, tampoco en la historia de Inglaterra faltaban detalles semejantes. ¿Acaso no se vio a uno de los más grandes prosistas del idioma inglés, que además era un alto dignatario de la Iglesia, delirar por los honores que consideraba que se le debían? Podía argumentar por ahí.

—¿Le ahorcarán a pesar de estar loco? —preguntó Hornblower al capitán español—. ¿Sin darle ocasión a que se reconcilie con Dios?

El español se encogió de hombros.

—Locos o cuerdos, los rebeldes deben ser ahorcados. Vuecencia debe de saberlo tan bien como yo.

En efecto; Hornblower lo sabía. Y comprobarlo le dejaba sin argumentos a que

apelar; no vio otra salida que la de murmurar algunas palabras incoherentes, mientras interiormente se despreciaba a sí mismo. Perdida la dignidad a sus propios ojos, no le quedaba otro recurso que intentar salvar de ella algún jirón ante su prójimo. Reconociendo la inconsistencia de su argumento, se sobrepuso.

—Le agradezco, caballero, que me haya proporcionado la ocasión de asistir a un espectáculo tan interesante. Pero veo que ya es hora de despedirme. Me parece que pronto se pondrá a soplar el viento y me gustaría aprovecharlo...

Erguido y con tranquila dignidad, bajó a su lancha y se sentó en la popa, junto al timón. Todavía se vio obligado a hacer un esfuerzo para dar la orden de remar; y, ya en marcha, mientras sus marineros les conducían a la *Lydia*, permaneció triste y taciturno. Bush, Gerard y lady Bárbara se le quedaron mirando apenas puso el pie en cubierta. No parecía sino que llevase la muerte escrita en el rostro. Sin ver ni oír nada de lo que le rodeaba, corrió a su camarote a esconder su propia emoción. Con la cara oculta en su litera, prorrumpió en sollozos durante unos segundos, hasta que pudo reponerse y empezó a acusarse de imbécil y de débil. Pero fueron necesarios varios días para que su rostro perdiese la expresión de desamparo mortal, y durante aquellos días prefirió la soledad de su cabina, sintiéndose incapaz de unirse a la compañía de los del puente, cuya alegre charla le llegaba por la escotilla. Para él era una prueba más de su estupidez y debilidad haberse dejado conmover por la visión de un loco criminal que iba a recibir su merecido castigo.

## CAPÍTULO 22



Bajo la luna de aquella noche calurosa, lady Bárbara y el teniente Bush hablaban, sentados cerca de la barandilla de popa. Tal vez fuese la primera vez que Bush tenía la suerte de estar a solas con ella; y eso por pura casualidad —es posible que él lo hubiese evitado de haberlo previsto—; pero a partir del momento en que empezó a hablar, disfrutó del momento sin la menor preocupación. Sentado en el montón de almohadones rellenos de estopa que Harrison mandara confeccionar especialmente para lady Bárbara, se cogía las rodillas con las manos cruzadas. Lady Bárbara se había acomodado en su silla extensible. La *Lydia* se mecía suavemente al compás de la dulce música de las olas y de los arpegios que la brisa arrancaba a las jarcias. La blancura de las velas refulgía a los rayos de la luna; en el cielo brillaban miríadas de fulgurantes estrellas.

Pero el excelente Bush, al contrario de lo que hubiese hecho cualquier muchacho de buen sentido al encontrarse en compañía de una hermosa joven y bajo un cielo iluminado por una luna tropical, no hablaba de sí mismo.

—Es verdad, señora —decía él—. Es como Nelson. Tan nervioso como Nelson y siempre por los mismos motivos. No hace más que pensar y pensar... ¡Os asombraríais si supieseis las cosas que pasan por su cabeza!

—No creo que me sorprendiera —contestó lady Bárbara.

—Eso es porque también piensa, señora. Somos nosotros, los tontos, los que nos quedamos asombrados... Eso es lo que yo quería decir. Porque él tiene más entendimiento que todos nosotros juntos... excepto usted, señora. Es un hombre inteligente, se lo aseguro.

—No lo dudo.

—Y, además, es el mejor marino de todos nosotros y, en cuanto a entender de navegación... Crystal es un niño de pecho a su lado.

—¿De veras?

—Claro está que a veces se muestra un poco brusco conmigo, igual que con todos los demás. Pero yo lo comprendo, porque, como tiene tantas preocupaciones... y no es un hombre demasiado robusto, lo mismo que le pasaba a Nelson. A veces me preocupo por él, señora.

—Se ve que es que lo quiere usted.

—¿Que yo lo quiero? —A la obstinada mente inglesa de Bush no le gustaba aquella palabra, por lo que suponía de sentimental; así, él rió, un poco molesto—. Ya que usted lo dice, debe de ser verdad. Nunca pensé... eso de quererlo. Pero me gusta; eso sí es cierto, sí, señora.

—Eso es lo que yo quería decir.

—Los hombres de a bordo lo adoran. Harían cualquier cosa por él. Fíjese en lo que ha hecho durante este viaje... y no hemos empleado el látigo una sola vez. Eso es porque es igual que Nelson. Se hace querer... no por sus acciones ni por sus palabras, sino por sí mismo.

—También es bastante guapo —observó lady Bárbara, que era lo bastante femenina para considerar al capitán desde ese punto de vista.

—Sí... Es posible que sea así, ya que lo menciona, señora. Pero a nosotros no nos importaría que fuese más feo que el pecado.

—Claro que no.

—Pero, señora, lo que ocurre es que es tímido. El ni se imagina ser tan inteligente como es. Es una cosa que me sorprende. Lo creeréis o no, señora; pero es cierto que no tiene tanta confianza en sí mismo como la que yo tengo en mí; no sé si me explico bien... Es posible, incluso, que tenga menos. Ya me entiende, ¿verdad?

—¡Qué raro...! —Ella estaba acostumbrada a la seguridad en sí mismos de sus hermanos, líderes que, siendo poco amados, no se preocupaban de ello lo más mínimo; pero interiormente sabía que había dicho esa palabra sólo por cortesía. En realidad no encontraba en ello nada de extraño.

—¡Mire, señora! —dijo Bush bajando de repente la voz.

Hornblower había subido cubierta. Ambos contemplaban su rostro pálido a la luz de la luna, mientras él se volvía a mirar a su alrededor para cerciorarse de que todo estaba en orden, y en él vieron de ese modo los tormentos que le obsesionaban. Durante los segundos que le pudieron contemplar tan de cerca sin ser vistos, les pareció un alma en pena.

—Yo no sé lo que daría por saber... —dijo Bush, cuando Hornblower se hubo marchado de nuevo a encerrarse en la soledad de su camarote—, por saber qué cosa le pudieron hacer o decir aquellos diablos cuando estuvo a bordo del guardacostas. Hooker, que estaba en el cúter, ha contado que se oía la voz de un hombre que gritaba como un condenado. ¡Esas fieras! Alguna de sus bestialidades, supongo. Y cuando el capitán volvió aquí, se veía que estaba trastornado.

—Sí —dijo lady Bárbara.

—Le agradecería mucho que procurase distraerle de sus cavilaciones... Perdóneme si me tomo esta libertad, señora. Pero yo creo que tiene necesidad de distraerse. Tal vez pudiera... Perdón, señora.

—Lo intentaré, pero no creo llegar a conseguir gran cosa donde vosotros habéis fallado. El capitán Hornblower no me ha hecho nunca mucho caso, teniente Bush.

Sin embargo, afortunadamente, la ceremoniosa invitación para comer que lady Bárbara hizo transmitir a Polwheal por medio de Hebe y que aquél llevó a su capitán, llegó en un momento en que Hornblower intentaba deshacerse del humor melancólico

en que había caído. Leyó el billete con el mismo cuidado con que lady Bárbara lo había escrito... y hay que decir que, al hacerlo, puso sus cinco sentidos. Empezaba excusándose graciosamente al distraerle en un momento en que se veía agobiado por sus deberes; pero por mediación del teniente Bush había sabido que la *Lydia* estaba a punto de cruzar el ecuador, y creía que la cosa merecía un pequeño festejo. Por eso lady Bárbara se sentiría muy feliz si el capitán Hornblower quisiese darle el placer de acompañarla en la mesa, indicándole, al mismo tiempo, quiénes de entre sus oficiales deseaba que los acompañasen. Hornblower le escribió contestándole que el capitán Hornblower aceptaba muy complacido la amable invitación y esperaba que lady Bárbara invitase, además, a los oficiales que, a su juicio, fuesen dignos de tamaño honor.

Sin embargo, ni aun la alegría de disfrutar de nuevo de alguna distracción aparecía exenta de amargura. El capitán Hornblower siempre había sido pobre; y, cuando tomó el mando de la *Lydia*, tuvo que devanarse los sesos para poder adquirir lo poco que precisaba, y dejar a María lo necesario para vivir. Por tanto, no había equipado convenientemente su vestuario, y en esos momentos su ropa, después de unos meses de uso, era punto menos que impresentable. Las casacas estaban remendadas y zurcidas; las charreteras descubrían, con su sospechosa brillantez, que eran de latón sobredorado; los sombreros estaban hechos una lástima; los calzones y las medias se caían a pedazos; los fajines de seda, de buena calidad y blancos en otros tiempos, se habían deteriorado y ya no podían pasar por seda. Sólo la espada, «que valía cincuenta guineas», conservaba su aceptable aspecto; pero una espada no es cosa que pueda lucirse en una comida.

Hornblower se daba perfecta cuenta de que sus calzones de marinero de tela blanca, cortados y cosidos a bordo de la *Lydia*, no poseían la elegancia a que estaba acostumbrada lady Bárbara. Daba impresión de pobreza y, además, se sentía muy pobre; y, mirándose a hurtadillas en el pequeño espejo, estaba seguro de que lady Bárbara se reiría de él. Para colmo, se descubrían algunas hebras grises entre sus oscuros cabellos, y con profundo disgusto vio al descubierto un ancho sector de su cráneo, muy rosado, al hacerse la raya en el pelo... Desde hacía algún tiempo su calvicie se acentuaba desmesuradamente. Se miró, disgustadísimo; y, sin embargo, sabía que hubiese dado de buena gana un brazo, una pierna, o los pocos cabellos que aún le quedaban por una condecoración o algún signo honorífico que le permitieran destacarse a los ojos de lady Bárbara.

Pero tampoco aquello ofrecía ninguna ventaja extraordinaria, ya que ella había vivido siempre entre caballeros de la Jarretera y de la Rosa, honores a los cuales jamás podría aspirar él.

Estuvo a punto de mandar un mensaje a lady Bárbara diciéndole que había cambiado de pensamiento, y que, por lo tanto, no comería con ella, pero reflexionó

que si hacía eso después de tantos preparativos, Polwheal se imaginaría que su capitán se avergonzaba de su pobre indumentaria y se reiría de él y de su pobreza. Acabó por presentarse a cenar y tomó su desquite sentándose ceñudo y taciturno a la cabecera de la mesa, matando en flor toda tentativa de conversación. Por eso, la pequeña fiesta empezó en un ambiente de frialdad y de falta de espontaneidad. Realmente era una triste venganza; pero ver que desde el otro extremo de la mesa lady Bárbara le miraba muy preocupada representó para Hornblower una leve gratificación. Mas pronto se acabó su satisfacción, pues lady Bárbara sonrió de repente y con sus maneras de gran señora inició una conversación que no tenía nada de grave, y obligó a Bush a contar de nuevo sus recuerdos de la batalla de Trafalgar. Según le constaba a Hornblower, ella ya había oído esa historia un par de veces por lo menos.

La conversación se generalizó pronto, haciéndose muy animada, pues Gerard no quería consentir que Bush la acaparara y consiguió intervenir contando la historia de su encuentro con un corsario argelino, a la altura del cabo Espartel, en los tiempos del tráfico de esclavos. Mientras permanecía en silencio, escuchando lo que contaban los otros, a Hornblower le entró el deseo de meter baza en la conversación... después de todo, también él era un hombre de carne y hueso. Y antes de que se hubiese dado cuenta de ello, se vio tomando parte en la charla a propósito de una inocente pregunta hecha por lady Bárbaras sobre sir Edward Pellew, pues el capitán Hornblower había sido guardiamarina y luego primer oficial a bordo de su buque, de lo cual se sentía muy orgulloso. Solamente al final de la fiesta volvió Hornblower a sentirse de mal humor y después de beber a la salud del rey, se negó a aceptar la invitación de lady Bárbara para jugar una partida de *whist*. El creyó que, si no otra cosa, este hecho causaría cierta impresión: y, en efecto, impresionó mucho a los oficiales y pudo ver cómo Bush y Gerard se cruzaban una mirada de asombro, al oír que su capitán no quería jugar al *whist*. Desde su camarote, le llegaban por la escotilla los rumores de una movida partida de *vingt-et-un*, propuesta por lady Bárbara, en lugar del *whist*. Casi sintió no tomar parte en ella, aunque, a su parecer, el *vingt-et-un* fuese un juego poco interesante.

Sin embargo, y tal como se había propuesto lady Bárbara, aquella comida sirvió para romper el hielo entre ambos. Ya volvía a hablar con ella e incluso discutía acerca del estado de los pocos heridos que estaban ya convalecientes. Al cabo de algunos días le pareció natural encontrarla sobre cubierta por las mañanas y entretenerse hablando con ella en las calurosas tardes y en las mágicas noches tropicales, en tanto que la *Lydia* seguía su interminable derrota a lo largo de la serena grandiosidad del Pacífico. Ya no se acordaba de las casacas viejas ni de los calzones con rodilleras, olvidó los feroces proyectos de relegar a lady Bárbara a la cabina que se le había destinado y, gracias a Dios, ni siquiera se conturbaba su imaginación por el recuerdo

de la vista del Supremo encadenado en el puente de la nave, ni por la del moribundo Galbraith, ni tampoco por la del cuerpo del pobre Clay, decapitado, desangrándose en la cubierta. Y si por azar resurgían semejantes recuerdos, ya no se acusaba de ser un cobarde por preocuparse por ellos.

Eran días casi felices. El acostumbrado trabajo de a bordo se realizaba con la regularidad de un reloj. A cada hora, o poco menos, soplaban un poco de viento que permitía gobernar el timón y a veces, cuando era más fuerte de lo acostumbrado, servía para interrumpir la monotonía cotidiana. No hubo ni siquiera una tempestad en aquellos días soleados que parecían no tener fin. La imaginación podía creer en su eternidad, pues los 50° de latitud sur parecían una meta inasequible, y los navegantes podían disfrutar de la inacabable delicia del viaje sin preocuparse por la continua advertencia que el sol les hacía cada mediodía, al mostrar una mayor inclinación hacia el horizonte; y cada medianoche, al verse la Cruz del Sur a más altura.

Aquellas noches maravillosas presenciaban el nacimiento de una nueva amistad, mientras la estela que dejaba tras de sí la nave parecía una larga cinta de fuego sobre la suave luminosidad del mar. Lady Bárbara y el capitán Hornblower se decidieron finalmente a hablar entre sí e intercambiar impresiones. Ella contaba las frivolidades de la corte virreinal en Dublín y las intrigas que rodeaban a cierto gobernador general de la India; hablaba de los emigrados franceses que sabían hacerse respetar por los fundidores del norte, orgullosos de lo bien provisto de sus caudales; de las extravagancias de lord Byron y de la idiotez de los reales duques. Hornblower la escuchaba sin pizca de envidia.

A su vez, él podía contar los meses pasados en el bloqueo continental, luchando contra las tormentas en el golfo de Vizcaya, cuya costa estaba férreamente fortificada, y el modo en que Pellew llevó sus fragatas a través de los desencadenados elementos con dos mil hombres a bordo para recordarle a los franceses sus *Droits de l'Homme*. Contaba las fatigas, crueldades y privaciones de una existencia monótona y laboriosa, que a lady Bárbara le parecía tan fantástica e irreal como a él la de ella. A medida que su amor propio se iba sintiendo desarmado, se atrevía incluso a confiarle sus ambiciones que —él lo creía así— debían parecerle tan fútiles como los de un niño que suspirase por un caballito de cartón. Le hablaba de esas dos mil libras esterlinas de botín que era todo lo que se necesitaba para complementar su media paga, y en lo cual consistían todas sus apetencias, además de una casita con cuatro palmos de tierra y muchos, muchos estantes de libros...

Sin embargo el rostro de la dama, que aparecía claramente iluminado por el brillante fulgor lunar, permanecía como si lo surcasen fugaces rastros de envidia, porque las ambiciones de Bárbara Wellesley eran mucho menos concretas y muy difíciles de expresar. A decir verdad, no sabía exactamente qué era lo que deseaba; pero sabía muy bien que, fuese lo que fuese, no lo conseguiría si no era casándose.

Que la hija de un conde pudiese envidiar a un capitán de marina, pobre de solemnidad, era cosa que conmovía profundamente a Hornblower. Lo leía en aquellas facciones que besaba la luna; y se sentía feliz y desgraciado a la vez, al pensar que lady Bárbara tuviese que envidiar nada a nadie en este mundo.

Discutían sobre libros y sobre poesía, y Hornblower se convertía en defensor de la escuela clásica, que florecía en tiempos de la reina Ana, contra los bárbaros cabecillas de la revolución, que parecían complacerse en desafiar y despreciar todas las reglas establecidas. Lady Bárbara le escuchaba con paciencia y, a veces, hasta asentía a sus argumentos, cuando él hablaba de Gibbon (al que tributaba la más sincera admiración), de Johnson y de Swift; aplaudía las citas que hacía de Pope y de Gray, pero sus simpatías estaban también con los bárbaros. Había un loco llamado Wordsworth, de cuyas revolucionarias teorías literarias ya había oído hablar Hornblower con vago espanto; sin embargo, lady Bárbara creía su deber romper una lanza en su favor. Devolvía limpiamente la pelota a Hornblower declarando que Gray no era más que un precursor de la misma escuela; citaba a Campbell y a aquel innovador llamado Scott, autor de novelas históricas, y consiguió arrancar a Hornblower una desganaada aprobación de un áspero poema titulado «La Balada del Viejo Marinero», aunque él, a la desesperada, insistía en que el único mérito estribaba en el hecho narrado, y que si Pope hubiese tratado el mismo tema en alejandrinos lo habría hecho mucho mejor, sobre todo de haber pedido consejo a alguien que entendiera de navegación y de arte náutico; algo más, sobre todo, que ese tal Coleridge.

A veces le parecía a lady Bárbara algo raro que un oficial de marina fuese tan apasionadamente aficionado a la literatura; pero a medida que pasaban los días iba enterándose de muchas otras cosas. Los capitanes navales no eran todos iguales, como podían imaginar de forma despreocupada los legos. Por Bush, por Gerard o por Crystal, lo mismo que por el mismo Hornblower, sabía que existían oficiales de marina que componían elegías griegas; y otros que, en su camarote, coleccionaban mármoles sacados de las islas de Grecia; y también los había que clasificaban los erizos de mar y tenían correspondencia con el naturalista Cuvier, lo mismo que, en el extremo opuesto, había capitanes que gozaban viendo desgarrar cuerpos humanos por el «gato de nueve colas»; otros que se emborrachaban perdidamente cada noche, y causaban destrozos en sus buques en los accesos de delírium trémens; capitanes que mataban de hambre a sus hombres y les hacían levantarse a cada toque de campana día y noche. Y ella creía estar en lo justo al suponer que Hornblower estaba por encima de la mayoría de esa clase de gente que los de tierra están siempre dispuestos a considerar que vale mucho menos de lo que realmente vale.

Por lo demás, el capitán Hornblower le había gustado desde el mismo día en que lo vio por primera vez en su fragata. Ahora se iban acostumbrando el uno al otro, casi

del mismo modo en que se suele acostumbrar uno a las drogas; y, cuando se hallaban separados, experimentaban como un vago malestar. El monótono viaje que la *Lydia* seguía hacia el sur favorecía estos sentimientos. Ya era un hábito cambiar una sonrisa cuando, por la mañana, se veían en el alcázar; una sonrisa llena de secreta inteligencia, evocadora de las íntimas conversaciones sostenidas la noche anterior. Para Hornblower ya era una costumbre discutir con lady Bárbara la ruta del buque y las millas recorridas, después de tomadas las observaciones del mediodía; la de beber juntos el café a media tarde y, sobre todo, la de hallarse a la caída de la noche junto al pasamano de la borda de popa, aunque no se hubiesen citado de forma explícita, y entretenerse allí, mientras iba cerrándose la oscuridad en la noche calurosa y naciendo el diálogo que se prolongaba sin sentir, bajo el mágico titilar de las estrellas, hasta que, con una desgana que ambos querían ignorar, se separaban para entregarse al descanso, mucho después de la medianoche...

Pero también sabían estar callados, sin que se les escapase ni una sílaba durante largos minutos, absortos en la contemplación de la cúspide de los palos que, con el balanceo de la nave, dibujaban imaginarios círculos y espirales en el estrellado cielo, mientras prestaban oído a las débiles sinfonías que el viento tejía entre el cordaje de las velas, y sus pensamientos vibraban al unísono de tal modo que, con frecuencia, si el uno hablaba, era para completar o asentir a lo que el otro estaba pensando. En aquellos momentos lady Bárbara, como cualquier joven normal, dejaba su mano a un costado, de modo que hubiese podido ser acariciada sin que ella opusiera mayor resistencia. Eran muchos los hombres que lo habían hecho así, cuando ella no lo deseaba —en los bailes de Londres, en las fiestas del Gobernador General...— y en cambio ahora, aunque se daba cuenta de cuan imprudente e insensato sería animar la más mínima intimidad física en un viaje que aún debía prolongarse durante varios meses, se mostraba tan imprudente y tan insensata como para arriesgarse a ello, sin detenerse demasiado a analizar sus propios impulsos. Pero Hornblower parecía no hacer caso de aquella mano. Lady Bárbara le veía ahora mirando las estrellas, sereno e inmóvil el rostro, y hallaba una innegable satisfacción al atribuirse el mérito de la transformación que se había operado en él desde la noche en que, hablando con Bush, había podido descubrir en la cara de Hornblower un inexpresable sufrimiento.

Aquella fase del viaje duró largas y felices semanas, en tanto que la *Lydia* seguía rumbo al sur, siempre más al sur, hasta que las noches se volvieron frías y las mañanas nubladas y el cielo azul se tornó gris y la primera lluvia bañó los puentes, en tanto que el viento de poniente se hacía más y más vivo y tormentoso. Si lady Bárbara deseaba permanecer sentada en la cubierta, se veía obligada a envolverse en un gabán de marino. Insensiblemente, las veladas junto a la balaustrada fueron distanciándose hasta terminar. La *Lydia* pasó a través de una tormenta, a pesar de que aquello era el verano de los antípodas.

El frío se hacía cada vez más intenso. Por primera vez pudo lady Bárbara ver a Hornblower vestido con su ropa encerada, con su gran sombrero, y pensó que aquel atuendo, aunque era horrible, le sentaba muy bien. A veces, entraba él en la cabina de popa con los ojos brillantes y las mejillas enrojecidas por el aire, y a ella le parecía que su sangre palpitaba al mismo ritmo que la de él. Lady Bárbara se calificaba a sí misma de tonta, y pensaba que esa debilidad se debía a que Hornblower era el único hombre de a bordo que contaba con cierta cultura, y era lógico que, después de cuatro meses de vida en común, acabase por amarle, o por odiarle... Y como en su modo de ser no había lugar para el odio, lo otro resultaba inevitable. Se decía que apenas se hallase de vuelta con los suyos y le fuese posible comparar a Hornblower con ellos perdería la mayor parte de su atractivo y del interés que ahora acaparaba.

En alta mar se veían las cosas de diferente modo, o por lo menos intentaba convencerse de que así era. Buey y cerdo salado, galleta llena de bichos y guisantes secos, y una copa de jugo de limón dos veces a la semana. La monotonía no tenía otra explicación. Con una vida semejante la menor nimiedad adquiría una importancia desmesurada. Lo mismo que el dolor de muelas tiende a desaparecer apenas el pensamiento halla una distracción cualquiera, aquel sentimiento que mordía en su corazón desaparecería apenas surgiese otro que lo superase. Sí; todo eso era cierto; pero lo raro era que no por ello cambiaban sus sentimientos.

La *Lydia* había entrado en la región de los alisios occidentales. Cada día que pasaba se dejaba sentir el viento con más fuerza; cada día era el mar más grueso. Ahora avanzaba muy rápido. Hubo dos o tres andaduras en que navegó doscientas cuarenta millas marinas y tal vez más, de un día al otro. Hacía frío y llovía a cántaros; en cubierta había a veces agua hasta la rodilla. Eran momentos que lady Bárbara se veía obligada a pasarlos tendida en la litera, mientras el buque se balanceaba de tal modo que parecía ir a volcar. Hebe, que nunca consiguió dominar completamente el mareo, gemía y le castañeteaban los dientes a causa del frío, envuelta en una manta. Era imposible mantener un fuego encendido; imposible cocinar nada caliente. Y el estruendo del maderamen parecía la voz de un órgano que se propagase por la nave de una iglesia.

Fue a la mitad del viaje, en cuanto alcanzaron el cabo de Hornos en su extremos sur, en donde se reveló toda la caprichosa y extremada fantasía de aquel clima. Una hermosa mañana, apenas se hubo despertado, sintió lady Bárbara que el movimiento del buque había tomado su acostumbrado balanceo. Polwheal llamó a la puerta del camarote, llevando una embajada de su capitán: lady Bárbara podía aprovechar la bonanza para tomar el aire en cubierta en cuanto quisiera. Y ella vio que el cielo era azul y el aire estaba límpido, aunque era tan frío que agradeció la capa de grueso paño que Gerard se tomó la libertad de ofrecerle. La fuerza del viento había disminuido mucho y, con una ligera brisa, corría la *Lydia* a todo trapo y bajo un

hermosísimo sol. Era un gran placer sentir nuevamente la cubierta bajo sus pies; y aun había otro mayor: beber el café caliente, casi hirviendo, que Polwheat, con una sonrisa de oreja a oreja, servía a lady Bárbara y a los oficiales en el castillo. Y, además, era una voluptuosidad llenarse los pulmones de aire puro después de haber respirado durante tantos días los metílicos vapores del interior. Las miradas de lady Bárbara y de Hornblower se encontraron y cambiaron una sonrisa rápida. En las antenas y en los palos los trajes de los marineros, puestos a secar, parecían gesticular con alegría, agitando cien brazos, felices de sentir la caricia de aquel viento vivificador. Pero sólo aquella hermosa mañana les concedió el cabo de Hornos. Antes del mediodía se había extendido ya una nube sutil cubriendo el sol, y el viento volvía a aumentar, y, a barlovento, se amontonaban espesas nubes negras que, a poco, daban alcance a la fragata.

—Recoja los sobrejuanetes, señor, Bush —gruñó Hornblower, inquieto, mirando hacia la popa—. Lady Bárbara, me temo que tendrá que retirarse nuevamente a la cabina.

El vendaval se abatió sobre la fragata silbando furiosamente, antes de dar tiempo a lady Bárbara a que se internase en su camarote. Durante todo el día, la *Lydia* corrió con el viento, y por la noche lady Bárbara se apercibió, por el modo de moverse que tenía el buque, de que Hornblower se había visto obligado a virar de bordo, tan experta se había vuelto en las cosas del mar. Durante treinta y seis horas la *Lydia* se quedó al paio, mientras a su alrededor parecía como si se hundieran los cielos. Pero había que consolarse con el pensamiento de que, en su camino hacia Oriente, su deriva a sotavento le hacía avanzar un poco. Lady Bárbara no hubiese creído nunca que aquellos hombres consiguiesen doblar el cabo de Hornos navegando hacia poniente. Le consolaba estar de acuerdo con Hornblower en que (apenas se firmasen las paces con todos) no pasaría mucho tiempo sin que el mundo entero exigiese que fuese abierto un canal que atravesase el istmo de Panamá. Entre tanto no quedaba más remedio que tener paciencia y esperar la llegada del día en que arribaría a Santa Elena. Allí hallarían carne fresca y verduras y, aunque pudiese parecer una utopía, también leche y frutas.

## CAPÍTULO 23



El cambio de las condiciones atmosféricas apenas doblado el cabo de Hornos fue radical. A lady Bárbara le pareció un sueño. Hasta entonces, los borrascosos vientos del sudoeste se mantenían sobre unos mares grises y traidores y las olas eran tan altas como los palos; y, al día siguiente, ya aparecían navegando bajo unos cielos azules y mecidos por suaves brisas procedentes del sudoeste. En realidad, habían tenido suerte, pues aquella última borrasca en el sudoeste había servido para conducirles, sanos y salvos, a las zonas de los alisios meridionales. Dejaban a sus espaldas el otoño de las antípodas; y, en el camino del sol, la primavera septentrional salía ya a su encuentro. El mar se volvía azul, de un azul tan intenso que ya era imposible pedir más, con el consiguiente y maravilloso contraste que contra él ofrecían las blanquísimas espumas. Los peces voladores rasgaban con sus rápidas apariciones el esmalte de las aguas. Y enseguida las molestias y las emociones del Cabo de Hornos quedaron olvidadas como una pesadilla lejana.

Parecía la cosa más natural del mundo que al caer de la tarde lady Bárbara se hallase sentada, como siempre, cerca del pasamano de popa; y también era muy natural que la figura de Hornblower apareciese entre la sombra del crepúsculo y aceptase el invariable y cortés ofrecimiento para acomodarse a su lado. También era naturalísimo que los oficiales considerasen ese estado de cosas como algo ya reconocido y aceptado de mucho tiempo atrás, y que el oficial de guardia limitase el radio de su paseo a la parte de proa del puente. Cuando dieron las ocho campanadas y Gerard subió a sustituir a Rayner, con una señal del pulgar y de la cabeza éste último indicaba las dos sombras acomodadas junto al pasamano. A la luz de las estrellas brillaron los dientes blancos sobre el moreno rostro de Gerard, que sonreía.

Conocía la virtud de la dama desde hacía tiempo; mucho tiempo antes de que el capitán se hubiese dado cuenta de que existía tal señora. Por eso dudaba de que Hornblower triunfase en donde él había fracasado. De todos modos, Gerard era lo bastante discreto para no intentar siquiera competir con su capitán. Gerard tenía muchos proyectos de conquistas con los que se entretenía durante las silenciosas guardias nocturnas, y era lo bastante filósofo como para desear sinceramente buena suerte al capitán, volviendo discretamente la espalda a los que a pocos pasos de distancia estaban haciéndose confianzas.

Sin embargo, lo mismo para Hornblower que para lady Bárbara, las cosas no eran iguales en el Atlántico que en el Pacífico. Él sentía una tensión que hasta entonces le había sido desconocida; tal vez se debiera a que habiendo pasado ya el cabo de Hornos, pensaba que ningún viaje es eterno, ni siquiera el que se realiza a bordo de

un velero; y que las cinco mil millas que le separaban de Portsmouth también habrían de llegar a su término. En el Pacífico la compañía de lady Bárbara le había dado un sentimiento de serenidad, y en cambio en el Atlántico le producía malestar, como si en las calmosas aguas de los mares de las Indias Occidentales el barómetro descendiese con velocidad.

Por alguna razón, tal vez porque su pensamiento se había fijado en su patria, la imagen de María se le presentaba a menudo aquellos días. María, pequeña y redondita, con la sombrilla de seda negra que solía usar; con su pecosa piel; María, con la camisa de dormir de franela y los rizadores de papel en el pelo, con una nota amorosa en la voz un poco baja; María, que estaba regateando con la patrona de una fonda; y, en fin, María, a bordo en Portsmouth, con un gesto de disgusto en su rostro que revelaba con franqueza la mala opinión que tenía de las gentes de a bordo. No, no era decente recordar sólo esas cosas de su mujer; más bien hubiera debido recordarla en aquella noche febril, en la fonda de Southsea, con los ojos enrojecidos por las lágrimas, cuando valerosamente disimulaba el temblor de sus labios, con el pequeño Horacio agonizando por la viruela entre sus brazos maternos y la pequeña María muerta en la habitación de al lado.

—¡Ejem! —se le escapó con voz ronca agitándose inquieto en su asiento. A la luz de las estrellas escrutó lady Bárbara su rostro. Tenía aquella expresión de frialdad y alejamiento que ella había aprendido a temer.

—¿No podría decirme qué es lo que le angustia, capitán? —le preguntó con dulzura.

Hornblower sacudió la cabeza después de unos instantes de silencio. No, no podía, por la sencilla razón de que él tampoco lo sabía, y aunque por naturaleza fuese muy dado a la introspección, ni a sí mismo se atrevería a confesarse que estaba haciendo la comparación entre su mujer, pequeña y regordeta, y otra, alta y esbelta, entre unas mejillas de luna llena y una cara de clásico perfil.

Aquella noche Hornblower durmió mal y el paseo matinal del día siguiente no fue dedicado a su acostumbrado fin. Le resultaba difícil obligar a su entendimiento a ocuparse de las cuestiones de los víveres y del agua, de los vientos y del rumbo, o de la manera de tener ocupada a la tripulación para que no surgieran disputas, problemas estos que tenía por costumbre resolver durante aquella hora, lo que luego le permitía presentarse durante todo el día como un hombre que sabe tomar rápidas decisiones. Era demasiado desgraciado para pensar con objetividad, y, por otra parte, su imaginación se debatía en conjeturas tan monstruosas que estaba aterrado. Se sentía fuertemente tentado a declararse a lady Bárbara; esto, por lo menos, no se lo negaba a sí mismo. Lo deseaba con desesperación. Con sólo pensarlo notaba una punzada en el corazón, una especie de intensa y dolorosa nostalgia.

Pero lo más monstruoso de sus pensamientos era la idea de que tal vez lady

Bárbara no le rechazara. Cosa inconcebible y sin embargo no imposible, como el desarrollo de una pesadilla. Y solamente el pensamiento de poner sus ardorosas manos sobre los fríos senos de ella le hacía estremecer y le causaba una extraña desazón. Y también era un tormento el deseo de probar la dulzura de sus besos. Hacía casi un año que vivía encerrado a bordo de la *Lydia*, y un año de vida contra natura produce singulares imaginaciones. Y allá, en el fondo del tétrico horizonte de sus pensamientos, el capitán Hornblower veía surgir fantasías aun más extrañas; negros fantasmas de estupro y de crimen.

Sin embargo, mientras Hornblower se entretenía con esas locuras, su maldito espíritu analítico trabajaba barajando pros y contras. Tanto si ofendía a lady Bárbara como si la seducía estaría jugando con fuego. Los Wellesley podían aplastarle a su gusto. Podían despojarle de su empleo de capitán y dejarle consumirse para siempre a medio sueldo, y aun podían hacerle algo peor, por poca animosidad que sintieran por él; cualquier pretexto que les pudieran proporcionar las acciones en que él tomó parte el año anterior sería un motivo suficiente para hacerle comparecer ante un consejo de guerra; y un consejo de guerra promovido por los Wellesley podía llegar a degradarle y verse abandonado así a la caridad pública. Eso era lo peor de todo lo que le pudiese acontecer —excepto quizás un duelo de fatales consecuencias para él—; sin embargo, esto último, tal vez fuese lo mejor. Suponiendo, y no era nada imposible, que los Wellesley ante el hecho consumado buscasen el modo de hacer de la necesidad virtud y lo arreglasen todo lo mejor posible... No, no era creíble. Entonces debería pedir el divorcio de María y eso suponía presentar una instancia al Parlamento y hacer un gasto de cinco mil libras esterlinas.

Una aventura con lady Bárbara suponía arruinarse completamente, tanto en lo social como en lo profesional y financiero. Y él sabía muy bien que una vez que hubiese dado el primer paso, ya no podría fiarse de sí mismo. Cuando a costa de sobrehumanas fatigas había hecho remolcar la *Lydia* para acercarla a tiro del *Natividad* y había combatido con él, como si dijéramos, cuerpo a cuerpo, los peligros experimentados habían sido de tal magnitud que sudaba de angustia solamente al recordarlo. El riesgo y el peligro le atraían irremediabilmente a pesar de que sabía que era un loco exponiéndose; se conocía demasiado a sí mismo para ignorar que nada era capaz de contenerle en cuanto se liaba la manta a la cabeza. Hasta pensándolo con frialdad, había algo peligrosamente atrayente y fascinador en el hecho de desafiar a toda la casta de los Wellesley y esperar a pie firme a ver qué pasaba.

Pero todas esas frías consideraciones se disolvían en una oleada de pasión avasalladora cuando pensaba en ella, tan esbelta y graciosa, tan dulce y comprensiva. El se estremecía de pasión, la sangre le hervía en las venas y vagas imágenes pasaban ante sus ojos, en un confuso panorama. Apoyado en el pasamanos, miraba sin verlas

las azules ondas, manchadas aquí y allá por doradas algas, ignorante de todo lo que sucedía a su alrededor excepto la lucha feroz que sostenía entre su cuerpo y su espíritu. Cuando al fin el latir de sus arterias se hubo calmado y se pudo fijar de nuevo en la nave en que estaba, le pareció que todo tenía una extraña precisión y claros contornos. Veía hasta en sus más mínimos detalles la complicada trama en la que estaba enzarzado un marinero en el castillo de proa a ciento veinte pies delante de él. Pocos minutos después se alegró muchísimo de volver a ser dueño de sí; porque lady Bárbara subía en aquel momento a la cubierta, sonriendo como siempre cuando sentía que el sol la besaba al salir de su camarote, y pronto se encontró hablando con ella.

—Esta noche he soñado mucho —le dijo acercándose a él.

—¿De veras? —contestó Hornblower azorado. El también había tenido sueños...

—Sí —prosiguió lady Bárbara—. He soñado sobre todo con huevos, huevos fritos y huevos a la cazuela, y rebanadas de pan blanco con una cantidad así de grande de mantequilla. ¡Y café con leche, con mucha, mucha nata! Y coles: coles hervidas. Mis sueños no han llegado a la extravagancia de un plato de espinacas; pero he visto uno de zanahorias tiernas. Y, luego, al despertar esta mañana, Hebe me ha traído el acostumbrado café negro, con el pan de maíz, y Polwheal me ha preguntado si prefiero cerdo o buey para comer. Me figuro que hoy empezaré con el séptimo hermanito de aquella familia de cerdos cuya primera costilla saboreé en Panamá; ahora ya conozco bien a toda su raza. —Lady Bárbara se reía al decir esas cosas; se reía poniendo en evidencia la blancura de sus dientes sobre el oro de su piel bronceada por el sol y el aire; y, durante unos instantes, aquella risa suya disipó la pasión de Hornblower. Éste la comprendía muy bien; los largos meses a bordo, con sus idénticas comidas, hubiesen desencadenado en cualquiera sueños pantagruélicos; pero semejante relación de manjares era, para el estado de ánimo de Hornblower, como si alguien hubiese abierto una ventana en una habitación largo tiempo cerrada. Y fueron aquellas añoranzas gastronómicas las que alejaron y retardaron por unos días la temida crisis; felices días durante los cuales la *Lydia* afrontaba los alisios del sudoeste y, a través del Atlántico meridional, se iba acercando con regularidad hacia la isla de Santa Elena.

Tampoco faltó el viento hasta aquella tarde en la cual el vigía de la cofa —el sol que se ponía entre nimbos de oro había permitido ver muy lejos— avistó la cima de la montaña; y, en el momento en que moría la luz, dio el grito de alerta: «¡Tierra a la vista!». Hornblower supo que, una vez más, había tenido suerte en su navegación. Durante todo el día, el viento fue languideciendo cada vez más y con la puesta del sol cesó completamente, casi maliciosamente, cuando hubiesen bastado unas horas más para llevar a la *Lydia* hasta la isla. Desde cubierta aún no se podía descubrir ningún rastro de tierra, y como Gerard hizo notar a lady Bárbara, ella debía confiar en su

proximidad hasta que el viento se dignase soplar de nuevo. Su desilusión al ver que seguía siendo inasequible el sueño de los huevos a la cazuela era tan conmovedora que Crystal se adelantó contoneándose y clavó el cuchillo de muelles en el palo de mesana. Ése era un medio segurísimo para atraer el viento, y si por desdicha no daba resultado en aquella ocasión, pondría a silbar a todos los grumetes al unísono, desafiando la tempestad que tal proceder tal vez provocara por parte de los ofendidos elementos.

Es posible que fuera el hecho puro y simple de aquella pausa lo que produjo en el subconsciente de Hornblower una reacción que precipitó la crisis, porque indudablemente sentía un miedo secreto de que la llegada a Santa Elena pudiese comportar algún cambio desagradable en el estado de cosas de la *Lydia*. Por otra parte, era inevitable que las cosas sucedieran así, y por una serie de coincidencias, tenía que resultar precisamente aquella noche. Fue una coincidencia que Hornblower entrara en la cabina de popa ya hundida en la sombra vespertina, en un momento en que creía que lady Bárbara estaba en cubierta. Fue coincidencia que la mano de él rozase el desnudo brazo de ella, cuando, al hallarse en el restringido espacio que existía entre la mesa y el armario, se excusó él por haber entrado tan bruscamente. Al momento ella estaba entre los brazos de él y se besaron y volvieron a besarse. Ella puso una mano en el hombro de él y le acarició la nuca, y la pasión les aturdió. Luego el movimiento de las olas le obligó a soltarla; ella cayó sentada sobre el cofre y le sonrió. El se arrodilló ante ella con la cabeza en su regazo y ella le acarició el pelo. Y volvieron a besarse, como si nunca se cansaran. Ella le hablaba y le daba los dulces nombres que hasta aquel momento jamás había empleado con nadie y que recordaba que su nodriza usaba cuando ella era una niña.

—¡Querido...! —murmuraba—. ¡Corazón mío! ¡Mi pequeñín querido!

No era fácil hallar las palabras que expresaran el amor que ella sentía por él.

—Tus manos... son hermosas —le decía a él, extendiendo una sobre la palma de su propia mano y jugando con los largos y delgados dedos—. Ya las admiré desde que las vi en Panamá.

Hornblower siempre había creído que tenía las manos feas y huesudas, y en la izquierda persistía una mancha producida por una descarga de pólvora que recibió en el abordaje de la *Castilla*. Miró a lady Bárbara, como para cerciorarse de que no bromeaba, y cuando se hubo convencido de ello no supo hacer nada más que volverla a besar. Los labios de ella le incitaban. Era un milagro que ella aceptase que la besaran. Y la pasión volvió a trastornarle.

A la imprevista llegada de Hebe se separaron. Hornblower se puso en pie instantáneamente y se sentó, rígido y azorado. Descubriendo los dientes en una sonrisa, la negrita le miraba burlona. Para Hornblower, un capitán sorprendido recreándose con una mujer a bordo de su propio barco era un ser despreciable. Era

contrario al código militar; peor aún, se trataba de un acto indigno y peligroso.

Lady Bárbara siguió imperturbable.

—Puedes irte, Hebe —le dijo tranquilamente—. Por ahora no te necesito.

Y se volvió hacia Hornblower; pero el encanto ya estaba roto. Él se había visto a sí mismo bajo un nuevo aspecto, abrazando furtivamente a una pasajera en la oscuridad del camarote. Se enfureció consigo mismo y se preguntó si los oficiales de guardia y el timonel podían haber oído el amoroso arrullo por la escotilla abierta.

—¿Qué haremos ahora? —dijo, descorazonado.

—¿Qué haremos? —contestó lady Bárbara—. Nos amaremos y el mundo será nuestro. Haremos lo que deseemos.

—Pero... —dijo él. Y volvió a añadir—: Pero... —En pocas palabras hubiese querido explicarle las complicaciones que veía en el horizonte de aquel amor. Víctima de un acceso de frío furor, hubiese querido explicarle el temor que le inspiraba el mal disimulado sarcasmo de Gerard y las reticencias y las alusiones desprovistas de tacto de Bush, y cómo un capitán era menos dueño de hacer lo que quisiera a bordo de su propio buque de lo que ella se podía figurar; pero era inútil. No sabía hacer más que balbucear apartando sus ojos de la cara de ella, con unos ademanes flojos e inexpresivos. En sus locos ensueños, él se había olvidado de todas aquellas contingencias prácticas. Poniéndole una mano en la barbilla, ella le obligó a mirarla.

—Querido... ¿qué es lo que temes? Dímelo, querido...

—Soy un hombre casado —le contestó él agarrándose a aquel subterfugio.

—Ya lo sé. ¿Pero qué tiene eso que ver con... con nosotros?

—Es que... —volvió a levantar la mano en un inútil empeño, desconsolado al no saber expresar todos los temores que le asaltaban.

Ella se avino a rebajar un poco más su orgullo.

—De Hebe me puedo fiar —dijo con suavidad—. Me adora. No se atrevería a la más mínima indiscreción.

Luego ella leyó claramente en la cara de él y se levantó con brusquedad. El ultraje hecho a su sangre y a su linaje era excesivo. Ella se había ofrecido, aunque veladamente, y había sido rechazada. Sintió una ira fría.

—Capitán, tenga la amabilidad de abrirme esa puerta —le dijo.

Entre un crujido de sedas, salió con toda la dignidad que correspondía a la hija de nobles lores, y si llegó a llorar en el secreto de su camarote, Hornblower jamás lo pudo saber. Andaba incansablemente sobre cubierta, arriba y abajo. Habían terminado sus hermosos sueños. Era aquél el modo de demostrar que, para él, el peligro y el riesgo no eran más que un motivo de excitación. ¡Buen seductor estaba hecho! ¡Un fatuo de la peor clase! Avergonzado, maldecía a su temperamento y acababa por reírse de sí mismo. ¡El, que con la imaginación se había creído poder plantar cara a

los Wellesley, sentía miedo en la realidad de las ironías de Gerard!

Al fin, todo se hubiese arreglado de haber perdurado la calma dos o tres días. Lady Bárbara hubiese vencido su enojo y Hornblower sus escrúpulos, y los acontecimientos hubiesen seguido otro camino. Tal vez hubiese ocurrido un gran escándalo en la alta sociedad. Pero hacia la medianoche se levantó el viento — seguramente fue el cuchillo de Crystal lo que hizo el conjuro— y Gerard se presentó al capitán para recibir sus órdenes. Hornblower comprendió que no podía desafiar la opinión pública. Pensó en las sospechas que se habrían levantado y en las preguntas que en voz baja se harían los unos a los otros, si él llegaba a dar la orden de virar de bordo y alejarse de Santa Elena en un momento en que el viento era propicio para acercarse.

## CAPÍTULO 24



—En aquel puerto hay mucha animación —decía Bush mirando por el catalejo, mientras entraba en la bahía al amanecer—. Endiablada. Barcos de guerra, capitán. No, barcos mercantes. De guerra y mercantes, de la Compañía de las Indias. ¡Allí hay un triple cubierta! ¡Oh! ¡Aquella es la vieja *Téméraire*, capitán, o yo soy un holandés! ¡Y lleva la insignia de contraalmirante! Debe ser el *rendez-vous* para los buques de escolta del convoy directo hacia Inglaterra, capitán.

—Que avisen al señor Marsh —dijo Hornblower. Habría que hacer salvas de salutación y visitas. Hornblower estaba ya otra vez preso de la corriente irresistible de la rutina naval. Ahora habría de pasar mucho tiempo antes de que tuviese unos momentos libres para llegar a tener una explicación con lady Bárbara, en el caso de que ella fuese tan condescendiente que se lo permitiera. Y él no sabía si debía o no debía alegrarse.

La *Lydia* izó su número y el estampido de las salvas llenó toda la bahía. Hornblower llevaba ya su estropeado uniforme, la casaca azul descolorida y las charreteras de metal dorado, los deteriorados calzones blancos y las medias de seda de los innumerables y groseros zurcidos hechos por Polwheal con mucha paciencia. El práctico del puerto subió para emitir su certificado de ausencia de enfermedades infecciosas a bordo. Unos minutos más tarde, el ancla caía rechinando y Hornblower mandaba botar el cúter al agua para conducirlo en donde se hallaba el almirante. Estaba a punto de bajar cuando lady Bárbara se presentó en cubierta. El apenas se fijó de reojo en cómo miraba a los verdes declives montañosos, con una expresión de contento y luego sorprendida al ver el barullo de los buques que llenaban el puerto. Hubiese querido detenerse y dirigirle alguna palabra, pero una vez más se lo impidió su dignidad de capitán. Tampoco podía invitarla a ir con él; no estaba bien que un capitán en visita oficial se dejase ver con una mujer, aunque ésta resultase ser una Wellesley.

Velozmente el cúter se aproximó a la *Téméraire*.

—¡*Lydia!* —gritó el piloto en contestación a la pregunta que le hicieron desde la cubierta de la *Téméraire*, y levantó los cuatro dedos que indicaban la presencia de un capitán y advertían para que preparasen el debido ceremonial.

Sir James Saumarez, recibió al capitán Hornblower en la galería de observación del buque insignia. Alto y delgado, tenía un aspecto juvenil mientras no se destocaba y descubría sus cabellos blancos. Cortésmente escuchó la concisa explicación que Hornblower le dio de su presencia en aquel puerto; después de cuarenta años de navegar y dieciséis de guerra, estaba preparado para imaginarse las vicisitudes y

aventuras sobre las cuales Hornblower pasaba una rápida revista verbal. Pero sus duros ojos azules brillaron de admiración cuando oyó que, en duelo naval, la *Lydia* había hundido un bajel de doble cubierta con cincuenta cañones.

—Puede unirse a mi convoy —le dijo cuando hubo acabado el informe—. Apenas tengo dos buques de línea y ninguna fragata para escoltar todo el convoy de las Indias Orientales. Se diría que desde que empezó la guerra en 1793, el gobierno ya hubiese podido darse cuenta de la necesidad que teníamos de poseer más fragatas. ¿Verdad? Le mandaré las órdenes por escrito esta mañana. Y ahora, capitán, espero que me conceda el placer de acompañarme en la comida que voy a dar...

Hornblower objetó que era su deber presentarse al gobernador.

—Su excelencia come conmigo —dijo el almirante.

Hornblower comprendió que no sería conveniente oponer más reparos a un almirante, pero aún tenía algo que alegar.

—Tenemos una señora a bordo de la *Lydia*, almirante. —Y como sir James levantó las cejas interrogativamente, se apresuró a explicar la presencia a bordo de lady Bárbara.

El almirante lanzó un silbido.

—¡Una Wellesley! ¿Y la ha llevado por el cabo de Hornos? ¡Inmediatamente hemos de avisar a lady Manningtree!

Sin ceremonia se dirigió hacia la espaciosa cámara de popa, en donde una larga mesa, con suntuosa mantelería blanca, relumbraba por la plata y la cristalería que contenía. Alrededor de la mesa, una pequeña reunión de señoras y caballeros, todos magníficamente vestidos, estaban enfrascados en una animada conversación. El almirante se puso a hacer las presentaciones:

—Su excelencia el gobernador y su esposa; el conde y la condesa de Manningtree, sir Charles y lady Wheeler.

Lady Manningtree era una señora pequeñita y regordeta que irradiaba buen humor y no parecía tener nada de la dignidad llena de reserva que podía esperarse en la esposa de un ex gobernador general que volvía a la patria.

—¡El capitán Hornblower ha traído consigo a lady Bárbara Wellesley desde Darién hasta aquí! —anunció sir James y rápidamente explicó el caso. Lady Manningtree escuchaba con atención y asombro visibles.

—¿Y la ha dejado allí en aquel cascarón? —exclamó—. ¡Pobrecita mía! ¡No debe permanecer allí ni un minuto más! ¡Ahora mismo voy a buscarla! ¡Ahora mismo! Sir James me perdonará, pero no estaré tranquila mientras no la vea alojada en el camarote vecino al mío en el *Hanbury Castle*. ¡Sir James! ¿Sería tan amable de hacer botar al agua una embarcación para mí?

Y escapó como un torbellino entre excusas y explicaciones con gran crujido de faldas de seda y un torrente de objeciones dirigidas principalmente a Hornblower.

—Cuando se hacen cargo las mujeres —declaró sir James filosóficamente—, es mejor que los hombres nos abstengamos de intervenir. ¿Quiere sentarse aquí, capitán?

Puede parecer increíble, pero lo cierto es que Hornblower no pudo tragar bocado de aquellos deliciosos manjares. Había unas costillitas de carnero, verdaderamente apetitosas; café con leche recién ordeñada; un perfumado pan de trigo y mantequilla y legumbres y frutas, cosas, todas ellas, con las que Hornblower había soñado con los ojos abiertos, cuando sus pensamientos no giraban en rededor de lady Bárbara. ¡Y ahora apenas conseguía tragar bocado! Afortunadamente, su falta de apetito pasó inadvertida, tan ocupado estaba contestando a las preguntas que le dirigían los comensales que todo lo querían saber; tanto lo de las aventuras en el Pacífico como lo de lady Bárbara y cómo doblaron el cabo de Hornos y vuelta a preguntar por lady Bárbara...

—Su hermano se está llenando de gloria en España —decía sir James—. No hablo del mayor, el marqués, sino de Arthur, el que ganó la batalla de Assaye. Salió sano y salvo de la investigación después de Vimiero. Ahora ha hecho retroceder a Sout y le ha expulsado de Portugal y cuando yo dejé Lisboa, marchaba sobre Madrid. Desde que han matado a Moore, él es el soldado más eminente de nuestro ejército.

—¡Hum! —murmuró lady Wheeler. El nombre de Wellesley era mal mirado entre algunas personas crítonas de la sociedad angloindia—. Me figuro que esa lady Bárbara será mucho más joven que él. La recuerdo cuando era niña, en Madrás.

Todas las miradas se dirigieron a Hornblower; pero lord Manningtree, tuvo el buen sentido de ahorrarle el apuro en que se veía, teniendo que declarar la edad de lady Bárbara.

—No es ninguna niña. Es una joven de gran talento. Ha rechazado a una docena de buenos partidos en la India, y Dios sabe cuántos en otros lugares.

—¡Hum! —volvió a murmurar lady Wheeler.

El almuerzo se le hizo interminable y se sintió aliviado cuando la reunión pareció que se iba a disolver. El gobernador aprovechó inmediatamente para hablarle de las provisiones que necesitaba y que la *Lydia* tenía derecho a exigir. Además, ya era tiempo de que volviese a bordo, en donde le reclamaban mil quehaceres. Excusándose con sir James, se despidió de toda la reunión.

La chalupa del almirante seguía atracada al costado de la *Lydia* cuando él ya estaba de vuelta. Su dotación vestía casacas rojo escarlata, con sombreros galoneados de oro. Hornblower sabía que había capitanes de fragata a los que también les gustaba vestir a los marineros de sus chalupas con esos trajes de fantasía, pero eran hombres ricos, que habían hecho fortuna al apoderarse de grandes botines, y no pobres como él. Subió a bordo y casi tropezó con el equipaje de lady Bárbara amontonado en la pasarela, en espera de ser bajado a la chalupa del almirante. Desde la cabina de popa

llegaba un rumor incesante de voces femeninas que conversaban. Lady Manningtree y lady Bárbara estaban sentadas allí y charlaban animadamente. Era evidente que tenían que contarse tantísimas cosas que no podían ni siquiera esperar a estar a bordo del *Hanbury Castle*. Pasando de un asunto a otro, cada uno de ellos más importante que el anterior, se habían olvidado de la chalupa que las estaba esperando, lo mismo que del equipaje y hasta de que debían comer alguna cosa.

Cuando sacaron los baúles de la bodega, lady Bárbara no había podido resistir la tentación de ponerse un vestido nuevo. Llevaba uno que Hornblower nunca le había visto y también un nuevo turbante con su velo. Era en todo y por todo una gran señora. A los asombrados ojos de él, en cuanto la tuvo delante, le pareció que había ganado unos centímetros de estatura.

Era natural que la llegada del capitán, al interrumpir el hilo de la conversación, fuese la señal de partida.

—Lady Bárbara me ha contado todo su largo viaje —dijo lady Manningtree, mientras se abrochaba los guantes—. Y yo estoy convencida de que usted se merece muchísimo agradecimiento por la solicitud que ha tenido con ella.

La anciana señora era una de esas almas cándidas que nunca saben pensar mal. Echó una mirada a su alrededor a la cabina, que nunca había parecido tan miserable y angosta.

—Pero creo —siguió diciendo— que ya es hora de que lady Bárbara goce de más comodidad de la que usted puede ofrecerle aquí.

Con la boca seca, Hornblower consiguió decir algunas frases de alabanza sobre las comodidades de que disfrutaban los pasajeros a bordo de los lujosos buques de la Compañía de las Indias.

—¡Oh! ¡De ninguna manera he querido decir que sea culpa suya, capitán! —se apresuró a protestar lady Manningtree—. Estoy segura de que su buque es lo más conveniente y bien dispuesto que se pueda pedir. ¿Es una fragata, verdad? Pero las fragatas nunca fueron empleadas para llevar a las señoras, y ¿qué más se puede decir? Y ahora hemos de despedirnos, capitán. Espero que tengamos el placer de recibirle más tarde a bordo del *Hanbury Castle*. No faltarán ocasiones de ello, durante este molestísimo viaje hasta llegar a casa. ¡Hasta la vista, capitán!

Hornblower se inclinó y se separó para cederle el paso. Lady Bárbara siguió a lady Manningtree.

—Adiós —dijo ella. Hornblower volvió a inclinarse, mientras ella le hacía una reverencia. El la miraba, pero no pudo ver claro, solamente le quedó en la memoria el recuerdo de algo blanco—. Gracias por todas sus atenciones —le dijo lady Bárbara.

La chalupa se separaba de la fragata y se iba alejando al cadencioso compás de los remos. Pronto estuvo tan lejos, que se la veía confusamente y ya no era más que una manchita rojo y oro. Hornblower halló a Bush a su lado.

—El oficial de avituallamiento ha llegado ya, capitán —anunció.

El deber reclamaba a Hornblower. Mientras se separaba de la borda para dirigirse a su trabajo, pensaba estúpidamente que en un par de meses, poco más o menos, volvería a ver a María. Y antes de que el recuerdo de ella se volviese a perder, hasta cierto punto se complació en él. Comprendía que con María sería feliz. En lo alto del cielo el sol brillaba rutilante y allí, delante de él, se erguían los verdes y escarpados declives de la isla de Santa Elena.



C. S. FORESTER (El Cairo, 1899 - Fullerton, California, 1966). Escritor inglés cuyo nombre completo era Cecil Scott Forester. Pese a esto, su verdadero nombre era otro, Cecil Louis Troughton Smith, y lo de Forester era todo un alias. Nació en El Cairo, Egipto donde su padre se encontraba destinado como funcionario del Gobierno británico, cursó estudios de Medicina que dejó inacabados.

Su primera novela *Payment Deferred* (1926), fue llevada al cine, al igual que varios de sus principales títulos posteriores, tales como *Orgullo y pasión* (1933) y *La Reina de África* (1935), clásico de la novela de aventuras contemporánea y estupendo temple narrativo que narra la peripecia de una vieja lancha a través de los rápidos de un río africano, cuando en Europa ha estallado una contienda remota cuya resonancia hermanará, extraña y conmovedoramente, los destinos de dos seres dispares en apariencia y secretamente fraternos y complementarios en lo esencial. Pero C. S. Forester es principalmente conocido por su saga protagonizada por el capitán Horatio Hornblower (1937-1957), un ciclo narrativo escrito a partir del epistolario que se conserva en el National Maritime Museum.

C. S. Forester, cuyas novelas emanaban brío, emotividad y tierna ironía, formó junto a Patrick O'Brian y Alexander Kent, el grupo de autores más reconocido de novela histórica marinera.

# Notas

[1] K. P., Caballero de la Orden de San Patricio. (*N. de la T.*) <<

[2] K. B., Caballero de la Orden del Baño. (*N. de la T.*) <<

[3] *El lamento del último trovador. (N. de la T.)* <<

[4] *Decadencia y caída del Imperio romano. (N. de la T.)* <<